

A woman with long brown hair, wearing a green wide-brimmed hat and a green lace dress, is the central figure. She holds a red heart-shaped prop on a stick over her right eye and a brown and white coffee cup in her left hand. The background is a light pink color with several hand-drawn paper airplane icons in pink and white. The text 'El mundo de Lisa' is overlaid on the image in a white, cursive font, with 'de Lisa' in a pink, cursive font.

El mundo
de Lisa

Zeneida Miranda

 BDP

El mundo de lisa

1ª Edición © 2019

Zeneida Miranda

© **De esta edición:** Ediciones Besos de Papel

© Ilustraciones **Cubierta e interior:Sheila Hernández Reyes**

© Maquetación: Munyx Design

ISBN: 978-84-949557-3-0

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

PRÓLOGO

Capítulo 1:

Quiero ser como Sam

Capítulo 2:

¿Realidad o mensajes del subconsciente?

Capítulo 3:

El renacer del ave fénix

Capítulo 4:

Aceptando decisiones

Capítulo 5: Superando asignaturas pendientes

Capítulo 6: Crónica de una Carrie sin *glamour*

Capítulo 7: Pescando en el mar de la red

Capítulo 8: El amor es una mierda

Capítulo 9: Patrick, el irlandés de ojos azules

Capítulo 10: Táim i ngrá leat

Capítulo 11: ¡¡Ploff!!, explotó la burbuja

Capítulo 12: Una rebelde con una sola causa

Capítulo 13: La número trece

Capítulo 14: Mi lista de reproducción

Capítulo 15: Una nueva vida

Capítulo 16: Deseo de cosas imposibles

Capítulo 17: Arriesgarse antes de morir por un recuerdo de navidad

Capítulo 18: Maldita empatía

Capítulo 19: Asimilar no siempre es superar

Capítulo 20: ¿Me acompañáis?

Capítulo 21: Salta, chica, salta

Capítulo 22: Felicidad

(no, no es la canción de Albano)

[Capítulo 23: Sin miedo a nada](#)

[\(y no, no es la de Alex Ubago\)](#)

[Capítulo 24: Un cuento de navidad](#)

[Capítulo 25: Apuesta, aunque no sea a caballo ganador](#)

[Capítulo 26: Las puertas mejor abiertas](#)

[Capítulo 27: Cuestión de actitud](#)

[Capítulo 28: Un nuevo comienzo](#)

[Capítulo 29: ¡Stop dependencias emocionales!](#)

[Capítulo 30: Las chispas electrocutan](#)

[Capítulo 31: ¿Mi novio es tonto?](#)

[Capítulo 32: Vivan los novios](#)

[Capítulo 33: ¡Sí, quiero!](#)

[Capítulo 34: En busca del blanco radiante en la mejor compañía](#)

[Capítulo 35: En busca del equilibrio perfecto](#)

[Capítulo 36: La novia neurótica](#)

[Capítulo 37: Fantasmas del pasado](#)

[Capítulo 38: Y quien menos te esperas...salva el día](#)

[Capítulo 39: ¡Nos casamos!](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

A Laura y Marga.

A Davi, Lidia, Sheila e Inma.

A Minerva, Elizabeth y Patricia.

A Zahira, Judith, Mercedes, Juliana, Elena y Bea...

A Eva, Laura, Alba, Menchu, Davi, Lola, Ana, Isa, Vanessa, Inma...

A Yuri, Montse, Sophia, Nuria, Mari y Bego.

A Guaci, Belén y Cathy.

A María, Virginia, Lorena, Cristi y Emma.

*A mis amigas todas. A las de siempre. A las que acaban de llegar y a las que
no se irán nunca.*

Este es nuestro mundo.

PRÓLOGO

«Amar sin apegos es amar sin miedos. El amor es la operación por la cual nos adaptamos al otro, sin dejar de ser uno mismo. Podemos sujetarnos despacio y tiernamente, como quien no quiere lastimar ni lastimarse. Es una unión maravillosa de dos que parecen uno».

Walter Riso

El amor, la amistad y las relaciones personales, una estructura que da sentido en la vida de cualquier ser humano. Estamos diseñados para ser amigos y tener amigos, para dar y recibir, para amar y ser amados; ante esto, necesitamos saber cómo tener una amistad que se ajuste con los valores de la vida, transite en un mundo lleno de egoísmo y nos libre de heridas y males.

Dentro de este contexto nació Lisa. Una chica que, sin darme cuenta, llegó a mi vida regalando momentos de auténtica felicidad. Leerla se convirtió en mi pasión. Tímida, ingenua pero con carácter, bondadosa, atenta, astuta, audaz y sobre todo apasionada de la vida y del amor.

El Mundo de Lisa ha sido, sin lugar a dudas, un gran compañero de viaje durante los casi dos años de andaduras por las peculiaridades de las tres «w». Una red que me ha permitido no solo disfrutar con las historias de este magnífico personaje, sino que me ha hecho disfrutar, día tras día, con su autora, Zeneida Miranda, la mejor compañera de ilusiones que la vida pudo ofrecer.

Para mí es un gran orgullo poder escribir estas letras. Un orgullo y una gran emoción poder ver cómo «nuestra» pequeña Lisa hoy toma protagonismo y adopta la forma que siempre debió tener; una gran novela que hará que los lectores desde el principio se sientan identificados con cada historia. Historias cotidianas de amor, desamor, sobre la amistad y los intrínquilis de las relaciones personales. Un cóctel perfecto en un entorno ameno en donde las risas están aseguradas.

Mi encuentro con la autora fue místico, siempre lo diré, como caído del cielo.

En aquellos años yo andaba como loca intentando llevar a cabo un proyecto muy bonito y en el que había depositado mucha ilusión, pero necesitaba un o una compañera de viaje para poder realizarlo, para mí sola era completamente inviable.

Entre idas y venidas, se me ocurrió la flagrante idea de poner un anuncio en una conocida red social para ver si encontraba a algún interesado que reuniese el perfil. Solo les diré, que tan solo una hora después de publicar el

anuncio, apareció ella.

Perfecta, apasionada, con unas ganas voraces de hacer periodismo, inquieta, curiosa, cuidadosa... nos convertimos en el cóctel perfecto para — como dicen los chavales de hoy en día— «petar» lo que se nos pusiese delante. Y así fue.

Dos años intensos que nos dieron la oportunidad de hacer casi de todo. Entrevistas destacables a autores número uno en ventas. Rosa Montero, Alberto Vázquez Figueroa, Menchu Garcerán, Lena Valenti, Noelia Amarillo o Megan Maxwell. Zeneida, un genio de la perseverancia, consiguió esta entrevista, nada fácil tratándose de la número uno en ventas internacional en novela romántica.

Aunque si cabe un hecho a destacar fue las tres veces que cubrimos las elecciones presidenciales. Domingo tras domingo, conectadas a todos los canales nacionales, redes y demás medios, intentando trasladar a los lectores cómo iba sucediendo la jornada electoral. Jornadas apasionantes a la vez que agotadoras que nos dieron la oportunidad de convertirnos en el único medio digital local que minuto a minuto informaba de lo que iba aconteciendo durante los momentos más relevantes en el panorama político español.

Años maravillosos y de mucho trabajo que nos regalaron risas, estrés y mil anécdotas que contar, pero sobre todo, tuvimos la oportunidad de hacer lo que realmente nos apasiona, que simplemente es hacer «periodismo».

Zeneida Miranda, no me dará la vida para agradecer y devolver todo lo que, sin ánimo de lucro, me brindaste en su momento. Si hoy tuviera que elegir uno de tantos momentos, repetiría, sin lugar a dudas, el momento en el que nuestras vidas se encontraron y poder seguir teniendo la suerte de formar parte en tu vida.

Esto va por ti, y por nuestra querida «Lisa».

Patricia Bolaños

Capítulo 1:

Quiero ser como Sam

Voy a empezar por presentarme. Mi nombre es Lisa. Sí, sí, tal cual, como la niña de los Simpson. Tengo veintiocho años y soy licenciada en Filología Hispánica por la insigne Universidad Complutense de Madrid. Aunque suene muy glamuroso, no os creáis que me ha abierto muchas puertas. Como tantos otros jóvenes españoles, estoy en paro y me acaban de invitar a participar en este proyecto escribiendo una columna semanal que sea divertida y refrescante así que, honrando a Carrie Bradshaw de *Sexo en Nueva York*, os hablaré cada semana de situaciones y cosas que pasan en mi vida y las de mis amigas Lizbeth (a la que llamaremos Liz para ahorrar espacio) y Samantha (Sam). ¡Espero que os divirtáis mucho con nuestras historias! Bienvenidos a mi mundo. Bienvenidos al Mundo de Lisa.

Mi amiga Liz y yo hablamos de lo mucho que nos gusta la forma que tiene de ser nuestra amiga Samantha, de ver la vida, y repetimos una y otra vez la frase: «yo, de mayor, quiero ser como Sam». Por eso (y porque es su cumple) mi primera columna va dirigida a ella, a esa gran persona que nos intenta enseñar a ver la vida desde otra perspectiva, que nos alienta a cambiar, que nos empuja a ver el lado divertido de las cosas y que siempre, pase lo que pase, está ahí cuando de verdad se la necesita.

Vivimos en una época en la que las relaciones humanas parecen haberse estigmatizado. Las relaciones monógamas están de moda. A las chicas como yo, que ya rozamos la treintena, nos han metido en la cabeza desde niñas que lo ideal en la vida, la única forma de tener estabilidad, tanto económica como emocional, es conocer al hombre maravilloso que englobe en una sola persona al marido perfecto, el amante más apasionado y al mejor padre para nuestros hijos pero, ¿realmente es esto lo que queremos?

Por la forma en la que me han educado, quizá por ser la hermana pequeña o por ser de pueblo, siempre he aspirado a casarme y tener hijos. Con el tiempo, mi propio carácter se ha ido desarrollando y mis ideales distan ya mucho de los cánones establecidos, de las pautas que otras mujeres de mi familia han marcado.

¿Es siempre la mejor forma de vivir aquella que nos resulta más cómoda? ¿Puede un solo hombre reunir todas las facetas que una mujer de nuestro tiempo necesita?

Mi amiga Sam, que es unos años mayor que yo, es profesora y es una detractora acérrima de los juguetes específicos de cada género. Me explico. ¿Por qué regalar a la niña para Navidad el típico carrito de limpieza con escoba, fregona y cubo? ¿Por qué los coches de carreras tienen que ser siempre para los varones? ¿No es mejor que cada niño juegue con lo que le guste y no encargarnos los mayores de marcar su orientación sexual o de inculcarles un rol ya desde que son pequeños?

Liz y yo intentamos seguir sus pasos en cuanto a relaciones se refiere. Poco a poco, hemos pasado de la teoría, sí, las largas tardes de charlas en mi casa, a la práctica. Nos hemos lanzado a la aventura, nos hemos soltado la melena y estamos viviendo una vida que jamás podríamos haber pensado que estuviera a nuestro alcance.

Como ya he dicho, Sam es profesora, pero además también es fotógrafa y es lo que nosotras definimos como “un culo inquieto”.

Vive su vida a caballo entre el instituto donde imparte clases, su estudio fotográfico y las salidas. A veces creo que pasa más tiempo tras el volante de su Volkswagen New Beetle, que en su propia casa. Tiene una vida intensa, nunca puede parar, siempre tiene que estar haciendo cosas. Es, sin duda, su carácter independiente lo que más envidio de ella. No necesita de nadie para hacer lo que quiera o ir a donde quiera. En fin, me estoy yendo por la

tangente y no se trataba de esto.

Liz y yo solíamos ser muy sosas, hasta que llegó Sam a nuestras vidas con su desparpajo, suponiendo para nosotras un soplo de aire fresco lleno de picardía y locura. Poco a poco hemos ido aprendiendo de ella que no debemos engancharnos a un hombre, que son de ida y vuelta, que nosotras marcamos las pautas y si no nos gusta lo que nos ofrecen: «pues ahí tienes la puerta». Nos costó asumirlo, pero, finalmente, lo hemos conseguido.

Siguiendo las directrices de nuestra heroína, mi amiga y yo nos hemos lanzado a la piscina del amor y el sexo desenfadado, sin compromisos. El amor es libre y no tenemos por qué encasillarlo o tratar de ponerle límites.

Siempre se ha dicho que de una boda siempre sale otra, pues bien, como no podía ser de otra forma, Sam conoció a su actual novio en una boda y lo suyo ha sido casi una historia de cuento de hadas.

Ella, una joven hermosa, de corazón indomable y mentalidad libre y él, un guapo oficial de uniforme blanco y ojos azules.

Como si de un relato pensado por mí sobre mi serie favorita de televisión se tratara, mi amiga y su oficial de ojos azules vivieron una intensa relación desde el principio, con altibajos y largas separaciones, que al final han visto como, con paciencia y dedicación, han conseguido llevar a buen puerto.

La historia de Liz es diferente. Ella se parece más a mí en la forma de ver las cosas. Tiene un año más que yo y tiene una librería en un local alquilado que le da más dolores de cabeza que satisfacciones. Ella conoció a Antonio de manera accidental, y nunca mejor dicho.

En un día como otro cualquiera en la inmensa librería donde trabajaba organizaron una lectura de libros en el que el famoso autor de novelas eróticas Antonio Espósito leería para sus fieles admiradoras (ella la que más) diferentes pasajes de su última novela *La condesa desnuda*.

Mi amiga estaba emocionadísima, como una niña el Día de Reyes. Nos

había invitado a Sam, a mí y a otras amigas al que, según ella, sería el acontecimiento literario del año y al que nosotras, aunque fuera por la fiesta y la barra libre de después, accedimos ir. Y allí estábamos nosotras, viendo como Liz corría de un lado a otro histérica ultimando los detalles cuando, de repente, se dio de bruces contra un metro noventa de hombre de pelo y tez tostados por el sol y profundos ojos negros.

Lo miró de arriba abajo sintiendo un latigazo de emoción recorrer todo su cuerpo. Era total y completamente irreal, parecía sacado de una escultura griega, con el pecho musculado y los abdominales perfectamente definidos. Sam y yo no podíamos salir de nuestro asombro, ¿de verdad nuestra amiga acababa de “comerse” a su escritor favorito?

Nuestro estado de flipe no hizo más que aumentar cuando vimos cómo el guaperas de Antonio leía los pasajes más húmedos de su novela sin apartar la vista de nuestra acalorada amiga, quien tres vodkas y unas cuantas horas después se comía, ahora sí literalmente, a su dios griego particular.

En cuanto a mí... Conozco a Enrique desde hace tanto tiempo que ni siquiera puedo recordar cuánto. Él siempre ha estado ahí, en los buenos y en los malos momentos. Tenemos una relación tan sólida como atípica, una extraña amistad cargada de tensión sexual que parece sacada del mejor guion de cine.

Nunca me había planteado tener nada con él que fuera más allá de nuestra idílica amistad, nunca... hasta que hace cinco años nos vimos obligados a separarnos por cosas de la vida y, entonces, me di cuenta de que no le echaba de menos de la misma forma que a mis otros amigos y de que la dependencia emocional que tenía de él era tan fuerte que a veces me resultaba insoportable. Tras muchos quebraderos de cabeza, acabé por admitir, casi sin querer, que estaba atrapada en el típico tópico de “pillada por mi mejor amigo”. Qué absurdo.

Después de un intento de relación fallida en el que no llegamos a cruzar los límites físicos y una conversación un tanto ambigua, los dos habíamos pactado algo: yo le esperaría y él se encargaría de que esa espera no fuera muy larga.

Soy consciente de que mis amigas no entendían ese pacto que, en ocasiones, incluso a mí, me parecía absurdo. Sam lo dijo: «Lisa, no tenéis quince años».

Por eso, un buen día me animaron a divertirme un poco. Una tarde como otra cualquiera de capuchinos y confesiones, Sam y Liz, a la que habíamos tenido que despegar de su escritor prácticamente con agua caliente, me plantaron en la cabeza una semilla que no tardaría en germinar.

—Nadie ha dicho que mientras esperas al príncipe no puedas besar a otras ranas —dijeron, y me di cuenta de que tenían razón.

¿Por qué ser fiel a un hombre que no sabía si me lo era a mí? Total, no es como si fuera a casarme con el primero que me dijera algo bonito, solo iba a divertirme.

Por eso, un sábado por la noche salimos las tres dispuestas a comernos el mundo, o más bien a que yo me comiera el mundo... o lo que surgiera. Cuando ya mis ánimos comenzaban a estar bien elevados y mi ego por las nubes gracias al vodka que me corría por las venas, alcé la vista y le vi.

Sentado en un taburete frente a la barra, Ricardo me miraba con unos profundos ojos azules que brillaban tras unas finas gafas con monturas al aire que le daban un aire intelectual y sexy que pusieron a mis hormonas en posición de «¡fiiiirmes!».

Tras una o dos, puede que tres copas, doscientas cincuenta sonrisas y cuatrocientos veinte guiños de ojos, Rick me invitó a bailar... Y bailamos, y bebimos y lo siguiente que recuerdo es su lengua llegándome a la garganta y sus fuertes brazos llevándome a su cama.

A la mañana siguiente, me desperté y me marché. Fue divertido eso de besar ranas, y seguí haciéndolo.

Ahora, sé que sigo enamorada y que seguiré esperando a que sea Enrique quien me lleve en brazos a su cama, pero, gracias a mis amigas, ya no sufriré la soledad del que espera sin saber qué o cuánto va a tardar.

Esta es, pues, la historia de tres chicas que, aunque sea de forma diferente y con pensamientos diferentes, perseguimos el mismo objetivo: encontrar el amor, encontrar a alguien que nos quiera y nos haga ver la vida en color... rosa maquillaje.

Así concluye esta columna que, a modo de presentación de personajes, pretende sumergirles en el mundo de Lisa, mi mundo y que hoy estaba dedicada a una de mis mejores amigas en el mundo, con un poco de realidad, unos toques de fantasía, un halo de esperanza, pero, sobre todo, mucho amor.

Capítulo 2:

¿Realidad o mensajes del subconsciente?

¿Qué pasa cuando tu propia mente te manda constantemente mensajes que no sabes descifrar? ¿Qué sucede cuando no paramos de tener un sueño recurrente que nos dice que nuestra vida es un fraude, que nuestras decisiones son erradas, que nuestras relaciones no van a ninguna parte? ¿Qué hacer con la presión que te atenaza el pecho cada vez que piensas en la posibilidad de hacer caso a esos mensajes?

Liz me llamó pasadas las dos de la mañana para contarme que Antonio se marchaba de gira promocional para su última novela y estaba muy deprimida. Sam me dejó un mensaje en el contestador porque había discutido con su oficial de mirada azul y estaba angustiada. Estas llamadas llegaban justo en el peor momento.

Ese mismo día, mi teléfono había sonado y había recibido “la llamada”. Esa que llevaba esperando muchísimo tiempo, esa que pensé que no recibiría nunca.

Me habían ofrecido el trabajo de mi vida. Con el que soñaba desde que era niña, ese con el que fantaseaba jugando a ser Lois Lane. De niña había querido ser periodista porque era una apasionada de la escritura, pero, finalmente, me decanté por la filología.

Pero el trabajo de mis sueños no era dar clases en un instituto. Yo quería escribir, ver mundo, investigar en mi campo, y el trabajo que me ofrecían, como encargada del departamento de lingüística de un museo importante en Londres, era justo lo que necesitaba en ese momento de mi vida.

Era la oportunidad que había estado esperando desde que me dieron la última nota de la carrera casi cinco años atrás. Era mi momento, era mi deseo, era... un ultimátum.

Sí, un ultimátum para Enrique y para mí. Habían pasado ya cuatro meses desde nuestra pseudocharla-pacto y él no había movido ficha. Si bien me había dado pie a pensar que la cosa avanzaba lenta, pero segura, a veces tenía actitudes que me hacían pensar que el problema era que no le interesaba y no sabía cómo hacérmelo saber.

Bien, yo no quería meterle prisa, mi parte del pacto era esperarle, pero parecía que el destino había tomado la decisión por nosotros. Ahora sí que iba a tener que hacer algo.

Después de dar la gran noticia a los miembros de mi familia, los cuales se alegraron por mí, pues todos sabían que esa era mi vocación, probablemente desde que no era más que un frágil embrión, me tocó reunir a mis amigas y soltarles la bomba.

Sentadas en el café de siempre, con el trozo de tarta de siempre y los capuchinos de siempre, Liz relató con pelos y señales cómo había planeado la despedida para su escritor favorito, que pasaba por hacer realidad algunas de las tórridas escenas de su novela más caliente. Sam nos contó que tras la tempestad había llegado la calma y tras los gritos la reconciliación más intensa y pasional que jamás habían tenido ella y su oficial y caballero. Perfecto, las necesitaba relajadas y de buen humor.

Sam se dio cuenta de que estaba demasiado callada, ni siquiera me había sonrojado con el relato de su reconciliación, demasiado explícita para mi timidez natural, algo con unos dados de posturas y unas cremas con sabores de por medio. Liz la secundó. Bien, se habían dado cuenta, así que había llegado el momento.

—Me voy —dije, sin más, y pasé a contarles entusiasmada la oferta de trabajo que me habían hecho y que no había podido rechazar.

Por supuesto, se contagiaron de mi entusiasmo. No les gustaba la idea de que estuviera lejos de ellas, pero no sería la primera vez y sabían que nuestra

amistad era lo suficientemente sólida como para no resentirse por la distancia. Y las dos me conocían lo suficiente para saber lo que se me estaba pasando por la cabeza, o mejor dicho, quién. Sam fue directa al grano:

—¿Ya se lo has contado a Enrique?

—No —fue mi respuesta—. Primero mi familia, luego vosotras y él... Bueno, no sé si quiero contárselo.

Ninguna de las dos podía entender mi respuesta, ¿por qué no iba a querer contarle algo así al que se suponía que era mi mejor amigo? Simplemente porque no sabía si estaba preparada para estamparme contra su muro. No sabía si quería darme cuenta de que no le importaba lo más mínimo lo que hiciera con mi vida.

Sabía que tenía que hacerlo, sabía que tenía que enfrentarme a uno de mis mayores miedos: llegar a conseguir la vida que siempre había soñado, pero que él no quisiera estar en ella.

Lo peor de todo era la sensación de culpabilidad que atenazaba mi estómago. Sí, me sentía culpable porque en todos los escenarios que había elucubrado mi imaginación era capaz de irme sin mirar atrás, de decirle «esto es lo que hay, seguiré adelante sin ti». Era capaz de sacarle de mi vida y ya está... ¿Era capaz?

Solo tardé tres días en descubrir la respuesta. No, no sería capaz.

Allí estábamos, sentados frente a frente con el mar de fondo en aquella playa que los dos adorábamos. Me miraba temeroso de mis palabras.

No sabía cómo podía contarle lo sucedido sin que sonara a ultimátum. No quería que pareciera un «ahora o nunca»... No quería, no quería...y fue exactamente lo que hice.

—Me marchó —le solté sin pestañear y su respuesta no distó mucho de la de Liz y Sam. Me dijo que si era lo mejor para mí, también lo era para él, que, si era lo que quería, debía hacerlo... Entonces, ¿por qué mi reacción no

fue la misma que con mis amigas?

—Ya que no has hecho ningún avance en estos meses, puedo deducir que no te intereso —dije después—. Bien, tengo que superarlo, es mi problema, soy yo quién cruzó la línea de la amistad. No quiero perderte, pero entiendo que necesito seguir adelante. Ahora voy a tener mucho espacio, pero también necesito tiempo, así que, no me llames, no me escribas. Cuando sea capaz de volver a verte como el amigo que has sido tanto tiempo, como el chico que me apoyó en el peor momento de mi vida, entonces, te llamaré.

Quizás ingenuamente esperaba otra respuesta. Esperaba una declaración a la desesperada, un «no te vayas, te necesito». Tal vez fue la pasividad que mostró ante mis palabras, tal vez su frialdad ante mi marcha, lo que me dio la sensación de que le daba igual, de que no le importaba nada si me iba a China o Japón. ¡Que me parta un rayo!, en ese momento pensé que eso tampoco le importaría.

Así que me levanté, caminé hacia mi coche y me marché dejándole allí. No sé y nunca sabré qué hizo, ni cómo volvió a casa. No sé si se tiró de cabeza al mar o si lloró como un niño asustado. Pero quiero pensar que llamó a alguien, seguramente a quien durante meses le había estado apartando más y más de mí, y volvió a su casa sin más.

El incesante ruido del despertador me sobresaltó en medio de aquel sueño que odiaba, aquel que parecía haberse instalado en mi cabeza y que cada noche se reproducía como cuando le daba al *play* en el mando del DVD para ver mi serie favorita... Una y otra vez y otra vez y siempre igual... A Enrique no le importaba que me fuera y a mí... a mí eso me angustiaba.

Descolgué el teléfono y llamé a Liz. Antonio no se iba de gira. Llamé a Sam: ella y su chico no habían discutido, aunque sí que habían usado sus dados de posturas y sus cremas con sabores, y mandé un WhatsApp a Enrique:

Yo:

¿Te apetece un café?

Enrique:

Sí.

Respondió rotundamente. Respiré hondo un par de veces. A pesar de la pesadilla, todo estaba bien.

Tengo que trabajar mucho para aprender que los sueños, sueños son y que mi subconsciente no está tratando de decirme nada.

Capítulo 3:

El renacer del ave fénix



La vida no para de dar vueltas, el mundo gira a mi alrededor, a veces con una intensidad que me dan ganas de gritar: «¡que se pare el mundo, que yo me bajo!». Pero la luna y el sol siguen brillando sobre mi cabeza mientras yo siento que todo está mal. Mientras una densa niebla se apodera de toda mi existencia. Por eso, en ocasiones, dejo de escribir. Siento que nada tiene sentido para mí y ¿qué voy a contar? Nada. No tengo absolutamente nada para compartir con vosotros.

Pero entonces todo cambia. Sí, la vida ha dado uno de sus giros inesperados, mi mundo ha vuelto a su lugar y me siento con fuerzas y ganas para volver a compartir con todos ese don que mucha gente piensa que tengo. Ese que yo no veo. Yo pienso que cualquier persona puede formular bien un sujeto y un predicado, añadirle un poco de imaginación y conseguir un buen texto. Sin embargo, no todos podemos pintar un cuadro o resolver una complicada operación matemática.

¡Uy! Si algo no ha cambiado es lo que me gusta irme por las ramas. En fin, Lisa, céntrate.

En mi columna anterior os conté algo sobre aquellos extraños sueños que tenía acerca de marcharme lejos y dejar a Enrique atrás. Pues bien, finalmente lo hice. No en el sentido literal, no me he ido del lugar donde vivo, aunque todo se andará. Pero sí que le he dejado a él atrás.

Simplemente me cansé. Me cansé de esperarle, de sus tonterías, de sus «ahora sí, ahora no», «ahora espérame un poco, que no estoy preparado». Me cansé de ser siempre el último punto en su lista de prioridades, de que cualquier persona recién llegada a su vida fuera más importante para él que yo. Me cansé de sus desplantes, de que se pasara días, semanas, meses, sin hablarme sin ningún motivo y me cansé, sobre todo, de que eludiera una vez tras otra, tras otra, mis intentos por solucionar las cosas. Un día, simplemente, me dije a mí misma: «esto se acabó». Y esta vez no se lo hice saber.

Me limité a seguirle el juego. A esto de ignorar podemos jugar dos. No estás solo en esta partida, chaval. Yo también sé jugar y, créeme, la victoria es mía.

Así fue como pasé de pasiva a activa en este tema, tomé las riendas de mi vida, salté de observadora a protagonista. Y ¿sabéis qué? Funcionó.

Cada día me encargaba de tener planes. Las chicas volvían a estar libres como pajaritos. ¿Qué pasó con ellas?

Sam rompió definitivamente su relación con aquel marinero de agua dulce que resultó más una rana que un príncipe de mirada azul. Los detalles no son algo que me apetezca reproducir aquí, pero solo diré que mi amiga resurgió de las cenizas como el ave fénix: más fuerte, más decidida y más libre aún si cabe y se puso su nueva chupa de cuero rosa (regalo nuestro, *of course*) y se subió a una moto bien abrazaba a un pedazo de hombretón que, desde mi escaso metro sesenta y siete, a mí me parecía un gigante. Pero que, después, era culto, tierno y cariñoso, todo lo que ella se merecía. Alguien que la tratara como la princesa que era.

Pero el idilio tampoco salió bien... Sam se había vuelto inconformista con los hombres y, tras verla volver a caer y volver a levantarse, le dimos un consejo: «¡se acabaron los hombres para ti!», al menos en relaciones estables. De ahí en adelante seríamos tres solteras en busca de diversión, de placer, de risas, ya no más tres tontas en busca del amor eterno.

Y sí, leéis bien, ¡tres solteras! A nuestra tercera en discordia, Liz, su romance con el escritor de novelas eróticas no le salió rentable. Él era buen tipo, sí, pero viajaba constantemente y siempre estaba asediado por mujeres en busca de que les firmara un autógrafo en los lugares más insospechados de su anatomía o les leyera algún caliente pasaje de una de sus novelas. Los celos estaban consumiendo casi literalmente la vitalidad de mi amiga. Sam y yo tomamos cartas en el asunto. ¡Se acabó el escritor, por muy bueno que

fuera en la cama!

Así fue como nos vimos, a principios de verano, con toda una lista de posibilidades ante nosotras. Cuando empieza un nuevo período todo es muy emocionante. Es como empezar un libro o sentarte ante un documento en blanco de Word que te mira, te reta y te dice: «si no te gusta lo que hay, escribe tu propia historia». El verano era como un cuaderno de tapas duras con un bonito estampado floral para todas nosotras. De nuevo solas, de nuevo decididas a empezar de cero y, lo más importante, de nuevo juntas.

Vestidas, maquilladas y dispuestas, como si volviéramos a ser adolescentes, nos apuntamos a la fiesta en la playa que suponía el pistoletazo de salida del verano.

Sam estaba radiante y pletórica, dispuesta a comerse el mundo o lo que se terciara. Su amigo a pilas ya no le era suficiente. Necesitaba un amigo de verdad, uno de carne y hueso, uno que te abrazara después de hacerte tocar el cielo... Espera, espera, ¡nada de abrazos! Aquí te pillo, aquí te mato y después tú a tu casa y yo a la mía. ¿Acaso no era eso lo que habíamos acordado? Solo diversión y placer, nada de enamorarse de nuevo.

Una vez aclarados todos los puntos del contrato, Sam le echó el ojo a un moreno de profundos ojos negros que no paraba de hacerle carantoñas desde el otro lado de la pista de baile. Dando un par de pasos de salsa que ya habría querido Chayanne en aquella película, el elegido llegó hasta nosotras. Le tendió la mano a mi amiga y desaparecieron entre el resto de los bailarines. Se movían con agilidad, perfectamente sincronizados, haciéndonos pensar a Liz y a mí que si eran así en todos los aspectos, sí que iban a pasar una noche divertida.

Mientras Sam se movía por la pista como Nemo en el agua, Liz no paraba de parlotear sobre lo último de su exnovio, al que seguía los pasos en Internet. «Cosas del trabajo» decía, «sus libros siguen llegando a mi librería»

¡Y una mierda! Me estaba sacando de mis casillas, yo también había pasado por esa fase, donde *Enrique* era la palabra que más salía de mi boca, era una forma de terapia que consistía en nombrarlo tanto hasta que te aburriera el tema. A mí no me funcionó y estaba segura de que a ella tampoco, así que le puse otro vodka con limón en la mano y la hice callar señalándole con la cabeza al atractivo moreno de pelo largo y perilla que nos miraba. ¡Para ti, guapa! ¡Lo mío son los morenos de pelo corto y solo en la cabeza!

El moreno de pelo corto en cuestión se llamaba Nathan, después supe que sus padres eran americanos, y tenía un atractivo extraño. No era excesivamente guapo, ni estaba cachas, pero tenía un no sé qué que me trastornó con solo decirme hola. Con aquella hipnótica sonrisa y aquellos ojos azules en los que fui capaz de perderme durante horas y horas.

Las que pasamos charlando y riendo. Era divertido, extremadamente divertido, y podría jurar que mis risas se habían oído en toda la fiesta, desde la terraza hasta el restaurante y puede que incluso la playa. Esa por la que paseamos mientras me tomaba por la cintura.

La playa siempre había tenido un significado especial para Enrique y para mí. Fue en una donde intenté dar el paso por primera vez y él me dejó en *pause* durante más de un año. Era en una donde íbamos a comer gominolas y contarnos nuestros problemas. Bueno, mejor sería decir a que yo le contara mis problemas, él jamás hablaba de sí mismo. Al menos no conmigo. Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Qué pinta Enrique aquí? Hablaba de Nathan, del enigmático, atractivo y divertido Nathan.

La noche derivó en charlas, risas y besos con lengua bajo la luna. Después nos fuimos a su casa. Eso era algo que me había enseñado Sam tiempo atrás, cuando me iniciaron esto del noble arte del sexo por sexo.

—Nunca, jamás, llesves a nadie a tu casa, no se sabe si es un pirado. —¿Y si lo es, no es peligroso que vaya yo a la suya?

Bueno, en cualquier caso, Nathan no parecía un pirado. Tenía un punto de locura, sí, pero de la buena, de la que te hace reír. ¿He dicho ya lo divertido que era?

En su casa, la noche fue todo lo que se podía esperar de un hombre como él, que además de todo lo que había dicho antes, también era imaginativo. El hombre vivía en un apartamento en lo más alto del edificio más alto de la ciudad. No sé a qué se dedicaba, pero, fuera lo que fuera, debía irle genial.

Al cruzar por aquella puerta tuve la sensación de estar entrando en el lujoso loft en Nueva York del protagonista de mi nueva serie favorita. ¡Pues menos mal que no le había llevado a mi nido de ratas!

Nathan era, como amante, todo lo que siempre había soñado y mucho más. De los que se preocupan antes por el placer de su compañera que por el suyo propio. Me llevó de su mano por un sinfín de sensaciones hasta entonces desconocidas, besando y tocando, acariciando y chupeteando en lugares de mi propio cuerpo que yo no sabía que existían. Haciéndome tocar el cielo nada menos que en cuatro o cinco ocasiones, o quizás fueran seis, ¡yo qué sé! ¡dejé de contar después del tercer orgasmo!, y dejándome luego quedarme a dormir en su enorme cama, aunque al principio de la noche dije a Sam que no, también envuelta en sus fuertes brazos, con su corazón latiendo acompasado al mismo ritmo que el mío. Así tal cual, como si de una novela de Danielle Steele se tratara. Su fuerte respiración en mi nuca, sus manos cálidas sobre mi abdomen... Me quedé tan dormida como un bebé.

Me despertó el incesante sonido de mi móvil, que sonaba desde no sabía dónde. Por un momento, la sintonía de Remington Steele que usaba como melodía se me antojó una tortura. ¡Yo no quería despertarme!

De repente, la extremadamente sensual voz de mi nuevo amante me susurró al oído:

—Nena, tu teléfono. Habla mientras te hago el desayuno. —Y me besó

antes de desaparecer por la puerta de su dormitorio.

Cuando encontré el dichoso aparato y vi la foto de Sam parpadeando en la pantalla, la memoria volvió a mí de golpe. Antes de salir la noche anterior habíamos acordado que si nos separábamos quedaríamos al día siguiente a las diez y media en la cafetería de siempre para ponernos al día. ¿Qué hora era?

—¿Dónde estás metida? Liz y yo llevamos esperándote más de una hora. ¿Se te volvieron a pegar las sábanas, dormilona?

Por todos es sabido que, de las tres, yo era la que menos aguante tenía.

—Estoy en casa de Nathan, me está preparando el desayuno y no pienso dejarle plantado para ir a tomar capuchinos con vosotras. Lo siento, chicas.

—¡Eres una traidora! ¡No podíamos quedarnos a dormir! ¡Era parte del trato! Cada mochuelo a su olivo, Lisa, fue tu maldita idea.

—Shhh no me ladres, que me duele la cabeza. No había planeado quedarme, pero... Nada, que me quedo. Os invito a merendar y os lo cuento todo, ¿vale? —Y, sin más, colgué y apagué el móvil. Nadie iba a cargarse mi fantasía del desayuno en la cama preparado por un perfecto príncipe azul, aunque hubiera sido idea mía.

El desayuno fue idílico y la separación, traumática. Me habría quedado allí para siempre, para toda mi vida en aquel castillo con aquel caballero.

Ni que decir tiene que el plantón me había costado una merienda más que consistente. Helados, cafés, donuts y no sé cuántas cosas más. ¡Par de sanguijuelas!

Nos pusimos al lío. Sam nos contó que su bailarín era muy diestro también en las artes amatorias, que era muy hippie y vivía en una auto caravana que, casualmente, tenía aparcada por ahí cerca y que quizás, después de atracarme en la merienda, pasaría por allí a por más diversión y placer. Al parecer el hippie era muy imaginativo sí, pero no vivía en un pisazo y no era tan divertido como mi Nathan.

Cuando le llegó el turno a Liz, casi nos caemos al suelo perplejas. Resulta que su amiguito, el de la perilla, se hacía llamar Vicioso y ¡vaya si lo era! Al parecer le encantaban los libros, como a ella. Esos de estilo bondage que tanto gustan a Liz y a los que yo no acabo de pillar el gusto. Al llegar a su casa, se vistió por entero de cuero negro y quiso recrear escenas de algunos de ellos. De repente, todo se volvió muy surrealista y no paraba de enseñarnos marcas que tenía por todo el cuerpo, de ataduras, de esposas... Bueno..., si ella se había divertido, de eso se trataba, ¿no? Y yo tan contenta que estaba con mi clásico chupetón en el cuello.

Aunque tuve que dejarles claro que mi Nathan era de todo menos clásico, que al misionero no lo vimos ni de lejos y que, además de todo eso, me había hecho reír.

Nathan, el hippie y Vicioso fueron nuestras primeras conquistas del verano. Y he de reconocer, aquí por escrito, que, a pesar de todo lo que pactamos y prometimos, volvimos a verlos. Repetimos con ellos. Yo hasta salí socialmente con el mío, ya sabéis, al cine, a cenar, a patinar y todas esas tonterías que se supone que no haces con un tío de una noche. Pero ¿qué le voy a hacer si soy una romántica?

Finalmente, gané el pulso a Enrique cuando más despreocupaba estaba, cuando solo me limitaba a responder a sus mensajes si era él quien los enviaba primero, cuando siempre estaba ocupada para quedar con él o que nos viéramos. Así, sin más, de la noche a la mañana, como quien no quiere la cosa, regresó a mí. Y lo hizo de una forma que me hizo entender su postura anterior.

Entendí, después de mucho tiempo de haber sufrido y llorado por él, y con la perspectiva de haber conocido a otra persona, que debía dejar de darle vueltas a nuestra relación tóxica y nociva y que nuestros sentimientos le habían venido grandes. Que quizás él nunca pensó que yo pudiera

enamorarame como lo hice.

Yo sabía que en algún momento de nuestra rara e intensa amistad él había querido que fuéramos algo más, solo que en ese momento quizás yo no estaba receptiva. También sé que mucho más tarde fui yo la que quiso ir más lejos y, entonces, él no estaba por la labor.

¿Será que románticamente nunca estuvimos en la misma página del libro? Quizás aún siga enamorada de él, puede que lo esté siempre, pero estoy cansada de ser la tonta que espera pacientemente a que un tío la vea. ¡Hola, chaval, estoy aquí, a tu lado!. El ser humano es contradictorio de narices, ¿no os parece? Tanto buscar a su otra mitad, y algunos la tienen en frente y no la ven. ¿Por qué somos invisibles ante los ojos de quien realmente nos interesa, pero luego cualquier otro nos ve como si llevásemos neones en la frente?

Capítulo 4:

Aceptando decisiones

¿Cuántas veces tiene una persona que equivocarse hasta que encuentra a su media naranja? ¿Existe realmente una mitad perfecta para cada uno? Se dice en un mito de *El Banquete de Platón* que: “en la antigüedad, la humanidad se dividía en tres géneros, el masculino, el femenino, y el andrógino (del griego Andros-Hombre y Gino-Mujer). Los seres que pertenecían a esta última clase eran redondos, con cuatro brazos, cuatro piernas, dos caras en la cabeza y, por supuesto, dos órganos sexuales. Estaban unidos por el vientre. Eran seres tan terribles por su vigor y fuerza que se sintieron suficientes para atentar contra los dioses. Puesto que Zeus no podía destruir la raza humana, dado que esta era la que adoraba a los dioses, los castigó partiéndolos por la mitad. Apolo los curó dándoles la forma actual que tienen ambos sexos y, más tarde, pasó a delante sus vergüenzas”. Que simpático Zeus, ¿eh?

Decían estos griegos que el Amor, desde tiempos inmemoriales, trata de unirlos, de manera que, cuando se encuentran, se unen de tal forma que es para toda la vida, tratando cada uno de reunirse y fundirse con el amado y convertirse de dos seres en uno, de manera que tan solo podría alcanzar la felicidad nuestra especie cuando se dé el tiempo en que la mitad de la Humanidad se encuentre con su otra mitad.

Entonces, yo me pregunto, y os pregunto a todos: ¿los que no encontramos esa mitad, qué? ¿Estamos destinados a vagar por la vida a medias? ¿Para toda la eternidad? ¿Hasta el infinito y más allá como decía Buzz Lightyear? ¡Qué agobio!

Todas estas preguntas saltan dentro de mi cabeza desde que, hace algunos meses, rompí mi, hasta entonces, idílica relación con Nathan «el

simpático».

¿Os acordáis? Le conocí una noche del verano pasado. Una noche en la que mis amigas y yo habíamos planeado simplemente encontrar un revolcón para pasar unas horas. Pero no contaba con que el mío fuera a ser un hombre encantador, que me engancho rápidamente a su forma de ser, que me hizo olvidar mi no-relación enfermiza con Enrique durante el tiempo que estuvimos juntos.

Once meses. Once maravillosos meses que pasé a su lado. Nathan era un hombre divertido, sin grandes problemas, sin muchos agobios, exitoso en su trabajo, generoso con los demás y el mejor amante que he tenido en toda mi vida. Adoraba estar entre sus brazos durante horas y horas, ¡mira que tenía aguante el chaval! A mí me ganó en unas horas y a mis amigas se las metió en el bolsillo en un par de días. Era genial.

¿Qué salió mal? Si tuviera un euro por cada vez que me he hecho esa pregunta, sería rica, riquísima. No lo sé. Sam piensa que se nos apagó la llama, que nuestra relación se convirtió en rutina, que dejó de ser una novedad y pasó a ser una más de tantas... Pero no sé si tendrá razón. Nada con Nathan era rutinario.

Pasábamos días de ensueño en carísimos spas de lujo, hacíamos escapadas de fin de semana a lugares preciosos. Era atento, un amante complaciente e imaginativo entre las sábanas, cada uno de nuestros encuentros íntimos era completamente diferente al anterior. ¿Rutina? No supe lo que significaba esa palabra en esos últimos once meses.

Pero entonces le llegó una gran oferta de trabajo. Su editorial iba a abrir una nueva sucursal en Dublín y querían que él estuviera al frente.

En aquel momento se nos planteó la gran encrucijada. ¿Le quería tanto como para irme tras él a otro país? ¿Estaba preparada para dejar mi vida, a mi familia y a mis amigos por correr tras una relación? No, no lo estaba. No lo

estaba cuando Nathan me lo propuso y no lo estoy ahora. Pero tampoco lo estaba para afrontar lo que su marcha supondría en mi vida.

No llegué a darme cuenta de lo muy enganchada que estaba a él hasta que se fue. Me pasé noches enteras llorando, días sin ganas de nada. Mis amigas trataban día tras día sacarme de casa, pero no, no me apetecía. ¿Qué iba a hacer? ¿Ir a tomar capuchinos con ellas? Eso no se podía comparar a ver una película mala con Nathan en su sofá.

Sam me llamaba cada día para contarme cómo iba su nuevo romance. Lo del hippie del verano no pasó de eso, una aventura de vacaciones.

Al llegar el invierno, el amor volvió a tocar la puerta de una de mis mejores amigas. Ansiaba una vida estable, un hombre que la amara como era, que la supiera entender, que no quisiera cortarles las alas a la mariposa que llevaba en su interior y, como sucede en los mejores cuentos de princesas, él apareció cuando menos lo esperaba.

El atractivo cocinero de su restaurante favorito le hacía ojitos desde hacía mucho tiempo y un día, así sin más, se acercó a ella y hablaron durante horas, despertando de nuevo en Sam el gusanillo, las ganas de tontear con un chico, de sonreír sin motivo, de tocarse el pelo mientras él la miraba embelesado.

Manu era un latino auténtico, era guapo y galante y sabía cómo conquistar a una mujer por el oído y por el estómago.

Yo andaba un poco perdida y tardé en conocerle, pero a Liz le gustaba mucho. Le maravillaba la forma en que trataba a Sam y lo feliz que lucía ella a su lado. Le tocó esta vez darle el visto bueno, y mejor, porque yo ya la había pifiado una vez.

En cuanto a Liz... Su historia con el vicioso veraniego se volvió un tanto rocambolesca y ella acabó por cortar por lo sano cuando le propuso que se uniera a su aquelarre de vampiros.

Entonces decidió que era mejor dejarse ir. Que no quería a más tipos

raros en su vida. Se centró en su negocio, en su familia y en nosotras. Hasta que un día, sin más, un enigmático moreno de profundos ojos negros cruzó el umbral de su librería.

Luis era el hombre más alto que habíamos visto nunca. Me imagino que debía medir por lo menos dos metros. Era fuerte, de ancha espalda y modelados bíceps. Tenía un atractivo casi animal. Parecía que sería capaz de morderte solo por decirle hola en un tono un poco alto. Era posesivo y rudo, pero resultó ser un trozo de pan. Sí, queridos lectores, un trozo de un riquísimo pan.

Luis, el salvaje, resultó ser un padre de familia. Tenía un pequeño clon suyo de seis años que se ganó rápidamente el corazón de Liz, el mío, el de Sam y el de todo el mundo con sus grandes ojos claros y su bonita sonrisa sincera.

Me enteré de todo esto ya tarde. Sam llevaba casi tres meses saliendo en serio con Manu y Liz cerca de cuatro con Luis cuando por fin me digné a quedar con ellas en nuestra cafetería de siempre para que me tiraran de las orejas y me pusieran al día.

¿Qué impulsó el cambio? Una llamada de teléfono a la que no respondí y otra que me llegó desde un lejano país.

Me había ido de vacaciones, a regañadientes, unos días con mi familia. Descanso, lectura, desconexión, todo iba bien hasta que los fantasmas de mi pasado salieron de nuevo a la luz.

Enrique y yo teníamos una relación de amistad, de nuevo, muy cordial desde hacía casi un año. Ambos nos tragamos el orgullo y las cosas iban bien. Hasta una tarde en la que me llamó y yo no respondí al teléfono.

En mi defensa, puedo alegar que estaba en la ducha y que todavía no estoy tan enamorada de mi móvil como para invitarle a ducharse conmigo. Imposible contestar y Enrique, no sé por qué motivo, se lo tomó muy mal.

Durante casi una semana no supe de él. Volví de vacaciones y me trató lo más fríamente que pudo cuando le fui a saludar a su casa. Y así día tras días hasta que, como mismo se enfadó, se le quitó el enfado y vino a casa.

Era un mal día para mí y llegó con su sonrisa arrogante y sus tonterías para hacerme reír como si nada hubiera pasado. Pero había pasado y, tristemente, tengo buena memoria, o al menos mejor que la de él cuando se trata de nosotros.

En esa ocasión, yo estaba enfadada y eso le enfureció de nuevo... ¡Vuelta a un año atrás cuando apenas nos hablábamos!

Entonces cuando peor estaba, cuando más ganas tenía de romperle la cabeza contra un bloque a ese cretino ignorante de mis sentimientos, a ese que alardeaba de mejor amigo, pero a la hora de la verdad había demostrado no tener ni la más mínima idea sobre mí, en ese momento, sonó el teléfono.

—¿Diga? —respondí cautelosa al no reconocer el número.

—¡Buenos días, preciosa! —Y ahí estaba, tras el hilo telefónico, actuando como un bálsamo para mi alma, la sensual voz de Nathan.

—¡Ey, guapo! —respondí, notando cómo mi humor cambiaba rápidamente—. No esperaba tu llamada.

—Me intereso por mis amigos, ¿sabes? Y hace mucho que no sé de ti, ¿estás bien? —Su voz, cargada de sincera preocupación, me desestabilizó por completo.

—Lo siento, Nathan, lo siento muchísimo... Fui una completa idiota y ahora... te echo de menos.

—Yo también a ti, princesa. No llores, por favor, tomaste una decisión y ya está. No te guardo rencor, todo está bien.

—¿Estás bien en Dublín? —pregunté cambiando rápidamente mi actitud, él no se merecía una escenita por teléfono.

—Es una ciudad encantadora, tengo un loft impresionante con unas

vistas que te encantarían, nena —añadió haciéndose el chulito como sabía que me encantaba.

—Sí... seguro que me gustarían. Y, oye, ¿es cierto que por la calle todos los irlandeses son morenos de ojos increíblemente azules y se parecen a Pierce Brosnan? —Oí una carcajada al otro lado y no pude contener la mía propia—. ¡No te rías! ¡Sabes que me encanta!

—Siento desilusionarte, pequeña, pero no... Aquí el único morenazo de ojos azules soy yo.

—¡Pues vaya decepción!

—¡Oye! Que te encantaba...

—Y me sigues encantando... —respondí sincera.

—Escucha, Lisa, no tengo mucho tiempo, tengo que volver al trabajo. Solo quería saber que estabas bien y contarte algo.

—Dispara. —Ahora es cuando me decía que se había enamorado de una guapa irlandesa que podría ser la hermana gemela de Pierce Brosnan y me terminaba de romper el corazón.

—Me voy a Estados Unidos.

—¿Qué? ¡Eso está aún más lejos que Irlanda! ¿Qué has hecho para que te destierren así, Nathan? Te dije que te portaras bien.

—Nada, tonta, es un ascenso. La oficina aquí está casi lista y me mandan a montar otra en Nueva York.

—Guau... ¿Nueva York? ¿En serio? ¡Ya me avisarás cuando seas tú quien publique los libros de Richard Castle! —dije bromeando para quitarle hierro al asunto—. Me alegro muchísimo por ti, te lo mereces, eres uno de los mejores editores que conozco. Tal vez un día me publique tu editorial un libro.

—Sabes que lo haría ya mismo, siempre me ha parecido que eres muy buena.

—Y tú sabes que aún no estoy en ese punto, me gusta lo que hago.

—Bueno... Cuando quieras... y, nena, sabes que Richard Castle no existe, por más que digas que tú has leído sus libros —respondió siguiendo mi broma—. Cuando quieras puedes venir a verme a dónde quiera que esté... Voy a estar unos días ahí... Tengo que pasar por la central a por unos papeles... ¿Te gustaría que nos viéramos?

—¿De eso se trata? ¿Vas a estar en la ciudad y quieres un revolcón? —dije pícaramente y ¡Dios, cómo me apetecía!, tanto que ciertas partes de mi cuerpo empezaron a aplaudir ante la posibilidad de un encuentro con él.

—No... Sabes que no, solo es que, necesito verte... Pero si ya estás con alguien o sigues queriendo ser una chica mala y meterte en la cama cada día de uno diferente, ya sabes, todo ese rollo y ya no puedes repetir conmigo o lo que sea, yo... lo entenderé.

—No hay nadie... tranquilo, yo también quiero verte. Estos meses han sido un infierno.

—¿Te aviso entonces?

—Claro... Te espero y, Nathan... —le dije antes de colgar—. Yo te quería, es solo que...

Y así, súbitamente y como pasan las cosas que no esperas, de la misma forma que Sam se enamoró del cocinero de su restaurante favorito y Liz encontró a un hombre maravilloso con cara de perro rabioso, yo lo supe. Supe por qué no me había ido a Irlanda con el hombre más maravilloso que se había cruzado en mi camino.

No estaba preparada para renunciar a mi independencia. A ese estado de plenitud que tanto me había costado conseguir. Siendo la pequeña de una gran familia, siempre estuve muy arropada, muy protegida. No podía dar ni un paso sin que alguien estuviera ahí pendiente de que no me cayera. De que no cometiera ningún error, de que no me hicieran daño.

Había estado durante mucho tiempo en una enorme burbuja de metacrilato. Rodeada de mucha gente, sobreprotegida en exceso hasta que me rebelé y grité ¡se acabó!

Tenía un trabajo que no me reportaba grandes ingresos, pero sí los suficientes para alquilar un apartamento pequeño, pequeñísimo, y comenzar a vivir mi propia vida.

Me costó muchos años aprender a conocerme a mí misma, perfilar mi propio carácter sin las influencias de las enseñanzas que tenía tan arraigadas. Me costó, pero finalmente lo conseguí.

Por eso me asusté cuando Nathan me propuso irme con él. Yo en Irlanda no tenía nada, no tenía trabajo, y si lo conseguía sería trabajando con o para él. No tenía casa, o sí, un loft impresionante con unas vistas maravillosas, pero sería ¡SU! loft, no el mío.

Por mucho que lo quisiera y por muy gratificante que fuera estar con él, no estaba preparada para volver a perderme en otra persona que no fuera yo misma.

La llamada de Nathan me hizo recapacitar. Me dio alegría y fuerza. Seríamos amigos, buenos amigos con derecho a roce cada vez que él estuviera por aquí y los dos estuviéramos libres.

Cuando quedé con las chicas, aguanté la bronca, me pusieron al día e hicimos planes. Ellas querían ayudarme a encontrar a un nuevo amante esporádico, pero yo prefería estar tranquila un tiempo, disfrutar de encuentros casuales cuando Nathan estuviera por aquí o yo fuera a verle. Si aparecía algo, bien, pero no iba a buscarlo. Ya no más.

Me cansé de la eterna búsqueda de la media naranja, de hacerme ilusiones que después yo misma me encargaba de matar. Quería disfrutar de mi independencia, de estar conmigo misma, de visitar a mi familia y de estar con mis amigas. Ahora mismo no necesitaba a ningún hombre en mi vida.

Total, seguiría siendo una mitad hasta que Cupido aprendiera a hacer bien su trabajo. ¿Me quedaría sola toda la vida? ¿Quién sabe? Tampoco es que se viva mal.

Capítulo 5: Superando asignaturas pendientes



9

Desde toda la vida he sido una chica a la que no le gusta dejar cosas pendientes. Terminé de leer un libro o ver una película, aunque sea un tormento, nunca dejo comida en el plato (mis caderas pueden dar fe de esto), luché hasta la extenuación por sacar adelante todos los proyectos en los que me meto. ¿Por qué? Porque quiero que, cuando mi vida acabe, puedan recordarme como alguien que luchó y fue constante en sus propósitos. Salvo el de la dieta, ese me cuesta.

Estudié una carrera a la que nadie más veía salida (como no) en lugar de otra que pudiera reportarme mayores ingresos, me he peleado y he llorado por mantener mi «lo que sea» (llamarlo relación me parecería mentir y no miento a mis lectores) con Enrique. ¿Por qué? Para responder a esta pregunta mejor hacer alusión al programa de la tele y decir: ¡pasapalabra! En resumen, que no me gusta dejar las cosas a medias.

Por esto, en la columna de hoy voy a compartir con todos vosotros el momento en el que superé una asignatura que tenía pendiente desde que era una adolescente.

Siempre había oído decir eso de «la venganza es un plato que se sirve frío», pero nunca había podido comprobar por mí misma lo bien que se siente una persona cuando tiene la posibilidad de comprobarlo.

A lo largo de mi vida ha habido muchas personas que han pasado y me han hecho daño: amigos, novios, amantes, profesores capullos, actores que abandonaron mis series favoritas, futbolistas que se cambiaban de equipo sin importarles el sentimiento ni los colores... Pero, sin duda, nadie me había hecho nunca tanto daño como Clark.

En honor a la verdad, he de reconocer que ese no es su nombre, solo uno que mis amigas y yo le pusimos para poder hablar de él sin que se enterase y que hoy he decidido rescatar del baúl de los recuerdos porque, aunque he disfrutado muchísimo de la venganza, tampoco me gusta hacer leña del árbol

caído.

Todo empezó hace muchos, muchos años. Tantos que tengo que pararme a hacer la resta. Descontar mentalmente... Mejor con los dedos... Casi mejor la calculadora, que soy de letras... Doce años, sí.

Esta bien podría haber sido una historia de esas bonitas de las series de Disney Channel donde una chica perfecta se enamora de un chico perfecto y cantan por los pasillos del instituto con dos amigas y un par de amigos, pero no, no es de esas. En este caso, la chica no era perfecta: rellenita, de largos y lisos cabellos negros, miope... Lo típico en una chica «no Disney» y él (que tampoco es que fuera Zac Efron) era demasiado superficial.

Clark y yo nos hicimos amigos casi inseparables cuando cursábamos la secundaria, el bachillerato fue inolvidable. Pero yo era una niña ingenua, insegura y más bien poco agraciada y a él le gustaban las chicas rubias, de ojos azules y cuerpos de impresión. Nunca fui más que su amiga y eso me destrozaba cada día. Sin saberlo, él mismo alimentaba mi tonta fantasía, siendo cada día más amable y más simpático, al mismo tiempo que me rompía el corazón cada vez que me contaba que le gustaba tal o cual fulana... Quizás eran todas santas, pero ante mis ojos eran todas unas fulanas.

Mis amigas eran siempre mi paño de lágrimas en aquella época. Los adolescentes ya de por sí tienen una extraña tendencia a estar siempre deprimidos y yo no era una excepción. Mi vida me parecía una mierda y ellas siempre estaban al pie del cañón: María y Carmen eran, y siguen siendo, dos de mis pilares básicos. A veces no sé cómo lo hacemos, pero lo hacemos. Aún hoy, cuando la vida nos ha llevado por diferentes derroteros, siempre conseguimos hacer que funcione. «Porque es real», me dicen. Y sé que tienen razón.

Me centro. María y Carmen vivieron conmigo todas las etapas de mi relación con Clark, cuando fuimos grandes amigos y cuando nos

distanciamos por la ley natural de la vida. Y, por eso, cuando un día las llamé para vernos y les conté que, doce años después, había conseguido, sin proponérmelo, vengarme de él por haberle roto el corazón a la pequeña e indefensa Lisa, no se lo podían creer. Como hace un rato que perdí el hilo de la narración, voy a empezar de nuevo...

Todo sucedió hace un par de semanas, en una nueva noche de verano cualquiera en la que, como tantas otras, Sam, Liz y yo salíamos juntas a disfrutar de una agradable velada estival.

Sam llevaba una temporada muy tranquila. La llegada de Manu a su vida había supuesto justo el cambio que buscaba. Él había aportado la combinación perfecta entre estabilidad y libertad que necesitaba en su vida. Le daba cariño, la apoyaba cuando más lo necesitaba. La verdad es que era un sol que nos tenía el corazón ganado a todas, y no solo por cómo trataba a nuestra amiga, sino por cómo era con todas nosotras. Nos aguantaba estoicamente metidas en su casa hasta las tantas los fines de semana, bebiendo, riendo y criticando a los de su género. Y, además, cocinaba para nosotras. Manu era el novio que toda chica quiere para su mejor amiga.

A pesar de la estabilidad “conyugal”, Sam no faltó a nuestra cita veraniega. Enfundada en unos vaqueros súper ceñidos que le hacían un tipo de infarto, con unos tacones de vértigo que no necesitaba, un top que dejaba toda su espalda al descubierto y el pelo suelto, mi amiga llamaba la atención de todos los hombres en la discoteca, a los que ella rechazaba con su natural forma de hacerse la interesante, después de un baile de sí, pero no, que estoy loca por mi churri.

Liz había estado saliendo con Luis durante una temporada bastante larga, pero el corazón de mi amiga se había vuelto bastante inquieto y el joven, con cara de perro con corazón de peluche, y su hijo eran demasiado tranquilos para ella. Después de su ruptura y una recuperación extraordinariamente

rápida, bajo mi punto de vista, había tenido un par de ligues y amantes ocasionales. Chicos que conocía de la librería y alguno que otro que no quiso contarnos dónde había conocido. Mi teoría era que de internet, en minúscula, y que lo negaba porque siempre renegaba de esas cosas. Sam decía que se había inscrito en una agencia matrimonial y le daba vergüenza reconocerlo. Es algo que se llevará a la tumba, supongo. Ella también se había vestido para la ocasión con una minifalda que dejaba poco a la imaginación, una blusa con un escote más que generoso y unos tacones enormes también. ¿Pero qué les pasaba esa noche con los zapatos? Así que éramos dos de caza.

Realmente no. Yo no estaba por la labor. Después de mi ruptura con Nathan no me habían quedado muchas ganas de volver a la caza. Él iba y venía y siempre que pasaba por aquí nos veíamos. Había quedado un par de veces para tomar algo y charlar con algunos amigos, para ir al cine con un chico al que conocí en un coloquio sobre periodismo (mundo que siempre me ha interesado), pero que, aunque estaba muy bueno y era muy inteligente, creo que tenía un problema con su sexualidad, o, mejor dicho, una homosexualidad no reconocida. Pero esto solo es una apreciación mía y el radar de gays lo tengo atrofiado. Un día os contaré cuando me enamoré de uno. En definitiva, nada interesante. Nada hasta esta noche.

Después de haberme pasado tres días delante del ordenador intentando escribir algo decente que entregarle a mi jefe (según Sam, si no volvía a estar en la onda amorosa no volverían mis escapadas y traidoras musas), mis cansados ojos divisaron en la barra una cara que me llamó poderosamente la atención.

Puede que hubieran pasado muchos años desde la última vez que le había visto, pero nunca jamás olvidaría aquellos ojos negros que me habían enamorado cuando tenía catorce años... Nunca. Noté un calambrazo que me recorría la espalda de arriba abajo y tensaba todo mi cuerpo. Me quedé rígida

como una tabla de madera. La respiración se me agitó y comenzaron a sudarme las manos.

—¿Nena, qué pasa? —preguntó Liz mirándome asombrada. Intuyo que, a pesar del kilo y medio de maquillaje que Sam me había puesto, debía estar pálida.

—Es...Es... —No conseguía que su nombre saliera de mis labios—. Es él —¡Estupendo! ¿Qué tenía? ¿Dieciséis años otra vez? ¿Estaba en esa fase de mi enamoramiento en la que no podía decir su nombre?

—¿Él quién, Lisa? ¿Enrique? ¡No me jodas, si nunca sale de fiesta! —increpó Sam.

—¡Querrás decir que no sale con ella...! —corrigió Liz.

—¡No! Enrique no... —«¿Quién le ha dado a Enrique vela en este entierro?», pensé nerviosa—. ¡CLARK! —les grité, pero ellas no tenían ni idea... Clark era de mi época anterior a Sam y Liz, sobre Clark, solo María y Carmen sabían. Ni corta ni, perezosa saqué el móvil del bolso ante la atónita mirada de mis amigas y mandé un WhatsApp.

Yo:

Acabo de encontrarme a Clark en una discoteca, siento que no puedo ni moverme. Me siento trasportada a aquella época, como en una de esas pelis de sábado por la tarde, atrapada en el pasado. Odio que aún me ponga en este estado.

—Ellas lo entenderán —dije.

—Y nosotras si nos explicaras quién es...

—Mi primer amor. Mi primer fracaso, a decir verdad, el que me rompió el corazón...

—¿Tú primer amor no era Enrique? —quiso saber Sam.

—No, Sam... Tuve vida antes de Enrique... y después y durante...Y ¡deja a Enrique!, ¿vale? —le reñí—. Es lo que menos necesito ahora.

—¿Y qué vas a hacer? —quiso saber Liz.

—¿Cómo que qué va a hacer? Va a calentarle y después dejarle tirado... Si te rompió el corazón, Lisa, y llevas tanto tiempo con eso dentro, ha llegado la hora de vengarse. —Sam me miró y le restableció la mirada a Liz. Esta le devolvió la sonrisa. Entre las dos me guiaron a “matar”, cual Mata Hari, de arriba abajo. Y sonrió, la verdad es que esa noche iba monísima.

Me había puesto un vestido corto de verano, negro y ajustado, tanto que parecía una segunda piel, con escote palabra de honor y el pelo recogido en un moño alto, elegante, con pendiente largos, un bonito collar rígido en color azul que me había regalado Carmen para mi cumpleaños y sandalias negras.

—Estás guapísima, pero ponte esto —me dijo Sam quitándose sus tacones de vértigo.

—Ni lo sueñes. ¿Qué quieres?, ¿que me mate? Hace siglos que no me subo a unos tacones. Además, a no ser que haya pegado un estirón, lo recuerdo bajito.

—¡Mejor! Se trata de humillarle... ¿Por qué te rompió el corazón? —preguntó imaginando la respuesta.

—Yo era fea...

—¿Lo suponía! —agregó Liz.

—Gracias, amiga —dije con ironía.

—¡No, mujer! Es porque a esas edades son todos así, seguro que en verdad eras mona.

—No, no lo era, pero bueno... —Les conté un poco por encima mientras Sam me ayudaba con sus zapatos y Liz a tomarme la copa que me habían pedido para que me envalentonara.

—¡Suerte! —gritaron. ¿Por qué me había dejado liar así por ese par de brujas?

Miré el móvil y tenía mensajes de María y Carmen:

María:

Diviértete y no dejes que te controle.

Siempre mi conciencia.

Carmen:

Pasa de él, no te merece.

Ella siempre tan buena. ¡Las adoraba!

Yo:

Nos vemos mañana en casa de María y os cuento, creo que voy a hacer una locura, pero lo necesito. Os quiero.

Y sin más me acerqué a él.

Como realmente sería darle a la noche más importancia de la que tuvo, solo contaré que el “calentarlo un poco” para después dejarle tirado acabó con Clark y yo empotrados contra la pared del baño de la discoteca haciendo algo más que calentarnos.

Mi ego sufrió un subidón que no pude controlar cuando me di cuenta de que tenía que levantar la cabeza para mirarme y cuando me tuvo que pedir que nos sentáramos en los sillones de la discoteca para poder besarme. Realmente era bajito, no sé si por los tacones de Sam o porque entre los catorce y los veintiocho yo había pegado otro estirón del que no había tenido constancia, pero Clark me quedaba pequeño.

La situación se me fue de las manos cuando la adrenalina se me juntó con el alcohol. Cuando esos ojos negros con los que había soñado durante años casi se salieron de sus órbitas al verme y no reconocirme.

Después de los primeros besos en los sofás, de los magreos, me susurró al oído que no podía más y escuché en mi interior la voz de la Lisa de dieciséis años que me gritaba: «¡hazlo por mí!», mientras que, en mi cabeza, la Lisa de casi treinta me decía «ni se te ocurra, loca»... La eterna lucha entre cabeza y corazón otra vez, Booth y Brennan^[1] de nuevo. Pero ¡qué narices!,

¡si hasta ellos habían acabado liados!

Así que pasé de mi yo de casi treinta y me convertí en mi yo de dieciséis volviendo a estar enamorada de esa rata a la que le gustaban las chicas guapas del instituto y a las que no podía aspirar, en vez de la feucha que se sentaba a su lado cada día y le canturreaba canciones de amor al oído con la esperanza de que captara el mensaje.

Y pasó... Pasó contra la pared, en el baño de una discoteca, como si realmente fuéramos un par de adolescentes que no tuviéramos un lugar dónde hacerlo, pero me dio igual.

Cuando salimos de allí me invitó a ir a su casa y acepté, solo que, al llegar a la calle, decidí poner fin a la farsa. No iba a estar jugando a ser una niña durante más tiempo.

Me paré, le solté la mano, le miré a los ojos y le dije:

—¿De verdad no sabes quién soy o estás haciéndote el loco?

—¿Debería? ¿No acabamos de conocernos hace unas horas ahí dentro, preciosa? —«Estupendo», pensé. Los años le habían vuelto imbécil. A él, que aspiraba a algo grande en la vida.

—¡Qué pena! No debí dejarte copiar los deberes, a lo mejor así habrías llegado a ser más inteligente y tener mejor memoria... —Y entonces sus ojos, que, por cierto, seguían siendo preciosos, se abrieron de par en par. Él solo me copiaba los deberes a mí, no se fiaba de nadie más, decía.

—¿Lisa? —preguntó y noté cómo le temblaba la voz.

—Yo misma... ¿Qué?, ¿sorprendido? Parece que el patito feo se convirtió en cisne...

—¡Y qué lo digas! —exclamó frotándose las manos—. ¡Estás buenísima! Bueno, y ahora... ¿sigue en pie lo de mi casa?

—No..., no sigue.

—¿Por qué? Incluso he pensado que podríamos vernos más seguido.

Salir, charlar, eso es lo que siempre has querido, ¿no? Pues mira... tanto esperar... —Lo que yo decía, tanto dejarle copiar y se había vuelto imbécil. Me reí a carcajadas en su cara.

—¿Esperar? ¿Crees que he estado esperando por ti los últimos doce años casta y pura? ¿Te crees que eres el primer idiota al que seduzco y me tiro en el baño de una discoteca? —pregunté. ¿Y esa forma de hablar? Sin querer, me miré los molidos pies, seguro que los zapatos de Sam tenían un hechizo —. Pobre gilipollas, si ya lo decía el profe de mates aquella época, que no se podía esperar mucho de ti.

—¡Oye, que tú tampoco eras buena en mates! —me encaró con poca gracia.

—Pero lo era en todo lo demás, pequeñajo, por eso me copiabas. Y ¿sabes qué? Que tú eras mi única asignatura pendiente del pasado y acabo de aprobarla así que, *bye bye* pasado. —Sin más, me di la vuelta muy digna, o todo lo digna que pude con esos zapatos asesinos que llevaba, y me fui.

Antes de irme a la cama mandé un par de mensajes a todas las chicas:

Yo:

Misión cumplida, ya os cuento.

Lo normal tras una noche así habría sido quedar con Liz y Sam para intercambiar batallitas, pero en esa ocasión no. En esa ocasión recogí a Carmen y nos fuimos las dos a casa de María. Desde hacía unos años se había unido al grupo Melisa. Ella era la mejor amiga de Pablo, el marido de María, un absoluto encanto de mujer, cariñosa y muy buena amiga, a la que acogimos como una más y para con la que no teníamos secretos. Tendríamos que ponerla al día de lo que había pasado cuando éramos adolescentes y luego ya podríamos seguir.

—Chicas, llegáis justo a tiempo, Pablo acaba de salir con la niña de paseo —nos dijo María después de los saludos.

—¿En serio? ¿Me estás queriendo decir que no voy a ver a mi sobrina? —le pregunté con la voz chillona, fingiendo un enfado que no sentía—. Esto es para ella —dije tendiéndole una bolsa de juguetería y, tras de mí, Carmen y Melisa hicieron lo mismo.

—¿Más juguetes? ¡Me la malcriáis!

—¡Para eso somos sus tías! —le contestó Carmen—. ¿Van a tardar en volver del paseo? —La pequeña de María nos tenía locas a las dos.

—Un rato, Lisa dijo que nos tenía que contar una historia muy fuerte y no es plan, que es muy pequeña. Pero cuando acabe el cotilleo le doy un toque a Pablo y que venga. Ahora desembucha, que luego te dispersas. Ya tengo el café.

—¡Qué bonitas las cortinas nuevas! —exclamé, siempre me había dado vergüenza hablar de según qué cosas, aunque fuera con mis amigas de toda la vida.

—Sí, sí —dijo Melisa, mordisqueando una galleta—, preciosas, pero al grano, Lisa, que no tenga que leer lo que pasó después en tu columna, dispara.

—Está bien: me tiré a Clark —dije con una sonrisa, mirándome los. Sí, me había vuelto a poner los zapatos mágicos de Sam.

Les conté todo lo que pasó, cómo me había quitado la espina clavada y sentía que había superado mi asignatura pendiente. Ellas se lo tomaron primero con cierta preocupación por mí, temían que me hiciera caer en una especie de enganche raro, algo así como un síndrome de Estocolmo que me mantuviera atada al recuerdo idealizado del adolescente al que amé unido al hombre con el que estuve. Pero les dije que perdieran el miedo, que ese hombre no le llegaba a la suela de los zapatos a otros hombres con los que había estado. Y entonces se rieron.

Seguimos cotilleando toda la tarde, nos reímos, recordamos anécdotas,

nos pusimos al día. Nos reñimos por no hacer planes así más a menudo, hasta que llegó Pablo con la peque y la mimamos un rato. Cuando volví a casa, recibí un mensaje que me hizo sonreír.

Después de un fin de semana en el que había estado con todas mis mejores amigas, en el que había cerrado de una patada, subida en unos altos tacones, la puerta de mi pasado y en el que me había divertido mucho, Nathan estaba de visita y quería verme. ¿Qué más se podía pedir para empezar la semana con una enorme sonrisa?

Desde aquí invito a todas las *Lisas frustradas* a dejar atrás el pasado. A vivir el presente y mirar hacia el futuro, a resarcirse de aquellas situaciones que les produzcan malestar, a quitarse las espinas clavadas, dejar a un lado esa vena de mártires que, en cierto punto, todas tenemos y a superar los traumas de la mejor forma posible, ¡pasándolo bien!

No es que la experiencia sexual con Clark haya sido de las más satisfactorias de mi vida, pero me ha aportado algo que no han hecho otras: liberación. Sí, amigas, me he liberado de una losa que llevaba cargando a la espalda durante demasiado tiempo. ¿Me sentiré igual de realizada si alguna vez me lo monto con Enrique? Debatiremos eso en futuras columnas.

Capítulo 6:

Crónica de una Carrie sin *glamour*

Siempre he sido fan de Carrie Bradshaw, sí, la protagonista de *Sexo en Nueva York*, esa que hace lo mismo que yo, pero con mucho más *glamour*, un apartamento en la mejor ciudad del mundo y millones de pares de caros zapatos en su armario. La misma que fue dando tumbos de un tío bueno a otro, y alguno feo también. Eso sí, todos muy ricos y que se enamoraban de ella con una intensidad que daba hasta miedo. Total, ¿para qué? Para que al final ella se decidiera por su Big, me pregunto si el mote, que significa grande en inglés, sería solo porque era un nuevo magnate en el mundo empresarial neoyorquino cuando se conocieron o definía... otras partes de su cuerpo también.

En fin, que aunque me gustase mucho e incluso la envidiase en algunos aspectos, yo no soy como Carrie. Entre otras cosas, no soy tan lunática. O ¿sí? Depende de a quién preguntes. Posiblemente Liz y Sam, que son las que más me aguantan, dirían que sí que lo soy, y mucho. Que me aferro a cosas sin sentido con uñas y dientes, como a Enrique. ¿Qué? Esta vez he tardado más en sacarle a relucir, ¿no?

Me muero por contaros lo que ha pasado estos días. Me hice una escapada en soledad a un retiro espiritual en unas montañas porque necesitaba reencontrarme conmigo misma después de todo lo que había pasado en mi vida.

El breve encuentro-venganza con Clark me desestabilizó por completo. Supongo que el hecho de dejarte llevar por tu yo adolescente cuando tienes casi treinta no es bueno para el chi, ni para los chacras ni para el alma, ni nada.

Me pasaba los días histérica, literalmente, y con mil paranoias en la

cabeza. Fue entonces cuando mis amigas me dijeron que era una Carrie sin *glamour*. Le di vueltas a todas las preguntas sin respuesta que se me ocurrieron. ¿Sería Clark el amor de mi vida y debería haber quedado con él? ¿Era mala persona por jugar así con sus emociones? ¿Debería cortarme el pelo y cambiármelo de color? Sam dice que cuando las mujeres estamos en crisis nos cambiamos el pelo porque sentimos que es lo único que podemos controlar en nuestra vida. Supongo que, como siempre, tiene razón, porque si no ¿a cuento de qué me surgió esa pregunta en medio de mi mar de dudas? Respuesta obvia según la lógica «samanciana»: porque eso me ayudaría a creer que tengo el control de mis decisiones- Pero ¿lo tengo?

La verdad es que últimamente vivo en una constante actitud errática. Es más, si ahora mismo me asesinaran, los policías que lo investigaran mirarían mi foto colgada en una pizarra blanca y, en base a mis idas y venidas y mis llamadas de teléfono, determinarían que me suicidé y mi asesino quedaría libre.

Debía centrarme. No podía permitir que Clark me controlase de esa manera sin estar en mi vida. Intenté olvidarlo todo con una escapada para ver a Nathan, pero ¡Nueva York está tan lejos! Traté de quedar con Enrique para... algo, no sé, aunque fuera para hablar sola mientras él hace que me escucha, pero, como siempre, estaba ocupado para mí.

Liz se había vuelto muy zen de repente. Hacía yoga, se había vuelto vegana y vestía como una hippie de los 70. Después de su periplo por un montón de nuevos amantes, que seguía sin contarnos de dónde salían, llevaba un par de semanas saliendo en serio con un chaval muy gracioso. Pero, aquí entre nosotros, a Gabriel le iba mucho lo espiritual y la meditación, sí, pero mi amiga es muy sexual y, por lo que nos había contado, todavía no habían explorado ese campo y ni intenciones se le veían al chico. ¡Este le duraba medio *Sálvame!* Si lo sabría yo.

Samantha seguía disfrutando de la vida estable que había conseguido al lado de Manu. Él era perfecto para ella y, por qué no reconocerlo, también para nosotras. Sin duda, su vida sexual seguía siendo la más interesante. Estos dos tenían una pasión y una imaginación que muchas veces nos dejaban a Liz y a mí boquiabiertas. Una tarde desaparecieron sin más de una reunión y al volver, parecían acalorados y sus mejillas estaban sonrosadas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a Sam

—Un arrebató pasional, amiga, algún día lo entenderás —me respondió con ese halo de misterio que la hacía parecer adorable.

—¿No podéis conteneros ni un rato? —cuestioné. A pesar de todo lo que había avanzado, seguía habiendo cosas que me escandalizaban.

—¿Qué te pasa, Lisa? —me dijo Manu al oído—. ¿Te da vergüenza saber que me he tirado a Samantha en el baño? —preguntó y soltó una carcajada al notar mi rubor—. ¡Siempre consigo que se ponga roja!

—¡Ya te vale, Manu! —apostilló Liz—. Un día saldrá corriendo.

—Me parece a mí que lo que necesita Lisa es un amigo de pilas, porque los de verdad siempre le salen rana —bromeó él—. Verás cómo te regalo uno y entonces te caeré bien de por vida.

—Ya me caes bien —contesté sin más, cruzando los dedos para que no se le ocurriera hacer realidad ese regalo.

Esa misma tarde, entre risas y capuchinos, las chicas me sugirieron el dichoso retiro espiritual. Más bien Liz lo sugirió y a Sam le pareció buena idea. Yo no estaba tan segura, tal y como me sentía quizás era un peligro dejarme a solas con mis pensamientos. Pero como siempre les hago caso, acabé en las montañas, pensando.

Ni que decir tiene que soy una chica más bien cosmopolita. Que, aunque sea una Carrie pobre, me gusta más la ciudad, los centros comerciales, las tiendas y las terrazas que el campo, los bichos, el aire puro y la alergia al

polen. Pero el retiro me había costado un dineral y debía, al menos, intentar amortizarlo.

Allí estaba yo. Con mis pantalones de algodón blanco y una camisa del mismo color, tres tallas más grande. Cogí aire para llenar los pulmones y acabé tosiendo atragantada. Unos cuantos compañeros me miraron con mala cara por romper su calma con mi tos y fue entonces cuando una chica se acercó a mí.

—No te preocupes —me dijo—. Son unos exagerados. Mi nombre es Ceci y vengo aquí desde hace seis años para encontrar la inspiración —se presentó con una enorme y contagiosa sonrisa. Tenía una cara muy bonita, los ojos marrones expresivos, la piel tan blanca que parecía porcelana y el pelo castaño.

—Lisa —respondí—. ¿Inspiración para qué?

—Pintar —contestó.

—Qué interesante. Yo escribo, pero estoy aquí en busca del orden en mi vida.

—Eso también es un arte —sentenció—, las dos cosas: escribir y tratar de mantener en orden la vida.

—¿Y te funciona lo de meditar y pensar para inspirarte? —¿Quién sabe? A lo mejor de esta experiencia sacaba un *best seller*.

—Aquí entre nosotras..., no siempre —me dijo bajando el tono de voz—. Seguro que me inspiraría más el verde de Escocia y los escoceses en kilt, pero ¿quién paga un viaje con los tiempos que corren, amiga? —preguntó, echándome el brazo por encima de modo protector mientras me acompañaba a mi habitación—. Lo que sí se hace aquí es ligar, se liga muchísimo.

—Vaya. Gracias por la información, Ceci.

Por un momento pensé «¿Ella también?».

De repente parecía que todas las chicas estaban obsesionadas con tener

pareja o, al menos, un lío. ¿Soy yo la única que piensa que se está mejor sola que mal acompañada? ¿Para qué nos sirve un hombre al lado? Yo ya tenía una lista de examantes ocasionales, un amor imposible, un amor del pasado y un amigo con derecho a revolcón y ¡no tengo ni treinta años! ¿Para qué más? ¿Para, como decía Meryl Streep en *Mamma Mia*, acabar con un cincuentón pitopáusico que me diga cómo tengo que vivir? ¡Pues no! Se vive mejor sola.

Después de esa charla, Ceci se proclamó mi guía y ayuda en el inmenso complejo donde estaba el retiro. He de reconocer que resultaba bonito despertar y ver todo ese verde.

Las clases de yoga fueron algo caóticas al principio, muchas veces temí acabar rompiéndome la cabeza, pero ahí estaba siempre mi nueva amiga para ayudarme. Meditar era más fácil si me dejaba llevar por el sonido de su voz, y esperaba ansiosa el momento de la tarde en el que escuchaba el ruido de sus llaves por el pasillo y venía a tomarse una infusión (es que la cafeína estaba prohibida por aquello de que es complicado hacer la media luna hasta arriba de ella, ¿sabéis?, porque al parecer, te fastidia el chi) y cotillear sobre sus ligues, que tenía muchos, por cierto.

Pero Ceci no fue la única persona a la que conocí allí. Marcus era el monitor de yoga más sexi del recinto. Todas suspiraban por sus huesos y él, ironías de la vida, el destino, el karma o el universo, puso sus increíbles ojos verdes en servidora.

Sí, a pesar de la ropa poco favorecedora y el pelo en un moño enmarañado de rizos negros, a él, hindú de nacimiento, le gusté.

Y de su mano conocí todo un nuevo mundo de sensaciones. Además del yoga, Marcus dominaba también el sexo tántrico. Cuando me lo contó, mientras cenábamos a la luz de las velas en su cabaña privada, no pude contener una carcajada. ¿En serio? ¡A las chicas iba a encantarles! Pero entonces él me miró profundamente, como tratando de leerme el alma, y dijo

que entre nosotros había una conexión y una fuerza vital muy fuerte y que, si se lo permitía, él me ayudaría a explorarla.

Y acepté. ¿Qué otra cosa iba a hacer si no? Estaba allí para encontrarme conmigo misma. Tal vez Marcus me encontraba y me guiaba hasta mí... ¡qué demonios! El hombre me ponía, y mucho. Con esos rasgos exóticos y esos ojos como esmeraldas me encendía. Mi atracción era muy carnal y la de él muy espiritual, ¿no os parece la combinación perfecta? ¿Cuándo habéis visto que se pueda armar un puzle con piezas iguales? Nunca.

Pues resultó que nuestras piezas encajaron perfectamente. ¿A que os gusta la metáfora cursi? Pues a Sam y a Liz no. Cuando a la vuelta les conté toda mi experiencia de sexo tántrico en una cabaña con vistas a un lago con un hindú guapísimo, me regañaron. ¿Os lo podéis creer? Pues yo tampoco podía.

Según ellas, el retiro tenía que ser para meditar y encontrarme, no para estar tirándome al primer guaperas que me sonriera. ¡Serán brujas! ¡Pero si me había encontrado! A mí y a Ceci, que se convirtió en una amiga increíble, y a Marcus, que me hizo el amor como nunca otro había hecho, con calma, con espiritualidad, haciendo que conectasen nuestras almas y no solo nuestros cuerpos.

Me había quedado muy satisfecha con la experiencia. En todos los aspectos. Descubrí que estar a solas conmigo no era tan malo. Que podía controlar mis pensamientos, sacar de ellos aquello que me atormentaba.

Y quizás no fuera rica o con *glamour*, como Carrie Bradshaw. Yo era pobre, ¡pero igual de lunática! Desde aquí invito a todos mis lectores a que lo hagan, a que se dediquen tiempo a sí mismos. Nunca se sabe lo que puede uno encontrar buceando en su propia alma.

Capítulo 7:

Pescando en el mar de la red

Recuerdo una canción que hablaba sobre enamorarse por Internet. Sí, sé que hay varias, pero la que tengo en la mente desde hace días es la de *Atrapados en la red*, del grupo español Tam Tam Go!

Una buena amiga mía había conocido así al que hoy es su marido. Eran casi unos niños cuando coincidieron en un chat y ella le dijo que no tenía escáner para enseñarle una foto. Y ahora, doce años después, son una pareja encantadora y tienen un niño que no podría ser más perfecto y guapo y otro bebé en camino.

Y, como el de ellos, varios casos más, pero ¿creéis que a mí me salió bien?

Dicen que conocer a tu media naranja *online* es lo que está de moda. Así que un día me inscribí en una web para encontrar pareja. Una de esas gratuitas, más que nada porque lo de pagar por buscar novio no me apetece lo más mínimo.

Os estaréis preguntando qué pasó con Marcus, el profesor de yoga hindú. Buena pregunta. Como tantas otras veces en mi vida (demasiadas, empiezo a estar harta), esa relación no salió bien. Al menos esta vez, sé el motivo.

Él era maravilloso, sí, pero maravillosamente místico. Demasiado. Y a mí tanto misticismo me volvía loca. Lejos de darme la paz que se suponía que debía sentir a su lado, estaba volviendo a estar siempre nerviosa. Marcus era un pacifista y jamás elevaba la voz, y cuando digo jamás, es jamás, ya me entendéis. Que vale que mis oídos lo agradecen pero un «me vuelves loco» gritado en el momento indicado le sube la moral, la autoestima y la libido a cualquiera. Pero no, mi hindú de ojos esmeralda no subía el tono ni para eso. Así que, un día, de muy buenas maneras y sin gritos le dije adiós y me volví a

quedar sola.

Exagerada. Realmente sola no, siempre tendré a las chicas. Mi amiga Sabrina estaba de visita. Ella es una de las mujeres más increíbles que he conocido. A pesar de ser madre a una edad bastante temprana, había conseguido sacar adelante a su hijo, dos carreras universitarias y un montón de trabajos interesantes. Ahora estaba enfrascada en nuevo proyecto y quería contar con mi ayuda.

Sabri no estaba tampoco en su mejor momento, acababa de separarse de su pareja después de muchos años juntos y se estaba acostumbrando a todo poco a poco. Yo estaba segura de que no tardaría en estar de nuevo al cien por cien, porque es una luchadora nata. Y además es guapísima. Alta, morena, de rasgos muy finos, ojos oscuros y una sonrisa encantadora. Tiene una voz tan dulce que podía haber sido locutora de radio. No tardaría en encontrar alguien que la mereciera de verdad.

—Pues yo me he apuntado a una página de Internet —les conté a las chicas. Sam se atragantó con el capuchino, Liz se rio como una posesa, Sabri me miró con recelo y Manu fue el único que habló.

—¡Tienes que estar muy desesperada! —gritó.

—En serio, Sam, ¿te lo tienes que traer siempre? —pregunté a mi amiga ignorándolo.

—Pensé que te encantaba —me reprochó ella algo seria.

—¡Y me encanta! Pero un día solo de chicas en el que solo seamos chicas estaría bien. No te ofendas, Manu —le dije con una sonrisa tímida.

—No, si ya me has ofendido.

—A ver, Lisa, céntrate. Olvida que está Manu aquí y dinos ¿por qué has hecho esa locura? —preguntó Liz. Desde que salía con Gabriel (¡seguían juntos, por asombroso que pareciera!) mi amiga era todo paz.

—De todas formas, ya me iba, solo he venido a saludar —contestó Manu

y se marchó—. Hasta después, nena. —Y, sin más, se fue, ¿sin un beso ni nada?

—A ver... —pensé—. Era sábado por la noche hace un par de meses, todas vosotras estabais ocupadas, María y Carmen también, Ceci está otra vez de retiro pintando, Enrique... —Por un segundo, callé.

—¿Enrique qué? —preguntaron al unísono las tres.

—¿Habéis oído esa frase de «ojos que no ven, Facebook te lo cuenta»? —Todas asintieron como los perritos esos que se ponen en el salpicadero del coche—. Pues supe que estaba de fiesta con sus amigos, que no tiene nada malo, claro, pero es que me había dicho que se iba a dormir temprano.

—¡Idiota! —gritó Sam, y no supe si era por él o por mí. ¿Qué le pasaría? La notaba rara.

—¡Capullo! —apostilló Liz, eso sí que iba por él.

—No entiendo que sigas aguantándole —fueron las palabras de Sabri.

—No me hagáis explicarlo otra vez, es importante para mí, punto. ¿Queréis saber el resto o no? —Otra vez las tres reaccionaron en modo perrito de salpicadero—. Pues después de rellenar todo el perfil, poner la foto y todo lo demás, me habló un chico guapísimo: Ben, se llama.

—¿Y quedaste con él y te lo tiraste esa misma noche?

—¡SAM! —grité—. No —contesté—. Yo no soy así —repliqué y la oí resoplar—. Charlamos hasta muy tarde y después seguimos charlando algunos días más.

—¿Y ya está? ¡Anda, Lisa, pensaba que había algo interesante que contar! —se quejó Liz—. Hasta yo, que estoy en modo zen desde que salgo con Gabri, pienso que eso es aburridísimo.

—Yo solo te digo que tengas cuidado, que en Internet hay mucho loco.

—Ben no está loco, y no queda ahí la historia, ¿qué os pasa hoy a todas?

—Sigue con lo del Ben ese y después te contamos nosotras.

—Pues quedé con él y nada, bien, tomamos café y hablamos mucho.

—Aburrida —canturreó Sam.

—Idos a la mierda las tres —contesté cabreada y me fui.

Es imposible hablar con ellas cuando se ponen en este plan. Lo que trataba de contarles es que Ben era un encanto. Un hombre de los pies a la cabeza, con las ideas claras y que miraba directamente a los ojos cuando hablaba.

He de reconocer que esa fue una de las cosas que más me sorprendieron de él. Estoy acostumbrada a que los tíos desvíen la mirada o presten atención a cualquier punto menos a mis ojos. Por eso, en un principio, me sentía un poco intimidada. Pero él consiguió que me relajara. La conversación fue tan fluida que pasaron cuatro horas sin que nos diéramos cuenta.

Volvimos a quedar y de nuevo el tiempo pasó volando.

Ben había estudiado en Madrid Filosofía, pero, al no encontrar trabajo relacionado con su carrera, se había buscado la vida de otra forma y curraba en una zapatería. Decía que, aunque no era lo suyo, le gustaba y le iba muy bien. ¡Y eso ya es todo un logro en los tiempos que corren!

Pero, como acabo de decir, él tenía las ideas bien claras y no, no pasaban por tener una relación de pareja. Así que, un buen día, al darme cuenta de que empezaba a estar pillada por él, me inventé una excusa y cancelé nuestra cita.

—¿No será que es gay? —preguntó Sam, hablando por primera vez en una hora que llevábamos allí. Sí, había vuelto a quedar con ellas para contárselo. ¿Qué voy a hacer? Son mis amigas.

—No, no lo es, puedo asegurarte que no lo es.

—Pues no lo entiendo, ¿qué tío no querría tener una relación contigo?
—cuestionó Liz.

—¿Quieres una lista? —dije irónica.

—¿Manu no se pasa hoy? —pregunté extrañada—. Aún me debe mi

amigo a pilas.

—No. —La respuesta de nuestra amiga fue tan tajante que las alarmas saltaron.

—¿Lo habéis dejado? —cuestioné casi asustada.

—Estamos pasando una crisis, pero no quiero hablar de eso.

—Pero nosotras sí —contesté—. Escupe.

—Estamos aburridos, ya no hacemos nada interesante juntos, todo se reduce a lo mismo de siempre. Manu se ha acomodado y ya no se molesta en conquistarme.

—Típico de los hombres —sentenció Liz.

—¿Y por qué no lo haces tú? —cuestioné y las dos me miraron raro—. Sí, todas somos muy modernas y feministas, pero a la hora de la verdad: «Manu ya no se molesta en conquistarme» —citó sus palabras—. ¿Por qué no puedes conquistarle tú a él?

—A ver, listilla de imaginación voraz, aunque más bien poca práctica, ¿qué aconsejas? —me preguntó.

—Eso, tú eres la escritora.

—Y tú tienes una librería y devoras novelas eróticas, ¡yo qué sé! —protesté—. Samantha, con lo que tú has sido...

—Por eso mismo, creo que ya lo hemos probado todo.

—No... ¡Venga ya! No te rindas, Manu es un tío que merece la pena.

—Si tanto te gusta, ¡quédatelo! —me soltó y se levantó para irse.

—Me gusta para ti, no para mí, no es mi tipo. Además, he conocido a alguien.

—¿Otra vez? —exclamaron a la vez y Sam me guiñó el ojo a modo de agradecimiento, sabía que el tema de su crisis la estaba poniendo nerviosa y que era mejor ir a otra cosa.

—Es lo que tiene el Internet, que es un mar enorme con un montón de

peces.

Mi segunda intentona de encontrar novio online se llamaba Andrés y era de otra ciudad. Era atento y desde el primer momento conectamos. Tenía una hija encantadora y no había día en el que no me levantara y tuviera un mensaje suyo dándome los buenos días. Lo que a muchas de mis amigas les parecía agobiante, a mí me gustaba muchísimo.

¿Dónde estuvo el problema con él? En que tenía prisa. Después de un mes de hablar solo por WhatsApp él quería dejarlo todo para mudarse aquí e intentó confesarme su amor. ¿Y yo?

A mí no me había dado tiempo a descubrir si él me gustaba o solo era por cómo me hacía sentir con sus palabras, por cómo me trataba aun estando lejos cuando otros, como Enrique, por ejemplo, pasaban de mí otra vez, a pesar de estar tan cerca.

Intenté frenarle un poco, pero él se lo tomó como un rechazo y no tardó en buscarse a otra que le entendiera. Y, una vez superado el *shock*, me alegré por ellos. Sé que ella le hará feliz como se merece, es un buen hombre.

Ni que decir tiene que no hay dos sin tres. Como en todo, en ligar por Internet hay cosas buenas y otras malas. La mejor era, sin duda, la de estar de caza sin tener que subirte a los tacones y pasarte una hora arreglándote. Se conocía gente interesante. Aunque mucho loco también, que mi tercer intento no pasó de una discusión por teléfono sobre quién debía recoger a quién y dónde y luego un té frío en una terraza bonita, porque después de eso, el chaval desapareció...

Pero claro, también tiene su lado malo. Y no es precisamente el de los locos. Es el de las mentiras. Nunca se puede estar al cien por cien segura que todo lo que te están contando los que están al otro lado de la pantalla sea cierto. Como también puede ser falso lo que cuentas tú.

Porque sí, *mea culpa*, asumo que alguna mentirita he dicho. Aunque sea

para resultar más interesante. Alguna piadosa que no llega a ninguna parte.

Finalmente, decidí dejar de pescar en el mar de la red. Quedé con las chicas para contarles la última y todavía se están riendo de mí. Sam sigue en crisis con Manu, pero estoy segura de que lo arreglarán, están hechos el uno para el otro. Liz se ha ido con Gabri a meditar y hace más de una semana que no sabemos nada de ella. Si algo aprendí de mi breve, pero intensa relación con Marcus es que tanto pensar no es bueno, ¡a saber cómo van a acabar esos dos! Y Sabri está superando muy bien su ruptura, centrada en su proyecto y en su familia; le irá bien.

¿Y yo? A esa pregunta no puedo responder ahora mismo. He salido muy escaldada de mis intentos de ligues en la red, pero, aun así, invito a todas las chicas que quieran a intentarlo, no deja de ser una forma de conocer gente. Ben y Andrés son ahora grandes amigos míos y, bueno..., ¿quién dice que no se puede tener un ciber-amante con el que solo jugar online?

Capítulo 8: El amor es una mierda



Hoy he decidido compartir con vosotros mi gran descubrimiento. Algo que, aunque lleva mucho tiempo rondándome, me he negado a aceptar hasta este momento: el amor es una mierda.

Y ¿por qué? Pensaréis, pues por muchas razones, tantas que, si las enumero aquí, en lugar de una columna, escribía un libro. Uno lleno de negatividad y mal rollo. Así que voy a centrarme en unos pocos puntos y tratar de contarlos desde un punto de vista divertido.

Punto número uno: el amor eterno no ya no existe. Ese tipo de relación que tuvieron nuestros padres, que los llevaba a estar todo el día a la greña, pero luego no podían vivir el uno sin el otro, ¡olvidadlo! Jamás tendremos algo así. ¿Por qué? Pues es sencillo: no aguantamos nada. Ante el primer problema, los jóvenes salimos corriendo. Voy a usar el ejemplo de Sam y Manu. Sí, siguen en crisis y Liz y yo estamos muy preocupadas, porque, aunque nuestra amiga es fuerte y siempre nos muestra buena cara, sabemos que no está bien.

Ayer salimos de fiesta. Las tres juntas y solas, como hacía mucho tiempo que no hacíamos. Al empezar la noche, las pautas fueron las mismas de siempre, esas que después no solemos cumplir: si alguna pilla cacho, no debe pasar de una noche de pasión y sexo. Bien, sí, sí, como siempre. Todas sabemos que la última vez que dije «sí, sí» a esa premisa acabé once meses saliendo con mi amante de una sola noche, que aún nos vemos de manera esporádica cuando viene a la ciudad y... bueno, eso, que somos amantes de una noche.

Estuvimos bebiendo y bailando hasta que a Sam se le acercó un chaval muy mono. Era muy moreno y con los ojos muy oscuros. La vi coquetear con él, remolonear, haciéndose la interesante cuando se le acercaba con alguna intención, romántica y reír mucho. Pero, en el fondo, yo sabía lo que estaba pensando. En Manu.

Ellos se quieren, muchísimo, lo sé, en las últimas semanas he sido paño de lágrimas de los dos. Pero, entonces, ¿por qué no siguen juntos como antes? Pues porque ninguno quiere dar su brazo a torcer. Ella dice que él ya no hace nada por salir de la rutina y él dice que ella frena todos sus avances, que está cerrada en banda.

Oye, ¿y hablar? Algo tan simple no parece pasar por sus cabezas. Sentarse y hablar de sus problemas para solucionarlos. Pero no, ninguno está por la labor.

Ellos son mi pareja de referencia. Mi pareja actual de referencia ahora que, como he dicho al principio, amores como los que tienen nuestros padres no se viven.

Después de que mi actriz favorita y su marido se separasen tras más de veinte años juntos, después de que hasta la cerdita Peggy y la rana Gustavo se separaran, ¿ahora Manu y Sam? ¿Cómo esperáis que yo, que doy tumbos, palos de ciego y todos los intentos me salen mal, crea en el amor después de estos precedentes?

Ni que decir tiene que la noche de fiesta acabó bien. Liz, que se había cansado del vegano meditador, tal y como ya habíamos vaticinado nosotras, se había ido con uno. Vino corriendo a donde estaba bailando yo con unos conocidos que me encontré por ahí y me dijo que había encontrado un “empotrador” y que se iba. Todavía estoy tratando de entender qué significa eso. Pero, en fin, Sam se dejó acompañar por el guapo moreno a casa, pero le dejó en la puerta con un palmo de narices y... de otra cosa. Y yo... volví a mi piso sola. No estaba para romances.

A estas alturas de la película y después de tanto contaros mis penas, ya os tenéis que imaginar que, cuando me pongo en este plan, es porque algo pasa. Algo que generalmente tiene que ver con Enrique.

Pues sí, no os equivocáis. Él me había roto el corazón. Y lo había hecho,

como tantas otras veces, sin querer, o no.

Para no alargar mucho la historia, alguien muy importante para mí había pasado por un mal momento y yo sentí que él no había estado a la altura. Aunque no lo parezca, soy una persona frágil y cuando me necesitan estoy, pero también necesito que alguien esté para mí. Él no solo no lo estaba, sino que se paseaba con su nueva amiguita por ahí. De repente, todo el mundo decía que alguna vez los había visto juntos. Me sentí herida y traicionada. Como la mujer a la que ponen los cuernos y es la última en enterarse.

Esa noche, alguien a quien estaba empezando a conocer me invitó a dormir y fue gracias a Liz que no cometí el error de aceptar y acabar haciendo vete a saber qué con un casi desconocido solo por despecho. Porque irte a la cama con un tío al que conoces en un ambiente distendido y de fiesta es una cosa, pero irte con alguien por despecho es otra. O eso dicen las chicas. Yo, en ese momento, solo quería que alguien me quisiera como no hacía él.

Lo que me lleva al segundo punto de por qué el amor es una mierda: no siempre es bidireccional. Es decir, tú te enamoras de una persona, pero nada garantiza que esa persona se enamore también de ti.

Enrique no está enamorado de mí. Esta es una máxima que me repito cada día como un mantra. Lo tengo claro, pero después están los sueños en los que se me cuele. Los buenos en los que sí me ama y los malos en los que sufre algún accidente horrible y se va sin que podamos aclarar nada.

Mi amiga Luna es una chica diferente. Ella se define como rara, pero yo siempre le digo que es especial. Así que hemos llegado a la conclusión de que es especial dentro de su rareza. Me presentó a un amigo suyo, un chico interesante y culto que en algunos aspectos me recordó mucho a Nathan. Pasamos una velada increíble, pero ¿sabéis qué pasó después? Que le dijo que él era demasiado canalla para una chica tan buena como yo. ¿Habéis

escuchado alguna vez una excusa que fuera tan mala, pero tan divertida al mismo tiempo?

Yo no. Lo que me lleva al punto tres. El amor es una mierda porque no es como en las novelas románticas que todas adoramos leer. En la famosa trilogía de *Cincuenta sombras*, el atormentado Christian Grey es un tarado emocional, mucho peor que un simple canalla, y Anastasia es todo candor. Yo no soy tan pánfila como ella, pero, aun así, resulto demasiado buena para alguien. ¡Seré mala y canalla a partir de ahora!

Y voy a empezar por Enrique. Volveré a jugar a su juego. Siempre he tratado de ser discreta en mis relaciones por la absurda idea que me han metido en la cabeza de que él me ama en secreto. Jamás le he hablado de Nathan, ni de Marcus, ni de mis ligues por Internet, ni de mis rollos de una noche para que no sufriera, pero ¿ha pensado él en mi sufrimiento? ¿Pensaba en mí cuando me dejó tirada mientras pasaba por un bache? ¿O cuando vi a su “nueva mejor amiga” salir de su recién estrenada casa, a la que a mí no me ha invitado? No, él nunca piensa en mí y quizá ya es hora de que yo tampoco piense más en él.

He reunido a las chicas para contarles mi decisión. Sam ha llegado con una enorme sonrisa en la cara y, solo unos minutos después, ha aparecido Manu.

—Hemos estado hablando y otras cosas que no son hablar —dijo mi amiga con una sonrisa pícar—. Y hemos llegado a la conclusión de que tenías razón, solo teníamos que darnos un tiempo y salir de la rutina, así que nos vamos unos días a un balneario.

—Gracias por apoyarnos, Lisa —añadió él, sacando de su mochila un paquete—. Te lo debía. —Noté como mi cara cambiaba en tres tonos de rojo diferente. Lo había hecho, el muy capullo había sido capaz de regalarme un amigo a pilas, como nos gustaba llamarlo—. Espero que mi colega te trate

bien y paséis unas noches ardientes de pasión.

—No esperes que te dé las gracias por esto, ¡me muero de vergüenza!
—añadí guardando rápidamente el juguete en mi bolso.

—Yo quiero uno —gritó Liz—. ¡Vamos, a mi empotrador le encantará!

—¿Qué es eso de empotrador? —pregunté, aunque miedo me daba.

—Pues que le gusta empotrarme. —Abrí muchos los ojos—. ¡Ay, Lisa, hija, qué sosa eres!

—Le encanta hacérselo contra la pared. En plan a lo bestia, empujón y ¡zas! Dentro.

—¡Qué brutas! —exclamé escandalizada—. Os informo que he decidido romper con Enrique, se acabó, me cansé de él y sus estupideces.

—¿Otra vez? —preguntaron a dúo.

Y esa pregunta me hizo pensar. ¿Cuántas veces había tomado esta decisión? ¿Y cuántas había vuelto a caer? Las chicas ya no me creían. Luna, que tenía algo de psicóloga, decía que él sufría una especie de síndrome de Peter Pan y se negaba a madurar. Carmen, María, Melisa, Sabri, Ceci..., todas mis amigas más cercanas estaban cansadas de oírme decir «he superado lo de Enrique».

No sé cómo explicarles que siento que esta vez es la definitiva. Que, en esta ocasión, su falta de interés ante personas que me importan mucho ha sido la gota que colmó el vaso. Verle de aquí para allá con su amiga, esa que me mira con una arrogancia y una suficiencia que me pone enferma, ha terminado de matar los últimos sentimientos que tenía por él.

Ahora solo pienso en ser su amiga. No la mejor, no una especial, simplemente una más. A la que vendrá cuando le dé la gana y cuando no, ignoraré. ¿Qué voy a hacerle? Él es así. Es mi Peter Pan.

Una vez leí en una novela que la protagonista, para superar un hecho fatídico en su vida, escribió una carta de despedida, así que decidí hacer lo

mismo.

Hoy decido liberarte.

Vuela alto, Peter Pan, sigue tu camino hasta donde te lleve el polvo de hadas.

Continúa tu vida en Nunca Jamás, donde solo juegas, sin responsabilidades, sin amor, sin ataduras, sin pasión.

Sigue adelante sin mí. Ya me cansé de ser tu Campanilla, eterna enamorada. Me cansé de perseguir piratas y dejarme encandilar por cantos de sirena viviendo en una eterna fantasía.

Lo siento, Peter, pero yo sí quiero crecer. Sí, anhelo una vida en la que pueda tener algo más que sueños pendientes por cumplir. Deseo ser responsable y tener a alguien dispuesto a caminar a mi lado sin perseguir a su propia sombra.

Esta noche elijo ser princesa de un cuento real en el que un príncipe sea capaz de mirarme a los ojos y decir «te quiero». Elijo ser la prioridad de alguien (la mía, por ejemplo), elijo tener ilusión y fe en quien está a mi lado. Elijo a quien me elija.

Esta noche, Peter, te dejo volar hacia Nunca Jamás y acepto tu decisión de no querer crecer. De seguir siendo un niño que no se siente atraído por la pasión. Quiero sentir y por eso renuncio a ser tu Campanilla. Hoy, como Wendy, yo decido vivir.

Y, como por invocación divina, después de escribir estas páginas, sonó el teléfono.

—Ey, preciosa. —La voz de Nathan siempre me daba mucha energía.

—Ey, forastero —contesté.

—Estoy en la ciudad tres días y pensé ¿qué mejor que pasarlos con mi chica favorita?

—Conozco un retiro maravilloso —le comenté. Normalmente habría

bromeado con él diciéndole que si solo me llamaba porque necesitaba un polvo en su visita, pero no esa noche cuando acabo de dejar marchar a Peter Pan. Esta noche necesito que me quieran, que me hagan sentir viva y vibrar mientras unas manos tocan mi cuerpo con reverencia. Necesito sentirme querida.

—Perfecto, te recojo y vamos.

—Estaré lista.

Enseguida llamé a Ceci para que me reservaran una cabaña en el retiro. La quería con vistas al lago y sin actividades extras. Ya nos encargaríamos nosotros de la actividad. Metí un par de cosas en una bolsa de deportes que tenía y nunca usaba, miré al cajón donde había puesto, aún sin sacar de la caja, el regalo de Manu y pensé: ¿por qué no?

Capítulo 9:

Patrick, el irlandés de ojos azules

El mundo no deja de girar. No lo hace nunca. Por nadie. Las personas, nacen, crecen, viven, mueren y el mundo no para de dar vueltas. Es el ciclo de la vida, como decían en *El Rey León*.

Y una de esas tantas vueltas me ha hecho tropezarme con gente maravillosa (y otros tantos que mejor olvidar). Esta semana he decidido escribiros una columna positiva. No todo es malo en el mundo de Lisa.

A la vuelta de los tres días en el retiro con Nathan, él volvió a irse. Nueva York, qué lejos suena, y, una vez más, me pidió que me fuera con él. Pero yo seguía empeñada en ser independiente, lo de dejar mi vida y mi trabajo por correr tras un hombre seguía sin estar en mis planes.

Aunque él fuera un encanto. Como dice la letra de una canción de Vanesa Martín «mi amante paciente» nunca se cansaba de intentarlo.

Como decía, los días de ocio acabaron y había que volver a la realidad. Al llegar de nuevo a la civilización y tras despedirme de Nathan en el aeropuerto con un beso que me dejó temblando de anhelo por algo más, encendí el móvil. El dichoso aparatito del demonio me ponía a veces muy nerviosa.

Sí, siempre había sido adicta a él, pero, en ocasiones, cuando lo que me apetecía era estar tranquila, tomando algo con las chicas o sola con mis pensamientos, me ponía histérica comprobar después que tenía un montón de mensajes y llamadas perdidas. Es así, es la ley de Murphy de los teléfonos: tenlo pegado a la mano y nadie se acordará de ti, déjalo aparcado unas horas y te llamará hasta tu tía abuela del pueblo con la que hace un milenio que no hablas porque no tiene cobertura.

Después de tres días, os podéis imaginar el caos. Eché un vistazo rápido:

Samantha y Manu me mandaban fotos desde el balneario, Liz decía que me quería contar algo súper importante. Mi madre que si ya podía denunciar mi desaparición, mis hermanas que mis sobrinos me echaban de menos, Ceci para decirme que cerrara la ventana de la cabaña que, aunque está muy bueno, estaba cansada de verle el culo a mi chico. «¡JA! Lo siento, guapa, no lo vi».

Iba caminando por el aeropuerto así, distraída, cuando, ¡¡pum!!, me di de bruces contra alguien, caí al suelo y me torcí un tobillo. Levanté la cabeza para gritarle «¡gilipollas!» y, entonces, los ojos azules más bonitos que había visto nunca (sí, sé que lo he dicho de muchos, pero esta vez es la buena) me miraron atravesándome el alma como un rayo. Eso ha sonado realmente muy cursi, ¿no? Seguid leyendo y entenderéis el motivo

El ejemplar de hombre más hermoso que había visto nunca se acercó a mí. Me dijo que era médico, se llamaba Patrick, acababa de aterrizar de Dublín y que si necesitaba ayuda.

Le miré y mis pensamientos se ahogaron en el mar de sus ojos. Eran impresionantes. Intenté hablar, pero de mi garganta no salía ningún sonido, y mucho menos en inglés. Tartamudeé que me había torcido el tobillo y que estaba bien. Intenté levantarme, más mi pie se negó a sostenerme y fue entonces cuando sus brazos me agarraron y una descarga eléctrica me sacudió el cuerpo.

Este es el tipo de cosas que he leído en los libros románticos desde que empecé mi andadura como lectora, pero nunca pude imaginar que algo así podría pasar en la vida real, y menos a mí.

Muy solícito, Patrick volvió a hablarme, me preguntó si sabía hablar inglés. «En teoría sí», pensé... y al parecer también lo dije en voz alta.

—¿Española? —me preguntó.

—Yes, yes —conseguí decir al fin.

—Soy Patrick O’Callaghan, encantado de conocerla —me dijo en un perfecto español con un leve acento irlandés que me puso a mil.

Me miró el pie y determinó que no era nada, pero, si quería estar más tranquila, podía acompañarme a que me hicieran una radiografía. Por supuesto, le dije que no era necesario. Me ayudó a levantarme y me acompañó andando, muy despacio, hasta mi coche. Todo un caballero andante.

Por el camino hablamos de todo un poco, menos mal que había aparcado lejos. Me contó que su padre era irlandés y su madre española, que él y su hermana habían estudiado unos años en mi país y por eso hablaba bien el idioma. Era una maravilla, porque mi inglés parecía haberse quedado bloqueado ante la fuerza de aquellos ojos azules.

Al llegar a la puerta de mi coche, no quería separarme de él. No quería que se fuera. Él parecía estar pensando lo mismo, porque alargó la mano, sacándose del bolsillo de la chaqueta unas tarjetas identificativas y me dio una:

—Llámame si te da problemas el pie, o llámame para tomar un café. Conozco un pub donde sirven el mejor café irlandés que puedas encontrar en esta ciudad, siempre que vengo paso por allí. —Solo asentí. Parecía idiota.

Conduje de manera automática sin poder quitarme de la cabeza esos ojos, ese acento y todo el conjunto de preciosidades que formaban el cuerpo de Patrick O’Callaghan. Tenía el pelo muy negro y la piel blanca. La mandíbula cuadrada y el cuerpo bien definido, sin llegar a ser musculoso. Lo tenía todo. Además, vestía un traje de chaqueta y corbata que le sentaban como un guante. Sin darme cuenta, llegué a donde me esperaban las chicas para ponernos al día.

Samantha estaba radiante. Morena y con ese brillo que salía de sus ojos cuando estaba realmente feliz. Su reconciliación en el balneario con Manu le

había devuelto la vida. Al parecer, el chico había escuchado todas sus quejas y se había puesto manos a la obra para darle lo que ella demandaba.

—Ha sido perfecto —sentenció, y Liz y yo nos quedamos esperando que nos diera más detalles, los escabrosos, como siempre hacía, pero no—. ¿Qué queréis? ¡Cotillas!

—Siempre nos lo cuentas todo —me quejé.

—Y te escandalizas, sales corriendo.

—Yo no —apostilló Liz.

—Solo os diré que se ha leído la saga de *Amos y mazmorras*... —dijo y se rio.

—¿Os vais a pasar al sado? —cuestionó Liz.

—Hay que probar de todo —sentenció—. ¿Y vosotras qué?

—Nathan no defrauda —dije—. Como siempre, es el mejor amante que he tenido.

—Y podría ser algo más si no fueras tan cabezota.

—Independiente, amigas, que no es lo mismo —dije—. ¿Lizzi? ¿Te han empotrado mucho estos días? —pregunté en referencia a su último ligue al que llamaba “empotrador”.

—Nah, le he dejado.

—¡¿Qué?! —chillamos las dos a la vez.

—Me aburría, siempre lo mismo, estoy cansada de los tíos.

—¿Vas a hacerte lesbiana? —preguntó Sam.

—No, voy a comprarme un perro y estar un tiempo sin pareja.

—No te creo —le dije con seguridad.

—Al perro no te lo puedes tirar, lo sabes, ¿no?

—Hay otras cosas para eso, tengo un arsenal en mi cajón —contestó sin más.

—Por cierto, Lisa, ¿qué tal tu amigo a pilas?

—¡Eso no se pregunta!

—¡Sosa!

—Pasad de mí las dos —les respondí levantándome para irme.

Los días iban pasando y todo iba como la seda. Me había metido de lleno en el proyecto de Sabri y me encantaba mi trabajo, me permitía conocer a un montón de gente interesante. Pero siempre hay personas a las que cuesta dejar atrás.

Él... Enrique seguía siendo mi dolor de cabeza.

Un sábado cualquiera, las chicas me invitaron a cenar. Pero no, no era un día más, era mi cumpleaños. Mi veintinueve cumpleaños. Estaba a un saltito de los treinta, a un solo paso de cambiar de década y mis amigas quisieron que celebrara mis últimos “veinti...” con una gran fiesta. Así que me dieron una sorpresa.

Reunieron en un mismo lugar a personas de diferentes épocas y momentos de mi vida: amigos, excompañeros de universidad y de trabajo, exnovios, examantes con los que aún tenía una buena relación, hasta colocaron una pantalla gigante donde proyectaron un vídeo de Nathan mandándome un mensaje desde Nueva York. Estaban todos, menos él.

Una vez superada la sorpresa y cuando ya todo el mundo estaba animado, le mandé un WhatsApp.

Yo:

¿Por qué no estás en mi fiesta?.

Alegó que tenía trabajo al día siguiente temprano y que prefería irse a dormir pronto. Esa excusa ya me la conocía, eran muchos los años que llevaba lidiando con él. Algunas veces era verdad, otras era mentira. Lo acepté sin darle más vueltas y quedamos en que se pasaría por casa al día siguiente para darme mi regalo. No hizo falta.

La noche de mi casi despedida de la década de los veinte, después de una

fiesta maravillosa, algunos valientes decidimos seguir en un local y, entonces, él me rompió el corazón.

Mientras estábamos en la discoteca, le vi bailando como un loco acompañado de un montón de gente. Mis ojos no daban crédito a lo que veían, mi cerebro no procesaba esa información y mi corazón hizo crac y se partió. Las chicas querían matarlo y tuve que contenerlas cuando se me acercó.

Me miró, le miré y las lágrimas salieron de mis ojos sin que pudiera controlarlas. Una sola frase salió de sus labios:

—Me obligaron —Y otra sola de los míos.

—Vete a la mierda. —Y me fui a casa deshecha en lágrimas.

Mi teléfono empezó a sonar, colgué y lo puse en silencio. Después comenzaron los WhatsApp pidiendo perdón, los ignoré, hasta que, harta de que el maldito cacharro se iluminara y no me dejara dormir (como si pudiera de todas formas), respondí tajantemente:

Yo:

No me interesan tus excusas, ni tu perdón, tengo que dormir.

Los mensajes dejaron de llegar... No volví a saber nada más de él.

Hasta hoy. Me desperté temprano, como cada día, para dar mi paseo matutino por la playa (era un hábito extraño en mí que había adquirido después de mi paso por el retiro espíritu-sexual de meses atrás), a pesar de que era sábado. Estaba agitada y nerviosa. Esa noche había vuelto a soñar que nos besábamos, maldito fuera. A pesar de que juraba que le había sacado de mi corazón, a mi subconsciente le gustaba jugarme malas pasadas.

Cogí el teléfono para apagar la alarma y me fijé que tenía un par de WhatsApp. Suyos. «Mierda, tendría que haberle bloqueado», me dije enfadada.

Enrique:

Hola, me he enterado de que te va muy bien, que eres muy feliz y estás encantada. A pesar de toda esa felicidad que dicen que te brota por todos los poros de la piel, ¿sigues enfadada con tu mejor amigo?.

Respiré hondo antes de lanzarme a contestarle. «cínico cabrón», que fue lo primero que se me vino a la cabeza. Uno, dos, tres... Así hasta diez y respondí:

Yo:

Si mi mejor amigo no hubiera sido un capullo mentiroso, quizá podría compartir con él toda esta alegría que otros le han dicho que irradia, pero lo fue. Gracias por preocuparte por mí, amable desconocido.

Enrique:

No seas orgullosa, nena.

Yo:

No me llames nena y no vuelvas a escribirme.

Y, sin esperar su respuesta, le bloqueé.

Llegué hasta la orilla y me senté tras quitarme los zapatos. Dejé que el agua me mojara los pies. Mientras miles de molestas cosas revoloteaban en mi cabeza. El líquido cristalino subía y bajaba mientras yo lo miraba sin verlo.

Me asusté cuando alguien me tocó el hombro. Alcé la vista y vi el mismo color del mar en unos ojos que parecían sonreírme.

—Hola —me dijo, y de nuevo su acento irlandés hizo que sintiera mariposas en el estómago y en otros lugares menos castos de mi cuerpo—. ¿Puedo sentarme? —preguntó haciendo gala de unos refinados modales.

—Claro, la playa no es mía —dije en un mal tono.

—Lo siento, pareces triste y pensé que podríamos hablar un rato, pero si estás de mal humor, mejor no te molesto —contestó haciendo amago de levantarse.

—No, espera. —Le paré—. Perdóname, está siendo un mal día y, bueno, no debí hablarte así, no es tu culpa.

—¿Solo son las nueve y media y ya has catalogado este precioso y soleado sábado como mal día? —inquirió con esa sonrisa que hacía que me temblara todo.

—Soy una pesimista —respondí encogiéndome de hombros.

—Pues yo soy un optimista... Uno que aún espera que le llames.

—Lo siento, Patrick, he estado muy liada y no sabía que ibas a quedarte tanto tiempo, pensé que estabas de paso —expliqué.

Y no le mentía, aquel día que nos conocimos en el aeropuerto (cuando me di de bruces contra él, para ser exactos) creí que solo era un turista y que no volvería verle, pero lo cierto es que no había dejado de pensar en él.

—He venido para trabajar aquí una larga temporada —me informó y una sonrisa se escapó de mis labios sin permiso—. ¿Hoy estás ocupada? —preguntó y yo negué—. Pues vamos, te invito a desayunar. —Se levantó y me tendió la mano, que acepté sin vacilar.

Y así, sin haberlo planeado, el que había comenzado como un mal día ha acabado siendo uno de los mejores de mi vida.

Y es así, queridos lectores, como pasan las mejores cosas en la vida. Por casualidad, sin planearlo, me tropecé en un aeropuerto con un hombre magnífico. Y ese día me lo volví a encontrar. Pasamos una jornada extraordinaria y entendí algo que le escuché cantar una vez a Melendi: «llegaste cuando más necesitaba, cuando la vida me ahogaba». Pues sí, tenía razón aquel macarra de gran corazón al que tanto me gustaba escuchar. En ese momento, Patrick apareció en aquella playa, como por invocación divina, cuando más le necesitaba.

Cuando me dejó en casa con un beso estremecedor, respondí a los mil mensajes que tenía de las chicas (todas preocupadas por si tomaba alguna

decisión loca dejándome llevar por el corazón roto) con una sola frase:

Yo:

Se llama Patrick y tiene los ojos más azules que he visto en mi vida.

Capítulo 10:

Táim i ngrá leat

¿El cielo siempre ha sido tan azul? ¿Los pajaritos siempre han cantado tanto? ¿El sol siempre ha sido así de amarillo? ¿Y la luna? ¿Siempre ha sido tan impresionante? Todas estas son las preguntas que me hago cada mañana al despertarme últimamente. ¿El motivo? ¡No lo sé! La vida es maravillosa.

Patrick llegó a mi vida para convertirla en un cúmulo de sensaciones que tenía completamente olvidadas. Nada es igual desde que mi irlandés de ojos de mar me atropelló por el aeropuerto. O yo le atropellé a él, en este punto nunca nos ponemos de acuerdo. ¡Qué más da! Existe. El hombre perfecto con el que siempre había soñado existe. Y, como siempre me decía todo el mundo y yo no quería creer, llegó cuando tuvo que llegar y sin buscarlo.

Samantha y Liz me tacharon de loca, de retrógrada y de haber retrocedido varios años en mi evolución como mujer liberal del siglo XXI y todo porque he decidido ir despacio con él. Paso a paso, conocernos, tontear, tener citas, ir al cine. Quiero que me conquiste y me mime. Podrá sonar egoísta y raro. Pero creo que es lo que me merezco.

Ellas no entienden que no me lo haya llevado a la cama ya. A veces parece que lo reduzcan todo a eso.

Liz sigue en época de soledad. Finalmente se compró un perro, un schnauzer negro que está como una cabra, y que además me odia y me produce una alergia bestial. Pero cumple su labor. Le hace compañía. Pasean juntos, ven la tele, leen... Bueno, él no lee, aunque no descarto que ella lo haga en voz alta para los dos.

El punto aquí es que la abstinencia autoimpuesta la está matando. Y está desquiciada. Por más que ella diga que no. Que con sus juguetes y su imaginación tiene suficiente. ¡¡JA!! Me rio en su cara, esta pide a gritos un

hombre, lo sé. No nos creemos su autodeterminación.

Sam y yo le hemos aconsejado que se busque un amigo con derecho a *folleteo*. Si no quiere tener un novio, bueno, que por lo menos se consuele. Pero la muy cabezota sigue empeñada en que no. ¡Estoy deseando ver cómo acaba!

Samantha y Manu están viviendo una época de actividad sexual que empieza a ser hasta preocupante. Ella luce feliz, pero al mismo tiempo delgadísima. Se han dedicado a leer novelas eróticas para después imitar situaciones. Mi amiga dice que debe darle las gracias cien veces a Megan Maxwell, a Lena Valenti y a las demás que hayan puesto su imaginación y sus libros al servicio de su relación. Yo también he leído algunos de esos libros (todos, vale) y hay cosas que... ¿En serio lo han hecho todo? No me lo creo.

Estoy en modo escéptica con las dos. Ellas parecen estar más salidas que nunca y yo pienso que lo hacen por picarme. Para que me lance a los brazos de Patrick de una vez. Pero no, aunque me apetezca muchísimo, el ritmo de esta relación lo marco yo por primera vez, no mis amigas y sus teorías.

—Lo aburrirás —sentenció Sam dándole un sorbo a su capuchino—. Se va a cansar de estar con tonterías. ¿Cuántas veces habéis ido al cine esta semana?

—Dos, pero fue decisión suya —respondí con la vista fija en la pantalla del móvil, donde tenía una foto de los increíbles ojos de Patrick.

—¿Te crees que todos los tíos son como Enrique? —preguntó Liz.

—¡¿Qué pinta aquí él?! —protesté y me di cuenta de que hasta ese momento no me había acordado de mi eterno dolor de cabeza. De hecho, hacía varios días que no sabía nada de él y que tampoco me importaba.

—Es lento, pero el resto no.

—No conocéis a Patrick como yo —repuse para desviar el tema.

—Pero conocemos a otros de su género. Ellos quieren lo que quieren y punto —apostilló Liz.

—Él no es así —le defendí.

—Pues entonces es que es gay —dijo Samantha, ese parecía haberse vuelto su argumento favorito.

—¡Qué manía tienes tú ahora con los gays!

—Es que están todos los tíos guapos saliendo del armario, Lisa, y ese irlandés tuyo está como un tren.

—Mi chico no va a salir de ningún armario, gracias —comenté algo mosqueada.

—Haz lo que te dé la gana, Lisa, pero después no digas que no te lo advertimos.

—Eso haré. —Y sin más enlazamos con otro tema hasta que nos marchamos a casa.

Los amigos son como son y hay que respetarles. Pero muchas veces conseguían ponerme de los nervios. Hacía unos años que había conocido a Aurora en un foro de literatura que ambas frecuentábamos. Era una chica extraordinaria, divertida, inteligente y muy madura, a pesar de que era más joven. Aunque vivía en la otra punta del país, las dos sabíamos que nos teníamos la una a la otra.

Me tumbé en la cama, cogí el teléfono y abrí su chat de WhatsApp. Seguro que ella sabría qué hacer.

—Ey, chiqui —la saludé y no tardó en responderme.

—¿Qué tal con tus amigas? —preguntó, era muy atenta.

—Bien, hemos pasado un rato muy agradable, pero me han puesto de los nervios.

—¿Por qué? —Me dediqué a contarle todo lo que habíamos hablado y se rio mucho con sus ocurrencias—. Siempre son así, amiga, lo hacen para

molestarte. Te adoran, pero les gusta mucho picarte. ¡¡Cómo va a ser gay!!
—Escribió con un montón de exclamaciones.

—¿Qué hago?

—Lo que quieras, no dejes que las opiniones de otras personas influyan en tu decisión. Te podemos aconsejar, pero nunca decidir por ti.

—¿Y si me equivocó me dirás eso de «te lo dije»?

—Tal vez.

—Gracias, por estar.

—*Semper fi* —me decía a modo de respuesta. *Semper fi* es el lema de los marines americanos y se traduce como «siempre fieles».

Había quedado con Patrick para ir a cenar y, mientras me preparaba, pensaba en todo lo que me habían dicho mientras elegía mi atuendo a conciencia, por si esa noche pasaba.

El tanga negro de encaje semitransparente más sexy que tenía. Me lo había regalado Sam cuando empecé a tontear con tíos por Internet, con su sujetador con efecto *push up* a juego. Una minifalda negra con unos altísimos zapatos de tacón rojos que me hacían unas piernas larguísimas y un top con escote palabra de honor a juego con los zapatos. Un maquillaje discreto, perfume en los lugares estratégicos y lista.

Patrick me recogió en casa y me llevó a cenar a un precioso restaurante que simulaba un castillo, alzado sobre una impresionante colina verde.

—Esto es lo más cerca que podemos estar de mi país por ahora, Lisa —me explicó mientras, tras la cena, bailamos una divertida música irlandesa.

—Me encanta —respondí con una sonrisa y, sin más, me besó.

Cuando él me besaba, mi cerebro se volvía como de gelatina. Anulaba mis sentidos completamente, pero me mantuve lúcida el tiempo justo de comprobar que aquel beso era diferente. Profundizó con su lengua en mi boca mucho más de lo que había hecho nunca y la forma en la que sus manos

apretaban mi cintura para acercarme más a él me hizo suspirar en más de una ocasión.

—Este restaurante también es un hotel —me susurró al oído en un tono de voz sexy—. Recrea el estilo y la decoración del Castillo de Ashford en Irlanda, ya sabes, ese donde rodaron el último capítulo de aquella serie que te encanta —me informó con una sonrisa—. He alquilado una habitación, pero, si no estás lista...

—¡Vamos, Patrick! —le dije tomando su mano y él sonrió.

El castillo era realmente un lugar de ensueño. Todo era tan perfecto que por momentos creí que de verdad estábamos en Irlanda y me dejé llevar.

Él me alzó en brazos para subir la escalera, sí, tal como el galán de aquella serie había hecho con la protagonista, y me depositó sobre la cama con cuidado.

Sus labios comenzaron a besarme de nuevo, cuando los noté descender por mi cuello casi me volví loca. ¿Cómo podía este hombre hacerme casi llegar al cielo con solo unos besos? Nathan era bueno en la cama y había querido llevarme con él a la Irlanda de verdad, pero jamás sentí con él, ni con nadie, lo que sentía con Patrick.

Sus ojos azules se oscurecieron por el fuego que abrasaba su interior y que parecía salir por sus manos que, al tocarme para deshacerse de ropa, me quemaban la piel haciendo que deseara que fuera al grano de una vez por todas.

Normalmente me encantaba jugar. Sí, queridos lectores, ¿qué voy a hacerle? Soy chica de juegos, de mordiscos (sin dejar marca, gracias, que ya tenemos una edad), pero en esta ocasión quería sentirle en mi interior y lo quería ya.

Patrick me desabrochó el *push up* con maestría y no pude evitar pensar «mierda, qué palo se va a llevar», pero no. Sonríe y descendió hasta llevarse

a la boca mi pecho izquierdo mientras con la mano (enorme, por cierto) masajeaba el derecho. Era bueno, era muy bueno con la lengua.

Suspiré varias veces mientras notaba su boca descender por todo mi cuerpo.

—¡Patrick! —grité su nombre cuando me besaba el interior de los muslos—. ¡¡PATRICK!!

—Shhh... Disfruta, preciosa —dijo, y su lengua comenzó a jugar con maestría en mi interior.

Agarré las sábanas con fuerza entre las manos mientras mi cuerpo comenzaba a convulsionar de placer, mis músculos más íntimos comenzaron a contraerse, señal de que el orgasmo se acercaba y, entonces, paró.

¡Maldito cabrón, no pares ahora! Y entonces pasó. Le vi erguirse ante mí en todo su esplendor, solté la sábana y estiré las manos para acariciarle el pecho. Sus ojos brillaban en la oscuridad de la habitación como un lucero.

Vi que cogía algo de la mesilla de noche. Un chico responsable, así me gusta. Aunque, para ser del todo sincera, en ese momento le habría dicho que pasara de la protección. ¿Un hombre cómo él? ¡¡Había que perpetuar esos genes!! Yo tendría encantada unos cuantos pequeños Patricks.

Poco a poco se fue tumbando sobre mí y su impresionante masculinidad (sí, había mirado, ¿vale?, el chico estaba bien dotado) desapareció hundiéndose en mi interior con una pasmosa lentitud. Me quejé un poco, aunque fuera sin querer, y se quedó quieto unos segundos, los suficientes para que mi cuerpo se acostumbrara a sus dimensiones, y entonces comenzó a moverse. Más y más rápido hasta que volví a notarlo, el final se acercaba, el clímax del placer me acechaba.

Me besó los labios largamente, acercó la boca a mi oreja y me susurró algo. *Táim i ngrá leat*, y los dos acabamos en perfecta sincronía, como si fuéramos amantes expertos.

Unos minutos después, aún con la respiración entrecortada y mi cabeza sobre su pecho, no pude evitar preguntar.

—¿Qué fue eso que dijiste?

—¿Cuándo? —preguntó sin parar de acariciarme la espalda.

—Antes, justo cuando... —intenté explicarlo y noté cómo me sonrojaba.

Las chicas tenían razón, en el fondo sigo siendo una sosa tímida.

—¿Lo escuchaste? —cuestionó algo nervioso.

—Sí, ¿era algo malo?

—Solo si no sientes lo mismo... —Se incorporó un poco en la cama y me miró a los ojos—. *Táim i ngrá leat* significa te quiero en irlandés.

Y... ¡zas! Me derretí por completo. La poca cordura que tenía desapareció y el corazón se me aceleró. Le abracé por el cuello casi llorando y lo supe. En ese preciso instante lo sentí.

—Yo también te quiero —le dije al oído y le besé, haciendo que nuestros cuerpos comenzaran a caldearse de nuevo.

Estuvimos en aquel castillo-hotel esa noche y todo el día siguiente. Sin parar de amarnos, de explorar nuestros cuerpos. De tocarnos y hacernos sentir especiales. Cuando volvíamos en coche a mi casa no pude evitar mandar un WhatsApp a mis amigas.

Yo:

No es gay. Lo hemos hecho tantas veces que no me acuerdo, perdí la cuenta en la quinta. La tiene enorme y, lo que es mejor, sabe usarla.

Sus respuestas no se hicieron esperar. Al día siguiente tocaría sesión de capuchinos y cotilleos con mis dos locas favoritas.

Y, con esto, amigos míos, respondo a todas mis preguntas del principio. Todo es más bonito cuando estás enamorado.

Capítulo 11:

¡¡Ploff!!, explotó la burbuja

Hay veces que la vida nos da lecciones sin que las pidamos. No sabemos cómo ni por qué de repente nos vemos metidos en una vorágine de sentimientos y situaciones que nos sacan de una patada en el culo de nuestra burbuja.

Hacía tiempo que no era tan feliz. Patrick había traído a mi vida la alegría, el amor en estado puro, el mejor sexo que he tenido jamás. Y, además de todo eso, se había convertido en mi amigo. Sí, en mi mejor amigo.

No éramos de esas parejas empalagosas que no se separan ni para ir al baño. No, nosotros íbamos al baño por separado (salvo para algún baño de burbujas compartido) y, además, habíamos mantenido nuestra independencia, algo que para mí era fundamental. Es decir, él vivía en su casa, yo en mi nido de ratas; él salía con sus amigos, yo con mis chicas y, a veces, en parejas.

Pero, como dice el refrán, no es oro todo lo que reluce. Llegó el momento en el que decidimos dar un paso más en nuestra relación y conocer a las familias.

—¿Tan pronto? —preguntó Samantha, removiendo enérgicamente su capuchino descafeinado—. Es un error.

—Yo no creo que lo sea —apostilló Liz dando un sorbo a su infusión de melisa y valeriana.

—¿Por qué iba a serlo? —cuestioné, tomando mi capuchino normal de siempre. ¿Qué les pasaba a estas?

—Tu familia es un encanto, vale, pero ¿presentar formalmente a un tío que no es... ya sabes quién? Le odiarán.

—¡No! ¿Cómo van a odiarle? Nadie que conozca a Patrick podría odiarle nunca.

—¡Tía! Estás de un cursi insoportable desde que estás enamorada...

—Y tú de un irascible inaguantable desde que no follas —contesté. Las dos se quedaron mirándome y estallaron en risas. No era normal en mí ese tipo de vocabulario, ¡y no me había sonrojado ni nada!

—Lisa, intenta estar tranquila. Sam tiene algo de razón, en tu casa tienen comprada la ropa para tu boda con Enrique desde hace milenios. Será complicado, pero ese irlandés tuyo es encantador y se los meterá en el bolsillo.

—Además, ¡es médico! ¿Qué madre en su sano juicio no querría un médico para su hija? —continúo Sam tratando de echarme una mano. Lo cierto es que tenía razón, iba a ser complicado.

—¿Qué os pasa a vosotras? ¿Por qué estáis tomado descafeinado e infusión?

—Tengo que dejar de tomar estimulantes. Ni cafeína, ni teína, ni azúcar, ni nada que me altere.

—¿Por qué? ¿Estás enferma? —quise saber preocupada.

—¡Qué va! Solo que ando con un exceso de energía sexual, una especie de revolución hormonal...

—¿Y cuándo no? —interrumpió Liz irónica.

—Más que nunca —apostilló—. Tengo a Manu bajo mínimos, no me rinde.

—¿Manu no te rinde? —cuestioné conteniendo la risa.

—¡No te atrevas a reírte! Es por agotamiento.

—Pues haz un voto de abstinencia, como yo, hasta que se recupere —dijo Liz.

—¡No estoy tan loca! —le gritó—. ¿Por eso te has pasado a las infusiones relajantes? No aguantas el celibato auto impuesto.

—Por eso y porque me ha escrito Antonio.

—¿El escritor cachondo? —pregunté

—¿Pero qué te pasa a ti hoy en la lengua? —inquirió Sam.

—¡Yo qué sé! Será que la mala influencia de vosotras dos por fin ha hecho efecto —dije y dos servilletas chocaron con mi cara.

—Cuéntanos qué quiere.

—Que nos veamos. Dice que me echa de menos, que quiere quedar. Me ha pasado incluso un adelanto de su nueva novela y es... ¡UFF! —dijo abanicándose con las manos—. Y, claro, una que está en abstinencia y que sabe lo que ese hombre es capaz de hacer entre las sábanas, pues... Eso, que necesito mucho relax —concluyó tomándose de un solo trago lo que le quedaba de la infusión—. ¡Otra de estas! —chilló histérica al camarero que pasaba en ese momento.

—¡Venga ya! —exclamó Sam—. ¡Quítate el castigo! ¡Tírate al escritor!

—Estoy de acuerdo con ella —apostillé.

—¿Sabéis qué? ¡Qué lo haré! ¡Le llamaré ahora mismo! ¿Puedo? —preguntó sabiendo que nuestra norma era que nada de móviles en nuestra sesiones de chicas. Las dos asentimos como si nos hubiera ofrecido un helado de chocolate—. Antonio, que sí, que quedamos.

Y con esa frase supimos que llegaba el final de la abstinencia para nuestra amiga. Ahora solo nos quedaba solucionar el problema de excesiva energía sexual de Sam (o la poca de Manu) y esperar a ver qué pasaba en la cena con mi familia y Patrick.

Era el cumpleaños de mi ahijada y me pareció el momento justo para hacer la presentación en sociedad de mi chico. Estarían todos allí, en un ambiente distendido y con alguna copichuela de más. Barajé la posibilidad de que los conociera uno a uno, pero luego me pareció que llevarle al pobre de casa en casa como si fuera la virgen esa que le mandan a mi madre de vez en cuando no era lo mejor.

Llegamos a la fiesta y, al entrar en el local, todos los ojos se clavaron en nosotros. «Este es Patrick y es mi novio», dije sin más y me acerqué a donde estaba mi madre, ella tenía que ser la primera.

Mi madre es una mujer muy salerosa y sociable. Le dio la bienvenida a la familia y me dijo al oído que era guapísimo, pero esa dichosa conexión madre e hija que se tiene desde que crecemos dentro de ellas... Sabía leer en sus ojos, como ella en los míos. La conversación muda fue un desastre.

—«¿Qué pasa con Enrique?».

—«No me jodas, mamá». —Y las dos seguimos sonriendo como si nada.

La fiesta fue todo un éxito. A la niña le encantó el regalo de su nuevo tío y mis hermanos y cuñados le dieron una buena acogida a “el nuevo”, como empezaron a llamarle. Mis hermanas, mis cuñadas y mis sobrinas mayores quisieron que les contara todos los detalles y mi ahijado pequeño se acercó para preguntarme si el tío Enrique ya no era su tío. A lo que, cogiéndole en brazos, aunque ya casi no podía, le dije con una sonrisa:

—Si le quieres como si fuera tu tío, siempre lo será, pero ahora Patrick también lo es. Y él no tiene a su familia aquí, así que todos tenemos que quererle mucho. —Suen a chantaje emocional, ¿verdad? Soy una bruja, lo sé.

Tras la noche de fiesta (sin José Luis Moreno de por medio) con mi familia tocaba el turno de la suya. Lo ideal habría sido que fuéramos a Irlanda, pero en ese momento, por nuestros trabajos, era imposible. Así que, modernos como somos, hicimos una llamada por Skype.

Patrick solo tenía una hermana, Siobhan (muy irlandés el nombre) y era guapísima. Nos sonreía a través de la pantalla del ordenador y parecía una actriz de cine con su hija en brazos. Brianna tenía cinco años y era una pelirroja preciosa y muy simpática que en seguida empezó a llamarme “*aunt Lisa*”, tía Lisa en inglés, para después salir corriendo a por sus juguetes.

—También habla español, pero hoy está rebelde —explicó Siobhan—. Eres muy guapa, Lisa, y estoy encantada de conocer por fin el motivo de la sonrisa que siempre luce mi hermanito. Nos preocupaba que se convirtiera en un ermitaño que solo viviera para el trabajo al llegar ahí.

—Por suerte, me atropelló en el aeropuerto —le dije.

—Me atropellaste tú a mí —apostilló dándome un beso en la mejilla—. ¿Y madre?

—Ahora viene, está hablando por teléfono, y mi marido siente mucho perderse la presentación, pero tenía trabajo que hacer.

—Está bien, dale un beso de nuestra parte. —Se notaba que Patrick y su hermana tenían muy buen rollo, fluía entre ellos una química especial.

Pero todo ese buen rollo se esfumó cuando apareció en pantalla ella. Dolores, la madre española de mi novio, era una señora alta, con unos ojos negros muy grandes, bien peinada, maquillada y vestida como para ir a una fiesta, pero con el rictus serio. Imponía muchísimo.

—*Hello, my son*^[2] —saludó en un inglés tan correcto y con un tono tan duro que me temblaron las piernas.

—*Hello, mother* —respondió él, sexy, muy sexy cuando hablaba su idioma natal—. *How are you?*^[3].

—*I'm fine, and you?*^[4] —¿Es que iban a estar hablando así todo el rato? Patrick sabía que mi inglés era más bien limitado y que cuando estaba nerviosa, como en aquel momento, se me atascaba.

—Muy bien —contestó como si me hubiera leído la mente—. Madre, esta es Lisa, mi novia. ¿Recuerdas que te dije que hablaríamos con ella en español?

—*Yes. I remember*^[5].

—¿Entonces por qué sigues haciéndolo en inglés? —cuestionó, y juro que nunca le había visto tan serio.

—Madre, por favor, no se lo pongas más complicado —le rogó mi cuñada, era un cielo.

—Encantada de conocerte, joven —dijo por fin y pude notar su acento. ¡Pero si era andaluza! ¿Por qué se negaba a usar su idioma?

—Lo mismo digo, señora, es un placer. Patrick habla mucho y muy bien de usted. —Mentirosa, solo me había dicho que era una mujer un tanto complicada de llevar.

—¿Qué intenciones tienes con mi hijo? —preguntó. ¡Hala, así a bocajarro!

—¡MADRE! —gritaron a la vez los dos hermanos.

—Pues, por el momento, quererle como no he querido a nadie en mi vida. Lo que pase en el futuro es cosa de los dos —respondí sin que me temblara la voz, aunque por dentro estuviera como un flan, y Patrick me apretó el muslo por debajo de la mesa.

—Eso dicen todas. En fin, hijo, tú sabrás qué haces, sabías que no aprobaría una española.

—Señora, ¡aún estoy aquí!

—Madre, por favor, no te metas en mis elecciones, te lo he dicho muchas veces.

—No me meto, solo te digo que cuando te saque todo el dinero que pueda y se canse de ti, no vengas aquí llorando.

—¡Se acabó! —dije levantándome—. No sé qué concepto tendrá usted de las españolas para que, siéndolo, las odie tanto, pero no estoy con su hijo por dinero. ¡Ni que fuera un marqués!

—¿No lo sabe? —preguntó Siobhan con el rostro serio—. Patrick, será mejor que habléis —aconsejó a su hermano—. Lisa, ha sido un placer, dile que te dé mi número y estamos en contacto por WhatsApp. —Solo pude asentir. ¿Qué pasaba?

—*Goodbye, my darling*^[6]. —Y, sin más, sin decirme adiós a mí, la bruja desapareció.

—¿Qué es lo que tienes que contarme?

Y fue en ese momento cuando descubrí lo que decía al principio, que no todo lo que brilla es oro y que Patrick, mi irlandés perfecto de ojos de mar, me ocultaba algo.

No es que fuera algo malo, no era un asesino, ni un violador, no había estado en la cárcel, ni robaba bancos, pero sí que era un marqués. Heredero de una gran fortuna, con posesiones y propiedades por toda Irlanda. ¡Hasta tenía un castillo! Solo faltaba que me dijera que era primo de Jamie Dornan y ya me terminaría de morir del infarto.

—Por eso mi madre es tan protectora. Cree que todas las mujeres vienen a mí por dinero.

—¿Y por qué lo cree? ¿Será que fue lo que ella hizo con tu padre? —le solté sin pensarlo. ¡Maldito cabreo! Así soy, cuando hablo no tengo filtro—. Lo siento, cariño, no quise decir eso.

—Pero lo has dicho.

—¡Estoy enfadada! ¡Me has engañado!

—No, solo hay una parte de mi vida que no me gusta compartir con nadie.

—¡Pero soy tu novia! ¿Qué pasa?, ¿que tú también piensas que si me dices que eres como el príncipe de Zamunda^[7] irlandés me voy a aprovechar de ti? ¡Eres como todos, Patrick, y no me conoces una mierda si crees eso! —le grité y salí corriendo.

De una sola patada, destruí yo misma la burbuja de felicidad y salí corriendo de ella. Lloré todo el camino hasta casa de Liz mientras el móvil sonaba en mi bolso.

—Churri, ¿qué ha pasado? —dijo mi amiga al abrir, Sam estaba tras ella.

—He roto con Patrick —fue todo lo que salió de mis labios y las dos me abrazaron.

Pasamos la noche allí. Yo llorando y ellas consolándome. Patrick siguió llamando hasta que se me agotó la batería y el teléfono se apagó. Después, llamó al de Sam.

—Mira, déjala en paz, ¿quieres? Cuando esté más tranquila, te llamará ella —le dijo duramente, ella que siempre bromeaba con él y le trataba con simpatía.

—Dile que la quiero. —Y colgó.

Entre la bruma del llanto y el dolor de cabeza no pude ser capaz de entender qué había salido mal. Su madre era una bruja, la mía prefería que saliera con Enrique, él era un marqués y yo una idiota.

—Tenías razón —dije sorbiéndome los mocos.

—¿En qué, amiga? —me preguntó Sam mientras me acariciaba el pelo.

—Conocer a nuestras familias era un error.

Liz me prestó el cargador de su teléfono y cuando encendí el mío recibí el SMS más desconcertante de toda mi vida.

«Soy Enrique, tenemos que hablar».

¿Qué quería este de mí ahora? No lo sabía, solo sabía que no tenía ganas de aguantarle precisamente a él en esos momentos. Le mandé un mensaje a mi madre para decirle que estaba bien y que pasaría unos días en casa de Liz con ella y Sam.

«Un finde de chicas, mami, nos vemos el lunes». Y volví a apagar el teléfono.

Y sí, queridos lectores, Patrick y yo quisimos correr demasiado. Dar un paso más en nuestra relación, que todo fuera más formal, y la cagamos. Por eso aconsejo que no hay que correr, id poco a poco, el paso a paso es la mejor forma de que todo fluya bien.

Capítulo 12:

Una rebelde con una sola causa

Todo el mundo me dice que soy una rebelde sin causa. Pero sí que tengo una: vosotros sois mi causa. Escribo cada semana mis problemas y locuras, alegrías y penas aquí para que sirva de apoyo y terapia para todos. Sí, sé lo que vais a decirme: «¿no lo haces por ti? ». Pues claro, terapia para todos. Incluida yo.

Es duro darse cuenta de la realidad. Mi relación con Patrick me había enseñado muchas cosas de mí misma. Rasgos de mi personalidad que, no sé muy bien por qué, no me había percatado que tenía.

Uno de ellos es mi tendencia a hacer una montaña de un grano de arena.

Pasé muchos días deprimida por nuestra ruptura. Las chicas me soportaron las lágrimas y el cabreo. Para ser sincera, mi estado de ánimo fluctuaba entre la tristeza y la ira de una manera preocupante. Quería esconderme del mundo y que nadie me dijera nada. No necesitaba que me escribieran mil WhatsApp dándome el pésame como si se hubiera muerto alguien. Solo quería que todo acabara y volver a estar juntos. Pero no fue tan fácil.

Si una cosa tengo clara es que no voy a permitir jamás que la falta de diálogo sea un problema con nadie más, ya bastante he tenido con Enrique El Mudo. Con Patrick tenía que hablar. Así que, una tarde, después del trabajo, quedamos en una cafetería nueva que habían abierto, para evitar lugares que evocaran recuerdos, y nos sentamos frente a frente para tomarnos un café.

Hay un refrán que dice que de todo se aprende en esta vida, de lo bueno y de lo malo. Él me enseñó una lección muy importante: soy una exagerada.

Me vestí con mis vaqueros más ajustados, Samantha había estado más de una hora peinando mi desastre de pelo, Liz me había maquillado tan bien que

ni se veían las ojeras de las horas de llanto nocturno y Carmen me había hecho para la ocasión un par de pendientes preciosos (sí, era una manitas de la bisutería). María me había preparado un dulce delicioso para que mis niveles de azúcar no me jugaran una mala pasada y me había dado como siempre un consejo que mantendría mis locuras a raya y Ceci me había enseñado nuevos trucos de respiración y meditación para evadirme si la cosa se ponía fea. Sabri y Luna habían escogido la camiseta con más escote que encontraron en mi armario, aunque yo insistía en que Patrick sabía que no había mucho que enseñar, Melisa me dio un enorme abrazo contagiándome de toda su energía positiva y Aurora me mandó un audio dándome ánimos de una forma que solo nosotras dos entendíamos con palabras en clave como *always* o *semper fi*. Me daba mucha risa verlas a todas en mi piso, que era enano, con ropa pasando de una mano a otra, la plancha del pelo caliente y maquillaje de aquí para allá. ¡Era como si fuera a casarme! Aunque no era por algo tan bonito, mis amigas siempre estaban ahí.

Entré en la cafetería y Patrick se levantó a retirarme la silla como el perfecto caballero que era. ¡Y tanto que lo era! Era un marqués. Me saludó con dos besos en la mejilla y pedimos un *caffè latte*.

—¿Qué tal estás? —preguntó cauteloso.

—He estado mejor, no voy a engañarte. ¿Y tú?

—Igual, además de muy perdido. Por más que lo pienso, no he conseguido encontrar el motivo de nuestra pelea, de por qué acabamos.

—Tu madre piensa que soy una trepa y me engañaste —ataqué.

—¿Entonces es culpa mía?

—¡Claro que lo es!

—Yo no lo veo así. Vale, reconozco que mentir por omisión también es mentir, pero ¿significaba tan poco para ti lo que teníamos como para no poder perdonarme?

—¡Lo nuestro lo era todo para mí!

—Pues no lo estás demostrando muy bien, me has dado la patada ante el primer problema.

—Sabes que odio las mentiras, te lo había dicho mil veces. Enrique me ha mentado durante mucho tiempo y no lo soporto.

—Pero yo no soy Enrique —contestó. Que estuviera tan calmado me ponía muy nerviosa—. Te oculté algo de mi vida, sí, error mío, pero pensaba decírtelo.

—¿Cuándo? ¿El día de nuestra boda? ¿Cuando los todopoderosos reyes irlandeses vinieran a reclamar a nuestro primogénito para ocupar su lugar en el trono? —pregunté y él sonrió. Vale, la pregunta era absurda, en Irlanda no hay reyes y esta conversación se me empezaba a parecer a la que tuvieron Lois y Clark cuando ella descubrió que era Superman en aquella serie de los noventa.

—Estaba esperando el momento. No es que no confíe en ti, pero discúlpame por no ser un prepotente y presentarme diciendo: «Mi nombre es Patrick y soy marqués y rico». —Ahora me tocó a mí sonreír. Ahí tenía razón, punto para el irlandés—. Solo puedo pedirte perdón por mentirte, pero tienes que admitir que has sacado un poco las cosas de quicio.

—¿YO?! —chillé

—Sí, tú. Lisa, eres una mujer fantástica y te quiero mucho, pero eres un poco caprichosa y tiendes a magnificarlo todo. Te oculté cosas sobre mí, sí, claro que lo hice y eso está mal, pero ¿no puedes perdonarme?

—Tu madre cree que soy una trepa —acusé, cruzando los brazos sobre el pecho como mecanismo de defensa.

—¿Y eso es culpa mía? La tuya prefiere que salgas con Enrique.

—¡Ella no dijo eso!

—Pero sé que lo piensa. No se lo reprocho, entiendo que a veces más

vale malo conocido que bueno por conocer. Solo quiero que entiendas que ni tú ni yo tenemos la culpa de lo que piensen los demás- Si nos queremos y lo nuestro es importante para nosotros, ¿por qué seguir separados?

—Me mentiste.

—¿Lo ves? —preguntó levantándose de la silla para marcharse—. Eres una caprichosa —sentenció, me dio un beso en la cabeza. Y mientras le veía alejarse me dijo—. Para que entiendas de una vez que no me gusta presumir de mi dinero, paga tú la cuenta. —Y se fue.

¡Será cabrón! No, no lo era y tenía razón. Mucha razón. Pero si otra cosa es cierta es que no me gusta, a nadie le gusta, que le digan sus defectos a la cara.

Después de la discusión con él no tuve fuerzas para ver a nadie más, así que me fui casa. Puse la música muy alta en el radio casete del coche y conduje a toda velocidad por la autopista. Eso siempre me había relajado mucho.

Llegué a casa y no podía imaginar lo que encontré. Sentado en la puerta de entrada Nathan me esperaba con una sonrisa. No lo pude evitar y me lancé a sus brazos, llorando, tan pronto como se puso de pie.

—Ey, ¿qué le pasa a mi chica favorita? —preguntó.

—Nada, solo me alegro de verte —dije.

—Mentira, no estás bien. —Y así fue como aprendí otro de mis rasgos de personalidad. Al parecer soy transparente y todo el mundo que me conoce se da cuenta de lo que me pasa—. ¿Entramos y me lo cuentas?

—No quiero hablar —le dije mimosa y le besé—. Pero entramos y...

—En esta ocasión no, Lisa, vamos dentro, tenemos que hablar.

¿Habéis oído alguna vez eso de que un «tenemos que hablar» es la frase que más puede acojonar a un tío? Pues a una tía también. Me quedé helada en el mismo momento en el que esa frase maldita salió de sus labios. Él lucía tan

serio como nunca antes lo había visto. ¿Mi Nathan Todo Sonrisas? ¿Qué le pasaría?

—No me gusta tu cara, ¿qué sucede? —pregunté una vez que nos sentamos los dos en el sofá.

—Estoy saliendo con alguien —me soltó así, a bocajarro, sin anestesia, y no supe qué decir—. Pasó por casualidad, la conocí en el vuelo de vuelta a Nueva York y, bueno, estamos juntos y es fantástica. Se llama Catherine y es americana. —Sacó el móvil para enseñarme una foto de ella, era guapísima, se parecía a una actriz de cine y entonces lo vi. Ese brillo en sus ojos. Ese que yo misma había tenido hasta hace poco.

—Me alegro mucho por ti —contesté, aunque me sentía algo traicionada. ¡Menudo desastre! Al parecer también soy una egoísta.

—Solo quería que lo supieras, eres una de mis mejores amigas. —¡Y un cuerno! Hasta hacía poco era algo más que eso.

—Te lo agradezco. —Mis ganas de dar una réplica interesante se habían quedado bloqueadas.

—¿Me cuentas cómo va con tu irlandés perfecto? —preguntó, y entonces volví a llorar. Nathan me abrazó y el calor de sus brazos fue lo más reconfortante que había sentido en muchos días.

Después de pasarnos la noche hablando, cenando pizzas y dándonos abrazos como buenos amigos, se fue. Al verle cruzar la puerta me di cuenta. Había perdido a un hombre maravilloso por idiota. ¿Acaso pensaba que me esperaría toda la vida?

Al día siguiente quedé con Sam y Liz. Era el momento de ponernos al día de todo. Como cada semana, en nuestra cafetería de siempre y, esa vez sí, todas con un capuchino en las manos. Las dos me dieron una buena charla y casi discutimos cuando me dijeron que pensaban que Patrick tenía razón, que había exagerado mi reacción ante su engaño y que era mi culpa que todo

acabara.

¡Viva la verdadera amistad! Esa por la cual tus amigas pueden decirte las verdades a la cara sin reparos.

—¿Qué tal va Manu? —pregunté para alejar la conversación de mí, no necesitaba que me dijeran también que era gilipollas por perder a Nathan—. ¿Ya te rinde?

—Va a mejor. Aún le cuesta un poco, pero estamos tomándonos las cosas con más calma.

—O sea, que te tiene a dieta sexual —apostilló Liz—. Es horrible.

—¡Pero si tú estabas así hasta hace poco! —exclamó Sam.

—Sí, pero era mi decisión, no la de otra persona —contestó.

—¿Y ya te has quitado el castigo? —pregunté.

—Me lo han quitado, más bien —informó—. Antonio está aquí y está más enérgico que nunca.

—¡No me jodas! —gritó Samantha, a la cual la abstinencia siempre había sentado fatal.

—Lo siento, es así.

—¿Qué piensas hacer con Patrick? —me preguntó sin que lo esperase y negué con la cabeza.

—¿Has hablado ya con el raro? —A Liz le encantaba ponerle motes a la gente para que pudiéramos hablar en clave.

—No, es lo menos que necesito en estos momentos.

—No te deprimas, Lisa. Asume que es culpa tuya, deja el orgullo a un lado. Ve a por el marqués, empótralo contra la pared y follad toda la noche, se te está poniendo cara de acelga otra vez.

—Estoy con ella —apostillo Sam, mientras se lleva su taza a la boca.

No puede evitar la carcajada. Así eran mis chicas. Todo lo solucionaban empotrando a la gente. Pero no, yo no era así. Yo había descubierto cosas de

mí que no me gustaban nada. Y, como de todo se aprende en esta vida, decidí que era hora de cambiar.

Le mandé un mensaje a Patrick en el que le pedía disculpas por mi actitud, por ser tan caprichosa y no entender sus razones para contarme sobre su vida; otro a Nathan pidiéndole perdón porque la noche anterior en realidad no me había alegrado de su relación, ni siquiera le pregunté nada sobre ella y solo le hablé de mi pena. Y a Enrique... Sí, a él también porque, aunque queramos, no se puede dar una patada a una persona importante en tu vida. Por más daño inconsciente (o consciente) que él me hubiera hecho, seguía ocupando un lugar importante en mi corazón. Quedé con él para tomar un café y después llamé al retiro donde había estado meses atrás.

Necesitaba estar sola unos días, encontrarme de nuevo a mí misma. Asimilar todos mis defectos y empezar a corregirlos.

Hay que ver siempre el lado positivo a todo. Quizá de esta nueva experiencia saldría una nueva Lisa, renovada y mejor persona. ¡Ya os contaré a la vuelta! Hasta entonces, seguiré siendo una rebelde con una única causa: intentar ser feliz.

Capítulo 13:

La número trece

En mi última columna hablaba de asumir defectos y tratar de mejorarlos. Juro por lo más sagrado que lo he intentado. Pero también hay rasgos de la personalidad que son innatos y es muy complicado (por no decir imposible) dejarlos atrás.

Por ejemplo: soy una persona inconstante a la hora de hacer dieta. Sí, soy de esas de «el lunes empiezo». Claro, pero ¿qué lunes? ¡Yo no he dicho qué lunes! Este no, que el miércoles tengo un cumple y el sábado una cena. Y así siempre, todos los lunes, de todas las semanas, de todos los meses voy a empezar a cuidarme (más por salud que por estética que eso me da igual) y nunca es un buen momento.

Otra cosa que no consigo cambiar, por más que lo intente, es el hecho de que soy una supersticiosa. Esta es la columna número trece y, os lo advierto, no va a ser agradable.

Estoy cansada, mucho, de bastantes cosas. A la vuelta de mi pequeño retiro para repensar en todo lo que había pasado con Patrick, hablé con él y no conseguimos sacar nada en claro. Normal, se me cruzó un gato negro mientras iba a la cita. El marqués quería que siguiéramos siendo amigos y tal vez un día volver a intentarlo, pero me negué. Había seguido siendo amiga de Nathan tras nuestra ruptura y cuando me contó que tenía pareja me destrozó el corazón. Así que con Patrick fui tajante. Si se acabó, pues se acabó. Habrá que superarlo. No le gustó mi respuesta y se fue hecho una furia. Dos problemas tiene y tres si no come. Vaya con el marqués.

Llamé por Skype a Nathan y hablamos largo y tendido. Me dijo que le parecía normal mi reacción a su noticia, que sentía no haber sido un poco más suave al darla. Es un ángel. Y eso fue lo único que salió bien en un día

infame.

Me bastó un solo segundo para saber que la jornada sería una mierda. Abrí los ojos a un nuevo amanecer y ahí estaba mi mejor amiga de visita. ¿Se creen que se trata de una de las chicas? Pues no. Mi mejor amiga se llama migraña y me viene a ver. Me dolía la cabeza, mucho, tanto que casi no podía mantener los ojos abiertos. Pero tenía un trabajo importante que hacer y no podía faltar.

Como pude, me senté en la cama, tenía náuseas y me daba vueltas la cabeza. Cogí el móvil para mirar la hora. Las siete y media del día trece, martes. ¿En serio? ¿Martes trece? Uffff... Resoplé, tiré el teléfono contra el colchón y comenzó a vibrar.

—¿Lisa, estás despierta?

—Vamos a ver, Samantha —le dije en tono serio, soy de esas personas que o madrugan o están de buen humor, las dos cosas a la vez no—. Si te estoy respondiendo al teléfono será que estoy despierta, ¿no crees?

—¡Qué borde eres! —exclamó.

—¿Has visto la hora que es? Además, estoy con migraña y es martes trece. ¿Me llamabas solo para importunarme?

—No, te llamaba para decirte que al final no vas a ser tía —me dijo y noté un deje de tristeza en su voz.

—¿Estás segura? —pregunté. Hacía unos días Sam nos había contado que tenía un retraso y estábamos todas a la espera de que se decidiera a hacerse una prueba.

—Lo acabo de comprobar, tres predictor negativos.

—Quizá sean falsos negativos, suele pasar —contesté.

—¿Los tres? —inquirió—. Bueno, pues ya lo sabes. ¿Estás nerviosa por lo de hoy? —La capacidad de mi amiga de zanjar un tema y empezar otro era siempre el indicativo de que no estaba bien, pero no quería seguir hablando

de ello.

—Atacada, pero no puede pasar de hoy. —Ese era el día en el que había decidido poner a Enrique las cosas claras. Durante mi último retiro había conocido a Amanda, una psicóloga con la que entablé muy buena amistad y que me abrió los ojos a algo que nunca había pensado: yo misma sabotéaba mis relaciones. ¿Por qué? La respuesta era clara. Seguía sentimentalmente atada a Enrique, por más que dijera que no.

—¿Sabes qué haría yo?

—Sorpréndeme.

—Le ataría a una silla y me lo tiraría, y cuando estuviera relajado le diría lo que le quiero decir.

—Pues no me sorprendes, sabía que irías por ahí —bromeé—. Luna ha sugerido lo mismo, pero no.

—Llámame si necesitas algo, cielo.

—Lo haré, y..., Sam —dije cuando estábamos a punto de colgar—. ¿Seré tía pronto? —pregunté, queriendo saber cuál era su postura ante este tema.

—Yo diría que sí. Ahora que Manu vuelve a estar al cien por cien, lo vamos a intentar.

—Me alegro mucho, os lo merecéis —sentencié y volví a dejar el teléfono sobre la cama.

No tardó dos segundos en volver a vibrar.

—Dime, Liz —respondí y escuché risas de fondo—. ¡¿Liz?!

—Perdona, churri, que está Antonio por aquí haciendo el tonto —me dijo—. Quería desearte suerte hoy.

—Gracias. —Más risas se escucharon.

—¿Por qué estás tan seca? —preguntó y la escuché casi gemir.

—Migraña... ¿Se puede saber qué haces?

—¿Tú qué crees? El sexo mañanero despeja mejor que un café. Por eso estás con migraña, porque hace tiempo que no...

—¿Y tienes que hacerlo mientras me llamas?! —chillé.

—Solo estamos empezando... —dijo.

—Disfruta —contesté.

—Avísame si necesitas algo, ¿vale?

—Entendido.

Ese era el tipo de actuaciones que hacían a mis amigas diferentes. Cada una tenía sus problemas y sus cosas, pero ahí estaban, siempre para mí.

Después de una ducha rápida y un amago de desayuno que terminó de revolverme el estómago, me fui al trabajo. Desde que Sabri me había enganchado a su proyecto, mi vida era otra. En cualquier otro día de migraña me habría quedado en la cama todo el día, pero ese no.

Decidí ir a la oficina dando un paseo con tan mala suerte, será por el día, que no vi la obra que habían comenzado en la fachada del edificio de al lado y pasé por debajo de la escalera. ¡Menuda mierda! Suma y sigue.

Me gustaría poder decir que el día mejoró, pero no. Me cancelaron la cita que tenía prevista, por lo que tuve que improvisar, la cafetera explotó, Sabri tenía que pasar todo el día fuera, el chico nuevo era un poco especial, la cabeza no paraba de dolerme y me había dejado el Enantyum en casa.

A la hora de la comida ya no daba más de mí y decidí irme a casa y dormir un poco. Había quedado con Enrique por la noche. Después de cambiar el día y la hora mil veces, por sus compromisos y los míos y cuando por fin conseguimos cuadrar, es martes trece ¿En qué estaría pensando cuando dije que sí?

Respondí a todos los mensajes que tenía pendientes de mis amigas. Todas sabían que hoy podía ser el día en el que mi vida cambiaría. Otra vez. Mi vida había cambiado tantas veces que ya no sé ni qué vida tengo.

Llegó la hora de la cita. Estuve puntual en el lugar acordado y él apareció unos minutos después. Se le veía nervioso.

—Ey, ¡cuánto tiempo! —exclamé dándole un par de besos.

—Diecinueve días —contestó—. Con esto de que ahora estás súper liada no te veo nunca.

—¿Es culpa mía? Que yo recuerde tú llevas años estando siempre ocupado para mí, porque con el resto de tus amigos bien que te diviertes.

—Vivimos en un nido de cotillas, no te creas todo lo que te cuentan, Lisa.

—Nadie me lo ha contado, lo he visto —sentencié, la conversación ya iba mal—. ¿No has oído nunca el nuevo refrán? —Él negó con la cabeza—. Ojos que no ven, Facebook te lo cuenta. —Su rostro se desencajó por completo—. Si no quieres que me entere, solo tienes que pedirles a tus amigas que no te etiqueten en las fotos —le solté airosa. La tercera dosis de Nolotil y Enantyum me habían despejado la cabeza y estaba ágil.

—¿Me vas a decir para qué me querías?

—Claro —Me crucé de brazos y empecé—. Necesito que respondas a una pregunta y no quiero que te rompas la cabeza en busca de excusas para justificarla, me basta con sí o no. —Se puso pálido—. ¿Quieres que estemos juntos? —Sus ojos se agrandaron tanto que pensé que se le salían—. Llevo años intentando superar lo que sea que hay entre nosotros, he salido con hombres maravillosos y me las he ingeniado para acabar con esas relaciones porque en realidad lo que deseo es estar contigo.

—Lisa, yo no...

—¡Sin explicaciones te he dicho! —le grité—. La última vez que tuvimos esta conversación me pediste un poco de tiempo y han pasado cuatro años, Enrique —le acusé—. Contesta, sí o no.

—No —respondió sin que le temblara la voz y el corazón se me rompió

en mil pedazos. Todas me habían avisado, pero, en mi fuero interno, pensaba que decidiría ser valiente y diría: «sí, nena, vamos a intentarlo».

—Está bien, pues no hay nada más que hablar. —Me levanté para irme y él me agarró de la muñeca.

—¿Seguiremos siendo amigos? —preguntó.

—Amigos, claro... —contesté con lágrimas en los ojos y me fui de allí.

¿Por qué todos los tíos querían ser solo mis amigos? ¡Joder! Tengo un montón de amigos, no necesito más. Nathan había seguido siendo mi amigo, Marcus también, Patrick quería que lo fuéramos y ahora Enrique. ¡Él!, que se suponía que era el hombre de mi vida, por el que había esperado y estropeado mis otras relaciones, también quería solo eso. Debo ser la chica más amigable del puto planeta.

Pero ya no quiero más amigos. Ni uno solo. Iba corriendo hacia el coche, maldiciendo a los hombres-amigo, cuando empezó a diluviar. ¿En serio? ¿Qué más podía salir mal?

No, no debí hacer la pregunta. Me metí en el coche empapada y cuando intenté arrancar no lo hizo. ¡Maldito karma! ¿Pero qué había hecho yo? Salí dando un portazo y me eché a correr.

Literalmente parecía una loca. Pero es que, amigos míos, así me sentía. Loca, fuera de mí. Corrí todo lo que pude hasta que me tropecé con alguien.

—Joder, lo siento —dije y al levantar la cabeza vi esos ojos azules que tanto había amado.

—¿Lisa, estás bien? —preguntó, y la sensual voz de Patrick me hizo llorar con más fuerza—. No, desde luego que no lo estás, anda, vamos dentro.

—¿Dentro de dónde? —quise saber hasta que me percaté de que estábamos en la puerta de su casa, sin darme cuenta había llegado corriendo hasta allí—. Me duele la cabeza y llevo un día de locos, Patrick, no estoy de humor para peleas.

—No quiero pelear, pero deja que cuide de ti —sus palabras cargadas de sinceridad me hicieron recapacitar y acepté su oferta. Alcé la mano y le acaricié la mejilla—. Te voy a preparar un café con leche caliente y una tostada, necesitas comer. Y cámbiate o pillarás una neumonía, puedes coger algo en mi armario

Obedecí sin rechistar. El médico era él. Me di una ducha rápida de agua ardiendo y me puse una de sus camisetas. Aspiré su olor en ella y los recuerdos de nuestra vida juntos volvieron a mí.

Cuando llegué a la cocina, él ya había preparado algo de comer. Me tomé el café con leche y cogí una tostada. Cuando había acabado de untar en ella la mantequilla se me cayó de las manos, al suelo...

Y fue así, queridos lectores, como comprobé que la ley de Murphy es cierta: la tostada siempre caerá del lado de la mantequilla.

Comencé a reír a carcajadas. Patrick me ayudó a levantarla. Me llevó a su cuarto, me dio una pastilla y se tumbó a mi lado.

—¿Me abrazas? —pregunté y lo hizo.

El día había sido catastrófico. Enrique no me quería y lo había pasado fatal, pero, como siempre me gusta demostraros el lado positivo de las cosas, esa noche dormí como un bebé arropada por los brazos de un hombre maravilloso que me reconfortó en mi peor momento. Cuando desperté, a las once de la mañana del día catorce, Patrick me miró, me sonrió y me besó, lo que dio pie a que comprobara que Liz tenía razón, nada despeja más y mejor la mente que un buen polvo mañanero.

Capítulo 14: Mi lista de reproducción



Siempre he pensado que soy una persona tolerante y solidaria. Ayudo a los

demás y no me vanaglorio de ello. Odio ponerme medallas y que me hagan la pelota. Por eso, muchas veces me saturó. Llegó al límite de mi paciencia y exploto.

Entonces se produce una especie de hecatombe, lloro, grito y pataleo. Hoy es uno de esos días en lo que me siento enfadada con el mundo. Uno de esos de «joder me preocupo por todo el mundo y ¿quién se preocupa por mí? ¿QUIÉN?».

Trato de tranquilizarme. Llamó a las chicas para tomar algo juntas. Su compañía siempre me hace mucho bien.

Sam y Manu se han metido de lleno en la «operación bebé». Estaban entregados a esa labor y se pasaban el día juntos. No es que antes no tuvieran una vida sexual muy activa, pero al menos iban a trabajar por separado. Ahora estaban los dos de vacaciones y convencerles para salir de su casa era una tarea muy dura... que es como la necesitan, la cosa de Manu, para el bebé... Ejem... El humor nunca ha sido lo mío.

—Entonces —me dijo Sam mirándome muy seria mientras daba un sorbo a su manzanilla—, ¿has vuelto con Patrick?

—No, ¿de dónde sacas eso?

—Te acostaste con él.

—Fue por despecho —apostilló Liz, que lucía una sonrisa radiante—. El gilipollas de Enrique le dijo que no y se lanzó a los brazos del primero con el que se tropezó.

—¡Eso no fue así! —grité—. ¡Yo no soy así! Patrick me encontró en un mal momento y me ayudó.

—Y como agradecimiento, Santa Lisa de las ONG se acostó con el marqués irlandés que está buenísimo —dijo Sam sarcástica—. Oh querida, qué gran sufrimiento, deberían canonizarte.

—¡Estás de un borde subido!

—Serán las hormonas —comentó encogiéndose de hombros.

—¡¿QUÉ?! —gritamos a la vez—. ¿Estamos embarazadas?

—Aún no, por eso estamos dándole a mi cuerpo una ayudita. Pero no estamos aquí para hablar de mí, Lisa está en crisis.

—Mira, churri —me dijo Liz, mirándome con cariño—, lo que tú necesitas es aprender a mimarte a ti misma. Siempre tiendes una mano a todo el mundo, pero te olvidas de ti por completo.

—Liz tiene razón, deberías plantearte hacer algo que quieras tú, olvidarte de nosotras, de tu familia, de tu trabajo, de Enrique, de Patrick... y pensar solo en ti.

—¿Eso no es muy egoísta? —cuestioné.

—No, eso se llama amor propio.

—Siempre he querido escribir, pero de verdad. Sentarme y vivir una vida apasionante a través de mis personajes.

—¡Pues hazlo! —me apremiaron.

—Pídele unos días libres a tu jefa, vete a algún lugar sin distracciones y vuelve con un *best seller* bajo el brazo.

—Apaga el móvil, enciende el ordenador y que solo existan Lisa y su mundo.

—Pero antes —dijo Liz—, tenéis que saber que Antonio me ha pedido que me mude con él, vamos a vivir juntos. —Las tres gritamos para celebrarlo y pedimos otra ronda para todas. Al acabar, las abracé y me despedí.

Iba a hacerles caso. Tenían razón, como siempre. Iba a pensar algo que me gustara a mí y solo a mí.

Dicen que la música es la mejor medicina para el alma y en mi caso era cierto. Haciendo caso a las recomendaciones de las chicas, alquilé un pequeño ático frente a la playa y me fui allí a pasar una semana en mi propio

mundo. Tenía un montón de ideas, de borradores de posibles novelas empezadas, ninguna terminada.

Elegí una al azar y después de más de media hora no salía nada. Di un sorbo al *whisky* que me había servido con un solo hielo y me arrugué cuando el líquido me bajó por la garganta. ¡Qué asco! Puede que a otros escritores les funcioné, lo sé, lo he visto en la tele, pero ¿a mí? Mejor café.

Nada, una hora y ni una palabra. Mi cabeza se iba a todas partes menos a la historia que tenía entre manos. Cerré el documento, empezaría de nuevo. Algo diferente. Abrí una hoja en blanco de Word y el cursor del ratón parpadeaba como desafiándome. Suspiré hondo, me tomé de un solo trago el café y di al *play* al reproductor.

La voz rasgada de Sergio Dalma me trasportó a una historia en la que Enrique había decidido ser valiente y apostar por nosotros. La letra de *Tú y yo* hablaba de una pareja que tiene algo extraordinario, en la que no confía nadie, pero por lo que uno de los dos, en mi cabeza era él, trataba de convencer al otro de darse una oportunidad y al final salía bien.

«Ni en sueños pude imaginar lo que ahora es tan real, tú y yo somos el mundo entero» decía el estribillo. Y al acabar aquella historia corta, las lágrimas caían por mi rostro, pero ¡me sentía tan liberada que decidí continuar! Punto final, siguiente canción, siguiente historia.

La música empezaba lenta, pero con fuerza. De esas que invitan a balancearte y, de hecho, lo hacía mientras escribía. *Ecos de amor* de Jesse and Joy me devolvió a la mente la imagen de Patrick y yo despertando en la cama de aquel lujoso hotel que emulaba un castillo en Irlanda tras nuestra primera noche juntos. En la historia que se me ocurrió, él regresaba a su país, necesitaba arreglar cosas allí y poner un poco de distancia entre nosotros con el fin de saber si los dos queríamos seguir juntos.

«Ya están desgastadas todas la palabras, lo que queda entre tú y yo, no le

alcanza al corazón y desde mi pecho suena tu recuerdo. Todo lo que fue de los dos son ecos de amor».

Al poner el punto final, justo cuando la canción terminaba, tuve una revelación. Había querido mucho a Patrick, aún le quería, pero lo que quedaba entre nosotros ya no era suficiente. Él era un hombre maravilloso y se merecía una mujer que le quisiera sin dudas. Sin que la sombra de otro estuviera en medio. Se merecía algo más que simples ecos de amor. *Adiós, mi hermoso irlandés de mirada de mar* fue el título de ese relato corto.

Respirar de Bebe me hizo sentir que eso era justo lo que necesitaba. Abrir los pulmones, coger aire y oxigenarme de muchas cosas. En la historia que salió de mis dedos durante el tiempo que duró esa canción, una chica pedía a gritos un abrazo, pero sabía que, en realidad, era como Sam y Liz me habían dicho. Ella lo que necesitaba no eran otros brazos alrededor de su cuerpo que la calmaran un rato y se marcharan, tenía que aprender a quererse a sí misma o no habría abrazo que la consolara. Aprender a estar sola, disfrutar de no tener a nadie cerca.

«Respirar para sentir esta falta de ti, respirar de esta ausencia de mí, respirar para sentir mejor, respirar para aliviar el dolor».

Acabé el texto y salí al balcón. Comenzaba a anochecer y el aire fresco me hizo sentir un escalofrío. Crucé los brazos envolviéndome a mí misma, como abrazándome, e inhalé todo lo que pude, llenando mis pulmones del aire puro del mar.

Pablo Alborán tiene una voz tan dulce y cálida que no puedo escucharle en días de mucho calor porque siento que me dan fatigas. Pero no era el caso. La canción se llamaba *Recuérdame* y entonces sonreí pensando una maldad. De nuevo, delante del ordenador me permití imaginar a Enrique cantándome esa canción, que hablaba de un chico que tenía que ver cómo la mujer que amaba se iba a con otro.

«Recuérdame, ahora que tu piel ya se fundió con su piel... Si supieras la agonía, decir adiós, perderte».

¿Habría sentido él alguna vez eso? No es que yo le hubiera contado nunca de mis ligues, ni mis amores, pero algunas de mis relaciones fueron importantes y estoy segura de que, de una forma u otra, al menos Nathan y Patrick habían llegado a sus oídos. Sé que estaréis pensando que soy idiota, «¡él no te ama, Lisa, y le daría igual que te fueras con uno o con trescientos!». ¡¡LO SÉ!! Pero ¿qué pasa? Una chica puede soñar.

Una canción muy animada comenzó a sonar y me alegré. ¡Menos mal! Ya pensaba que solo tenía melodramas en el reproductor. Además, me venía como anillo al dedo, empezaba diciendo:

«Me voy a vestir de supermujer con corazón de hierro». Y entonces escribí mientras cantaba a voz en grito. Cómo me ponía mi mejor máscara de felicidad y fingía que nada me afectaba. ¿Que Enrique me rechazó?

«Que ya lo superé, que no me importa, que me han visto crecer y que a mí disimular se me da muy bien». *Lisa la superwoman* llamé al texto.

«Bien, si quieres te digo que estoy muy bien, que nunca me había sentido mejor, que somos amigos y cuentas conmigo».

A medida que escribía y avanzaban las canciones notaba cómo empezaba a sentirme mejor. Había pasado todo el día aislada del mundo. Sola con mis pensamientos y mi música y sentía que me encontraba extrañamente muy bien.

Entonces una canción de esas de reguetón, que en cualquier otro momento la habría saltado, me trajo a Nathan a la mente solo por su primera frase:

«Yo sé que aunque no soy tu dueño te hago vivir un sueño cuando te hago el amor. Que aunque él está en tus pensamientos, yo conozco tu cuerpo y no hay comparación».

Solté una carcajada que se escuchó por toda la playa. Es cierto que durante todo el tiempo que pasamos juntos y cuando lo dejamos, pero seguíamos enrollándonos, Nathan me hacía sentir viva. Vibraba entre sus brazos, sabía dónde tocar, dónde besar y en qué momento preciso entrar en mí para hacerme gozar, pero, a pesar de que le quise con locura, nunca le amé. Su recuerdo me inspiró un texto erótico, de besos húmedos y sexo descontrolado entre una chica que se sentía sola y un chico guapísimo que calmaba la necesidad de su cuerpo, pero jamás la de su corazón.

Mi canción favorita sonó en ese momento y dejé de escribir. Cerré los ojos a las mil sensaciones que me producía la voz de Alejandro Fernández. *Me dediqué a perderte* devolvió de nuevo a Enrique a mis pensamientos. Y asumí que sí, que tenía razón este mexicano tan guapo. Se dedicó durante años a perderme, pero ¿lo consiguió?

Me dediqué a mí misma una semana entera en la que no pensé en nadie más, solo cuando escribía y la música me traía a la mente a alguien. Me mimé, comí todos los dulces que me dio la gana sin pensar en el colesterol ni en la dieta, nadé en el mar de madrugada sin pensar en una gripe, paseé lentamente por la playa observando la grandeza y la hermosura de la luna e imaginando que me perseguía... En esos momentos de soledad no dejaba entrar a nadie en mi cabeza.

Disfruté muchísimo. Hay incontables mujeres que para mimarse se van a la peluquería y de compras, bien, ambas cosas me encantaban, pero me gustaba hacerlas con mis amigas. Era divertido, era nuestro momento. Eso, el nuestro, de todas. Lo que yo necesitaba en este punto de mi vida era un momento que fuera... ¡solo mío!

Y así fue como llegué a la conclusión de que era un poco bipolar. Durante esos días me había sentido bien y mal. Completamente sola y vacía y por otra parte plena de las relaciones que había tenido, con los hombres con

los que había estado. Me sentí una santa por aguantar a Enrique y una bruja por usar a Nathan para paliar mi soledad.

Plasmé todos esos sentimientos por escrito, di vida a unos personajes que vivieron como les dio la gana, se enamoraron, se pelearon e hicieron el amor intensamente. Pude comprobar, y viene aquí el consejo de esta semana, de esta columna un tanto extraña, más lisocéntrica que nunca, que mis amigas tenían razón en algo: quererse y mimarse, anteponer tus deseos y necesidades a las de los demás alguna vez, no es ser egoísta. Es asumir que no puedes cargar solo o sola con el peso del mundo a tus hombros y que, aunque sea por unas horas, tu mundo puede girar solo y exclusivamente en torno a ti.

Capítulo 15:

Una nueva vida

Menuda noche la de aquel día. ¿Eso es un refrán? No lo sé, puede que sí, la de los refranes es Liz. En este caso, y en el mío en particular, es una sentencia literal del momento en que mi mundo volvió a dar una vuelta de ciento ochenta grados.

Después de mis días de desconexión y relax escribiendo, volví a casa con las pilas recargadas y muchas ganas de comerme el mundo. Dedicarme a mí durante un tiempo me devolvió la fe en mi capacidad para enfrentarme a las cosas y decir adiós, de una forma literaria, a mis fantasmas, me hizo encontrar la paz que necesitaba y añoraba.

Para poner el punto final a esa etapa oscura convoqué a las chicas a un día de amigas. Quería cambiar de *look* y renovar el vestuario. Después de esa jornada tendría que estar yendo a comer a casa de mi madre todo el mes, pero ¡qué más da! La casa por la ventana, lo necesitaba y, qué coño, me lo merecía.

Sentadas en una terraza por la tardecita, Sam y Liz me miraban satisfechas.

—¡Estás preciosa, amiga! —sentenció Sam—. El corte de pelo te ha dado un toque moderno y ese color cobre intenso te hace parecer más joven.

—Estoy de acuerdo. Mírala, ¡si se le resaltan un montón los ojos!

Todo el mundo me dice que tengo unos ojos preciosos, de un tono extraño entre azul y verde, aguamarina dice Liz. A mí no me parecen para tanto. Además, son pequeños, mucho. En la universidad me decían que miraba con los ojos cerrados.

—Ya tocaba, estaba harta de verme siempre igual.

—¿Y qué os parece si, para celebrar el cambio, salimos esta noche?

—cuestionó Sam.

—¿Manu te ha dado permiso en la misión bebé? —preguntó Liz, observando el llavero que había comprado para su casa nueva.

—El médico nos ha dicho que tenemos que descansar.

—Lo conseguiréis —le dije dándole ánimos, cogiéndole la mano, y ella asintió—. Por mí perfecto, tengo mucha ropa nueva por lucir —contesté con una sonrisa.

—Por mí también, Antonio está de promoción y estoy harta de la mudanza.

—¿Salida de chicas? —preguntó Sam.

—¡Salida de chicas! —gritamos nosotras.

Qué locura, nunca se sabía cómo podría acabar la noche. Separadas podíamos ser malas, pero juntas... Uff, eso era la bomba.

Como antaño (qué retro suena esa palabra) quedamos en casa de Sam para arreglarnos. Teníamos un ritual. Siempre nos vestíamos, maquillábamos y peinábamos allí, nos tomábamos unos cuantos vodkas mientras y salíamos ya bastante alegres. Nos ayudábamos las unas a las otras y listo. ¡A pasarlo bien!

En esta ocasión abusamos un poco de la amabilidad de Manu para que nos alcanzase al centro en su coche y así ahorrarnos el taxi. Cenamos y nos metimos en una discoteca donde, de nuevo, todo cambió.

Esa noche no era como otras en las que salíamos buscando compañía, no era una salida de caza, éramos solo tres amigas divirtiéndose. Bailando, bebiendo, incluso nos atrevimos a fumar, algo que normalmente no hacíamos. Teníamos que hacer olvidar a Sam sus intentos frustrados por quedarse embarazada, celebrar el nuevo paso que Liz había dado en su relación con Antonio y mi nueva vida. Había dado carpetazo a muchas situaciones difíciles en poco tiempo y estaba decidida a empezar de cero.

¡Qué pena que las cosas no sean siempre como uno planea! Mientras nos deslizábamos por la pista haciendo el tonto, unos ojos brillaron en la oscuridad de la discoteca. Sin duda, unos que conocía muy bien. Azules, como el mar en calma, miraban con deseo a una joven rubia mientras que su dueño se la comía, casi literalmente, a besos.

¿Patrick? Pestañeeé varias veces para aclararme la vista. No podía ser. Se suponía que se había vuelto a Irlanda una temporada para tomarse un tiempo. ¿Por qué demonios estaba ahí comiéndose a besos con una rubia?

No entendía nada y comencé a hiperventilar. Las chicas me rodearon. De pronto, una oleada de odio me invadió y salí corriendo hasta un tío que había empezado a hacerme ojitos desde que llegamos. Le invité a bailar y a media canción le besé.

Patrick me vio y le miré descarada mientras metía la lengua entre los labios del desconocido. Bien, yo también sabía jugar a aquello. El baboso que había escogido tenía las manos largas y no tardó en empezar a tocar por donde no debía y yo a ponerme nerviosa.

¡No sé por qué me extraña! Siempre que intento portarme como una *femme fatale* algo sale mal.

Sam tiró de mí y Liz alzó la mano para pegarme. Había caído en un extraño trance del que no podía salir.

—¡Lisa, reacciona! ¿Qué pasa? —preguntó una muy preocupada Liz

—¡Al baño! —ordenó Sam—. Comió poco y ha bebido demasiado, vamos a echarle agua en la cara.

—¡No! —grité—. ¡Dejadme en paz! —Me escapé de los brazos de las dos—. ¡Ese cabrón mentiroso!

—¿Quién, cariño? —cuestionaron las dos a coro. Tendríais que escucharlas cuando sincronizan las carcajadas, es todo un espectáculo.

—¡Patrick, joder, Patrick! ¿No lo habéis visto? Se estaba morreando con

una rubia.

—¿Y qué? Vosotros ya no estáis juntos, ¡Lisa, por favor! —Esa era Liz en plan cabreada.

—¿Qué demonios te pasa? —Samantha siempre era la que mejor mantenía el tipo ante mis ataques de histeria—. Rompiste con él, intentaste algo con Enrique.

—¡Eso es diferente! —protesté, no me gustaba por dónde iba esa discusión.

—¿Por qué? —Otra vez a coro. ¿Qué pasa?, ¿ensayaban juntas?

—¡Enrique y yo tenemos una historia! Siempre la hemos tenido, no me he tirado al primer idiota que se me ha puesto por delante.

—Casi lo haces con el pulpo ese de ahí fuera —dijo Liz en plan jocoso.

—Estás comportándote como una egoísta de nuevo, el chico tiene derecho a rehacer su vida, como tú intentaste hacer con la tuya. —La voz de la cordura de Sam me llegó y me enfadé.

—¡¡¿Es que no lo entiendes?!! —les grité—. ¡Estoy enamorada de Enrique! —La frase salió de mi boca sin permiso y salí corriendo del baño, sin fijarme en nada ni en nadie, solo quería irme.

—¿Dónde va ahora? —Las oí mientras huía.

Corrí por todo el local en busca de una salida, me estaba ahogando. Cuando ya casi había llegado a la puerta de salida me di de bruces contra alguien. Teniendo en cuenta nuestros antecedentes, recé para que no fuera Patrick. Levanté la mirada y le vi.

—¿Enrique? —Las palabras casi se me atragantan.

—Lisa, ¿qué te pasa?

—Necesito salir de aquí. Sácame de aquí, por favor —le rogué y él no hizo más preguntas. Protegiéndome de la gente que intentaba entrar, salimos del local.

Corrí sin soltarme de su mano hasta que, asfixiada, me apoyé en un coche.

—Respira, nena. —El calor de su mano en mi espalda pareció actuar como un bálsamo—. Te va a dar algo. ¿Te llevo a un médico?

—No, ya me calmo. No sé qué ha pasado —le dije viendo en sus ojos una sincera preocupación.

—Vamos a casa.

—No quiero estar sola. Buscaré a Sam y Liz —le dije. Nunca me había gustado mostrarme vulnerable ante nadie, y mucho menos ante él, que sufría de un grave síndrome de Superman.

Me eché a andar rápido, oía sus pasos tras de mí cuando me topé de frente con el pulpo de la discoteca. No era mi noche, cada vez estaba más claro que no tenía que haber salido.

—Ey, pelirroja, ¿por qué no vienes aquí y me bajas el calentón que tengo por tu culpa? —dijo mientras me agarraba con una mano y con la otra comenzaba a bajarse la cremallera. Negué con la cabeza, pero mi cuerpo se quedó estático.

—¡Déjala en paz! —escuché y lo siguiente que vi fue el puño de Enrique impactar contra la cara del muchacho. Después sentí cómo me agarraba de un brazo y me miraba enfadado.

—¡Si alguna vez me dejaras terminar de hablar, maldita cabezota! —me gritó y prácticamente tuvo que arrastrarme hasta su coche—. Me refería a irnos a mi casa, nunca te dejaría sola en este estado. —Me miró a los ojos, diciéndome con ellos todo lo que no era capaz decirme con palabras, como siempre hacía. Y así, sin más, volvimos a reconectar, restableciendo la química que siempre habíamos tenido y que perdimos en no sé qué momento.

Me subí en su coche y él condujo en silencio. Estaba tan sexy al volante. Un ambiente de calma tensa se había instalado entre nosotros y no me atreví

a romperlo. Me acordé de las chicas. Saqué el móvil. ¡Cincuenta llamadas perdidas! Y un mensaje en el contestador en el que Sam decía que iba a llamar a la policía si no les devolvía las llamadas. Tecleé un WhatsApp en nuestro grupo:

Yo:

Estoy bien, me he ido a casa en taxi. Os llamo mañana, os quiero mucho. Una mentirijilla piadosa no hace daño a nadie.

Llegamos a la casa nueva de Enrique y, mientras él aparcaba, no pude evitar las palabras.

—Vaya, al fin veo tu casa. Creo que debo ser la única de tus amigos que no había estado todavía aquí. —Sí, se lo dije en plan picajosa, era mi defensa.

—Las cosas no han estado bien entre nosotros, Lisa. Lo sé, reconozco mi culpa. ¿Y tú la tuya? —Me miraba con la ceja levantada, preguntándose si sería capaz de reconocer mi parte de culpabilidad.

—Sí. —No podía decir otra cosa, Liz siempre me decía que las culpas eran un cincuenta-cincuenta.

—Pero ahora estás aquí... —dejó caer.

—¿Y qué va a pasar? —pregunté.

—Lo que quieras —contestó, y estuve a punto de decirle que le quería a él. Por entero, en cuerpo y alma. Pero las palabras se quedaron en mi garganta, atascadas. Me quedé muda, como la princesa Ariel cuando la bruja del mar le cambió la voz por unas piernas. Así, tal cual—. ¿Entonces? —cuestionó al ver que no decía nada.

—Quiero dormir —respondí. ¡Mentira!

—¡Pues a dormir! —sentenció y, como un caballero y me abrió la puerta del coche.

—¿Puedes abrazarme? —pregunté con algo de vergüenza y él asintió.

Y así fue como pasé la noche entre los brazos de Enrique, el hombre de

las mil caras. Enrique, mi dolor de cabeza; Enrique, mi mejor amigo; Enrique, mi salvador; Enrique, mi Superman: Enrique, el hombre de mi vida.

A la mañana siguiente, cuando desperté, él no estaba. Busqué el teléfono para ver la hora y tenía unos cuantos mensajes. Uno suyo:

Enrique:

He tenido que salir temprano al trabajo, descansa lo que quieras y, por favor, recuerda que pase lo que pase entre nosotros, siempre voy a estar para ti, mi loquita.

Esa forma de referirse a mí me hizo llorar, era como me llamaba desde que éramos muy jóvenes.

Tenía un mensaje de Liz, quería saber si estaba bien y una foto de Sam que me hizo salir de la cama de un salto. En la pantalla de mi móvil, la imagen de un test de embarazo con dos rayas rosas me devolvió la fe de golpe.

Sam:

Vais a ser tías.

Eso era lo que decía el escueto mensaje.

De esa forma, una vez más, la vida me enseñó una lección. Las personas que están para ti, lo estarán siempre. Quien tiene la necesidad de cuidarte, va a hacerlo ocurra lo que ocurra, y la perseverancia lleva a cumplir los sueños. ¿Quién sabe? Quizá de la misma forma en la que Sam y Manu consiguieron embarazarse, yo algún día conseguiría que Enrique me quisiera.

Capítulo 16:

Deseo de cosas imposibles

Todas las semanas me siento ante el ordenador y escribo esta columna contándoos las cosas que nos pasan a mis amigas y a mí. Normalmente a ellas le va genial y mi vida es un completo desastre, pero ¿sabéis qué? No siempre es así.

Por fin, después de muchos meses y de muchos palos, me ha pasado algo bueno. Y sí, es como dice Liz, no debería tirar cohetes tan pronto, pero es que ¡Enrique me ha invitado a salir! Estoy en una nube, pletórica, sumamente FELIZ, esa es la palabra. Cinco letras, pero que significaban todo.

Todo empezó como una tontería. Estábamos en el cumpleaños de mi madre, y, claro, él estaba invitado como uno más. Mi teléfono sonó porque había recibido un WhatsApp y pensé que sería alguna de las chicas, pero no, era él. ¿Estaba justo a mi lado y me escribía al móvil?

Enrique:

¿Te apetece que vayamos a tomar algo mañana?

Yo:

¿A tomar algo? ¿Y por qué me lo dices por escrito?

Enrique:

Hay mucha gente, prefiero que sea algo entre nosotros.

Yo:

¿Algo así como una cita secreta?

Enrique:

Sí.

Yo:

Vale, acepto, recógeme a las nueve.

Miré a mi lado y le vi sonreír. ¿Os lo podéis creer? Sonreír. Hacía

muuucho tiempo que no lo veía así, por lo que probablemente yo también tenía la misma expresión. Felicidad.

Me reuní con las chicas para ponernos al día, como siempre hacíamos, solo que esta vez el menú varió un poco. Samantha está embarazada y ha sustituido el capuchino por zumos naturales. Eso sí, le ha dado por la bollería y nos ponemos ciegas a donuts por su culpa. Liz está viviendo con Antonio y se la ve muy feliz y satisfecha. Sobre todo eso, él siempre fue su mejor amante, por aquello de que es escritor y tiene mucha imaginación.

Estaban relajadas, tranquilas y comiendo donuts, lo que significa que podía soltarles la noticia, aunque para ellas sería una bomba, sin que me mordieran la yugular. El tema de Enrique siempre les ha puesto muy nerviosas. No las culpo, son las que han tenido que aguantarme todos los lloros y las depresiones cada vez que algo iba mal con él.

—Enrique me ha invitado a salir —dije sin más y Liz escupió el capuchino—. ¡Tía! Tienes que dejar de hacer eso —le espeté.

—Pues tú deja dar noticias así cuando estoy bebiendo —decía mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—¿Vas a salir con el tío que te rechazó hace casi nada? —preguntó Sam.

—Como amigos, en plan colegas. —Ya está, nerviosa otra vez.

—Los tíos nunca quieren salir en plan colegas con una chica —argumentó Sam comiéndose el segundo donut.

—Él sí, y no es gay —advertí echándoles una mirada asesina, conociendo sus ideas—. Somos amigos y es lo que vamos a ser siempre.

—¡Pero tú estás enamorada! —me gritó Liz.

—¡Dilo más alto!, creo que dos o tres en China no te han oído.

—Lisa, por favor, amiga, céntrate. —Sam, la tranquilidad personificada.

—Estoy muy centrada. Es mi mejor amigo, como vosotras y voy a salir a tomar algo con él, como hago con vosotras. —Omití la información de que él

lo había llamado cita secreta.

—¡Con nosotras no quieres follar! —Claro, ¡qué raro que no había salido antes el tema!

—Y no te atrevas a decir que con él tampoco, porque cada vez que le ves con esas gafas de sol que se pone ahora se te hace el chichi Coca-Cola. —Liz tiraba a matar.

—Todo va a salir bien —respondí, a ver si me lo creía.

—Lo que tú digas, cielo. Sea como sea, aquí estaremos para celebrarlo o para consolarte... otra vez —me decía Sam mientras me acariciaba la mano.

—¿Qué te ha dicho el médico? —le pregunté a Sam para desviar el tema de mí.

—Qué todo va muy bien —contestó y sacó una ecografía de bolso—. Es bastante grande para el tiempo de embarazo —nos indicó y miramos la fotografía. Yo nunca he entendido las ecos y, a juzgar por la cara de Liz, ella tampoco.

—¡Precioso! —mintió.

—O preciosa —mentí.

Seguimos hablando y riéndonos un rato más. Me despedí de ellas pronto, ese día era mi cita secreta con Enrique y tenía que prepararme muy bien.

Era la primera vez que mis amigas no me ayudaban a prepararme para una cita importante. Pero no quería darle más importancia de la que tenía. Me planté delante del armario y me entró la típica neura femenina de «no tengo nada que ponerme», a pesar de que la ropa sobresalía por todas partes.

Un vestido sexy no, unos vaqueros simples no, una minifalda no... Al final opté por unos pantalones de pinza muy coquetos, en color gris, muy ajustados, y una camiseta de tirantes negra sobre la que me pondría una blusa de red. Insinuando, pero no enseñando. Pulseras negras a juego, mi anillo irlandés de la suerte, un toque de maquillaje oscuro. *Eyeliner* y sombra gris

en los ojos y, por último, un rojo pasión para los labios. El pelo suelto, rizado y listo. Me miré al espejo, sonreí. No estaba nada mal para haberlo hecho yo solita.

Parecía una rockera y me acordé de una vez que quise parecer mala y me maquillé en tonos muy oscuros. Mi hermano mayor me miró y me dijo: «tienes demasiada carita de ángel para ese *look*». Fui corriendo a quitármelo, claro. Pero esa noche no, esa noche no había nada ni nadie que me pudiera estropear el *look*, iba cañera, sexy y, sobre todo, me sentía segura, que era lo que andaba buscando.

Escuché el claxon del coche de Enrique y salí corriendo a la calle.

—Podrías haberme mandado un *whap*, no me llamo Claxo —le dije

—¡Vaya! —exclamó y le vi tragar saliva—. Luces diferente.

—¿Te gusta? —le dije mientras le hacía una pose en plan modelo.

—Si te gusta a ti... —contestó y me acordé de uno de los motes que Liz le puso El Mudo.

—A mí sí, quiero saber si te gusta a ti —ataqué de nuevo.

—¡No está mal! —¡JA! Mentiroso, ¡se había quedado loco!

Durante todo el camino no paró de hablar y cantamos canciones de nuestro cantante favorito. Alguna que otra con indirecta, diría yo.

—«Tú me robaste el corazón, bandida» —cantaba al mismo tiempo que Alejandro Fernández y me miraba de reojo. ¿Yo?—. «Me lo robaste pa' jugar, querida». —¿En serio él pensaba eso de mí?

Estaba tan encantador que me aturdía. Quería pensar todo el tiempo que no era posible, que solo éramos dos colegas en una cena, como muchas veces con otros amigos. Pero la voz de Sam resonó en mi cabeza. Él no es un amigo cualquiera.

—¿Vemos una peli? —sugerí.

—No, prefiero que estemos en una terraza charlando que sentados

mirando una pantalla. —Me dejé llevar y hablamos como nunca en toda nuestra extraña relación.

Una música muy animada empezó a sonar y se levantó tendiéndome la mano para invitarme a bailar. Ni que decir tiene que acepté. El DJ cambió a una melodía más lenta y él, para mi sorpresa, enlazó sus manos en mi cintura. Estaban calientes. Y los dos comenzamos a mecernos con mi cabeza recostada en su pecho.

El corazón le latía con fuerza. Durante los cuatro minutos que duró aquella canción, ambos nos dejamos llevar hasta tal punto que por un instante pensé que me besaría. Pero no lo hizo, se apartó y me dijo que mejor nos marchábamos, que ya era tarde.

Esa noche, supe leer en sus ojos sus verdaderos sentimientos. Y tuve una revelación. Enrique me quería. Sí, lo hacía y no como a una amiga o una hermana, me amaba. Como yo a él.

El trayecto de vuelta no fue tan divertido. No hablé, no cantamos, no hizo bromas. Solo conducía, con la vista clavada en la carretera y yo me quería morir. Mandé un WhatsApp a las chicas y su respuesta fue exactamente la misma:

Sam/Liz:

Te lo dije, pero nos vemos mañana.

Enrique me dejó en la puerta de mi casa, me dijo un escueto adiós y no volví a saber de él en cinco días.

Al día siguiente, mientras me tomaba el capuchino con las chicas, zumo natural para Sam, las dos me escucharon atentas. Sabía perfectamente lo que pensaban, pero ninguna dijo nada. Hablamos del embarazo, de que Manu prefería un niño, como Liz, mientras que Samantha y yo preferíamos una niña para vestirla de rosa. Elegimos el color de las paredes para el estudio de Antonio en la casa nueva que él y Liz habían alquilado. Y de mi cita con

Enrique... ninguna dijo nada. Solo escucharon.

Durante todo este tiempo y con todas las experiencias que he compartido con vosotros, ya debéis saber que mi nueva filosofía de vida me lleva a pensar siempre en positivo. El vaso siempre debe estar medio lleno. «¿Qué has sacado de positivo de todo esto, Lisa?», os preguntaréis: ¡Él me ama!

Y estoy segura de que, más tarde o más temprano, superará ese miedo que tiene y dará un paso hacia mí. El beso que murió en sus labios aquella noche resucitará en los míos, volveré a notar sus manos calientes en mi cuerpo, su preciosa voz lanzándome indirectas en forma de canción y su mirada iluminarse por tenerme entre sus brazos.

Lo sé y algo de bruja tengo. Un día, no sé cuándo, Enrique y yo estaremos juntos y seremos felices.

Capítulo 17:

Arriesgarse antes de morir por un recuerdo de navidad

Esta tarde, al encender la tele para mi jornada habitual de sofá, peli y manta, he descubierto que ya han empezado a emitir películas navideñas y se me ha ocurrido una idea genial. ¿Qué os parece si os cuento una historia de navidad? Sí, sí, lo sé, solo estamos en octubre, pero ¡¿qué más da?!

Todo ocurrió a principios de diciembre de hace nueve años. Recién cumplidos los veinte, sentí que mi vida necesita un cambio. Quería hacer una locura. Siempre había sido una adolescente tranquila, responsable y estudiosa, que no dio ningún dolor de cabeza a sus padres. Por eso, quería estrenar la segunda década de mi vida por todo lo alto. Anuncié en casa que me tomaba un año sabático en la universidad y, con los ahorros de toda mi vida y una maleta rosa de lo más infantil, me subí a un avión rumbo a la ciudad que nunca duerme.

Sí, exactamente, Nueva York. Esa gran ciudad, ese bullicio y gente loca, siempre con su corre, corre. ¿Creíais que era Las Vegas? ¡Noooo! Aunque también se la conozca por ese nombre, ahí iremos para pecar, por algo se la conoce como la ciudad del pecado.

Nueva York fue el destino que elegí y lo hice porque las mejores escenas de películas de navidad que había visto sucedían ahí. Quería patinar (aunque no sabía hacerlo) en Central Park, ir de compras por la Quinta Avenida, comer castañas asadas de un puesto en la Avenida Madison y que un americano me besara mientras veíamos caer la bola de fin de año en Times Square.

A mis tiernos veinte años y cuando todavía no habían aparecido en mi vida Samantha y Liz, yo era una chica taaan tímida (aún lo soy, aunque con ellas menos) que no había tenido más amor que aquel del instituto del que ya

os hablé hace unas semanas y algún que otro compañero de la universidad.

Me costaba relacionarme con los hombres, me daban miedo y no era para nada una de esas chicas de veinte que quieren comerse a todo el que se le pone por delante. Ni que decir tiene que Enrique ya andaba en mi vida por aquella época, pero en ese momento no era más que mi mejor amigo.

Soy incapaz de describir lo que sentí cuando bajé del avión y noté el frío de Nueva York impactarme en la cara. Me sentí tan libre como nunca antes en toda mi vida. De repente parecía que era capaz de todo. Yo sola. Sin apoyos, sin familia que vigilara mis pasos por miedo a que me hiciera (o me hicieran) daño, sin amigas que me ayudaran a levantarme o me dieran consejos de cómo hacer las cosas. Solo YO, Lisa, frente al inmenso mundo.

Cogí un taxi de esos amarillos y me sentí como la protagonista de un capítulo de Friends. Llegué al hostel y dejé todas mis cosas en la habitación. Solo tenía una cama y un pequeño sillón, pero eso sí, gracias a dios, tenía mi propio baño. No quería perderme nada.

Allí estaba yo, la dulce e inocente Lisa con mi gorro de lana calado hasta los ojos, la bufanda al cuello y los guantes morados a juego, caminando por una de las calles más transitadas del mundo.

Las luces navideñas eran tal y como lucían en las películas. Preciosas y que invitaban a soñar. Entré en una cafetería a pedir un chocolate en uno de esos vasos para llevar tan chulos que se ven en la tele y entonces le vi. Tras la barra, con su pelo rubio ceniza y los ojos azules. Tan pálido de piel, tan guiri. Mi corazón se saltó un latido y el estómago me dio un vuelco y recordé lo que María y Carmen me habían dicho: «pásalo bien y, recuerda, lo que pasa en Nueva York, se queda en Nueva York». Sí, ya sé que eso solo se dice para Las Vegas, pero ¿qué más da? Así que, sin más, me acerqué y pedí mi chocolate.

—*A cup of chocolate, please.* —Mi perfecto inglés de instituto (léase con

ironía) debió delatarme, porque el rubiales americano me respondió en español.

—Española, ¿eh? —cuestionó y asentí—. Yo también.

—Pues pareces americano como el que más.

—Lo soy, también. —Al ver mi cara de no entender nada, explicó—: Mis padres se vinieron a vivir aquí cuando yo tenía cuatro meses. Nací en Barcelona, pero he vivido en Estados Unidos toda mi vida. Mis padres no quisieron que perdiera las raíces y en casa siempre hablamos español.

—Bonita historia —dije y le tendí la mano—. Lisa, encantada.

—Henry —contestó. ¡Vaya! ¿Eso no es Enrique en inglés? ¡Qué casualidad!—. Encantado de conocerte. ¿Estás aquí por trabajo, estudios o placer?

—Placer, vacaciones.

—Seguro que te lo pasarás muy bien —contestó poniendo el chocolate ante mí.

Charlamos durante horas, su turno acabó y nos sentamos en una de las mesas más alejadas del bullicio y del devenir de las personas que entraban y salían, nos reímos muchísimo. Era encantador.

Al acabar la velada me acompañó hasta el hostel en metro y estuve tentada de dejarle pasar, pero no, yo no era así. Me dio su número y quedamos para el día siguiente.

Y así fue. Como si se tratara de una de las películas navideñas que tanto me gustan, conocí a un hombre maravilloso que me acompañó durante todas mis vacaciones en Nueva York, ayudándome a cumplir todas mis fantasías.

Henry me llevó, y enseñó, a patinar sobre hielo en Central Park, comimos castañas por la calle, cargó con mis bolsas en un agotador día de compras en la Quinta Avenida y hasta dimos un paseo en calesa por la ciudad. Muy de Hollywood todo. Estaba como una niña pequeña con zapatos

nuevos, me encontraba eufórica, y no solo por cumplir todas mis pequeñas fantasías, sino porque Henry era un encanto.

Una de las cosas malas que tenía mi idea de una navidad americana era el hecho de pasar sola la Nochebuena. Me daba igual la Nochevieja, no me había gustado nunca. Pero el veinticuatro de diciembre era mi día favorito del año, me encantaba pasarlo con mi familia. Comer la comida de mi madre, reír con mis hermanos hablando de viejas historias y ver cómo mis sobrinos se desesperaban esperando a Papá Noel. Este año todo sería distinto.

En Estados Unidos celebraban a lo grande el día de Navidad, pero la noche antes pasaba un poco más desapercibida que en España. No me apetecía quedarme encerrada en la habitación pensando en que el viaje en esta época había sido un error, pero ¿qué podía hacer?

Como por invocación, Henry llegó. Cuando abrí la puerta no podía creérmelo. Ahí estaba. Mi nuevo amigo americano-español cargado con un árbol de navidad, adornos, regalos y un gracioso gorro con cuernos de reno en la cabeza.

—Vengo a celebrar la Nochebuena contigo —me dijo.

—¿Y tu familia? No pretendo separarte de ellos en una noche así —contesté secándome las lágrimas.

—No te preocupes. Se han americanizado mucho en las fiestas, mañana iré a comer a casa de mis padres y listo. Así es como lo hacemos siempre —repuso con una gran sonrisa—. Toma, esto para ti —sentenció y me puso una guirnalda dorada a modo de diadema—. Estás preciosa, eres un ángel navideño muy sexy.

—¡No digas bobadas! —le reñí en broma.

Durante un par de horas decoramos aquella triste habitación de hostel. Al acabar, nos quedamos mirando y él elevó la vista. ¡Muérdago! Ahora sí, iba a ser inevitable, iba a besarme. Le veía acercarse lentamente como si tuviera

miedo a que le rechazara. ¡Ni loca! Me moría por ese beso desde que le conocí.

Sus labios se posaron sobre los míos, tímidos al principio y más atrevidos cuando le correspondí al beso. Sabían dulce, como las golosinas que habíamos estado comiendo. Su lengua se coló en mi boca, donde la mía la recibió gustosa y ambas se enlazaron en un baile sensual que me calentó como aquel primer chocolate que me había servido en la cafetería.

—Podemos parar si quieres... —sugirió con la mano a punto de desabrocharme el sujetador.

—¡Calla y sigue! —ordené.

Y así fue como, por primera vez en mi vida, yo, la dulce y candorosa Lisa, se tiraba a los brazos de un hombre al que apenas conocía. Mis relaciones anteriores habían sido siempre (bueno, siempre suena a muchas y solo habían sido dos) con un novio estable. Así que esta fue una especie de primera vez para mí, algo que nunca olvidaré.

Ni qué decir tiene que después de esa noche, pasamos igual todas las que duró mi viaje. Y que sí, Henry me besó en Times Square cuando cayó la bola que marcaba el cambio de año. Al volver, nos despedimos con muchas promesas, pero los dos éramos muy jóvenes y lo sabíamos, no volveríamos a vernos.

Terminar de escribir y recordar esta historia me ha dio una idea. ¿Por qué no?

Abrí el Facebook y tecleé en el buscador un nombre: Henry Castell. ¡Ahí estaba! Diez años mayor, pero con su misma cara de guiri. Le mandé un mensaje privado y escribí un WhatsApp a las chicas.

Yo:

Nos vemos en una hora donde siempre.

Tener una amiga embarazada con antojos es la excusa perfecta para

ponernos ciegas a comer sin remordimientos. ¿Que Sam quiere un batido de chocolate? ¡Pues que sean tres! ¿Que le apetece una napolitana? ¡Otras tres! Ya nos pondríamos a dieta luego, también las tres, pero por lo pronto, había que mimar al bebé.

—Me voy a pasar la navidad a Nueva York —les solté sin previo aviso y, como viene siendo costumbre, Liz escupió el capuchino de la impresión—. ¡Tía!

—¿Cómo que te vas? —preguntó—. ¿Estás loca?

—Yo, por primera vez, estoy de acuerdo con Lisa —contestó Sam tocándose la incipiente barriguita—. Un cambio de aires le vendrá genial.

—Gracias por no llevarme la contraria en esto, amiga, porque me da igual lo que digan todos.

—Vale, no diré que no, pero dame una sola razón, churri —insistió Liz. entonces les conté la historia de Henry.

—Dime, por favor, que no lo haces solo por un rollo que tuviste hace diez años —me dijo Sam—, o me arrepentiré de haberte dado la razón.

—¡El mejor sexo de mi vida! No fue solo un rollo —me defendí.

—¿Ese no había sido el marqués irlandés? —preguntó Liz confusa.

—¡Qué va! ¡Fue Nathan! Por eso repite, o repetía cuando él no tenía novia —dijo Sam.

—No tenéis ni idea, amigas, el mejor sexo de mi vida será el que tenga con Enrique —sentencié tan segura como de que era martes por la tarde y llovía—. Puede que Henry no sea mi alma gemela, pero una tiene que comer, vosotras me lo enseñasteis —les decía mientras les guiñaba un ojo.

—Tú y tu seguridad de que algún día ese verde se dará cuenta que está loco por ti me preocupa tanto como el hecho de que te vayas a Estados Unidos por un antiguo ligue. —Liz soltó esa frase y le dio un mordisco a su napolitana de crema con virutas de chocolate.

—¡No entendéis nada! Es por la aventura, la necesito después de Patrick, Nathan, Enrique y demás.

—¡Anda! ¡Menuda lista! ¿Eh? ¡Y parecía tonta cuando la compramos! —dijo Sam y todas reímos. En el fondo, aunque no lo entendieran, no tenía ninguna duda de su apoyo.

Pues sí, queridos lectores, me voy a pasar todo el mes de diciembre en Nueva York. Volveré a ver a Henry (contestó a mi mensaje y aún me recuerda) y me reencontraré con ese antiguo amor. ¿Por qué lo hago? Porque siento que me lo debo a mí misma, volver a sentir que soy una joven que se arriesga.

Aquí el consejo de esta semana: la vida es efímera, cada día escuchamos noticias de personas que mueren. Accidentes, enfermedades, la vida es como una ruleta rusa en la que todos participamos y en la que no sabemos ni cuándo, ni dónde, ni cómo nos va a llegar el tiro que terminará con nuestra estancia en este mundo. Entonces, ¿no es mejor arriesgarse y vivir mientras aún tenemos tiempo, que lamentarnos después?

Capítulo 18:

Maldita empatía

¿Habéis oído hablar alguna vez de la empatía? Es ese “don” que algunas personas tienen para ponerse en el lugar del otro, para sentir los sentimientos de otra persona. Pues os diré, que por eso lo he puesto entre comillas, que, aunque suene muy chulo y te haga ser súper comprensiva, en realidad ¡es una puta mierda!

Lo sé de buena tinta porque, desgraciadamente, lo soy. Puedo saber lo que otro ser humano está sintiendo, ya sea bueno o malo ¡hasta por teléfono! Se me da mejor sentir las emociones o sentimientos como la tristeza, la melancolía, la pena, el dolor y hasta las náuseas. Soy una bruja de las desgracias ajenas.

—¿Qué te pasa, Lisa?, estás muy pálida —me preguntó Liz mientras miraba mi taza de menta poleo—. ¿Infusión? ¡Tú no cambias el capuchino por nada!

—No lo sé, me siento mal, tengo náuseas y un poco de mareo —comenté dando un sorbo al líquido caliente.

—¡Anda ya! ¿No estarás embarazada tú también? —cuestionó Sam—. Yo me siento igual.

—¡Sí, hombre! Pues como no sea por obra y gracia del Espíritu Santo... —dijo Liz—. No se tira a nadie desde aquel día con Patrick, después de que Enrique la rechazara, y de eso hace mucho ya.

—¡Joder, Liz! —grité—. No hace falta que lo recuerdes todo con tanto lujo de detalles —le dije malhumorada—. Seguro que es culpa de Sam.

—¿Mía por qué? —me preguntó dando un bocado a su tartaleta de limón y canela.

—¡¡Eo eo!! ¡Empática! ¿lo recordáis?

—Oh... Es verdad, pero además pareces triste, y ninguna de nosotras lo está —¡Maldita Liz! Era capaz de leerme como un libro abierto y subrayado en amarillo—. ¡No me digas más! ¿El Verde? —A la puñetera no se le escapa una, siempre acierta.

—¡Deja de llamarle así! —le espeté.

—Como tú digas, pero es por él, ¿verdad? Siempre lo es.

—Cielo, puedes contárnoslo —dijo Sam—. Sé que cuando se trata de él podemos ser muy duras, pero es porque te ha hecho mucho daño.

—No me quiere —confesé al borde del llanto.

—Sí que lo hace, solo que quizá no como tú esperas.

—¿Y cómo lo has sabido? —cuestionó Liz.

—Lo he notado.

—Vamos a ver, amiga —apostilló Sam, en un tono bastante duro, mientras se acariciaba la barriga tiernamente—. Estás llevando esto de tu empatía demasiado lejos, tú no tienes poderes mágicos.

—¿Tengo que recordarte que soñé que te quedabas embarazada?

—Sí, lo sé, y es verdad que eres muy receptiva y todo eso, pero no puedes saber lo que Enrique siente.

—Y, además —tomó Liz la palabra—. ¿No dijiste hace un par de semanas, cuando el encontronazo con Patrick en la discoteca, que te amaba? Bruja no sé, churri, pero bipolar un poco sí eres. —No pude evitar la sonrisa. Ella siempre me sacaba una, no importaba el humor que tuviera. Si te quieres reír, Liz es la mejor medicina.

—He estado con él estos días y creo que hemos perdido la conexión, otra vez. Y, lo que es peor, ya no noto sus vibraciones, me ha bloqueado y eso solo puede ser que no me quiere.

—¡No digas gilipolleces! —gritó Sam, parecía realmente mosqueada—. Perdón, es el embarazo, las hormonas me hacen comportarme como una

histórica. Lo que quiero decir es que te bajas de la nube, ¡las personas no bloquean sus energías a otras personas!

—Y él menos, no le hago tan listo.

—Vosotras no le conocéis como yo. Está raro...

—¿Más? —me interrumpió Liz.

—Mucho más. Le he perdido, chicas —confesé sollozando y las dos se levantaron a abrazarme.

—Cariño, verás que lo superas.

—Liz tiene razón, pasarás página, encontrarás a alguien maravilloso y serás muy feliz —comentó Sam mientras me acariciaba el pelo—. ¿Quieres una buena noticia? —Yo asentí mientras me secaba las lágrimas—. ¡Es una niña! —gritó.

—¡GANAMOS! —dije, abrazándola ahora yo a ella—. Hola, sobrinita. —Continué acariciándole la tripa, últimamente ese gesto me calmaba mucho.

—¡Pues vaya! ¡Manu y yo queríamos un niño! —protestó Liz haciendo un falso puchero.

—¿Significa eso que la tía Liz no va a querer a la princesita del grupo? —cuestioné.

—¡Como la llames princesita desde luego que no! Espero que sea una niña que de guerra y no una cursi.

—¡Será perfecta! —dijo la futura mamá.

—¿Y tú no tienes nada qué contar? —preguntamos a Liz—. Cuando hay tanta tranquilidad en tu vida no es nada bueno.

—Esta vez sí, Antonio es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—Oye, tú, bruja de pacotilla —me dijo Sam con su natural desparpajo—. ¿La alegría no la empatizas?

—Hoy no, ¿vale? Os quiero muchísimo y me alegro hasta el infinito de que estéis tan felices, pero hoy no me pidáis más. —Me levanté y les di un

beso a ambas—. Os llamo cuando esté mejor. —Y mientras me iba las oí seguir hablando.

—¡Lo mataría! —sentenció Liz.

—Ella dirá lo que quiera, pero para mí que ese es gay —dijo Sam.

Me fui andando a casa, cosa que jamás hago, soy una adicta al coche. Mi lema es «no sin mis ruedas», pero esa vez me apetecía andar un poco, sola en mi mundo, yo, yo misma y mis circunstancias. Enrique ocupaba el cien por cien de mis pensamientos en ese momento.

El fin de semana pasado habíamos salido a tomar algo juntos, como el perfecto par de mejores amigos que éramos. Y noté un distanciamiento emocional de él tan grande que me ahogaba. Podía notar perfectamente su apatía y no podía respirar bien. Puede que físicamente estuviera a mi lado, pero su mente y, lo que es peor, su alma, estaban a kilómetros de mí y eso me hacía sentir tan mal como hacía mucho que no me sentía.

Mientras caminaba había empezado a lloviznar. Me envolví a mí misma con los brazos en busca de un poco de calor, pero el frío que sentía no tenía nada que ver con la temperatura ambiental. Era un frío interno. Era una sensación de vacío tan honda que no podía llenar con nada.

Como les había dicho a las chicas, me alegraba mucho de su felicidad. Claro. Estaba como loca con la niña de Sam y estaba muy feliz de que la relación de Liz con Antonio fuera tan bien. Al igual que con mis otras amigas. La vida de todas parecía haber empezado a encajar como un puzle bien armado.

María y su marido eran más felices que nunca con su preciosa princesa que hacía las delicias de todos cada vez que nos reuníamos. Carmen había tenido una gran oportunidad laboral que la hacía estar radiante. Luna había comenzado una relación que la hacía sentirse maravillosa con el único hombre al que había amado siempre. Sabri se había reconciliado con su chico

y los dos eran ahora muy felices. Aurora tenía entre manos un proyecto que la mantenía contenta y que podía catapultarla muy alto en su trabajo. Ceci había conocido a un profesor de yoga escocés en el retiro y se habían ido a vivir a su país natal, cumpliendo así uno de sus mayores sueños. Melisa y su novio estaban mejor que nunca, ella era muy feliz. ¿Y yo? ¿Por qué sería que mi vida seguía estando del revés? ¿Por qué no conseguía superar la relación más angustiada de mi vida y pasar página? ¿Eso era lo que el destino tenía pensado para mí?

Después de tantas semanas ya sabéis que me gusta encontrar el lado positivo a todo esto. Pienso que todo en la vida es un proceso de aprendizaje. Yo tengo que aprender a canalizar mi “don” y no sentir solo las cosas negativas. Y, sobre todo, tengo que aprender a asimilar, aceptar y tatuarme a fuego en la cabeza que Enrique no ha sido, no es y no será nunca el hombre de mi vida. Aunque sí que ha sido mi gran amor.

Sin darme cuenta, llegué caminando a una playa. Me senté en la orilla, me quité los zapatos y dejé que el agua me mojara los pies. En ese mismo momento me sentí inspirada. Saqué del bolso una libreta preciosa que me había regalado Sabri y siempre llevaba encima, sin más, escribí:

Te echo de menos. Lo hago cada minuto desde que no estás aquí. Siento tu presencia en cada cosa que hago; tu olor en cada brisa de aire.

Tu ausencia se me antoja eterna. Una agonía que me mata lenta y constante.

Tu recuerdo acude a mí, movido entre las olas. El mar está embravecido, reflejando lo que siento.

Tu voz me llega en cada ola que se acerca a la orilla y me moja los pies. Susurran tu nombre y después se deshacen en espuma blanca.

Tu recuerdo se vuelve cálido como el sol que, al atardecer, me calienta la piel, que está helada desde que no se roza con la tuya.

Mi voz suena como un lamento y de mi garganta afloran quejidos que, en forma de suspiros, desgarran mi alma herida.

Mis labios salados por las lágrimas que, deslizándose por mis mejillas, han ido a morir en ellos. El lugar donde tus besos me daban vida es ahora un cementerio de dolor.

Me faltas, cada día, cada tarde y cada anochecer frente al mar, me faltas.

Y solo puedo pensar tu nombre, cerrar los ojos, respirar hondo y dejar que mi imaginación y mis recuerdos me lleven de la mano hasta ti.

Dejé que las lágrimas corrieran libres por mis mejillas y después arranqué la hoja, hice con ella una bola y la lancé al mar. Esperando que, de esa forma tan absurda, las olas se llevaran mis penas, mi dolor y a Enrique.

En ese momento, sentada en esa playa y hecha un mar de lágrimas, me juré a mí misma que sería la última vez que lloraría por él. Y, tal como canta Vanesa Martín, «desde esta calma te puedo decir que hoy me rindo por última vez».

Capítulo 19:

Asimilar no siempre es superar

Ha sido muy duro asimilar y superar que la persona a la que más había querido no sentía lo mismo.

Durante todo este tiempo he (hemos, porque las chicas han estado a mi lado en todo momento) intentado canalizar mi tiempo y mis pensamientos en otra cosa que no fuera el hecho de que Enrique no me ama. Así, después de pensarlo y hablarlo mucho, he llegado a la conclusión de que ese es el verbo que él no quiere conjugar conmigo.

¿Me quiere? Sí, claro que lo hace, y mucho. Igual que yo quiero a mi madre, a mis hermanos, a mis sobrinos, a mis amigos. De esa forma, incondicional en muchos aspectos, es como él me quiere.

Pero yo quería que me amara. Que sintiera pasión y deseo por mí. Que quisiera hacerme el amor a todas horas, que paseáramos juntos de la mano, que fuera el padre de mis hijos. Yo y solo yo, de manera egoísta y unilateral, quería que Enrique fuera el último hombre en mi vida, mi compañero eterno. Y casi estuve a punto de obligarle a aceptar un amor que él no tenía por mí ni estaba obligado a tener.

Casi me ha costado la salud, el trabajo y alguna amistad, llegar a esta dura conclusión. Y después de mucho tiempo de pensarlo, la última idea, la última conclusión y la que de verdad me ayudó a poner punto final a esta historia, a esa conclusión que va a liberarme, llegó sola, me vino así sin quererlo.

No sé si alguna vez he estado enamorada de él. Sí, así de rotundamente lo afirmo. Y todos os preguntaréis cómo he llegado a esta conclusión después de tanto tiempo, tanto dolor y tanto sufrimiento. Pues bien, he estado analizando mi propio carácter, mi forma de ser y el de todo mi entorno.

Siempre he sido una persona a la que le gusta estar bien con todo el mundo, llegado a ser incluso algo sumisa por momentos. Me siento cómoda siguiendo pautas. No quiero defraudar a nadie. Así es, queridos amigos, que pienso que, quizás, tal vez, a lo mejor..., solo me he empeñado en que Enrique es el hombre de mi vida porque es lo que todo el mundo espera.

—¿Te has vuelto loca? —me gritó Samantha, que estaba a punto de explotar.

—No, Sam, piénsalo. Tú sabes cómo soy, tiene sentido.

—No, no lo tiene, churri —me dijo Liz—. Sabemos que lo estás pasando muy mal, pero no intentes justificarle.

—Porque no tiene justificación ninguna. Es un cobarde que no ha sido capaz de dar la cara y decirte lo que siente.

—Además, ha hecho que te pases muchos años esperándole y por su culpa has echado de tu vida a tíos que sí valían la pena.

—Él también la vale chicas —les dije—. No es un mal amigo, solo que no ha sabido gestionar mis sentimientos por él —le defendí—. Estoy segura de que si, en vez de estar enamorada de él, me estuviera muriendo en una cama ahí estaría.

—Sí, pero eso no es lo que tú quieres...

—Yo quiero que se suba a la cama y me haga cosas guarras —respondí, sonriendo por primera vez en mucho tiempo, y la dos rieron conmigo—. Estoy pasándolo fatal y él sigue como si nada.

—¡Claro! —exclamó Samantha dando un sorbo a su capuchino descafeinado—. Aunque te duela, el que tenía las cosas claras sobre vosotros hace tiempo es él. Tiene cero empatía, porque, si la tuviera, se retiraría un tiempo, te daría el espacio que necesitas para vivir tu duelo.

—¿Qué duelo? —apostilló Liz.

—Cuando pierdes un amor hay que pasar un tiempo de duelo, lo sabes

muy bien.

—¡Pero ella no ha perdido ningún amor! —espetó—. Enrique nunca fue tuyo, ni tu novio, ni tu amante, ni tu follamigo, ni nada, así que no has perdido nada.

—La oportunidad de que fuera algo de eso —contesté—. Pero dejemos el tema, ¿vale? Hablemos mejor de cómo está mi sobrinita —pregunté acariciando el enorme vientre de mi amiga—. ¿Ya tiene nombre?

—Manu y yo no nos ponemos de acuerdo todavía, quizás esperemos a ver qué cara tiene —Liz y yo aceptamos con una sonrisa—. ¿Y tú qué tal con Antonio? ¿Sigue follando tan bien? —¡Esa era nuestra Sam!

—¡Mejor que nunca! —exclamó nuestra amiga—. Con esa imaginación de escritor que tiene vivo en un constante estado de éxtasis porque nunca sé qué va a pasar.

—Te odio —dijo Sam—. ¿Qué? Con esto del embarazo tengo las hormonas revolucionadas, todo el tiempo... —y dejó la frase en el aire.

—¿Y tienes agotado a Manu otra vez? —cuestioné y ella asintió—. Dale un respiro, mujer, que cuando nazca la niña no va a poder hacer su parte porque le tendrás muerto de cansancio.

—¡Que se fastidie! Él no tiene que aguantar todos los síntomas del embarazo y sigue estando buenísimo. ¡Miradme! Parezco una ballena.

—¡Estás hermosa! —gritamos las dos abrazándola.

—¡Ahora terminad de comer y sigamos con las compras! —grité, necesitaba hacer algo para olvidarme de todo y ellas eran siempre mi mejor medicina.

Habíamos salido a comprar ropa de invierno para mi viaje a Nueva York en navidad y algunas cosas para la niña. Pasamos el día juntas y al volver esa noche a casa sentí que la presión en mi pecho había disminuido un poco.

Me tumbé en la cama mirando al techo. Habían pasado unas semanas

horribles desde que sentí que Enrique no me amaba y todavía no había derramado ni una sola lágrima.

A cambio de eso, mi cuerpo había actuado como de costumbre, convirtiendo el dolor emocional en dolor físico y había tenido de todo: migraña, vértigo, pérdida de apetito (sí, sí eso que parece imposible en mí), dolor de oídos, de garganta, un virus de estómago que nunca me terminó de dar y frío. Mucho frío. Ese frío interior que no se quita por mucho que te abrigues porque no tiene que ver con la temperatura ambiental. Ese que te cala hasta los huesos y te hace sentir torpe, despistada y en ocasiones vulnerable.

Cogí el móvil y entré en mi cuenta de Facebook, fui a la galería de fotos y empecé a pasarlas una a una. Durante todos estos años había vivido tantas cosas, buenas y malas, y él había estado ahí. Sonreí y suspiré, pero las lágrimas no llegaban.

Pensaba como Sam, que tenía que pasar un tiempo de duelo a pesar de que, como bien había dicho Liz, él nunca fue mío. Quizás no en la realidad, pero sí que lo fue en mis sueños. En mi imaginación, durante muchos años él lo fue todo para mí.

Cogí de mi mesa de noche mi diario y escribí, como tantas veces había hecho, un pequeño texto. Esta vez sí, será una despedida:

Fuiste el protagonista de mi libro favorito. De esa historia que, entre noches de insomnio y dolores de cabeza, tejía con mimo cada día. Tú eras el galán de mi novela nunca escrita. El best seller de mi vida, en el cual los dos compartíamos cada frase, cada página, cada hoja. He llegado al final de ese libro sola. Así has querido que sea y, ahora, cuando estoy a punto de usar este bolígrafo que tú mismo me regalaste para poner el punto final, lloro. Por fin lo hago y mis lágrimas deberán limpiar mi corazón herido. Deberían servirme para decirte adiós, deberán purgar mi alma del error de haberme

enamorado de ti. Hoy, entre lágrimas, garabateo las últimas palabras sobre nosotros que quedan difusas por las gotas saladas que desde mis ojos caen sobre el papel. Se acabó esta historia, la nuestra, la que podía haber sido épica y no lo fue. Y, como dice una canción que no he parado de tararear en todo el día “antes del libro cerrar, quisiera contarte que no me gustó su final”. Punto y final.

Lloro, por fin lo hago y siento que no puedo parar. Ahora sí que consigo sacar de mi pecho todo el dolor, todo el miedo, toda la rabia.

Siempre me gusta acabar las columnas con un consejo, algo positivo, pero esta semana me vais a permitir que lo haga con una reflexión, que quizás ayude a alguien a no cometer el mismo error que yo.

He perdido los mejores años de mi vida, he echado a patadas de mi lado a hombres maravillosos y ¿lo he hecho solo por querer quedarme con el que debía o con el que amaba? Esa es otra batalla que debo tener, pero, como decía Escarlata O'Hara, «a lo pensaré mañana».

Capítulo 20:

¿Me acompañáis?

Un día, las chicas y yo nos dimos cuenta de que todo aquello de lo que hablamos acaba convirtiéndose en realidad. Por ejemplo, Liz y yo comentábamos una tarde, tomando café en mi casa, las ganas que teníamos de leer el último libro de una de nuestras sagas favoritas y, al día siguiente, la editorial avisa de su próximo lanzamiento. Otro día fui a ayudar a Sam con la decoración de la habitación de la niña y hablamos de lo bien que le vendría a Manu un cambio de aires en su trabajo. Dos días después, le ofrecieron un puesto como jefe de cocineros en un prestigioso restaurante de la ciudad. Y así podría citar mil y un ejemplos, todos ellos nos han llevado a deducir que éramos: ¡¡BRUJAS!! Por supuesto en el buen sentido, nada de esas brujas feas, arrugadas y llenas de verrugas. No, nosotras éramos brujas buenas y tope de guapas.

En una columna anterior ya os hablé de mi empatía. Pero esto va más allá de eso. Esta historia va de cómo tres amigas, por comprobar hasta dónde podían llegar sus poderes de brujas, compraron un boleto de la lotería. Y ¿queréis que os diga una cosa? ¡TOCÓ!

—Tiene que ser mañana, a las once de la mañana —dijo Samantha entusiasmada.

—Vale, pero todas a la vez, ¿eh? O no funcionará —apostilló Liz—. Comprobemos que los móviles marcan la misma hora: trece y diecisiete por el mío —informó.

—El mío también —dijo, dejándome llevar por su locura.

—Y el mío —concluyó Sam.

—Pues mañana cuando marquen las once en punto, compraremos un boleto para la lotería y da igual a quién le toque, tocamos a partes iguales

—anuncié y, como buenas *girl scouts* que fuimos (bueno, en realidad no lo fuimos, pero eso da igual), firmamos el pacto con... un choque de las tazas donde bebíamos nuestros capuchinos. ¿Qué pensabais que iba a decir? ¿Con sangre? ¡Buaj! ¡Qué ya tenemos una edad!

Y así fue, queridos lectores, como la vida nos dio una vuelta más. Una que ninguna de las tres podíamos creer. El boleto que compró Liz salió ganador del premio. No es que fuera una cifra astronómica, pero sí lo justo para echarnos una mano en algunos asuntos.

Nos reunimos y las tres teníamos muy claro qué hacer con el dinero. Samantha iba a invertir el suyo en una empresa. Ella y Manu montarían un restaurante de lujo, ambos tenían muchas ideas de cómo hacer algo novedoso y rompedor. Por supuesto, también guardaron una parte en un fondo pensando en el futuro de su hija. Liz compró a los dueños el local de la librería, ahora por fin era suyo. Mi amiga era inmensamente feliz en su nueva y estable vida con Antonio y prefirió invertir su dinero en la mejora del negocio que tanto amaba. Hizo reformas y planteó un calendario de actividades literarias, consiguiendo que su librería se convirtiera en todo un referente en la ciudad.

¿Y yo? Yo quería viajar. Quería ver qué había en el mundo más allá de todo lo que me rodeaba. Quería vivir unos meses alejada de todo mi entorno. La decisión no pilló a nadie de sorpresa, pero muchos son los que me trataron de loca por no invertir mi dinero en algo provechoso y con vistas al futuro como las chicas. Pero ¿qué mejor proyecto de futuro que curar las heridas de mi alma?

No me apetecía viajar sola. Miré en mi agenda de contactos y llamé a Ruth y Melania. Ellas habían sido dos de mis mejores amigas en la universidad. Habíamos compartido un piso diminuto y muchas horas de fiesta loca. Así que me parecieron las indicadas para acompañarme en esta

aventura. Ambas tenían mi edad y una vida acomodada que les permitía seguirme en mi locura.

Iba a ser muy divertido. Ruth era una chica sensata y responsable. Siempre fue la voz de la razón cuando vivíamos juntas. Centrada, pero con un punto de locura que la hacía ser esa amiga en la que uno siempre puede confiar. Por el contrario, Melania estaba loca. Era así, de manera literal. Como una auténtica cabra. Muchas veces teníamos que frenarla para que no se metiera, y nos arrastrara consigo, en un montón de líos.

Realmente necesitaba dejar atrás tantas cosas que mis habituales compañeras de vida debían quedar también ahí. La estabilidad en la vida de todas mis mejores amigas me hacía sentir muchas veces pequeña e inútil.

Por eso, en esta nueva etapa de mi vida, Samantha, Liz, María, Carmen, Melisa, Sabri, Luna y Ceci no iban a acompañarme. Por supuesto, siempre iban a ser mis aliadas. Siempre contaría con ellas hasta para decidir de qué color me pintaba las uñas y, al volver, todo seguiría como siempre, pero en esta ocasión debía seguir sin ellas.

Cuando ya estaba acabando de guardar algo de ropa en una maleta, se me metió en la cabeza una idea. Había algo que no quería dejar pendiente. Después de mi depresión por Enrique había entrado en una fase vengativa. Quería que él sintiera en sus carnes el mismo sufrimiento que me había hecho sentir a mí. Sin decir nada a nadie, o me encerrarían en casa, me planté en su casa. Y de la misma forma en la que una noche de tormenta, la protagonista de una de mis series favoritas se había entregado al amor de su vida, yo hice que Enrique, aunque ya tenía claro que no era el mío, cayera en mis redes.

Él abrió la puerta y pude ver en su cara que mi visita le molestaba.

—¿Qué es lo que quieres ahora, Lisa? —cuestionó con una dureza en su voz que me dejó helada.

—Cerrar este libro —respondí.

Y, sin más, poniendo en práctica todo lo que durante años había oído decir a Sam y Liz, y muchas más cosas que había leído, me convertí, y esa vez sí con éxito, en una mujer fatal, capaz de enredar en su tela de araña a un hombre que no la quería, pero hombre, al fin y al cabo.

Enrique tardó solo unos minutos en dejar de pensar con la cabeza que llevaba sobre los hombros y empezar a hacerlo con la que tiene entre las piernas. Nuestras manos acariciaban el cuerpo del otro con la intención de hacer daño, de dejar huella. Yo estaba enfadada con él por no amarme y él lo estaba conmigo por amarle. ¡Era absurdo! Pero así, absurdo y todo, la pasión inundó la habitación y nuestros cuerpos llegaron a estar tan íntimamente unidos que dolía. Me dolía la fuerza de sus embestidas y a él mis uñas clavadas en su espalda.

Fue un encuentro frío, carente de sentimientos por su parte y con una profunda carga de ira por la mía. Salvaje y desgarrador, pero al mismo tiempo liberador. Siempre había pensado, incluso había dicho en más de una ocasión, que el mejor sexo de mi vida lo tendría con él y no puedo decir que estuviera equivocada, pero fue solo eso, sexo, duro, bañado en rencor.

De madrugada me desperté, él me abrazaba por la cintura. Miré su rostro, relajado y hasta sonriente. ¿Y si...? ¡No!, me dije silenciando a la absurda voz que pretendía mantener un resquicio de esperanza. ¡No! Y, sin más, recogí mi ropa del suelo, cogí el móvil de la mesa de noche y le dejé un mensaje en el bloc de notas:

«Adiós. Ahora sí, adiós». Y me marché sin mirar atrás.

Al día siguiente, y como si nada hubiera pasado, quedé con Ruth y Melania en el aeropuerto. Al mirar el teléfono tenía, sin ser exagerada, ochenta llamadas perdidas y más de cien WhatsApp de él. Los eliminé sin leerlos y tiré el móvil en la primera papelera que vi.

—¿Vamos? —pregunté a mis amigas.

—Ha llegado el momento —dijo Ruth—. ¿Lo lleváis todo? Billetes, DNI...

—¡Que sí, cansina! ¡Relájate, Ruth! O te tiraremos por la ventanilla del avión —apostilló Melania con una sonrisa.

—¿A qué hora sale el vuelo? —pregunté sin poder apartar la vista de la peluquería que había en el aeropuerto.

—A la una. Faltan más de tres horas, pero aquí la señorita previsora se empeñó en que...

—¡Vale! —dije interrumpiéndola. Las conocía, como empezaran con sus disputas no acabarían nunca—. Me da tiempo a hacer algo.

Caminé hasta la peluquería y cuando la dueña me preguntó que pensaba hacerme mi respuesta fue clara: «lo que quieras, pero cuando me mire a ese espejo al acabar, quiero ser otra mujer».

Dicho y hecho. Dos horas después, el color anaranjado de mi pelo había sido sustituido por un rubio decorado con un par de mechones fucsia y mi media melena cortada al estilo tradicional cambió a un corte moderno con partes más largas y que dejaba casi todo el cuello al descubierto. Me gustaba, me hacía sentir atrevida y sexy.

Me subí a ese avión con el firme propósito de que mi vida cambiara. Había dejado atrás a mi familia y mis amigas de siempre. Había cerrado mi historia más dolorosa comportándome como una bruja sin corazón, dando una patada al hombre que más daño me había hecho. Dejé atrás mi imagen de niña buena y me prometí a mí misma que aquella nueva aventura la viviría con tanta intensidad como nunca había vivido nada.

Sin duda, había aprendido una dura lección, una que espero haber transmitido a quienes me leen a través de esta columna: la vida cambia en un instante. En este caso, para Liz, Sam y para mí lo había hecho para bien, pero ¿y si hubiera sido para mal? Hay que vivir siempre cada día como si fuera el

último y hay que pasar las páginas del libro de nuestra vida y, aunque no nos guste lo que leemos, llegar al final y cerrarlo para siempre.

No me gusta dejar las cosas pendientes y quedarme con el «¿qué hubiera pasado si...?» no será más una opción, no para mí.

¿Estáis dispuestos a seguirme en esta renovada etapa de mi vida? En ese caso, bienvenidos a mi nuevo mundo, *El nuevo mundo de Lisa*.

Capítulo 21:

Salta, chica, salta

No sabéis lo mucho que puede mejorar la vida de una chica cuando viaja por el mundo sin ataduras ni responsabilidades. ¡Soy otra!

El primer destino lo elegí yo. Era mi capricho desde niña. Desde que me enamoré de los ojos azules de Pierce Brosnan sabía que algún día tenía que conocer su tierra natal. Así que, sin pensarlo, la hermosa Isla Esmeralda era nuestra primera parada.

A pesar de que salí con un irlandés durante unos meses, no tuvimos tiempo de que pudiera llevarme a su tierra. Aunque lo intentó, todo sea dicho.

En cuanto puse un pie fuera del aeropuerto y el frío aire de Irlanda me dio en la cara, supe que por fin iba a dejar atrás todo el equipaje emocional que llevaba a la espalda desde hacía mucho y que cada día me tenía más fuera de mí.

—¡Es precioso! —grité.

—¡Solo es el dichoso aeropuerto, Lisa! —me corrigió Ruth.

—¡Pero es el más bonito que he visto nunca! —exclamé otra vez. Estaba en modo niña emocionada y nadie iba a sacarme de ahí. ¡Estaba pisando por fin el lugar de mis sueños!

—Estoy deseando llegar al hotel y darme una ducha calentita. El señor que estaba a mi lado en el avión no paraba de estornudar, espero que no me haya contagiado la gripe —comentó Melania, hipocondríaca como siempre.

—¡Exagerada! —le dijo Ruth parando un taxi—. ¡Vámonos!

—Tengo que comprarme un teléfono, por cierto, que tiré el mío en el aeropuerto.

—Todavía no entiendo por qué hiciste esa tontería, tía, era un iPhone 7 nuevo —se quejó Mel.

—¿Nos vamos? —propuse, no quería que ellas, ni nadie, supieran el motivo de por qué me había deshecho de mi móvil.

En el taxi, de camino al hotel, no podía apartar la vista del paisaje donde el verde predominaba. Dublín era una ciudad impresionante y sentía que me enamoraba más y más a cada instante. Paramos un momento en un centro comercial para que comprase un teléfono y pedí a Ruth que mandase desde el suyo mi nuevo número a Sam y Liz, ellas se encargarían del resto.

El hotel era impresionante. Emulando una casa rural irlandesa, resultaba acogedor y reconfortante. Nos fuimos cada una a su habitación y quedamos en encontramos en el *hall* dos horas más tarde para ir a cenar y disfrutar de la noche.

No hacía ni cinco minutos que había puesto en marcha el nuevo móvil cuando empezó a sonar el tono del Skype. Contesté con una sonrisa al ver el nombre de Samantha y descubrí que mis dos amigas estaban juntas.

—*Hi, girls.*

—¡Déjate de pamplinas, Lisa! —me sermoneó Sam

—¡Hala! —exclamé—. ¡Yo también me alegro de verte! —contesté irónica.

—Sí, sí, churri, nos alegramos. Esperamos que hayas tenido un buen vuelo y todo eso que se dice... —Liz parecía nerviosa.

—¿Ha pasado algo? —pregunté

—Eso queríamos saber nosotras. —Sam lucía enfadada.

—Yo no os he llamado —me defendí.

—Lo ha hecho Enrique, ¡doscientas veces!

—Perdona, ¿quién? —La ironía no era mi fuerte y ellas lo sabían.

—¡No me toques los ovarios, Lisa, que estoy muy embarazada y las hormonas son una excusa maravillosa! Como no nos cuentes ya qué demonios le hiciste al pobre chaval antes de irte voy a gritar tanto que vas a

oírme en Irlanda sin necesidad del teléfono.

—¿El pobre chaval? ¿Ahora es el pobre chaval? —cuestioné enfadada.

—¡Está destrozado, churri! Pero no quiere contarnos qué pasó, solo dice que necesita localizarte. Por cierto, ¿qué has hecho con tu móvil?

—Lo tiré en una papelera del aeropuerto —contesté como si fuera lo más obvio.

—¿Por qué?

—No quería que me localizara...

—¿Por qué?

—¡Te repites, Sam!

—Chiquilla, podrías haberte quedado aunque sea la tarjeta.

—¡Entonces seguiría siendo mi número! —apostillé.

—¡No la distraigas! —dijo Sam dándole un manotazo a Liz.

—¿Qué pasó con Enrique?

—¡Me lo tiré! —confesé—. Fui a su casa, lo seduje y follamos...

—¡¿Qué has hecho qué?! —gritaron a dúo. ¿Estas practicaban cuando yo no estaba, o qué?

—No tenía que saberlo nadie, pero si él ha recurrido a vosotras, ¡qué se joda! Sabe que no tenemos secretos.

—¿Te estás escuchando, Lisa? —Samantha parecía consternada.

—Claro. ¡Si me hubieras visto, Sam! —chillé—. Puse en práctica todo lo que me has enseñado, le seduje y acabó en mis redes. ¡Fue brutal!, intenso y sin sentimientos.

—¡Estás loca!

—¿Y qué tal es? —preguntó Liz.

—Bah, no está mal —respondí con un gesto, quitándole importancia—. Fue muy sexual todo, mucha pasión y poco sentimiento.

—¡Esta no es nuestra niña! ¡Nos la han cambiado en el aeropuerto!

—Sam, finalmente, soltó una carcajada.

—Por cierto, bonito pelo. —Liz era una loca de los cambios de *look*, se ha puesto el pelo de todos los colores. Incluso una vez parecía un unicornio, sabía que le iba a gustar.

—Gracias, chicas. Soy la nueva Lisa y me encanta serlo. —Charlamos un rato más sobre cómo estaban ellas, ¡solo hacía dos días que no las veía y las echaba tanto de menos!—. En fin, tengo que colgar, que quiero descansar y ducharme para ir a cenar y de fiesta. A ese tipo decidle que me he muerto, llorad un poco. Es tonto, se lo creerá. Besos a Manu, Antonio y mi sobrina. Pasad el nuevo número a las demás y os quiero mucho —les ordené sin darles tiempo a contestar.

—Y nosotras a ti, cariño, pásalo bien. —Sé que me lo decían de corazón, pero sus caras mostraban lo preocupadas que estaban ante la nueva Lisa. Las adoraba, pero necesitaba este cambio.

No pude evitar reírme a carcajadas cuando acabé de hablar con las chicas. ¿Estaba hecho polvo? Así que el frío témpano de hielo tenía sentimientos. ¡JA! Quizá me estaré volviendo mala (por fin), pero la noticia me dio un subidón que ayudó a que nuestra primera noche en Irlanda fuera perfecta.

Dimos un paseo a pie desde el hotel hasta un pub típico para disfrutar del frío (sí, soy muy rara, me encanta el frío), a pesar de las quejas de Melania, que temía resfriarse, y de Ruth, que decía que no era nada práctico.

Les advertí de que si seguían poniéndome trabas y quejándose de mis decisiones las mandaré de vuelta a España. Un poco dictadora, ¿no? ¡Pues me da igual!

La noche fue todo lo que prometía. Diferente, mágica, bohemia. Tanto que me volvieron las ganas de escribir. Menos mal que siempre llevaba encima la libreta regalo de Sabri, por si acaso.

Los irlandeses eran muy hospitalarios, amables y divertidos. La música celta invitaba al baile y a la risa. Bebimos unas cuentas pintas de cerveza (en realidad muchas), cantamos y nos reímos.

No sé muy bien cómo llegamos al hotel, pero llegamos. Seguramente algún alma cándida irlandesa nos pararía un taxi. Solo sé que recuerdo llegar a la habitación y caer como un mueble viejo sobre la cama hasta la mañana siguiente.

Al día siguiente, no sé si por el lugar o la actitud, no teníamos resaca. Estábamos estupendas y nos esperaba una gran aventura.

Hay algo que debo confesaros: tengo vértigo. Mucho. Pero este viaje consistía en perder los miedos, dejar atrás los amarres y crecer como persona en base a nuevas experiencias.

Así que había planeado un día de excursión por los famosos acantilados de Moher y una jornada de puénting.

La increíble vista del acantilado, el lugar donde mejor se mezclaban el verde de la naturaleza con el azul del mar, me dejó sin respiración por unos minutos. Incluso lloré. Había anhelado tanto aquel momento y ahora que por fin estaba ahí, no me lo podía creer.

—¿Estás preparada? —me preguntó el guapo monitor que nos había tocado en suerte.

—Creo que voy a vomitar —dije.

—¿Estás enferma? ¡Te dije que pararas después de la quinta pinta de cerveza! —me amonestó Melania—. Es resaca, ¿no? No es un virus.

—¡Qué pasada eres con los virus, tía! —se quejó Ruth—. Solo estará nerviosa, ya sabes, por su vértigo crónico. ¡Si cuando vivíamos juntas no podías ni asomarte al balcón porque nuestro piso era un sexto! ¿Cómo se te ocurre hacer puénting?

—¿Y si te da un infarto?

—¡Tonterías! No les hagas caso —le dije al chico que sonreía a mi lado—. Estoy lista. —Me autoconvencí como una campeona de que no me estaba dando vueltas la cabeza y dejé que el irlandés de ojos verdes hiciera su parte del trabajo.

Me ayudó a colocarme los arneses y se colocó a mi lado, justo al borde del precipicio.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—¡Anda, mira!, como Aladdín. —No pude evitarlo, siempre bromeo en momentos de nervios—. Confío en ti.

Sin más, saltamos.

Grité, lloré y volví a gritar, tanto que después estuve afónica el resto del viaje, pero ese salto me hizo sentirme libre. Siempre había pensado que me encantaría poder volar. Durante todo el tiempo que estuve deprimida imaginaba que era un pájaro y podía evadirme de los problemas. Volando muy alto, muy lejos.

Y lo hice, queridos lectores. Siempre me gusta acabar con un mensaje positivo o alguna recomendación, mi consejo de esta semana es que todo el mundo debería probar lo que supone saltar al vacío (tanto literal, como metafóricamente), aunque solo sea una vez en la vida, porque la sensación de paz que te queda después no se paga ni con todo el oro del mundo.

Capítulo 22:

Felicidad

(no, no es la canción de Albano)

Conseguimos encontrar la felicidad en los lugares más insospechados. Sí, hoy he decidido que voy a escribir sobre ese concepto tan ambiguo y tan perseguido por todos. El de ser feliz.

Continúo mi viaje por el mundo con Ruth y Melania. Nos está viniendo genial a las tres para volver a afianzar lazos, pero nos hemos dado cuenta de que todo ha cambiado. Ya no somos aquellas tres universitarias jóvenes con ganas de comerse el mundo. Somos jóvenes, sí, pero en algunos aspectos el mundo nos ha comido a nosotras.

El carácter siempre recto y controlador de Ruth se ha agravado. Y ya no es porque sea la más responsable y cabal de las tres, es porque ha sufrido golpes en la vida que la han hecho desconfiar de la gente y volverse más retraída hasta el punto de que solo se siente cómoda cuando tiene todo bajo control.

El Caribe. Ese ha sido el segundo destino de nuestro viaje, lo ha elegido Ruth, alegando que ella es más de sol y playa y que estaba harta de helarse en Irlanda. Dijimos adiós a la hermosa Isla Esmeralda (bueno, yo le dije hasta pronto) y nos subimos a un avión rumbo a las paradisíacas playas caribeñas.

Personalmente, odio el calor. Me da una migraña bestial, pero una de las premisas de esta escapada era respetar los destinos elegidos por cada una y, si durante quince días he visto a Ruth en «modo pingüino» por mí, ahora me tocaría a mí aguantar por ella. ¿Quién sabe? Quizás con unos cuantos daiquiris en el cuerpo la cabeza no me dolería.

Mi amiga ha estado organizando este viaje desde que aterrizamos en

Irlanda, había que dejarlo todo bien atado. El hotel, las comidas, las excursiones, todo, sin dejar ni un cabo suelto. Con lo que no contaba ella era con la nueva y aventurera Lisa, que trastocaría su perfecto *planning*.

—¡Que te digo que no, Lisa! —me gritó—. Esta noche no vamos a salir de fiesta. No toca, tenemos que dormir pronto, que mañana tenemos programada una excursión guiada a...

—¡Pues vamos de empate! —dije interrumpiéndola—. Salimos de fiesta, volvemos, nos duchamos y de excursión, no hay problema.

—¿Sin dormir? —inquirió Melania—. ¿Para que te dé una migraña de esas? ¿Eso se pega? —Ruth y yo pusimos los ojos en blanco.

—¡Da igual! Si me va a dar de todas formas por este calor, ¡qué me quiten lo bailao! Y hay una fiesta fantástica aquí mismo en el hotel, he visto los carteles en la recepción.

—Eres una caprichosa.

—¡Venga, Ruthi! —imploré, apelando a su diminutivo y poniendo morritos—. ¡¡Solo un ratito, porfis!!

—¡Está bien! —aceptó con resignación mientras negaba con la cabeza, sabía en el fondo que ella quería, solo tenía que soltarse.

Y a la fiesta que nos fuimos. Luciendo nuestros mejores *looks* de verano, Ruth estaba impresionante. Era la más llamativa de las tres, sin duda, siempre lo había sido. Con una silueta maravillosa, el pelo negro rizado y la tez morena resultaba muy exótica, y si a un buen físico le unías un corazón que no le cabía en el pecho y una inteligencia enorme, todos sus rasgos hacían de ella una gran persona.

Esa noche eligió un corto y ajustado vestido blanco que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel con unos taconazos en color amarillo (le encantaban los contrastes). Nada más poner un pie en la discoteca del hotel, un guapo lugareño se acercó a ella. Yo me decanté por un *look* veraniego, un

vestido largo con un bonito estampado celeste y tacones negros, mientras que Melania se había puesto unos vaqueros pirata ajustados y un top negro de encaje con sandalias planas.

—No, no —dijo.

—No seas sosa, Ruth, ¡está buenísimo!

—No hemos venido aquí a ligar —me dijo—. Tú tienes mucho que superar aún.

—¡Tonterías!, tendré cosas que superar, pero un buen meneo no hace daño a nadie —contesté citando a Samantha—. Mira, para ti ese que no te quita ojos y yo me voy a ver si consigo algo con aquel mulato de allí. Y para Melania... ¡aquel pelirrojo! —indiqué—. Estas son las pautas: una noche loca, siempre con protección y nada de quedarse a dormir, nos vemos mañana en la habitación de Ruth a las ocho —ordené, compartiendo con ella las premisas de mis noches de locura con Sam y Liz.

—¡¡¡Estás pirada!!!

—¿Cómo vas a meterte en la cama con un tío que no conoces? ¿Y si te contagia algo?

—Joder, Mel, he dicho con protección. Si no, no hay nada que hacer y no tiene porqué ser en la cama... ¡he visto unas hamacas en la playa que tienen una pinta maravillosa!

—Lisa, ¡te desconozco! —Ruth no daba crédito.

—Somos jóvenes y solteras, ¡a divertirse! Hasta mañana —les dije, alejándome y poniéndole ojitos al mulato.

—Ocho menos diez —escuché el grito de mi amiga a mi espalda.

Anduve con toda la dignidad que me permitieron los tacones (la verdad es que siempre que me los ponía parecía Bambi dando sus primeros pasos) hasta aquel monumento caribeño que debía medir casi dos metros. Le sonreí, me invitó a una copa, bailamos y cayó en mi tela de viuda negra. ¡Me encanta

esta frase! Y parece que, después de todo, lo de ser una *femme fatale* no se me estaba dando tan fatal... Ejem, el humor no es lo mío.

Mientras me besaba con el mulato, no, no le pregunté su nombre, como si no hubiera un mañana, miré por encima de su hombro cómo Ruth bailaba con el chico que se le había acercado. Bastante más recatada que yo, pero menos que Melania, que seguía en la fase copa. Parecía que podía escucharla preguntándole al pelirrojo por su historial médico. Solté una carcajada y mi acompañante me susurro al oído.

—¿Vamos a la playa?

—¡Vamos! —contesté.

Y lo que pasó después os lo podéis imaginar, solo tengo que decir que al día siguiente sí que me dolía la cabeza y no era solo por el calor, era porque también me había comido un buen trozo de chocolate. ¡Las chicas estarían tan orgullosas de mí!

Cuando nos encontramos en la habitación de Ruth listas, eso sí, todas con nuestras gafas de sol para que no se nos notara la cara de trasnoche que habíamos tenido, preparadas para la excursión, su sonrisa lucía tan grande que podía eclipsar al sol que había en la isla. Parecía otra.

—¿Qué ha pasado? Te han follado bien, ¿eh? —pregunté y las dos me miraron asombradas, no solía ser tan descarada.

—No. Bueno, sí, pero no tiene que ver con el hecho en sí, sino más bien con la liberación.

—Sí, no hay nada como un buen par de orgasmos...

—¡Qué no, Lisa! Que no tiene que ver con eso, que también, tres para ser exactos —aclaró con picardía, esa que parecía haber perdido—. Hablo de dejarse llevar, de hacer cosas sin pensar, sin planear. Hacía tanto que no hacía algo así, tanto tiempo que no dejaba simplemente que algo pasara... ¡Gracias por casi obligarme a hacerlo! —dijo abrazándome, ella, la que siempre decía

que era muy fría.

—Hay que soltarse el pelo de vez en cuando, amiga —contesté—¿Y tú, Mel?

—Yo... Bueno, charlamos, bebimos y me vine al hotel. Yo no veo aún lo de meterse en cualquier cama, o hamaca en la playa o lo que sea.

—¿Y tú, doña Liberación? —preguntó Ruth.

—La cabeza me estalla, llevo ya dos chutes de Enantyum con Nolotil, pero ¡qué bien me lo he pasado! Tenía razón, las hamacas en la playa... de lo mejor y el mulato, como se llame, porque no lo podría expresar con palabras. Y ahora, ¡vamos a esa excursión! —sentencié, de repente me había convertido en la líder del grupo, la lanzada, y me gustaba el nuevo rol.

Pasamos los quince días correspondientes al viaje de Ruth de playa en playa, de fiesta en fiesta, de excursión en excursión y ¿por qué no reconocerlo? De tío en tío. Parece que aquella noche destapó la caja de Pandora y sirvió a mi amiga más controladora como ejemplo de que no está mal perder el control y dejar que la vida pase y suceda sin más, sin planes, sin papeles donde apuntarlo todo.

Empecé esta columna hablando de felicidad. Y después de leerla os preguntaréis por qué Pues bien, porque me he dado cuenta durante este viaje de que, como cantaba Alex Ubago, en ocasiones sacrificamos las pequeñas alegrías por lograr la gran felicidad, y eso es un mal juego.

Ruth se ha pasado muchos años de su vida intentando ser feliz, creyendo que por tenerlo todo controlado nadie volvería a fallarle. En una mañana de daiquiris al sol nos contó que su prometido le había dicho que se encargaría de organizar una boda de ensueño y al final la había dejado plantada ese mismo día. Por eso ya no dejaba que nadie le controlase y siempre quería ser ella quien hiciera las cosas. Si quieres algo bien hecho, hazlo tú.

Con este viaje pudo comprobar que no siempre tenerlo todo bien atado la

hace ser feliz y que darse una pequeña alegría de vez en cuando no está mal.

¿Y qué me hace feliz a mí en este momento? Yo, que durante mucho tiempo perseguí la felicidad como un loco que persigue la luna aun sabiendo que no va a alcanzarla nunca, pensé que mi felicidad estaba al lado de un hombre y probé con muchos. ¿Fui feliz con alguno? Sí, en ese momento sí, pero después todo acababa. Intenté ser feliz con un imposible, me empeñé en que mi final tenía que ser él, y cuando no lo fue casi muero. Siempre creí que la felicidad estaba en la estabilidad que aporta un trabajo, pero tampoco. Sí, me gusta lo que hago y me siento bien, pero ¿feliz? Depende del día. Creí que sería la independencia, vivir por y para mí, pero soy una persona con demasiados apegos y nunca llego a ser libre del todo. Entonces, ¿al final qué es lo que hace feliz a la nueva Lisa?

Pues las pequeñas cosas. Sí, queridos lectores, es en las pequeñas alegrías donde reside la verdadera felicidad.

Hoy me hace feliz recibir un WhatsApp de Sam con una foto de su última ecografía donde pude ver con total nitidez la cara de mi futura sobrina, o uno de Liz donde me cuenta que ha conseguido, por fin, que Megan Maxwell, una de las escritoras que más vende en nuestro país, firme ejemplares en su librería, o cualquiera de mis otras amigas que me cuenta cómo va todo desde que me fui. Mi madre me escribe una y otra vez para decirme que deje de tirar el dinero, que vuelva a casa ya y me deje de tonterías y, aunque parezca una contradicción, ¡eso me hace feliz! Porque sé que está bien, cuando saca su carácter y se rebela a lo que hacemos es señal de que está en forma.

Y me hace muy feliz haber conseguido que Ruth salga de su caparazón, que se divierta, que explore la vida y que ella también sea feliz. Ahora solo me queda hacer algo con Melania.

¿Y sabéis qué me hace feliz por encima de todas las cosas? Creo que este

viaje está cumpliendo su función, que me conozco mejor a mí misma y que estoy superando mi mayor obsesión y dejando atrás mi mayor decepción porque, después de veintidós (mi número de la suerte) columnas, esta es la primera que he escrito y en la que, mi última palabra (y no la primera, ni ninguna de las de en medio, sino la última, porque ya casi no duele, porque ya casi no importa) será Enrique.

Capítulo 23:

Sin miedo a nada

(y no, no es la de Alex Ubago)

¿A qué tenemos miedo? La semana pasada hablaba de qué nos hace felices y hoy quiero saber qué es lo que nos impide conseguir la felicidad. Muchas veces el miedo nos frena. El temor a lo desconocido, a defraudar, a fallar, a sufrir. Seguimos de viaje por el mundo. Pero hoy llegamos a nuestro último destino juntas.

Melania, cinéfila hasta la médula, ha elegido Los Ángeles y la verdad es que a Ruth y a mí nos parece que la elección ha sido la mejor para poner punto final a esta aventura. Es hora de volver a la realidad. Al menos ellas deben hacerlo, yo no, a mí aún me queda pendiente mi visita a Nueva York en navidad.

Aterrizamos ya con la adrenalina por las nubes. El vuelo había sido largo, pero entre las tres sumábamos tal cantidad de energía que casi podríamos haber llegado allí sin avión.

La estancia en el Caribe y todo lo que pasó allí hizo un milagro con Ruth que, aunque seguiría siendo siempre muy responsable y organizada, ya no se sentía tan oprimida por el peso de tener todo planeado. ¡Si ni se metió con la (des)organización de Mel en este último viaje!

Así es mi amiga, una cabra loca a la que le gusta vivir la vida, pero siempre con límites. Hipocondríaca desde niña, siempre ponía límites por el miedo a enfermar o que le pasara algo. Llegamos a Estados Unidos sin tener ni un hotel reservado. A la aventura.

Alquilamos un imponente Ferrari rojo que, por supuesto, yo conduje la primera y empezamos a recorrer la costa en busca de un lugar donde dormir.

Melania era muy sibarita, hija de una familia muy acomodada, se había acostumbrado a tenerlo todo. Así que acabamos quedándonos en un hotelazo de todo lujo del que no daban ganas de salir.

—Chicas —nos dijo Mel entrando en la habitación de Ruth—. He leído que hay probabilidad de tormenta, ¿por qué no nos quedamos aquí? Podemos ir al spa —sugirió pálida por el miedo.

—¿Qué dices? ¡No hemos venido hasta aquí para quedarnos encerradas en el hotel! —le reproché—. Hoy teníamos la visita por las casas de los famosos.

—¿Y te crees que vas a ver a alguno? ¡Qué ingenua eres, Lisa! —me encaró, siempre hacía lo mismo, si se sentía acorralada, atacaba.

—Vamos, Mel, no te pongas así. Sabes cómo son las previsiones, seguramente no pasará nada —apostilló Ruth.

—Aquí no, aquí son fiables.

—Si no quieres ir, ahí te quedas, nosotras sí vamos. —Y aún no habíamos llegado a la puerta cuando la oímos quejarse detrás. Ese truco siempre funcionaba, otra de las cosas a las que tenía terror era a quedarse sola.

El día resultó de lo más divertido, hicimos un *tour* por las casas de los famosos, fuimos al paseo de las estrellas en Hollywood y hasta imitamos a Julia Roberts de compras por Rodeo Drive. ¡No me lo podía creer! Si cerraba los ojos casi podía oír la canción de Roy Orbison que daba nombre a la película *Pretty Woman* sonando mientras comprábamos ropa cara y con Richard Gere sentado mirando con cara de querer empotrarnos en el probador.

Me había prometido un par de cosas en este viaje. Además de las mías propias, debía conseguir que mis dos amigas dejaran atrás sus cargas y que fueran de nuevo las chicas con las que viví durante una bonita temporada.

Con Ruth lo había conseguido, a juzgar por cómo se lo estaba pasando de bien y lo mucho que se estaba dejando llevar estos días en Los Ángeles. Ahora era atrevida, divertida y coqueteaba con los hombres abiertamente. ¡Que se lo dijera al rubio estadounidense que se había llevado a la habitación esa noche!

Estábamos en una discoteca tan glamurosa que daba miedo hasta moverse por si acaso se rompía algo. Mel y yo seguíamos sentadas en unos lujosos sillones de terciopelo rojo mientras veíamos a nuestra amiga comerse la boca con un guapo guiri que se movía como todo un bailarín experto.

—A Ruth se le ha ido la bola, tía —me dijo Melania algo pasada de copas—. ¿Va a enrollarse con ese tío también? ¿Cuántos fueron en el Caribe?

—¡Los que fueran! —exclamé, parecía que me había convertido en la Samantha de este grupo—. ¡Somos jóvenes! ¿Qué hay de ti? ¿Cuánto hace que no le das una alegría a ese cuerpo?

—No está la vida como para andar tirándose al primero que se pone a tiro. ¿Y si te contagian algo?

—¡No digas bobadas! Haciendo las cosas bien no tiene que pasar nada —le espeté—. Mel, no seas retro, tú antes no eras así.

—Ni tú así. Parece que te hayas convertido en una suelta de la noche a la mañana. ¿Qué hay de aquella niña buena que temía al mal tiempo y que a las diez de la noche tenía que estar siempre en casa porque la llamaban sus papás?

—Murió —dije seria—. Sí, Melania, la mataron la desidia y la pena, el amor y el desamor, las malas decisiones, las personas negativas... Murió y renació convertida en esta nueva versión, una que no tiene miedo a la vida.

—¿Cómo, Lisa? —preguntó—. ¿Cómo has podido dejar atrás todos tus miedos?

—Pues a base de darme golpes, de rodearme de la gente adecuada, con

mucho apoyo y muchas lágrimas. Pero no quiero que me conviertas en un ejemplo, eso es una responsabilidad y no quiero cargas sobre mí —le contesté cogiéndole de las manos—. Tienes que hacerlo tú misma, divertirte sin estar pensando si va a llover, si vas a pillar una gripe porque alguien estornude cerca o si te van a contagiar gonorrea por tirarte a un desconocido una noche. ¡¡Una sola noche, Mel!! ¡¡VIVE!! —grité y me puse a bailar delante de ella la música animada que sonaba en ese momento.

—¡Me gusta ese de ahí! —me gritó—. ¡Está muy bueno!

—Sí, sí que lo está. Ve a por él, corre y pásalo bien. —Le guiñé un ojo y seguí bailando.

Un rato después los vi desaparecer juntos del local, mi amiga llevaba una gran sonrisa en los labios. Salí a la calle y respiré hondo un rato. ¡Qué bien me sentía! Esto de ayudar a los otros, no ser por una vez la que necesita el paño de lágrimas, me gustaba mucho. Me hacía sentir útil. De repente eché de menos a mis chicas. Mandé un WhatsApp a Ruth diciéndole que me iba al hotel y, al llegar, sin preocuparme mucho la diferencia de horarios hice una llamada a tres por Skype.

—Buenas noches, Willy Fog ^[8] —me saludó Liz alegre.

—¿Ha pasado algo, nena? —preguntó Sam algo preocupada.

—No, solo me apetecía veros. ¿Cómo va todo?

—Genial, Antonio acaba de irse a una reunión en la editorial, pero antes me ha dejado muy satisfecha —bromeó—. No sabes lo que se le ha ocurrido.

—Dispara —deseaba tanto saber de ellas.

—¡Ha comprado un columpio, tía! —dijo dando saltos de alegría.

—Las hay con suerte —comentó Sam, acariciándose la cada vez más prominente barriga.

—Pero vosotros habéis probado eso ya, ¿no? —cuestioné—. Por cierto, Sam, estás preciosa. ¿Cómo va mi sobrina?

—Creciendo como puedes ver. Dice la doctora que va a ser enorme.

—¡Va a ser una hermosura como su mamá! —sentencié y escuché una voz en la lejanía que gritaba: «¿y su padre qué?»—. ¡¡Hola, Manu!!

—Dice que te dejes de tanto viaje y vuelvas ya, te echamos de menos.

—Eso, churri —dijo Liz—. Y sí, lo hemos probado, pero ahora es nuestro, está en casa, así que cuando queráis...

—¡No gracias! —le dije arrugando la nariz.

—¿Ha vuelto la puritana?

—¡Qué va! —exclamé y procedí a contarles todo sobre el viaje en el Caribe—. Y aquí todavía no ha caído ninguno, pero aún nos quedan días.

—Así me gusta, que se vea lo bien que te hemos enseñado —concluyó mi amiga Samantha con orgullo.

—Bueno, chicas, es tarde por aquí. Voy a dormir, que mañana nos pasaremos el día en la playa.

—¡Pásalo bien, cariño! —contestaron en perfecta sincronía. ¿Habían estado ensayando sin mí?

—Os quiero —dije.

El resto de nuestra estancia en Los Ángeles resultó de lo más surrealista. Mi charla de semi borracha con aires de psicóloga barata había activado algo en la cabeza de Melania y se pasó el resto del tiempo haciendo, otra vez como recordábamos, una locura tras otra. Metió a chicos en su cama, bailó bajo la lluvia y hasta bebió agua sin embotellar. ¡¡Volvía a ser libre!!

Sí, queridos lectores, libre de ataduras psicológicas, porque esas son a veces incluso peores que las físicas. Todos podemos tener unos padres controladores o una pareja muy celosa que no nos da toda la rienda suelta que quisiéramos tener, pero cuando verdaderamente nos convertimos en personas desgraciadas es cuando dejamos que nuestros miedos sean más grades que nuestras ganas de volar, cuando permitimos que los apegos den a los demás

motivos y oportunidades de controlarnos, de atarnos. Si dejamos que el miedo a vivir sea el capitán de nuestro barco, jamás llegaremos al puerto de la felicidad.



cuento de navidad

Capítulo 24: Un

Este año había planificado unas vacaciones de navidad por todo lo alto. Viajaría hasta Nueva York para reencontrarme con un antiguo amor/amante. ¿Os acordáis? Os conté esa historia hace unas semanas. Pues por fin ha llegado el momento.

Todo el tiempo que duraron los viajes con Ruth y Melania había tocado a su fin. Habíamos vivido tantas aventuras y nos lo habíamos pasado tan bien juntas que prometimos que, al menos, una vez cada año repetiríamos, aunque les dejé muy claro que tendría que volver a tocarme la lotería. Nos despedimos en el aeropuerto de Los Ángeles, ellas volvían a casa, yo me iba a la ciudad que nunca duerme con intenciones de hacerle honor y dormir más bien poco. Como en toda despedida, no faltaron las lágrimas, los agradecimientos y los «te quiero mucho, tía», «nos llamamos» y demás.

Después de un vuelo tranquilo, Nueva York me esperaba. Me bajé del avión y allí estaba él. Henry, con la misma cara de guiri de años atrás, solo que más maduro y atractivo. Corrió hasta mí, me estrechó entre sus brazos y, por unos segundos, me bloqueó la sensación de estar en casa que me invadía todo el cuerpo.

—¡Ey, española, has cambiado, pero estás preciosa! —comentó.

—Tú, en cambio, estás igual de bueno —le dije con una sonrisa.

—He leído tus columnas, tengo entendido que te has convertido en una deslenguada vividora...

Ya lo comprobarás por ti mismo, guiri. ¿Nos vamos? —propuse.

Nos metimos en uno de esos taxis amarillos de las películas y en ese momento supe que me esperaban unos días inolvidables. Si ya lo habíamos pasado bien siendo unos críos, ahora todo iría mejor.

Juntos recorrimos los mismos lugares emblemáticos que la vez pasada. Todo me parecía ahora más bonito, más especial. El inmenso árbol de navidad y las pistas de hielo en las que no paré de caerme. Los neoyorquinos

tienen un estilo y un ritmo de vida diferente. Cuando estás allí no puedes evitar seguirles.

Henry tenía que tirar de mí para que llevara su paso. Allí es muy difícil que alguien se sienta a tomar un café, ¡se lo llevan en vasos de cartón para no perder el tiempo! ¡Qué prisas tienen siempre estos estadounidenses!

Llegamos a su casa, ahora vivía en un loft de lujo en el último piso de un altísimo rascacielos. Acabó derecho y se convirtió en un abogado importante que ganaba mucho dinero. Yo estaba agotada, pero aun así reaccioné en el segundo uno en el que Henry me arrinconó contra el espejo del ascensor y devoró mis labios.

Mi lengua se coló en su boca juguetona. Sus besos me recordaron a aquel chocolate caliente que me sirvió una vez, sabían igual de dulces. Continuamos el juego de la seducción hasta que llegamos a su planta. Abrió como pudo la puerta, teniendo en cuenta que yo no paraba de besarle el cuello y toquetearle por todas partes. Y con solo cruzar el umbral caímos sobre la alfombra y la ropa desapareció. Allí, sin más, sin muchos preámbulos y en el suelo, nuestros cuerpos se encontraron después de diez años y, como por arte de magia, ¡se reconocieron!

Por muy liberal y loca y todos los apodosos que queráis usar, hay algo diferente entre acostarse con una persona a la que conoces y hacerlo con un desconocido. Supongo que es la tan famosa diferencia entre follarse o hacer el amor. Ya sé que con Henry no me unía ninguna relación ni me había acordado de él hasta hacía poco, pero el cariño que le tenía salió a flote desde que respondió a mi mensaje por Facebook de hace unos meses. Y ahí estaba, intacta como el primer día, la química que una vez nos unió.

—¿Vas a quedarte todas las vacaciones? —me preguntó mientras me acariciaba el pelo tumbados, ahora sí, en su cama.

—Sí, este es el último de una serie de viajes que he hecho para

recuperarme de un fracaso amoroso del que no quiero ni hablar ni que me preguntes —le advertí.

—Como tú quieras, preciosa, tus deseos son mis órdenes.

Me incorporé y le besé de nuevo dando pie a otro encuentro. Y después otro. Y dos más y tres... Y pasaron dos días antes de que volviéramos a salir de allí.

También hablamos y mucho, me contó que había estado casado, un matrimonio fugaz con una chica a la que prácticamente sus padres le habían impuesto porque ella se quedó embarazada. Tenía una hija, una rubita de cuatro años preciosa con la que pasamos un día muy divertido de cine, golosinas y más tortazos patinando.

Es curioso, de repente me di cuenta de que diez años en una vida es muchísimo tiempo. Yo le recordaba como un crío con ideas de loco que me hacía reír y él se había convertido en papá. Sin embargo, me veía a mí misma más o menos igual. Sí, quizá más sabia, había escarmentado en muchas cosas y ya no creía (tan) ciegamente en la idea del amor súper romántico y el príncipe azul para toda la vida, *forever and ever, always* para siempre... Pero en otras muchas cosas mi vida era igual. Seguía soltera, no tenía hijos (ni proyecto de tenerlos), me movía en los mismos círculos sociales, los mismos amigos... Y a pesar de eso, no me sentí mal.

¿Tenía la vida que quería? Si me paro a pensarlo, posiblemente no, pero la que tenía no era mala. Había tenido que dejar atrás muchas cosas, a personas importantes para mí y lo había hecho sola, para crecer como persona y ser la mejor versión de mí misma. Tras todos estos viajes me sentía más madura, me conocía como nunca antes y estaba preparada, ahora sí de verdad, para pasar página. Volvería y con el dinero que me quedaba me compraría una casa bonita, invertiría en algún negocio y seguiría siendo la mejor versión de Lisa.

Henry era un anfitrión maravilloso. Celebramos la Nochebuena a la española, con cena, adornos de navidad, villancicos, juntos, solos y el día de navidad con sus padres y su hija. Vino Santa Claus hasta para mí y todos me hicieron sentir muy integrada. Nadie hacía preguntas, ni nos juzgaban. Pero, como ya he aprendido, las cosas no salen siempre como uno planea. Y nadie me podía haber adelantado lo que pasaría en la última semana del año en mi viaje a Nueva York.

Henry tenía a su hija para Nochevieja, así que lo de ir a pasarlo juntos y besarnos al ver caer la bola en el Rockefeller Center esta vez quedó descartado. Me fastidió, pero bueno, así era su vida ahora. Por un momento valoré la posibilidad de quedarme en su casa, pero no me apetecía una velada familiar.

Así que, como buena mujer independiente y valiente que soy ahora, me puse el precioso vestido negro con escotazo que había comprado en la Quinta Avenida con tacones a juego, me pillé un taxi y me fui al centro neurálgico de Nueva York en fin de año.

La gente a mí alrededor, el ambiente festivo, los gritos, las voces... Me vine arriba. Grité, salté y bailé con todo el mundo. Aunque no conocía a nadie y ya tenía fichado a un moreno muy mono al que besar al llegar la media noche cuando una voz resonó en mis oídos y me descolocó.

—¿Lisa? —escuché mi nombre por tercera vez.

—¿Nathan? —Ahí estaba, guapo como el demonio, uno de los hombres más importantes de mi vida—. ¿Qué haces aquí? —pregunté mientras permanecía abrazada a él.

—Esa pregunta es mía, yo vivo aquí, ¿recuerdas?

—Sí, claro, estoy de vacaciones. —Y sin que nos diéramos cuenta comenzó la cuenta atrás que anunciaba el año nuevo: diez, nueve, ocho, siete...

—¿Y tu chica? —pregunté. Seis, cinco, cuatro....

—Lo dejamos hace meses, no era para mí. —Tres, dos, uno...y me besó.

Un beso que me trasportó a la maravillosa época que pasamos juntos. A todo lo que me hacía sentir. Pasamos juntos casi un año, después le dejé por el miedo a que nuestra relación me hiciera perder mi independencia, o bien eso solo fue una excusa y le eché de mi lado porque no era él a quien realmente quería. Pudo haber sido cualquier cosa, pero allí, en pleno Rockefeller Center y mientras nos besábamos, supe que era justo ahí donde quería quedarme.

Sí, la idea era pasar las vacaciones de navidad con Henry. Sí, habíamos estado muy bien. Pero Nathan... Con él todo era diferente y, a pesar de que un día me juré que no volvería a caer con ningún hombre de mi pasado (fue por eso que no avisé a Patrick de mi visita a Irlanda, aunque sabía que él había vuelto allí), esa noche, en la última de un año y la primera de otro nuevo que empieza, caí, de nuevo en los brazos de este hombre que sabía dónde y cómo debía tocar para activar mi cuerpo. Caí y, por unas horas, fui feliz. Muy feliz.

¿Y cuál es la reflexión de esta columna? Pues ni yo misma lo tengo muy claro, queridos lectores. Aprendí a darme cuenta de que ser una chica traviesa y liberada estaba bien, pero que hacer el amor con un hombre por el que, además de ser buen amante, sientes algo, te puede llevar a ver fuegos artificiales desde una habitación cualquiera, de un hotel cualquiera en Nueva York.

Capítulo 25:

Apuesta, aunque no sea a caballo ganador

Después de meses de viajar sin preocupaciones, tocó volver a la realidad. A pesar de que estaba completamente concienciada de ello, una parte de mí se resistía a volver a casa. ¿Qué me esperaba allí? Mi familia, sí, y las chicas también, pero ¿y si volvía caer en el círculo malsano de Enrique? ¿Y si...?

Demasiados «¿y si? » sin respuesta rondaban por mi loco cerebro mientras permanecía con la cabeza apoyada sobre el pecho de Nathan. Había alargado mi estancia en Nueva York una semana más porque no conseguía separarme de él. Siendo cien por cien sincera, en realidad, no quería volver.

Me sentía tan bien entre sus brazos, tan libre en aquella ciudad enorme, sin responsabilidades, sin ataduras. Durmiendo hasta tarde, comiendo lo que me daba la gana (buena cuenta de ello daba el hecho de que los pantalones que traía puestos cuando llegué ya no me entraban, pero ¡¿qué más da?!). Nathan tiene una conexión a Internet tan rápida que me había puesto al día con todas las series y películas que tenía pendientes, había leído tres novelas que tenía a medias y hasta había comenzado a escribir una. ¿No es fantástico? Además de otras actividades que hicimos juntos, esas que te hacen sudar sin tener que ir al gimnasio. Él siempre fue un buen amante y, según ha dicho, yo he aprendido cositas nuevas que, por lo visto, le han gustado, y mucho.

Se ríe, siempre está de buen humor y eso se me contagia. Cualquiera otro en su lugar se habría puesto como un demonio.

—Se ve que has practicado mucho —me dijo una noche mientras aún jadeábamos.

—¿A que sí? —pregunté—. Me costó, pero al final conseguí ser la chica mala que va de cama en cama.

—¿Y eres feliz con eso? —cuestionó mirándome a los ojos.

—¡No me líes, Nathan! —le chillé levantándome de la cama para sentarme a horcajadas sobre él—. No se piensa con claridad después de dos orgasmos —le dije mientras me acercaba para besarle el cuello.

—Como mandes, fiera.

Pero la pregunta se me había quedado grabada y entonces, unas horas después y cuando nuestros cuerpos estaban relajados, volvió a golpearme con fuerza.

Pensé en todos los sueños que había tenido a lo largo de mi vida. En los que se cumplieron y en los que se quedaron pendientes. Sé que, en este momento, soy muy feliz y estoy muy satisfecha con mi vida, pero ¿qué pasará dentro de unos meses cuando la adrenalina de los viajes pase y la realidad me golpeé de nuevo? No lo sé.

—Sabes que puedes quedarte aquí, ¿verdad? —preguntó Nathan como si hubiera estado escuchando mis pensamientos.

—No puedo... Tengo responsabilidades a las que volver. Un trabajo, una familia, mis amigas...

—¿Y qué hay de lo que tú quieres, Lisa? —cuestionó serio, clavando sus ojos azules en los míos. Su tono de voz era tajante—. Siempre es igual, creí que estos viajes te habían ayudado a crecer, a valorarte más a ti misma.

—¡Y lo han hecho! —me defendí—. Me conozco de una forma que antes no hacía.

—Sí, claro, ahora, Pero volverás a la rutina, volverás a dejarte envolver y será lo de siempre. Pensarás en todo el mundo antes que en ti misma. Lo has dicho, no puedes quedarte porque tienes responsabilidades, pero eso no es lo que te he preguntado, nena. Quiero saber qué quiere hacer Lisa. —Cerré los ojos, me ardían por las lágrimas rabiosas que querían escapar de ellos.

—Quiero seguir sintiéndome como hasta ahora: libre, feliz con las pequeñas cosas, en paz conmigo y con los demás.

—¿Y vas a tener todo eso si vuelves a casa? —inquirió, mirándome fijamente.

—Posiblemente no.

—Sabes que no —me refutó.

—Pero, Nathan, no puedo abandonarlo todo y seguir viviendo como una veleta de un lado a otro. Tengo que volver a centrarme, el dinero no va a durarme toda la vida y no quiero vivir a tu costa, odio que me mantengan.

—¡No he dicho que piense mantenerte! —exclamó—. Pero eres una trabajadora muy capaz y una escritora magnífica. Puedes encontrar trabajo aquí, muñeca, estás en el país de las oportunidades —dijo adoptando el tono chulesco que tanto me gusta (y me pone)—. Repito la pregunta, y tal vez pida el comodín de la llamada, seguro que Samantha y Liz piensan como yo, Lisa, ¿quieres quedarte aquí?

—Sí, quiero —respondí y él me besó—. Parece que nos hubiéramos casado —dije cuando nos separamos para respirar.

—Todo se andará —contestó en tono enigmático mientras me besaba de nuevo, con más pasión.

Comunicar esa decisión que había tomado, aunque protegida por los fuertes brazos de un hombre que me conocía muy bien, fue lo más complicado. Mi madre puso el grito tan en el cielo que la escuché desde Nueva York. En mi trabajo se lo tomaron con cierta incredulidad, pero, bueno, me comprometí a seguir mandando al menos las columnas semanales y eso les calmó. Y las chicas... Ellas siempre me apoyarían.

—¡No me lo puedo creer! ¿Nathan? ¡Tanto viaje y tanto tío y vas a acabar con Nathan! —exclamó Samantha hablando a la *webcam*, pero sin dejar de moverse de un lado a otro de su salón.

—¿En serio, churri? ¿Estás segura?

—Sí. Siempre ha sido un buen tío, fui feliz a su lado.

—Segundas partes nunca fueron buenas —escuché la voz de Manu de fondo.

—¿Quién te ha preguntado? —inquirió Sam con los brazos en jarras.

—Chicas, por favor, necesito que me apoyéis en esto. Sam, ¿por qué no te sientas un rato? ¡Me pones nerviosa!

—Tengo que caminar, es bueno para el parto.

—Aún faltan unos meses, pero nos tiene todo el día de un lado a otro a pie. Jolín, amiga, pensé que estarías aquí para ayudarme a soportarla —apostilló Liz con su mejor cara de buena.

—Lo siento, pero prometo que estaré para el nacimiento —dije—. Ahora necesito que me digáis que no estoy loca.

—Lo estás, cielo, pero sé que con él vas a estar bien y vas a ser feliz.

—Si en algo tiene razón Nathan es en que, si vuelves, te volverás a perder. —Liz parecía muy seria—. Vi a Enrique el otro día. A decir verdad, me llamó, quería saber cuándo vuelves.

—¿No le dijisteis que me morí? —pregunté y las dos negaron—. No quiero que me encuentre, ¡no quiero saber nada de él! —chillé medio sollozando.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó Nathan apareciendo en el salón en bóxer—. ¡Ostras, tienes puesta la cam!

—¡Joder, qué bueno está! —exclamaron mis amigas a dúo.

—Estoy bien, cariño. Quítate del campo de visión de este par, por favor —le pedí y se marchó.

—¿Siempre va por la casa así? ¿En plan Tarzán? —preguntó Sam algo acalorada.

—No, solo es que estábamos remoloneando en la cama y me levanté para hablar con vosotras por la diferencia horaria.

—Pues, para que vuelvas a la cama con tu hombre, yo voto porque te

voy a echar de menos, pero quedarte es bueno para ti. Sobre todo, con él.

—Voto igual que Sam, Tarzán y tú seréis muy felices —bromeó Liz—.
¿Qué le digo a El Verde?

—¡Que Lisa está muerta! —sentenció Sam.

—Eso, que se olvide, que no existo, ¡pluuff me desintegré! —contesté con una sonrisa enorme—. Os quiero, amigas. Porfa Sam, avísame con la fecha estimada del parto, no quiero verlo por la cam. Saludos a vuestros respectivos. —Las dos me lanzaron besos.

Por un momento me quedé parada delante del MacBook con la pantalla en negro, pensando si la locura que estaba a punto de cometer iba a salir bien o no. ¿Y sí...?

No, se acabaron las preguntas sin respuestas, quería esto, y quería esto con Nathan.

Caminé hasta la habitación quitándome la ropa por el camino. Me quedé parada en la puerta unos segundos mirando a Nathan. Era un hombre imponente y, sobre todo, bueno.

—Anda, ven aquí, mi reina —me dijo abriendo los brazos—. Todo va a ir bien.

—Lo sé, pero va a ser muy duro. Una cosa es estar de viaje y otra asentarse en un lugar y empezar de cero.

—Bueno, piensa que no empiezas de cero, tuvimos una relación de casi un año y varios encuentros esporádicos después. Me conoces, te conozco. Eso debe ser empezar al menos de cinco, ¿no?

—De diez —contesté devorando sus labios—. Contigo es como si empezara de diez.

Nos perdimos entre besos y caricias. Promesas de amor al oído, sexo del que va acompañado de cariño. ¿Amor? Todo se andará.

No sé, queridos lectores, si en este caso será verdad lo que dijo Manu y

segundas partes nunca fueron buenas. No sé si va a hacer realidad el otro refrán y estaré, como buen ser humano que soy, tropezando dos veces con la misma piedra. Solo sé que, por una vez en mi vida, he decidido anteponer mis necesidades y lo que yo quiero a lo que quieren o necesitan los demás. ¿Saldrá bien? Quizá sí, quizá no, pero ¿quién iba a decirnos hace unos meses que iba a tocarnos la lotería? ¿O que iba a conseguir que Melania y Ruth volvieran a vivir sin miedos? Quien no arriesga, está claro que no gana y hoy aconsejo a todo el mundo a apostar, aunque sea una vez en la vida. Quizás tu apuesta no sea a caballo ganador, pero, al menos, te habrás divertido intentándolo.

Hoy empieza mi nueva vida en Nueva York, con Nathan a mi lado y un abanico enorme de posibilidades ante mí. No parece una mala apuesta, ¿qué creéis?

Capítulo 26:

Las puertas mejor abiertas

Todo es más bonito cuando se vive un sueño de cuento de hadas. O, en mi caso, un sueño de serie de televisión. Todas mis amigas no paran de repetirme que, ahora sí que sí, soy como Carrie de *Sexo en Nueva York*, porque vivo en la Gran Manzana junto a un hombre con el que tengo mucho, muchísimo y buen sexo. Quién lo iba a decir, yo, la mojigata.

Me río cada vez que me dicen eso, como si fuera el mayor logro de mi vida, y entonces pienso que parece que no me conocieran en absoluto. Yo nunca aspiré a querer ser como Carrie, jamás ha estado en mi lista de heroínas televisivas. Sí, ¿qué pasa? Tenía (tengo) una lista de heroínas. ¿Vosotros no? Siempre he sido muy friki y en esa lista están todas las mujeres a las que he querido parecerme a lo largo de mi vida. Es tan cambiante como lo he sido yo, pero todas tienen un rasgo común: son independientes y fuertes.

Creo que he llegado al punto de mi vida en el que yo también lo soy. Vivo con Nathan porque así lo he decidido yo. Samantha piensa que tengo el ego un poco subido. Sí, me lo ha dicho así, tal cual, como la buena amiga que es, sin pelos en la lengua y amparada en sus hormonas de embarazada, me ha soltado por WhatsApp que una cosa es que pretenda vivir mi vida dándome el lugar que por derecho me corresponde en ella y otra muy distinta es que todo se centre solo en mí. Que debo encontrar el equilibrio.

Decidí hacerle caso y me senté ante el ordenador en busca de un trabajo en el que pudiera canalizar mi nueva y rebosante energía positiva en ayudar a los demás. Los días que pasé viajando con Melania y Ruth y consiguiendo que ellas volvieran a abrirse a la vida sin restricciones me sentí útil y ese sentimiento me encantó. Fue así como, con el Mac último modelo de Nathan

y un capuchino en las manos, me sumergí Internet para encontrar un empleo.

Miré muchas ofertas, de lo mío y de otras cosas. Escribir esta columna cada semana me gusta, me sirve de terapia y a muchas personas que la leen sé que también por lo que rápidamente me saltó a la vista un anuncio. «*Se busca redactora para un consultorio sentimental*». Estaba en la sección de «Trabajos para personas de habla hispana» del New York Times, nada menos.

No lo dudé, mandé el currículum con una carta de presentación y algunas de las columnas a la dirección que ponía en el periódico. Unas horas después, recibí la respuesta. Les encantaba mi perfil y querían contar conmigo. Me darían un mes de prueba.

Como una loca llamé a las chicas por Skype para darles la gran noticia.

—¿Columnista de consejos en Nueva York? —cuestionó Sam.

—Sí, para la comunidad hispana de Manhattan. Pero si gusta me pondrán a alguien que traduzca los textos para toooooo Estados Unidos —anuncié orgullosa.

—Al final sí que has acabado siendo Carrie, ¿eh? ¿Eso me convierte a mí en Miranda? —preguntó Liz.

—¿Y a mí en Samantha? Al menos el nombre ya lo tengo.

—¡Nos falta Charlotte! Quizá tu amiga Luna...

—¡Luna no se parece a Charlotte en nada! —exclamé—. ¡Y dejaos ya de boberías! No me gusta esa comparación, yo no me parezco en nada a esa loca.

—¡Es broma, cielo! Nos alegramos muchísimo por ti, ¿verdad, Liz?

—¡Claro, churri! Solo te tomamos un poco el pelo, nos encanta que hayas tomado las riendas de tu vida y que hayas dejado atrás todo lo que te hacía tener cara de acelga.

—Lo de la cara no tiene nada que ver con el trabajo, tía, es porque

Nathan siempre la ha follado muy bien —apostilló Sam, acariciándose la barriga—. Mira, hasta la niña lo piensa, acaba de darme una patada. —Las tres nos reímos.

—Todo influye, él es maravilloso, y no solo en la cama, el ambiente de esta ciudad, el nuevo trabajo... Lo único que necesito es un par de amigas con las que salir a tomar algo —confesé.

—Ya conocerás a gente, eres fabulosa y te metes a la peña rápido en el bolsillo —sentenció Liz—. ¡Pero no nos sustituyas!

—Eso nunca, vosotras siempre seréis mis chicas de *Sexo en Nueva York* —respondí retomando la broma—. Tengo que dejaros, Nathan está a punto de llegar del trabajo y aún tengo que llamar a casa para dar la buena noticia.

—Te queremos, Lisa —dijeron a la vez. Estas dos practican seguro.

—Y yo a vosotras —les decía mientras les lanzaba besos.

En casa se tomaron la noticia algo peor que las chicas, que consiguiera un trabajo aquí significaba que me quedaría y eso era algo que no les hacía mucha gracia. Pero, en fin, les tocaba aceptarlo, cada uno había vivido la vida que quería y esta era la que yo había estado esperando durante mucho, muchísimo tiempo.

Había dejado el correo electrónico abierto y en ese momento me llegó un email de quien menos me esperaba. Enrique. Justo en el instante en el que entrecerraba los ojos para asegurarme que no era un espejismo, sonó la voz de Nathan.

—Cariño, ¿dónde estás? —preguntó desde el salón.

—En el dormitorio, mi amor. —Sí, somos de esos empalagosos.

—¿Qué pasa? Tienes cara de haber visto un fantasma —dijo mientras se acercaba y me daba un beso.

—Pues casi, mira quién me ha escrito —le informé, odio los secretos.

—Vaya, tu eterno dolor de cabeza. ¿Qué dice? —cuestionó y pude notar

cierta incomodidad en su voz.

—No lo sé, no lo he abierto. Es que no sé ni si quiero leerlo —confesé—. Él siempre pone mi vida patas arriba, no quiero que me estropee el momento.

—Tienes que leerlo, nena. Así sabes para qué te quiere, podrás contestarle y ya está. No olvides que fue durante mucho tiempo tu mejor amigo, quizá puedas recuperar aunque sea eso.

—Te quiero —le dije así, de manera espontánea, las dos palabras que más miedo me ha dado siempre decir a un hombre.

No porque tenga algún tipo de tara emocional de la infancia culpa de mis padres, no se trata de eso. En mi casa siempre me han dicho y me han demostrado lo mucho que me quieren, es precisamente por eso, desde niña me inculcaron que no había que decir te quiero a alguien a no ser que lo sintieras de verdad.

A menudo me sorprende la rapidez con la que las personas se enamoran y desenamoran. Claro que creo en los flechazos, o creía, pero no es que así, como así de hoy para mañana, quieras a una persona tanto como para poder decírselo. Será una tontería, pero así me educaron.

Por eso mis palabras pillaron a Nathan completamente fuera de juego. Su sonrisa le iluminó de una forma cegadora.

—Yo también te quiero, y por eso quiero que leas ese email y contestes. Necesitas reconciliarte con tu pasado y el futuro será nuestro.

—Está bien. —Abrí el dichoso email y leí con atención. Las palabras nunca habían sido el fuerte de Enrique, ni decirlas ni escribirlas, pero me sorprendió, al menos, su sinceridad.

Sé que no estás muerta. Sé que te he perdido. Sé que te hice daño y por eso me pagaste con la misma moneda. Sé que aquella noche solo fue una venganza para ti, pero que sepas que tumbaste de un golpe todas las

murallas que había puesto en torno a mí. No quería aceptar lo que sentía por ti, porque eso sería ser débil y los débiles siempre acaban sufriendo por amor. Pero, al final, me demostraste que sentir no es malo.

He leído todas tus columnas, cosa que nunca había querido hacer por miedo. Siento haberte hecho tanto daño y haber ignorado tus intentos de llamar mi atención. Ahora sé que te he perdido, sé que eres feliz y también sé que me alegro, te mereces a alguien mucho mejor que yo. Sé feliz, Lisa, y espero que algún día, cuando sanen todas las heridas que tienes por mi culpa, recuerdes que fuimos amigos. Aquí estaré para volver a serlo si quieres, en ese aspecto lo he hecho mucho mejor.

—¡Dios mío! —exclamé abrazándome a Nathan llorando sin parar. No sé durante cuánto tiempo lloré, solo sé que él me abrazó y me consoló como solo él podría hacer. Porque nadie daba tanta tranquilidad y paz a mi alma como este hombre.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó, cuándo conseguí calmarme.

—Nada va a cambiar, Nathan, no voy a salir corriendo de vuelta a casa por muy sinceras que sean sus palabras. Él mismo lo ha dicho, espera que podamos volver a ser amigos, ya está. Yo aún no estoy preparada para ser su amiga y tiene razón en otra cosa que ha dicho —dije mientras me sentaba a horcajadas sobre él en la cama y me quitaba la camiseta—. Merezco a alguien mejor que él, te merezco a ti —sentencié antes de besarle.

Esa noche hicimos el amor de manera tan íntima como nunca antes habíamos hecho. Como si la última barrera que quedaba entre nosotros hubiera caído para siempre. Es difícil de explicar, pero esa noche sentí como si él fuera capaz de llegar más hondo, tanto en mi cuerpo como en mi corazón, como si consiguiera ocupar el lugar sagrado que hasta entonces me había empeñado en reservar para Enrique.

Nunca pensé que pudiera ser, precisamente, el que durante años fue mi

carcelero quien abriera de par en par la última puerta que quedaba para que otro hombre le diera una definitiva patada fuera de mi alma.

A la mañana siguiente, mientras Nathan dormía plácidamente, contesté al email.

Podría empezar diciendo que siento haberte hecho daño, pero no lo siento. Esa noche me propuse que sufrieras y estoy orgullosa de haberlo conseguido, no porque sea mala persona, solo porque tenías que sentir lo que has hecho sentir a otros (sobre todo a mí) muchas veces. Ahora se acabaron los rencores, me he reconciliado con nuestra historia y conmigo. ¿Contigo? Espero que algún día. De momento no, lo siento, pero no puedo y, sobre todo, no quiero volver a ser tu amiga. Todavía no. Trata de ser feliz, Enrique, te lo mereces.

Mandé el correo y comprobé en la bandeja de entrada que me habían mandado la primera consulta de una lectora. Decían que era a modo de prueba, una carta que dejó sin responder la chica anterior. Leí el texto y solté una carcajada.

Hola, necesito tu ayuda. ¿Has oído alguna vez el típico tópico de “enamorada de su mejor amigo”? Tengo ese problema, él es un inmaduro emocional que no acepta sus sentimientos y me hace mucho daño. ¿Cómo actúo? Besos. Sarah M.

¡Pan comido!, esto iba a ser pan comido para mí.

Querida Sarah M., mi nombre es Lisa y soy la nueva encargada de ayudarte... empecé a escribir y compartí con aquella chica, y con el resto de los hispanohablantes de Nueva York, toda mi historia, pidiendo que me respondieran y dando un consejo a Sarah M.: Dale de su propia medicina, ve a su casa, sedúcele y fóllatelo sin miramientos. Pero mandas tú, no lo olvides.

Me metí en la cama de nuevo y me acurruqué contra el cuerpo caliente

de Nathan. A los pocos días recibí un email del periódico diciéndome que mi consejo les había encantado a ellos y a los lectores porque hablaba sin tapujos.

Hasta el momento en el que leí y respondí al email de Enrique no me había parado a pensar, ni me había dado cuenta de que nuestra historia no había quedado del todo cerrada. Sí que sentía que lo había superado y había crecido como persona, pero no había terminado de zanjar el tema. Hui de él y me negué a escucharle cuando lo que debería haber hecho era justo lo contrario. Esa es la moraleja de la columna de esta semana, queridos lectores: no hay que huir de los problemas y encerrarlos bajo llave, uno se siente mejor y más liberado cuando los soluciona, los zanja y deja ese espacio libre para nuevas emociones.

Capítulo 27:

Cuestión de actitud

La vida puede llegar a ser hermosa. Todo es cuestión de actitud. Ya me lo decía siempre Liz: «todo es cuestión de actitud, Lisa», parece que estoy viéndola. Odiaba cuando me decían esa frase. Era como si insinuaran que las cosas que iban mal en mi vida eran culpa mía. He tardado en ver que todos tenían razón. No es que fuera directamente culpa mía, pero sí que mi actitud muchas veces me llevaba a vivir situaciones que me sobrepasaban y, en lugar de plantar cara, me ofuscaba más y todo era peor.

Es el eterno bucle, la pescadilla que se muerde la cola. Un ciclo eterno del que sé que a veces parece imposible salir. Pero no, queridos lectores, no es imposible. Mi relación con Nathan me había llevado a descubrir que todo era diferente cuando lo tomas con otra actitud.

Hace un par de semanas teníamos entradas para ver un musical y el día amaneció con tormenta. Llovía tantísimo que nos fue imposible salir a la calle. Me enfadé muchísimo.

Había tenido una semana bastante dura de adaptación al nuevo trabajo. Me encantaba, no me malinterpretéis, estaba como loca, pero si incorporarse a una nueva oficina ya es de por sí complicado, hacerlo a una donde todos son estadounidenses, hispanohablantes, sí, pero estadounidenses, pues es el doble de difícil.

Estaba estresada y algo confusa con algunas cosas. Así que el domingo estaba deseando salir y distraerme. Pero no, el tiempo decidió que no se salía.

—¡Vamos, Lisa, no es para tanto! —me dijo Nathan al ver mi cara de pocos amigos mirando la lluvia por la ventana del salón—. ¿No te encantaba la lluvia?

—¡No cuando tengo planes! —contesté y él me abrazó por la espalda

apoyando la cabeza en mi hombro.

—¡Vamos, tontita, algo habrá que podamos hacer en casa! —exclamó besándome el cuello.

—¡Hombres! Siempre pensando en lo mismo. Pues ahora no me apetece.

—¡No me refería a eso! ¿Qué te parece una tarde de pelis, chuches, palomitas, los dos acurrucados en el sofá, un chocolate caliente y un masaje? —me decía mientras seguía besándome el cuello, hasta que me giró y me besó en la boca, dejándome sin aliento.

—¡Lo compro! —sentenció sin aliento por ese beso.

¿Qué remedio? ya que no íbamos a salir, al menos nos lo pasaríamos bien.

Tengo que reconocer que nuestros planes caseros superaron con creces al musical. Nathan es un hombre tan especial y detallista que hasta el mero hecho de echarnos una siesta juntos era una delicia.

Con mi cabeza sobre sus rodillas, me acarició el pelo hasta que me adormilé. Habíamos visto una peli y comido toda clase de golosinas que había en la casa (y que más tarde me confesó que las había comprado porque sabía que las tormentas en esta época del año eran fuertes y preveía que un día nos tendríamos que quedar atrincherados en casa), me dio un masaje relajante y nos besamos como adolescentes, solo besarnos.

Ya por la tarde me ayudó a leer algunos emails pendientes, mientras me observaba cómo contestaba a los lectores se reía a carcajadas con cada consejo loco que se me ocurría dar.

Querida Lisa: Mi nombre es Anna y te escribo porque necesito que me ayudes en algo. Me siento completamente atrapada en mi vida, en mi casa. Es como si mi propia familia me cortase las alas. Quiero viajar y ver el mundo, pero nadie me apoya. ¿Tú qué harías?

Contesté:

Estimada Anna: Antes que nada, muchas gracias por confiar en mí para algo tan personal. ¿Qué haría yo? Pues ya lo hice, debes plantar cara a tu familia, dejarles claro que ellos tienen la vida que han elegido y que tú también tienes derecho a tener la tuya. Es curioso, hoy había planeado un día fuera de casa con mi novio y ha sido todo lo contrario, con esta lluvia no hemos podido salir. Me enfadé, pero, al cambiar de actitud y dejarme llevar por él, todo mejoró y hemos pasado un día que nunca olvidaré. De eso se trata todo, Anna, es cuestión de actitud, ya me lo decía mi mejor amiga. Repite cada día ante el espejo: ¡yo quiero!, ¡yo puedo!, ¡yo lo haré! Y verás, querida mía, como querrás, podrás y lo harás. Un abrazo, y ya me contarás qué tal te va.

—¡Eres extremadamente buena cariño! —me dijo mi chico.

—No es para tanto, solo me pongo en su lugar. A veces ni eso, porque me plantean situaciones que he vivido, les hablo como les hablaría a mis amigas y ya está. La mayoría de gente que escribe a mi columna, sobre todo las chicas, solo necesitan alguien que les recuerde lo mucho que valen —contesté y aparté el ordenador para mirarle fijamente a los ojos—. Como tú me lo recuerdas a mí cada día. Eres mi mayor apoyo y me das la inspiración para ayudar a todas estas personas. —Él se inclinó hacia delante y me besó.

—Soy algo así como tu muso —bromeó.

—Sí, justo eso, me inspiras tanto... —Y sin más me senté sobre él y comenzamos a besarnos hasta que acabamos calentándonos y poniendo el punto final a nuestro día con una sesión de increíble sexo en el sofá.

Todo es actitud. Era mi nuevo lema. Llegué a la oficina rebosante de energía. Aunque muchas veces contestaba a los emails desde casa, me gustaba la rutina que da ir a trabajar a un sitio, los compañeros. Solo que ese día descubriría que algunas de mis compañeras eran más bien arpías con buen maquillaje y tacones.

—Oye, Lisa, ¿estás soltera?

—Sí —contesté mientras me tomaba a pequeños sorbos mi café.

—¿Pero tienes novio? —preguntó la morena del pelo enmarañado—. Lo digo porque llevas un chupetón en el cuello muy feo, chica, que no tienes quince años.

—Perdona, ¿qué has dicho? —cuestioné, me parecía surrealista.

—Que no eres una adolescente para ir por ahí luciendo marcas de amor.

—Mira, para empezar, no me conoces de nada como para invadir así mi intimidad y, para continuar, sí, vivo con alguien, tengo pareja porque, como no soy una cría de quince años, el término novio no me gusta —le aclaré—. Y sí, llevo un chupetón, recién hecho, además, en el pedazo de polvo mañanero que me han echado, como creo que a ti hace mucho que no te echa nadie. —«¡Ole!», las voces de Samantha y Liz resonaron en mi cabeza vitoreándome.

—¿Vives con alguien sin estar casada? —preguntó, vaya una puritana.

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, nada, que eso no está muy bien visto por aquí.

—Tonterías, es mi vida y mientras no influya en la forma en la que hago mi trabajo, a nadie tiene que importarle.

—No te pongas así, querida, no hace falta que seas tan borde.

—Oh, no, esto no ha sido ser borde. Créeme, no querrás que lo sea. —Y, sin más, me fui y la dejé gritándome que era una maleducada.

¡Pero si era ella le que me había casi insultado! Di un portazo al llegar a mi despacho. Sí, tengo despacho. Respiré hondo tres veces y traté de tranquilizarme. No pude hacerlo, cada vez que salía y me movía por la redacción para algo, alguien me miraba mal y murmuraban.

¿Pero qué les pasaba? Si he visto en millones de películas y series que los estadounidenses primero conviven y después se casan. Al parecer, me

contó Julia, la única chica simpática que encontré, en la comunidad hispana era diferente y que, concretamente en este periódico, eran todos muy conservadores.

Ese día, estuve cabreada durante toda la jornada, sintiéndome mal y como un bicho raro porque quizá lo hicieran a propósito, en todos los descansos para el café y durante la comida, todo el mundo hablaba de sus maridos o sus mujeres y mostraban sus anillos y alianzas. Y ¿yo? Yo tenía un chupetón en el cuello.

Llegué a casa echa un basilisco. Me senté ante el ordenador y llamé a las chicas por Skype para contárselo.

—¿Quieres casarte? —cuestionó Liz.

—¡No es que quiera! Es que me han hecho sentir completamente fuera de lugar.

—No seas idiota, Lisa —me sermoneó Sam, vivía en un eterno estado de cabreo que decía que era normal al final del embarazo—. A estas alturas de tu vida eres una mujer con personalidad, así que no debería influirte lo que digan los demás sobre ti, a no ser que estés *inmadurando*, si es que esa palabra existe —aclaró—. Si te molesta tanto, es porque quieres.

—¡Pídeselo a Nathan! —sugirió mi otra amiga.

—¿Yo? ¡Que me lo pida él!

—Antigua... ¡vamos, no seas idiota! ¿Quieres casarte?

—No lo sé... No lo había pensado hasta ahora...

—Pues piénsalo, bonita, y actúa en consecuencia. Tienes a un hombre maravilloso a tu lado, estáis en vuestra segunda oportunidad, no la estropees con dudas de estas.

—Antonio y yo vivimos juntos y ni nos planteamos la boda.

—¡Pues anda que Manu y yo! Vamos a tener una hija y ni se nos pasa por la cabeza.

—Os quiero, chicas. En un par de semanas viajo para estar ahí en la fecha estimada del parto —les dije para terminar la conversación—. Besos a mi sobrina, a Manu y a Antonio.

—¡Hasta pronto, Lisa! —dijeron a dúo, siempre igual.

Me quedé pensando en lo que habían dicho. ¿Quería casarme? ¿Qué podía tener de importante un papel? Nathan y yo nos queríamos y teníamos una buena vida. ¿Necesitaba una ceremonia y un par de alianzas en nuestros dedos para ser feliz? No lo sé.

Nathan llegó a casa un poco más tarde de lo habitual esa noche y con solo verme, notó que no estaba normal. Le conté lo que había pasado y vi su rostro palidecer.

—¿Quieres casarte? —preguntó casi balbuceando.

—¿Quieres tú? —le lancé la pelota.

—No soy yo el que se siente mal por no estar casados, eres tú. ¿Quieres o no?

—¡Nathan, no me lías! ¿Por qué no dejas de preguntar si quiero y me dices si tú quieres? —le grité—. Porque necesito saber tu opinión antes de decidir si quiero o no quiero. ¿Me lo estás pidiendo?

—No.

—¿No quieres?

—No te lo estoy pidiendo, no es que no quiera, ¡lo has planteado tú! —gritó pasándose las manos por el pelo en señal de frustración.

—¡Lo he hecho porque tú no lo haces!

—¡No entiendo este diálogo de besugos, Lisa! ¿Por qué estás tan enfadada conmigo?

—¡Porque no quieres casarte! —le espeté y me fui corriendo a la habitación llorando.

Ni yo misma entiendo mi reacción, me pasé tres pueblos. Yo no sabía si

quería casarme o no, pero quería saber si él quería. Era una locura. Mi actitud se había vuelto hostil por culpa de mis compañeras de trabajo y estaba pagando mi frustración con él.

Escuché cómo entraba en la habitación arrastrando los pies como siempre hacía cuando estaba triste. Esta era nuestra primera pelea desde que habíamos empezado a salir de nuevo. Noté el colchón hundirse por su peso y su brazo rodearme la cintura. Nuestra habitación daba a la calle y por el gran ventanal se filtraba la luz de una hermosa luna llena.

Sentí la respiración de Nathan cerca de mi oreja y me estremecí, acabé de morir de amor cuando escuché su voz, dulce y sexi al mismo tiempo, decir en un susurro.

—Sí quiero —sentenció contestando a mi pregunta—. ¿Quieres casarte conmigo, Lisa? —preguntó.

Me giré y quedamos frente a frente. Sus ojos brillaban por el rastro de algunas lágrimas. Le besé y contesté.

—Sí quiero, pero cuando llegue el momento, no ahora por sentirme integrada. Me casaré contigo porque eres el hombre que más y mejor me ha hecho sentir. Te quiero y quiero casarme contigo, cuando los dos estemos preparados, cuando queramos nosotros. —Por toda respuesta él me besó de nuevo y solo puedo decir que, al día siguiente, volví a lucir orgullosa un chupetón en el cuello. Por el momento, no era un anillo de compromiso, pero todo se andará.

Me di cuenta de que todos aquellos que me decían que todo es cuestión de actitud tenían razón. Cuando la mía cambió, conseguí pelearme con Nathan y que él me pidiera matrimonio, movido por el amor y las ganas que tiene siempre de complacerme y esto, queridos lectores, no es bueno. Es mejor pensar en positivo, no dejar que las opiniones (sobre todo si no las has pedido) de los demás nos afecten hasta el punto de hacernos replantear cosas

que, de otra forma, no habríamos pensado.

Capítulo 28:

Un nuevo comienzo

Una de las cosas a la que más miedo tenía era a volver a casa. Algo tan simple como bajar de un avión y volver a pisar mi tierra me había producido pesadillas y un pequeño ataque de ansiedad. ¿El motivo? La forma en la que me fui de allí, completamente destrozada, sintiéndome un despojo humano.

Habían pasado unos meses, había recorrido 3 países y había acabado viviendo con Nathan en un loft de lujo en Nueva York y trabajando como columnista de consejos en un periódico para hispanos. No hay en mí ni un ápice ya de aquel dolor, nada de aquella Lisa que huyó lanzando su móvil en una papelera. Quizás el pelo había vuelto a crecerme y lo llevaba ahora a media melena y había recuperado mi color pelirrojo natural, sí, pero, salvo eso, nada más.

Hice las paces conmigo misma y con el pasado, pero ¿volver? No estaba segura de poder hacerlo, pero Samantha iba a tener a mi sobrina y tenía que estar a su lado.

Os habéis dado cuenta ya de que tengo el mejor novio del mundo, ¿verdad? Pues esta semana lo corroboraréis. Nathan decidió que me acompañaba, que podía pedirse unos días en el trabajo y vendríamos juntos, aprovecharía para ver a sus padres e incluso presentármelos.

—¿Tus padres? —pregunté al bajarnos del avión, el muy listo no me había querido decir nada antes.

—Claro. Ya que estamos aquí, cielo..., han oído hablar tanto de ti que están deseando conocerte. —Y decía todo eso con esa sonrisa radiante que me dejaba sin respiración.

—Nathan, conocer a tus padres en mi primer viaje de vuelta a casa es lo último que necesito.

—¿Por qué? —inquirió. Adiós sonrisa.

—La última vez que conocí a la familia de alguien, su madre me odió y nuestra relación se fue a la mierda porque descubrí que él me ocultaba un secreto —le expliqué y el recuerdo de Patrick y todo lo que pasó casi me hizo llorar.

—Eso no va a pasar. Para empezar, no te oculto nada, para continuar, mis padres son encantadores y, para acabar, me da igual lo que piensen, siempre he sido un rebelde —contestó, y ahí estaba otra vez esa sonrisa que había perdido y que me volvía loca.

—Está bien, cariño, tú ganas —acepté, no se merecía una escenita y, si quería que conociera a sus padres, lo haría.

Y hablando de progenitores, pude divisar a la mía al final del largo pasillo de llegadas internacionales del aeropuerto. Me solté de la mano de Nathan y corrí todo lo deprisa que me dejaron las piernas, que no era mucho, hasta llegar a su altura y lanzarme a sus brazos.

He de reconocer que, por muy bien que me sintiera viviendo lejos y siendo la dueña de toda mi vida, por muy feliz que fuera en Nueva York, no había una sensación que pudiera superar a un abrazo de mi madre después de mucho tiempo sin verla.

Lloramos y, como forma parte de su trabajo como madre, criticó que estaba muy delgada y que tenía ojeras. Ya se encargaría ella de que recuperase los kilos que había perdido estos meses.

Nathan llegó a mi lado y se mantuvo en un discreto segundo plano mientras yo saludaba a todos los miembros de mi familia que habían ido a recibirnos, hasta que me di cuenta y le presenté. Soy un desastre en esto del protocolo.

Mamá le miró de arriba abajo. Si bien nunca se lo había presentado cuando salimos juntos, ella sabía quién era y, con esa gracia que le

caracteriza, me dijo al oído que estaba buenísimo. Las dos reímos a carcajadas.

Liz me llamó para decirme que habían ingresado a Sam, pero que no me preocupara, que la pequeña, cuyo nombre Samantha no había querido decirnos aún, estaba remoloneando demasiado y los médicos habían programado que provocarían el parto al día siguiente a las nueve de la mañana si no nacía durante la noche.

Eran las doce del mediodía, así que determiné que me daba tiempo de hacer todo el recorrido familiar y después ir al hospital. ¡Espérame un poquito más, sobri! Mientras iba, como la caja del turrón, de una casa de mis hermanos a otra y después a las de mis tíos, ocurrió lo que me hubiera gustado evitar a toda costa.

Enrique. Me lo encontré así, de pronto, en plena calle. Él sonrió nervioso y me aferré a Nathan con tanta fuerza que casi le corté la circulación durante una fracción de segundo. Lo que tardé en decirme a mí misma que no iba a tirar por la borda a la nueva Lisa a la que tanto me había costado llegar y que tantas alegrías me daba.

Solté la mano de mi chico y me acerqué con una sonrisa a Enrique.

—Hola —le saludé y le planté dos besos.

—Li-Lisa, me comentó tu madre que venías de visita, me alegro de verte —dijo tartamudeando.

—Sí, Sam va a tener a su niña, no podía perdérmelo.

—Claro, eres su tía.

—¿Qué tal te va? —pregunté

—Bien, mucho mejor ya.

—¿Mejor de qué? ¿Has estado enfermo? —cuestioné y sentí que me preocupaba por él.

—No, ya sabes... —Lo dejó en el aire mientras miraba a Nathan con

disimulo.

—No, si lo supiera no preguntaría —contesté—. Este es Nathan, mi prometido —mentí. Bueno, no era del todo una mentira, habíamos hablado de casarnos, ¿no? Y los dos queríamos. Pues ya está, teníamos una promesa de palabra—. Cariño, ya has oído hablar de Enrique, somos amigos —dije recalcando el «somos» en presente, sentía que por fin estaba preparada para abrirle de nuevo la puerta de mi amistad.

—Encantado —respondió mi chico dándole la mano—. Sí que he oído hablar mucho de ti. —El tono de su voz me hizo sentir un cosquilleo en el bajo vientre, parecía que había crecido un par de centímetros. ¿Se estaba portando como un macho alfa?

—Siento no poder decir lo mismo de ti, tío, jamás te nombró. — ¿Perdona? ¿Qué era ese tono de chulo? ¿Estos dos iban a pelearse? ¿Por mí?

—Tampoco es que sea precisamente agradable lo que decía de ti... —Nunca había visto a Nathan así. Me agarró por la cintura con tanta fuerza que pensé que sus dedos iban a quedármeme tatuados para siempre.

—Hey, ya vale los dos. Fin de la conversación —indicé sintiéndome incómoda. Vale, orgullosa también, pero eso no lo admitiré jamás—. Enri, ¿vas a decirme qué te pasaba? O me voy, tengo que ir al hospital.

—Es por lo que pasó antes de que te fueras... Ya lo sabes, te escribí, me quedé destrozado. —Respiré hondo un par de veces, ¿me estaba reprochando? No, seguro que no era eso, lo que pasaba es que él nunca ha sabido enfrentarse a estas cosas.

—¿Y estás mejor, dices? —Él solo asintió—. Pues me alegro mucho, yo también lo estoy después de todo lo que me hiciste sufrir. Si quieres que firmemos la paz y olvidemos absolutamente todo, este es el momento —ofrecí tendiéndole la mano, que aceptó en dos segundos—. Amigos.

—Amigos —sentenció con una sonrisa—. ¿Me dejas que abrace a mi

mejor amiga, colega? —asentí y Nathan me soltó.

—Me alegro de volver a tenerte —le dije al oído mientras sus brazos me estrechaban. Luego escuché un ruido y la voz de mi novio.

—Cariño, ha llamado Sam. Que como no vayas ya al hospital te deja calva —me dijo. Sí, esas palabras sonaban muy de mi amiga.

—Vamos —indiqué—. ¿Nos vemos antes de que me vaya para tomar algo?

—Claro. Que le vaya bien a Sam, ya me cuentas.

—Sí, —Y, sin más, emprendimos nuestro camino hasta el coche.

Nathan me cogió la mano de nuevo, me dio un beso largo en la mejilla y susurró al oído que estaba muy orgulloso de mí. ¿Sí? Pues yo de él no, pero ya lo hablaríamos luego.

Llegamos al hospital y Manu nos esperaba en la puerta. Al parecer la niña se había espabilado y Samantha gritaba como una loca presa de los dolores del parto. Liz ya estaba con ella.

—¡Hey, chicas! —grité desde la puerta.

—¡Maldita seas, Lisa, pensé que no llegabas, joder! —me chilló mi amiga. Me impresionó mucho verla en la camilla, sudando y con aquella cara de histérica.

—Estás guapísima —me dijo Liz, alegre de verme.

—Y tú —contesté abrazándola. ¡Dios como las había echado de menos!
— Sam, cariño, lo siento. Ya estoy aquí y en breve seremos cuatro.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, y su preocupación me dio una inmensa ternura. Ahí estaba, a punto de parir, muerta de dolor y preocupada por mí.

—Sí, muy bien, ya os contaré.

—Cuéntanoslo ahora, oírte me ayudará a no pensar en el dolor —me rogó.

—Está bien. —Me senté en el borde de su cama, con Liz al otro lado, las dos dándole la mano—. Me he encontrado a Enrique. Así, nada más llegar, sin anestesia ni nada.

—¿Y le pegaste? —cuestionó la parturienta agresiva.

—No, hablamos, volvemos a ser amigos.

—¿Y dónde está lo interesante?

—¡En Nathan! —exclamé—. Tendríais que ver cómo reaccionó, fue brutal, se puso como un macho alfa. Me agarró por la cintura y le dijo que había oído hablar cosas poco agradables de él.

—¡Júrame que dijo eso! —Liz no se lo podía creer.

—¡Por Snoopy! ¡¡¡AAAHHHHH!!! —gritamos a trío cuando a Samantha le vino una contracción y apretó nuestras manos como si quisiera arrancárnoslas—. ¿Por qué no está Manu aquí aguantando esto? ¡¡¡Él te ha preñado!!! —exclamé y reímos las tres como locas.

—¿Qué te dije? —se escuchó la voz del novio de mi amiga desde la puerta—. Ellas son su mejor epidural.

—Ya lo veo ya, ¡ánimo, Sam! —dijo Nathan—. Estás preciosa.

—Sí, hombre, seguro —le contestó.

—Chicas, creo que es hora de salir. Os avisaré en cuanto vuestra sobrina esté aquí —nos indicó el futuro papá con su habitual aire encantador.

—Cuídala bien, Manu, o te mataremos —sentenció Liz. Qué bruta, pobre hombre.

—Te hará daño, pero no es cosa de ella, ¿vale? Sacar a una persona por tu chumi duele un montón —le dije sin sonrojarme y él se ríe.

—¡Cómo ha cambiado la pequeña tímida Lisa! —exclamó abrazándome—. Gracias por venir, os necesita.

—Lo sé, no le fallaría por nada en el mundo.

Durante las dos horas siguientes nos dedicamos a ir de arriba abajo por la

sala de espera. Antonio se unió a la comitiva. Hablamos y nos reímos mientras esperábamos que Manu nos avisara. Un mensaje en mi teléfono nos sobresaltó a todos, era él. Era una foto desde la que nos enseñaba la arrugadita cara de nuestra sobrina, donde dos grandes y preciosos ojos azules brillaban como luceros. «Media hora más y podréis entrar, vuestra cuarta chica ya está aquí. Ella y la mamá bien». Liz y yo nos miramos con lágrimas en los ojos y nos fundimos en un abrazo.

Esperamos lo que nos había dicho y buscamos la habitación que nos indicó en otro mensaje. Samantha estaba acostada en la cama, con la niña en brazos y, aunque ella decía que se sentía como una piltrafa, a mí me pareció que estaba preciosa.

Jamás olvidaré el momento en el que quitó la manta y la vimos.

—Os presento a Michelle —nos dijo y Liz y yo lloramos como bobas.

—¡Las mujeres y los bebés! —exclamó Antonio.

—Es muy bonita, chicos, felicidades —dijo Nathan, que no me quitaba ojos.

—Tengo que ser la primera en cogerla, que para eso he venido de muy, muy lejos para verla —dije acercándome más.

—Está bien, Fiona —contestó mi amiga y todos reímos por la broma—. Cariño, esta es tu tía Lisa, ella será la que se encargue de ensañarte y aconsejarte cómo se trata a los hombres igual que yo he hecho con ella. —Mi amiga me dejó coger en brazos a su hija y sentí que, hoy, en ese momento, la felicidad se llamaba Michelle.

—Hola, bonita —le dije hablándole muy bajito y le besé la cabeza.

—¡Dios, quiero una! —La voz y la sentencia de mi novio taladraron mis oídos y los de mis amigas, que me miraron extrañadas. Yo negué con la cabeza y ellas entendieron el mensaje: «no, no estoy embarazada y no pienso estarlo en un futuro próximo y sí, las precauciones las tomo yo, este no me la

cuela».

Pasamos un par de horas haciéndoles compañía hasta que Samantha, con su natural gracia y esa confianza que nos tiene, nos echó, a todos. Estaba agotada.

Llegamos a mi antiguo piso, que Liz se había encargado de adecentar para nuestra visita, agotados y felices. Nathan me agarró por la cintura mientras hablaba por teléfono con mi madre, contándole que la niña y Sam estaban bien, y empezó a besarme el cuello. Quería fiesta.

—Sí, mamá, mañana comeremos con los padres de Nathan, pero pasaré por casa por la tarde, un beso —le dije a modo de despedida—. ¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece que hago? —me devolvió la pregunta.

—Antes quiero que hablemos de algo... De dos cosas, a decir verdad.

—Siento haberme puesto chulo con tu amigo —me dijo, sabía por dónde iban los tiros—, pero le vi con esa cara de víctima y me dio rabia. Lo siento de verdad. —Sonaba sincero—. Tú, en cambio, estuviste espléndida.

—Gracias, ya sabes, estoy feliz con nuestra vida, pero él ha sido importante para mí y sentí que ya podía dejarlo volver. —Me senté sobre sus rodillas y le acaricié el pelo—. No hace falta que te pongas en modo macho alfa, ¿vale? Tú eres mi muso y el hombre de mi vida. —Le besé lentamente y él metió las manos bajo mi camiseta—. ¿En el hospital dijiste que querías un bebé? —cuestioné.

—¿Lo dije? —asentí—. Seguramente sería la emoción del momento, me gustó verte con Michelle. Estás preciosa con bebé en brazos, pero ¿crees que estamos preparados? —cuestionó.

—Creo que nunca se está del todo preparado y que nosotros no estamos aún en ese punto. Llevamos juntos poco tiempo y, aunque está siendo maravilloso, aún es pronto para un pequeño Nathan.

—O una pequeña Lisa —corrigió besándome de nuevo—. Pero lo

haremos, ¿verdad? Algún día...

—Claro, igual que nos casaremos algún día. Ser la madre de tus hijos sería un regalo para mí. —Los besos subieron en intensidad y caímos en la cama hacía atrás.

—Siempre he tenido la fantasía de hacerlo en esta casa porque cuando salíamos juntos nunca vinimos aquí.

—¡Tú tenías un súper apartamento y esto es un nido de ratas! —le dije riendo y me lancé sobre él.

Estuvimos en casa un par de semanas, unas vacaciones que nos vinieron muy bien a los dos. Los padres de Nathan eran maravillosos y me dieron una bienvenida a la familia por todo lo alto. Su madre era una señora muy dicharachera y graciosa que me recordó a la madre de Castle en la serie de televisión que tanto me gusta. Nos reímos mucho y cuando se lo dije, Susana, que así se llamaba, me siguió el juego y comenzó a llamarme «Lisa, querida» en el mismo tono de señora refinada que usaba la actriz en la serie para dirigirse a su nuera. Su padre era como él con treinta años más, físico y carácter. Y sus hermanas y sobrinos eran todos muy cariñosos. Fue un día inolvidable.

Cuando subimos de nuevo al avión para volver a nuestra vida en Nueva York, los dos teníamos la certeza de haber dado un paso más en nuestra relación. Habíamos hablado de tener hijos, habíamos socializado con nuestras familias como pareja y nos habíamos enfrentado a mi mayor miedo, encontrarme con Enrique, juntos y habíamos salido más que victoriosos.

De todo se aprende en esta vida, queridos lectores, y de este viaje aprendí que el pasado, aunque en su momento hubiera sido doloroso, no tenía por qué seguir siéndolo cuando el presente era bueno. ¿Quién necesita lamerse las heridas y lamentarse? Yo, ya no.

Capítulo 29:

¡Stop dependencias emocionales!

No existen las parejas perfectas. Los hombres no son perfectos y nosotras tampoco. Hay algunos que se acercan, mi Nathan es bastante perfecto, pero tiene algún que otro defecto que me saca de quicio, ¿sabéis? Y entonces, pasa lo que pasa. ¡Bronca! Sí, señores, nuestra primera bronca sería desde que retomamos nuestra relación. ¿El motivo? (Silencio dramático, me rasco la barbilla mientras pienso...) ¡No lo sabía!

Sí, lo reconozco, no sabía por qué motivo estábamos discutiendo, pero nuestros gritos se escuchaban por todo Nueva York. Creo recordar que la palabra ‘celos’ salió varias veces en la conversación y también ‘dependencia’. Esa la odio.

Vale, si había celos de por medio es posible que yo tenga la culpa. Soy *celópata* por naturaleza, ¿qué le voy a hacer? Lo que es mío, es mío y no se toca. Dicen que hacer un trío es la fantasía sexual de mucha gente, ¡la mía no! No podría soportar ver a otra persona con mi pareja, tocándolo, besándolo en mis narices. ¡Grrrrr, ni hablar del peluquín!

He tenido que salir de casa porque el ambiente estaba demasiado cargado y no quería cometer una locura. Miré el reloj, la diferencia horaria es una putada porque ahora mismo necesitaría hablar con Sam y Liz, pero imposible por el cambio de hora.

Pedí un café, aunque sabía que no iba a servir de mucho. Las personas de este lado del charco no saben hacer café, es aguachirri), y abrí el correo electrónico con intención de trabajar un rato y distraerme.

Tenía cuatro emails de lectoras, chicas que me preguntaban cómo resolver sus problemas. Mi columna de consejos se había vuelto muy popular y, a partir del próximo mes, tendré un traductor que me ayudará para

exportarla a toda Nueva York, ir más allá de la comunidad hispana. ¡Estaba feliz como una perdiz!

Leí el primer email: *Querida Lisa: me llamo Lucía y tengo 30 años. Llevo casada desde los 25 con un hombre maravilloso, pero últimamente nos aburrimos muchísimo. Tanto en la vida cotidiana como en nuestras relaciones íntimas. ¿Qué puedo hacer? Le quiero y no quiero dejarle, pero cada día, al salir del trabajo y volver a casa, es una agonía de aburrimiento. ¡Un beso!.*

Aburrimiento conyugal. Escribí en grande en un papel. Me gusta dar los consejos en base a la experiencia, la mía o la de quien sea.

Hice memoria y recordé la época de aburrimiento de Sam y Manu y cómo la resolvieron. Sonreí al pensar en mi amiga y su particular forma de contar las cosas, ver la vida y escribí:

Querida Lucía: Gracias por compartir conmigo tu preocupación. Espero poder ayudarte con este consejo. Una de mis mejores amigas pasó hace unos años por una etapa parecida con su pareja, así que voy a recomendarte lo que ellos hicieron. Espero que seas aficionada a la lectura, si no, vas a tener que serlo. Hazte con un buen arsenal de novelas eróticas. Hay muchísimas escritoras españolas que te harán pasar un rato maravilloso perdida en sus historias, sobre todo porque esta vez no debes leer sola. Invita a tu marido a compartir la novela contigo. Leer, asumir los roles de los personajes principales, abrir la mente a cosas nuevas. Estoy segura de que, con este nuevo hobby en común, saldréis de la rutina de aburrimiento dentro y fuera de la cama. ¡Ya me contarás! Lo más importante: abre la mente, nunca digas “no” sin haberlo, al menos, intentado. Un beso.

La verdad es que la chica, por su forma de escribir, parecía bastante puritana. Espero que me haga caso y abra la mente, a veces, con abrir las piernas no basta.

Miré mi móvil, ningún mensaje de Nathan. Así que estaba en modo orgulloso, ¿eh? Pues bien, a eso también sé jugar yo.

Estaba concentrada leyendo el siguiente email de una joven, demasiado, me lo pareció a mí, cuyo novio, así lo llamaba ella, solo la usaba para el sexo y después nunca salían de fiesta, ni al cine, ni la llevaba a su casa. Él era un hombre algo mayor que ella. ¡Esto me huele a cuernos, amiga mía, eres la otra! Mientras pensaba en cómo decirlo de manera sutil, escuché que alguien me llamaba.

—¿Tú eres Lisa, la columnista de consejos? —preguntó la chillona voz de una chica de pelo castaño.

—Sí —respondí—. ¿Nos conocemos?

—Imagino que tú a mí no. Soy Sarah, te escribí hace unos meses pidiéndote un consejo sobre mi mejor amigo del que estaba secretamente enamorada.

—¿Sarah M.? —Ella asintió contenta—. ¡No podría olvidarte!, fuiste mi primera consulta.

—Pues debes saber que te hice caso... y ¡¡ahora estamos juntos!! —me informó y noté una gran alegría—. ¡Fue fantástico! —Y, sin más, se sentó a mi lado y me contó la historia de cómo se había armado de valor y se había presentado en la casa de su amigo, le había seducido y desde esa noche eran pareja—. ¡Él solo tenía miedo a dar el paso y que yo le rechazara! Pensar que perdimos tantos años por miedo...

—A veces pasa eso, hay que arriesgarse porque nunca se sabe qué puede pasar.

—¿A ti te pasó? —preguntó—. Siempre dices que aconsejas desde la experiencia y en tus columnas nombras a tu pareja.

—No, no es él. Sí que tuve la experiencia de hacer lo mismo que te aconsejé, pero no acabó bien para mí —dije mientras tomaba un sorbo del

aguachirri y me encogía de hombros.

—Vaya —se lamentó—. Pareces triste, ¿estás bien? —me preguntó y se veía que no era por cotillear—. ¿Sabes, Lisa? Sé que no me conoces de nada, pero siento que yo a ti sí, por tus escritos, y leí el otro día en un cartelito de Facebook una frase que decía algo como: «quien siempre está para ayudar a los demás, necesita a veces algo de ayuda». Tú parece necesitarla. —Su alegato me convenció y me sinceré con aquella extraña.

—Hemos discutido y realmente no sé por qué, creo que algo de celos —comencé a hablar sin parar, pedimos más café y seguimos hablando hasta que conseguí ordenar las ideas y llegué a encontrar el motivo de mi pelea con Nathan—. Él me dijo que había quedado con unos amigos y monté en cólera, ¡mis amigas no están aquí! —exclamé—. En mi trabajo son todas unas brujas y no tengo a nadie más que a él, me fastidió mucho que prefiriera irse con sus amigos un sábado.

—Es comprensible tu enfado, pero también entiéndele, los hombres necesitan de esas salidas de vez en cuando.

—Todos las necesitamos —puntalicé—. El problema es que yo estoy sola, ¡mierda! —exclamé—. Por eso dijo que me había vuelto dependiente de él y tiene razón, pero es porque no hay nadie más en esta maldita ciudad y yo...

—¿Tú qué?

—Le solté una burrada de las mías. Odio que me digan que soy dependiente, he luchado mucho por tener mi propia vida y no depender de nadie, pensé que lo decía para darme un golpe bajo y le grité que me buscaría un piso y me iría de su casa.

—¿Y eso es lo que quieres hacer realmente?

—¡No!, no, no, esa fase quedó atrás. Es decir, ya no tengo miedo a sentir que me pierdo en otra persona, porque no es así, solo lo dije porque estaba

cabreada y entendí mal lo que él dijo.

—Deberías volver a tu casa y hablar con él.

—No me ha llamado, ni me ha escrito. Si está enfadado, yo también lo estoy, no pienso ir a pedirle perdón.

—¿Hace poco no le dijiste a una chica que no se consigue nada con orgullo? —cuestionó. ¡Maldita sea! Estaba usando mis propias palabras en mi contra.

—No se trata de orgullo, se trata de que todo en la vida requiere un proceso. Las lunas de miel no duran para siempre, si yo voy ahora y le pido perdón, él se acostumbrará a que sea así siempre y ya conoces el refrán: dos no se pelean si uno no quiere. Si hemos discutido ha sido porque ambos queríamos, tenemos derecho a una pataleta.

—¡Qué sabia eres, Lisa!

—¡Qué va! —le dije haciendo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Mis amigas y yo vamos todos los sábados por la noche al cine y a comer hamburguesas, ¿te quieres venir? Somos tres chicas, muy locas. Sé que no podemos ocupar el lugar de tus amigas íntimas, pero pasarás un rato agradable. —El ofrecimiento tan sincero me llegó al corazón.

—Claro que sí, encantada. —Pagué los cafés y recogí mis cosas.

Miré el móvil, tenía un par de WhatsApp de las chicas, Liz me contaba que Antonio y ella se iban a tomar unas vacaciones pronto y me visitaría, ¡perfecto! Y Sam me mandaba una preciosa foto de Michelle con un texto que casi me hace llorar: «Te queremos, tía Lisa». Nathan también me había escrito: «Nena, estaré en casa pronto. Lo siento, no puedo cancelar esta salida con los chicos, pero te compensaré a la vuelta, siento mucho haberte gritado. Te quiero». Sonreí, qué mono es.

Le contesté que me había encontrado a una conocida e iba al cine con

ella. Que no me esperase despierto y ya hablaríamos.

Siempre me gusta que las columnas tengan alguna enseñanza, algo así como una moraleja de cuento Disney. Esta semana me he dado cuenta, aunque huyo de las dependencias, tengo una muy fuerte: *a las personas*.

Todo este tiempo que llevo en Nueva York me he cerrado en banda al hecho de hacer nuevos amigos. Es verdad que en mi oficina no me ayudan, me han tachado de indecente por vivir con mi pareja sin estar casados y no me dan pie a demostrarles cómo soy. Pero tampoco es que me haya esforzado mucho en intentarlo. Quizás el lunes empiece a abrirme más a mis compañeras. Además, Nathan muchas veces me ha dicho de quedar con sus amigos y las parejas de éstos y siempre prefiero que nos quedemos en casa solos. ¿Por qué? Creo que tengo miedo. Un miedo irracional y tonto (como todos los miedos) a abrirme a nuevas personas. Encariñarse es a veces un signo de debilidad. ¿Y si vuelvo a irme de aquí? Dejaría a más gente atrás.

Es algo inevitable, al final acabas moviéndote de un lugar a otro y como los seres humanos somos, por naturaleza, seres sociales, pues vamos dejando trozos de nuestro corazón en todas partes donde vamos.

Por intentar no abrirme a nuevos amigos, me volví terriblemente dependiente de Nathan y su tiempo, celosa de que él tenía que ser todo para mí, veinticuatro horas al día siete días a la semana. Y eso, queridos lectores, no es bueno para ninguna relación, así que, en beneficio de nuestra convivencia, después de la bronca que tuvimos estuve cuatro días sin hablarle y comencé a salir con Sarah M. y sus amigas todos los sábados. Nunca más volvimos a pelearnos por este motivo.

Capítulo 30:

Las chispas electrocutan

Una de las cosas que sabía que iba a echar de menos en Nueva York era a mis amigas. Las necesitaba para todo, cada día, a veces hasta para decidir qué ponerme. Aunque hablaba regularmente con todas por WhatsApp y por Skype, no era lo mismo. Muchas veces me sentía sola, hasta que encontré, así un día sin querer, como pasan las mejores cosas, un nuevo grupo de chicas con las que salir.

Sarah había sido mi primera *paciente* en la columna de consejos y me reconoció un día en una cafetería y, desde entonces, salgo con asiduidad con ella y sus mejores amigas, Nicole y Amber. Las tres son maravillosas, muy locas y divertidas. Tienen un carácter similar y me recuerdan a mí hace unos años. Tímidas y poco lanzadas. Sarah había empezado a salir con Thomas, su mejor amigo, a raíz de mi consejo y antes de él no había tenido novio. Le esperaba. Nicole llevaba un año de relación con James, un joven muy simpático y era su segunda pareja seria y Amber era, quizás, la más libertina de las tres y picaba de flor en flor.

Cuando les conté a Liz y a Sam cómo eran mis nuevas amigas, Samantha dijo que así por fin podía ser yo la líder de algún grupo y ponerlas a todas en marcha. No supe si era un cumplido.

Era sábado por la noche y las chicas me habían invitado a ir a una discoteca que acababan de inaugurar. Nathan se mostró un poco reticente al principio. Era curioso cómo, después de superar nuestra crisis por mi creciente dependencia emocional de él, ahora era él quien se molestaba si salía demasiado con Sarah y las demás. Irónico, ¿no? ¡Hombres! ¿Quién los entiende?

A pesar de los morros de mi querido, me vestí (aguantando su sermón

sobre la falda muy corta, los tacones muy altos y los labios demasiado rojos) y me fui de fiesta. ¡¡Mi primera marcha neoyorquina!!

Llegamos a la discoteca, entramos sin problemas porque el gorila de la puerta era primo de Nicole y allí estábamos las cuatro, ideales de la muerte en aquel ambiente de música y luces. Pedimos un cóctel, no sé bien cuál, pero con el primero ya noté como se me subía el alcohol a la cabeza y se me aflojaban las piernas.

Empezamos a bailar completamente desinhibidas y nos hicimos selfis poniendo morritos que intentaban ser sexis, mientras que Amber ligaba y desaparecía. ¡Anda, esta sí que sabe!

Por un momento me sentí poseída por un extraño espíritu y me di cuenta de que echaba de menos esas noches de ligoteo en las discotecas. Hacía mucho que no tenía una. Desde el viaje al Caribe con Melania y Ruth. Así que me dije a mí misma que, total, por ligar no iba a pasar nada, que eso no se pueden considerar cuernos, y le eché el ojo a un rubiales de ojos azules que no paraba de mirarme.

Pasé por todas las fases del coqueteo tan rápidamente como se me vaciaba el vaso de bebida y se volvía a llenar. Para cuando quise darme cuenta, las manos del rubiales estaban en mi culo y su cuerpo demasiado cerca del mío. Pegué un respingo y le chillé «no, no, no» (con un perfecto acento de Nueva York y mi mejor cara de chungu-borracha) cuando noté sus labios en mi cuello.

Le aparté de un golpe en el pecho y salí corriendo de la discoteca respirando con cierta dificultad. El tema se me había ido de las manos. ¿Pero qué coño había hecho?

Sarah y Nicole me siguieron.

—¿Qué te pasa, Lisa? —preguntó la primera, levanté la cabeza y me costaba enfocarla.

—¿Te ha hecho algo ese tío, bonita? —inquirió la segunda, que siempre me llamaba «bonita».

—No, pero lo ha intentado —dije notando que la lengua se me enredaba—. Es culpa mía, empecé yo, no sé qué me pasó... ¡Nathan! —grité—. ¡Necesito llamar a Nathan!

—¿Estás loca? Son las tres de la mañana, no puedes llamar a tu novio ahora, vas a darle un susto de muerte.

—Quiero pedirle perdón.

—No ha pasado nada... No seas tonta, no le digas nada —sugirió Sarah.

—Estás muy borracha, vamos a dormir y mañana pensarás con más claridad —apostilló Nicole tomándome del brazo.

—Quiero dormir en mi casa. —Había entrado en fase niña caprichosa, era insoportable cuando bebía.

—Mejor vamos a la mía. No hay nadie, podrás descansar y cuando estés mejor te acompaño a la tuya, ya le habías dicho a tu chico que quizás dormirías conmigo.

—Oh, Sarah... eres un ángel —le dije acariciándole la cara.

Pasé una noche horrible. Me dio un bajón tan fuerte por lo que había estado a punto de hacer que no paré de llorar y querer llamar a las chicas para que me dijeran si debía o no contarle a Nathan mi deslíz.

Al día siguiente, la cabeza me dolía tanto que no podía levantarme. ¡Lo que me faltaba! ¿Migraña con resaca? ¡Menuda mezcla! Sarah me dio un par de ibuprofenos y algo de desayunar y la escuché hablar con Nathan por mi teléfono para decirle que me quedaba en su casa hasta que me sintiera mejor.

Dormí toda la mañana y cuando, después de una comida tardía (o merienda temprana), llegué a mi piso, sentía que quería morirme.

—Nathan cielo, he vuelto —dije desde la puerta.

—¡Estoy en el salón! —Noté su voz extremadamente seria.

—Hola —le saludé al verle y noté que mi corazón latía como loco—.
¿Qué tal?

—Mejor que tú desde luego, ¡menuda juerga!, ¿eh? —cuestionó; se levantó del sofá y me dio un beso rápido.

—Creo que es la falta de costumbre.

—Descansa, mañana estarás bien.

—¿Estás enfadado? —pregunté. Me daba igual lo que opinaran Nicole y Sarah, no había llamado finalmente a Sam y Liz, pero algo en mí me decía que debía contarle lo que había pasado.

—No, cariño, solo he estado muy aburrido.

—¿De verdad? —Asintió—. Tengo algo que decirte.

—¿Qué pasa? —cuestionó poniéndose alerta. Le tomé de la mano y caminamos hasta el sofá, se sentó y yo me senté sobre sus rodillas—. Me estás asustando.

—Anoche bebí demasiado, algo muy fuerte y... estuve coqueteando con un tío. Bailamos...

—¿Te acostaste con él? —preguntó.

—¡NO! —grité, como si la ofendida fuera yo—. Pero intentó besarme y... Lo siento, yo le di pie.

—¡Levanta! —ordenó y me puse de pie de un salto. Nathan se puso a caminar de un lado a otro del salón—. ¿Acaso no eres feliz conmigo, Lisa? —cuestionó, esto sí que no me lo esperaba—. ¿No te satisfago?

—No tiene nada que ver contigo, cariño. Tú eres perfecto, fui yo, que tuve un momento de debilidad. Pero no fue a más, te lo cuento porque no quiero que haya secretos entre nosotros, para mí es importante la sinceridad.

—No entiendo nada..., no sé qué decir. —Hubiera preferido que se enfadara, que se fuera dando un portazo y estuviera sin hablarme un mes, pero no verle así.

—Lo siento, lo siento... —Me acerqué a él y le abracé—. Perdóname. Te quiero, solo te quiero a ti.

—¡Me vuelves loco! —exclamó y me empujó contra la puerta del salón, arrinconándome contra ella con su cuerpo. No sabía de dónde había sacado tanta fuerza, tanta rabia cuando instantes antes parecía derrotado—. Te voy a meter en esa cabeza loca que tienes que eres solo mía. —Me pareció que rugía y sus labios tomaron los míos con arrolladora pasión.

Esa noche, que empezó con una escena de empotramiento en toda regla, acabó con tres sesiones de sexo salvaje en el que Nathan me marcó físicamente. Se había vuelto loco, se convirtió en una especie de bestia sexual que me hizo el amor con una rabia que no le había conocido hasta entonces.

El lunes por la mañana tuve que usar extra de maquillaje para tapar los dos chupetones que tenía en el cuello, ya sabía que entre mis compañeros no estaba bien visto, y tenía sus dientes señalados en el pecho izquierdo. Además se había ido de viaje por trabajo y no habíamos podido hablar.

Mi hombre perfecto se había convertido en un castigador. Le hice daño, vulneré nuestra relación y él me demostró que no podría ser feliz, ni disfrutar nunca más del sexo con otra persona. Estaba marcada para siempre. Y no me refiero a las marcas físicas, que esas desaparecen. Nathan era mi vida. Y había estado a punto de echarla a perder por un polvo rápido en una discoteca.

El lunes por la tarde recibí la consulta de un chico que se arrepentía por cómo había tratado a su novia en la cama después de que ella cometiera un pequeño error. Él sentía que se había pasado, que había traspasado una línea que no debía pasar y no sabía qué hacer ahora.

Sonreí. Era él. Y contesté: *No te preocupes por nada. Estoy segura de que tu chica no está enfadada. Es más, apuesto a que está feliz por esa noche de sexo salvaje. Las mujeres somos un poco caprichosas y la rutina nos*

aburre. Está bien ser cariñoso y hacernos el amor, pero también nos gusta que nos follen alguna vez. Así que, ya sabes, empotrador, no tardes en repetirlo. Fue darle a «publicar» y cinco minutos después sonó el móvil.

—¿Empotrador? —dijo al otro lado de la línea, riéndose como un loco—. ¿Vas a llamarme así ahora?

—¡Siempre que te lo ganes! —contesté—. Te echo de menos.

—Y yo a ti, nena, volveré pronto.

—Te esperaré con ansias, quiero que me empotres contra la puerta del baño también —sugerí entre risas—. ¿Estamos bien?

—Mejor que nunca. Te quiero.

—Y yo a ti. —Y colgamos.

La moraleja de esta columna es que, a veces, aunque lo hagamos de manera inconsciente, o borrachos, como yo, buscamos darle un chispazo de emoción a nuestra vida. Lo hacemos sin querer, por inercia, jugamos con fuego, sin detenernos a pensar en que el fuego quema.

Me paré a pensar en por qué hice lo que hice y la única razón a la que llegué, quitando el alcohol en sangre, es que necesitaba sentir la adrenalina que supone algo prohibido en mi cuerpo. Un chispazo de algo nuevo y me arriesgué a perder al mejor hombre del mundo por sentir algo banal.

La noche que pasamos juntos, como salvajes, me demostró que a pesar de ser una pareja estable, con Nathan aún había chispas que me ponían la adrenalina por las nubes. Y... más que me la pondrían al descubrir las consecuencias de esa noche. Pero eso ya es otra historia.

Capítulo 31: ¿Mi novio es tonto?



¿Queréis que os cuente una historia divertida? Sí, suelo intentar que todas las

columnas lo sean, no es nada nuevo, pero esta es diferente. Esta es la historia de un susto mortal que acabó en un fin de semana de San Valentín en una cabaña en la playa.

Todo empezó una noche de sábado que coqueteé con un hombre solo por recordar la adrenalina que eso suponía. Os acordáis, ¿no? Recordaréis también el momento en el que se lo confesé a Nathan, su reacción y nuestra sesión de sexo salvaje. Pues bien, esta nueva historia comienza tres semanas después, un lunes cualquiera, cuando al abrir los ojos noté que la cabeza me daba vueltas y que el delicioso desayuno estilo americano que mi churri me habría preparado (yo, la que tenía intolerancia al desayuno, ahora comía como un guiri de veraneo sin problemas) me parecía repulsivo y asqueroso hasta el punto de que acabé en el baño vomitando hasta mi primera papilla.

Bueno, habría pillado un virus ¿no? Todo el mundo los pilla. Ese día no fui a trabajar, estuve a infusiones todo el día y el malestar... ¿mejoró? ¡Pues no! Toda la maldita semana igual, además de con dolor de cabeza y un cansancio horrible.

El tema empeoró cuando hablé con las chicas por Skype y Samantha me hizo darme cuenta de algo.

—Cariño, tienes mala cara —me dijo Sam mientras le daba la niña a Manu, después de que yo la viera para tener una de nuestras charlas a tres—. ¿Tienes problemas?

—Churri, ¿no estás bien ahí? ¿Te trata mal Tarzán? —Liz no había parado de llamar así a Nathan desde aquella vez que le vieron en calzoncillos por la cam.

—No, nada de eso, no tengo problemas y estoy bien, Nathan es perfecto. He pillado un virus de estómago un poco molesto, llevo así toda la semana.

—¿Así cómo? Una semana es mucho tiempo para un virus, deberías ir al médico.

—Pues vomitando, con náuseas cuando me levanto y cansada. —Vi cómo a Sam casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué? —preguntamos esta vez a coro Liz y yo.

—¿Tienes un retraso? —preguntó, entrecerré los ojos tratando de recordar las fechas y el corazón se me disparó—. ¡Lo tienes!

—¡¡Ostias!! —exclamé—. ¡No puede ser! Tomamos precauciones.

—¿Estás segura? —cuestionó Liz—. ¿Segura del todo, has tomado antibióticos? Eso quita el efecto de la píldora.

—No tomo la píldora, me estaba produciendo ataques de migrañas muy fuertes y las dejé hace un mes.

—Nena, no quiero alarmarte, pero... parece bastante obvio.

—No, no, no, no —dije moviendo además la cabeza en gesto negativo tan fuerte que me mareé—. Nathan es muy cuidadoso, tuvimos una conversación cuando nació Michelle, los dos estamos de acuerdo en que no es todavía nuestro momento para eso.

—Tienes que hacerte un test.

—¡Paso!

—¿Y qué vas a esperar? ¿A que el bebé te pida dinero para el carné de conducir?

—¡No estoy embarazada! —grité.

—Uy, cambios de humor... —dejó caer Sam al ver que pasé de gritarles a lloriquear.

—Tengo miedo —confesé. Cabronas, ¿por qué tenían que hacerme pensar eso? Esta videoconferencia iba a ser para que Sam nos contara cómo se vive el sexo cuando se tiene un bebé (mira por dónde, quizás en unos meses lo compruebo) y Liz iba a contarnos que Antonio la había animado para escribir una novela juntos y yo iba a contarles lo del empotramiento de

la...¡¡¡el empotramiento!!! ¡¡Hacía tres semanas!!!—. Chicas tengo que dejaros. Os quiero, ya hablamos. —Y cerré el Skype mientras oía cómo gritaban mi nombre.

Hacía tres semanas de aquel encuentro tan salvaje. Todo empezó en el salón y guardábamos los preservativos en el cajón de la mesilla de noche porque siempre hacíamos el amor en nuestra cama (qué aburridos, ahora que lo pienso).

—¡¡Maldito seas, Nathan!! ¡¡Te mataré!! —chillé a la nada.

Estaba como una loca, desquiciada de los nervios, cuando él llegó a casa.

—¡Cielo, tengo el plan perfecto para San Valentín! Te va a encantar —anunció entrando y acercándose a besarme. No pude evitarlo y me aparté—. ¿Qué pasa? ¿Te sientes peor? ¿Quieres que te lleve al hospital? —preguntó preocupado.

—Nathan, tenemos que hablar —solté la frase lapidaria que hace que cualquier hombre se haga pipí encima.

—Oh, oh... No me gustan esa frase, ni tu tono de voz.

—Y menos te gustará lo que voy a decirte —vi el miedo en sus ojos—. Tengo un retraso.

—¡Ah, bueno! —exclamó quitándole importancia—. ¿De eso se trata? No te preocupes, habrá habido algún problema con la transferencia, seguro que te llegará en unos días y si necesitas algo yo puedo ayudarte. —¿Era tonto? ¡Joder no me había dado cuenta nunca!

—¿De qué hablas? —cuestioné, no sabía si reírme, llorar o meterle el dedo en el ojo directo al hueco donde, en teoría, estaba su cerebro.

—De tu sueldo, has dicho que se han retrasado en pagarte.

—¡Idiota! —le insulté, lo siento, no pude evitarlo—. Tengo un retraso yo, de la regla, gilipollas. Además de náuseas, vómitos y cansancio, ¿sabes lo que eso significa? ¿O tengo que hacerte un esquema? —Él solo me miraba

con los ojos muy abiertos—. Que tal vez vayamos a tener el pequeño Nathancito que hace menos de dos meses acordamos que no queríamos tener aún. Y todo porque te dio un ataque de orgullo empotrador y te olvidaste de la puta protección de los cojones, nunca mejor dicho —le solté sin respirar. Sí, cuando estaba asustada y nerviosa era como un camionero insultador.

—¿Estás embarazada? —preguntó

—¡NO LO SÉ! —le grité aún más—. Y creo que no quiero saberlo.

—Pero tenemos que saberlo, cariño. —Ahí estaba, Nathan el gran conciliador—. Preveo por tu reacción que no estarías contenta con la noticia si fuera positivo el test.

—¿Y tú? —pregunté y él se encogió de hombros.

—Sé que hablamos de que aún era pronto, pero si ha pasado, me alegraría. Quiero que sepas que te apoyo. Si no quieres, pues no quieres... no sé si me entiendes —dejó caer algo temeroso.

—¡Mi amor! —exclamé echándole los brazos al cuello—. No creo estar preparada, pero si ha pasado, me acostumbraré a la idea y tendremos un bebé —sentencié y él me besó.

—¿Voy a por un test a la farmacia?

—Sí, por favor. Y después me cuentas los planes para San Valentín. —Él me besó y salió por la puerta sonriente.

Quería, se le notaba muchísimo y yo me sentía como una estúpida, egoísta y mala persona. Para tratar de tranquilizarme, mientras llegaba me senté ante el ordenador y abrí el correo. Trabajar un poco me despejaría la mente.

Querida Lisa, tengo un gran problema y estoy segura de que tú puedes ayudarme. Se trata de mi mejor amigo, él se ha enamorado de mí. Locamente. Dice que soy la mujer de su vida y que, aunque aún no me he dado cuenta, acabaremos juntos. Tengo mucho miedo, no quiero hacerle

daño, pero se está poniendo muy pesado, incluso celoso. ¿Qué crees que debo hacer? Anónima.

Respondí:

Querida Anónima, me preocupa que digas que tienes miedo y que se está poniendo muy pesado. ¿Cómo de pesado? ¿Te acosa? Si es así, ve a la policía inmediatamente y ponle una denuncia. Algunas personas (hombres y mujeres) no aceptan un no por respuesta. No son capaces de asimilar la negativa de la persona a la que aman. Yo, por ejemplo, caí en depresión cuando mi mejor amigo me rechazó. Cuando se tienen vínculos de amistad muy fuertes, a menudo, se convierten en amor, y si no es un amor bilateral puede ocasionar problemas. Mi consejo es que hables con él, le expongas cómo está la situación, que tú no le ves con ojos enamorados, pero que le sigues considerando tu mejor amigo y no quieres perder eso. Amenázale, dile que si no cambia su actitud no podrás ser ni tan si quiera su amiga. Dile que estás dispuesta a darle espacio y tiempo para recuperarse. Un beso, ya me contarás qué tal va.

Era un tema complicado. Espero que la chica solo hubiera exagerado un poco y que el chaval realmente no la estuviera acosando. Todas las lectoras a las que aconsejo suelen escribirme con el tiempo para contarme cómo les ha ido, si mis consejos han funcionado o no. Espero que ella también lo haga.

Me levanté y miré por la ventana del salón absorta en mis pensamientos hasta que oí la puerta.

—Ya estoy aquí —anunció Nathan con la bolsa de la farmacia en la mano—. He comprado dos, para estar seguros.

—Eres un encanto —le dije dándole un beso y cogiendo las pruebas.

—¿Te ayudo?

—¿A mear en un palito? —cuestioné y me encerré el baño.

Las manos me temblaban y estaba a punto de soltar el corazón por la

boca. Dos rayas positivo, punto. Era la única información que necesitaba del prospecto. Tres minutos. Los más largos de mi vida.

—¡¡¡NATHAN!! —grité—. ¡¡Corre!!, no quiero mirar el resultado sola —chillé como una loca y él no tardó nada en llegar a mi lado.

—¿Ya podemos mirarlo? —Asentí—. ¿A la de tres? —Otro asentimiento—. Uno, dos, tres...

—Una raya, en ambos —dije soltando todo el aire que había contenido, más del que cabía en mis pulmones.

—¿Y eso significa...?

—Negativo, cielo —le aclaré y no supe descifrar muy bien su expresión, pero creo que era decepción lo que vi en su cara.

—Bueno... otra vez será —dijo con un encogimiento de hombros.

—Sí, mi amor, será, pero siendo nosotros conscientes de que será, ¿vale? Te lo prometo.

—¿Dentro de mucho? —preguntó.

—No tanto, ¡que no somos críos! —dije besándole.

Volvimos los dos al salón y me contó nuestros planes de San Valentín. Él sabía que siempre había querido pasar unos días en los Hamptons, la zona playera neoyorquina de los ricos y famosos, así que alquiló una cabaña preciosa y muy romántica y pasamos un fin de semana maravilloso del que volví, además, curada.

A pesar de todo, fui al médico, que me hizo unos análisis y confirmó lo que habían dicho los test de farmacia, que no estaba embarazada, solo tenía un virus y algo de estrés que me estaba alterando el organismo. Debía tomarme las cosas con más calma y descansar más.

Como siempre, me gusta acabar con una reflexión/moraleja. Os contaré que después de nuestro susto, Nathan fue aún más perfecto ante mis ojos, eso sí, no le volví a dejar que me tocara ni un pelo sin protección, ¡ni mirarme!

Pero su forma de tomarse la situación, como mantuvo el control cuando yo, que se supone que debería ser más equilibrada, ¡hasta le insulté! Y la manera en la que estaba dispuesto a aceptar mi decisión, aunque no fuera lo que él quería, me hizo amarle más y aprender la valiosa lección de que hablando se entiende la gente y que, con el apoyo necesario, todo funciona mejor. Sin duda es él, es Nathan a quien quiero para ser el padre de mis hijos.

Capítulo 32:

Vivan los novios

Esta semana hemos ido a la boda de un compañero de trabajo de Nathan. No suelo hacer vida social con sus amigos porque son un grupo un poco raro. Altos ejecutivos muy estirados y elitistas (no quiero decir que Nathan lo sea, de eso nada, recordad que si buscan en el diccionario el término ‘perfecto’ les saldrá una foto de mi chico). Pero era una boda y él no quería ir solo y ¿quién soy yo para llevarle la contraria al hombre que me hace feliz? ¿No estoy un poco empalagosa esta semana? ¡Será por el ambiente nupcial!

He de reconocer que las bodas me encantan. Sí, soy una romántica empedernida. Me gustan las novelas rosas, las bodas por la iglesia y los finales felices. Muchas veces sé que he sufrido mucho por este concepto idealizado del amor. Y puede que hubiera llegado a idolatrar menos a Eros y a Psique hasta que me reencontré con Nathan, aquel frío día de fin de año y desde entonces mi vida sea un cuento de hadas.

Muchas veces tengo miedo de que termine. De estropearlo, de que él no resulte el ser perfecto que parece. Es la primera vez en mi vida que convivo con mi pareja y tenemos una relación tan fuerte y sincera como la que hoy en día compartimos Nathan y yo. Será por esa razón que el miedo me atenaza muchas veces el estómago y las pesadillas asaltan mis noches.

Él salió el sábado de fiesta con sus colegas, despedida de soltero, y yo, en vez de irme por ahí con Sarah y las chicas, me quedé en casa con el pijama calentito y el Skype en reunión de chicas con las únicas que podían aguantarme de verdad.

—Lisa, te pido por favor que dejes todas tus neuras a un lado o acabarás espantando a Nathan —me advirtió Samantha que me reñía desde la pantalla con la niña en brazos, ¡jella era ahora una más en el grupo!

—Estoy con Sam, churri —apostilló Liz, miedo me daban éstas dos cuando se ponían de acuerdo en algo—. Él merece muchísimo la pena, te hace feliz. Mírate, sonrías todo el tiempo y tienes un cutis fantástico —reconozco que me perdí.

—Eso es que está muy bien follada.

—¡Chicas! ¡La niña! —señalé.

—¡Está dormida! —susurró la madre.

—No se trata de eso, es que todo es tan bueno que me da miedo que acabe.

—¿Y por qué tiene que acabar? —cuestionó Liz.

—Todo acaba, como decía la más grande en una de sus canciones: «jamás duró una flor, dos primaveras».

—No seas pesimista, el amor no se acaba de tanto usarlo —contestó Liz usando la misma canción de Rocío Jurado—. Mira nosotras, llevamos tiempo con nuestros hombres y todo va bien, mejor que nunca para mí. ¿Y para ti, Sam?

—Bueno, cuando se es padre, todo es más complicado para la pareja, pero lo llevamos bien. No entiendo tu miedo, ¿ha pasado algo que no sepamos?

—No, no, todo está bien, solo es eso, temor...

—Pues déjate de tonterías y temores y disfruta mientras dure. ¿Que acaba? Saldrás adelante como otras veces. ¿Que dura para siempre? Prepárate a cambiarle pañales a Tarzán cuando tenga ochenta años —dijo Liz haciéndonos reír a todos.

—No des mil pasos hacia atrás, Lisa, los temores son normales, pero no vuelvas a la época de tu vida en la que forzabas tus relaciones a terminar mal. No vuelvas a ser autodestructiva, amiga, mereces ser feliz.

—Gracias, chicas, ¿qué haría yo sin vosotras?

—¡Gastarte una millonada en psicólogos! —Sí, lectores, a dúo. En serio, estas dos eran de lo mejor que tenía en mi vida. Cómo las adoraba.

Seguimos hablando un rato más hasta que Michelle reclamó su comida y Antonio a Liz. Después me pasé por el correo electrónico del trabajo, quizá tenía alguna consulta urgente que responder. Tecleé un rato hasta que me entró sueño y me fui a la cama. Mandé un mensaje a Nathan dándole las buenas noches y no tardo en contestarme.

Nathan:

Descansa. Te quiero princesa.

Sí, también soy de esas mujeres a las que no les molesta, es más, les encanta que la llamen princesa. No sé por qué ahora parece que el hecho de que te llamen así lleva implícito un rasgo de machismo retrógrado. Solo es un apelativo cariñoso como otro cualquiera. Es bonito y dulce. No me siento menos mujer ni mi novio me infravalora por llamarme princesa. ¡Menuda tontería! Cómo se desvirtúa todo. Ahora hasta los cuentos Disney están mal vistos. ¿Por qué? Cada uno da a la historia la lectura que quiera. ¿Acaso no es Bella quién salva a la Bestia?

En fin, que me entregué a los brazos de Morfeo porque mi novio no estaba y al día siguiente, el día de la boda, lo veía todo de diferente color. De rosa.

Cuando llegamos a la iglesia pasaban las tres de la tarde. La boda era a las cuatro, menudas horitas para casarse. Ni modo, que me fastidieron la siesta, no podíamos ni imaginar lo que iba a pasar.

Las bodas estadounidenses son muy participativas. Al novio le acompaña su madre hasta el altar y allí le esperan unos cuantos amigos. En este caso, John, que así se llamaba el protagonista del sarao, llevaba cuatro padrinos. Todo esto lo había visto yo mil veces en películas y series, pero Nathan me explicó que en realidad solo el primero de la cola es el padrino, los otros son

algo así como acompañantes. Los mejores amigos del novio, que están junto a él en el momento más importante de su vida y después escoltarán a las damas de honor, eso es, las mejores amigas de la novia.

Con la parte masculina de la boda ya en posición, se abren las puertas entran dos niños muy monos y tras ellos las cuatro damas de honor y, finalmente, la novia acompañada de su padre.

Miré a la chica, muy guapa, por cierto, en aquel vestido blanco de Vera Wang que debía haberle costado un riñón y medio, y noté algo extraño en ella. No sonreía. Quizás los nervios le estaban jugando una mala pasada a la pobre Sophie.

Caminaba muy despacio, más de lo habitual y apretaba tanto el brazo a su padre que creo que el hombre tenía un moratón del tamaño de Arizona, mínimo.

Me acerqué para susurrarle a Nathan que algo le pasaba a Sophie, soy un poco cotilla sí, lo sé, cuando escuchamos un grito de: «¡No puedo hacerlo!». ¿En serio la novia iba a echarse atrás? ¡Siempre había querido que eso pasara en una boda! ¡Qué divertido!

La chica comenzó a hiperventilar y todo el mundo empezó a decirle cosas. El novio, el padre, la madre, las amigas, los amigos, su futura suegra le chilló que era una puta... En fin, un desastre. Fue entonces, en medio de aquel campo de batalla, cuando mi novio, sí, ese que al principio de la columna dije que era la definición exacta de la perfección, abrió la boca y quise matarle.

—Lisa hablará con ella. —¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién? ¿Lisa? ¿Quién era Lisa?

—Nene, ¿qué coño haces? —le dije entre dientes.

—Habla con Sophie, aconséjale algo. Es lo que haces, eres la mejor en tu trabajo. Vamos, cariño, te he visto ayudar a personas con problemas muy graves cada día.

—Pero no es lo mismo, no conozco a esta chica de nada —me defendí notando todas las miradas clavadas a mí.

—¡Nunca conoces a la gente que ayudas! —exclamó. Se había levantado iluminado ese día el capullo.

—Está bien. ¿Podemos hablar en algún sitio tranquilas, Sophie? —le pregunté, menos mal que eran mexicanos que vivían en Nueva York y hablaban español o no sé cómo lo habría hecho. Lo malo de vivir en la comunidad hispana era que no había aprendido ni una palabra de inglés.

—Sí, por aquí, en la oficina del cura —me dijo sollozando.

Entramos en aquel lugar y se dejó caer en un sillón de cuero marrón que había.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no quieres casarte?

—¡No lo sé! —gritó histérica—. Tengo mucho miedo.

—¿A qué? —pregunté.

—A que... —titubeó un momento—. A que todo salga mal, a que el matrimonio desgaste nuestro amor. Veo a mis padres pelearse cada día... No quiero que John y yo acabemos así. —Y ahí estaba, la pobre chica vestida de novia exponiendo el mismo miedo que yo misma había sentido esos días. ¿Y ahora qué le decía?

—Sophie, cada pareja es un mundo y, aunque discutan, no quiere decir que tus padres no se quieran, y no significa tampoco que John y tú vayáis a terminar igual. Pero, si no lo intentas, si no vives tu vida sin mirar a la de otros, ya sean tus padres, tus suegros, o tus amigos, nunca vas a saber cómo será para ti. Todas las parejas discuten. ¡Y las reconciliaciones son la leche! —exclamé y ella sonrió.

—¿Y si se acaba el amor de tanto usarlo? —¿Otra con esa canción?

—El amor no se acaba de usarlo —contesté parafraseando a mi amiga—. Escucha, John merece la pena, le conozco poco, pero Nathan habla maravillas

de él y las veces que ha venido por casa siempre me ha parecido un buen tío. Si le quieres y él te quiere, ¡que pase lo que tenga que pasar! Vive y disfruta del amor que os tenéis, dure lo que dure.

—Eres maravillosa, Lisa. Siempre que leía tus consejos le decía a John que me encantaría conocerte, pero nunca vienes con Nathan.

—Lo sé... Empezaré a ir —le dije—. Y ahora, ¿te casas?

—Claro, ¿quieres ser mi dama de honor? —preguntó—. Al fin y al cabo, va a haber boda gracias a ti.

—Sí... —respondí sin saber por qué—. ¡Voy a necesitar un acompañante!

—Eso está hecho —desde la puerta hizo una señal a una de sus amigas, que avisó a Nathan—. Dile a John que lo siento, que si él quiere yo también y ponte en su cola de padrinos, tengo una nueva dama de honor —informó señalándome.

Y John dijo sí. Y así fue como acabé siendo dama de honor en mi primera boda estadounidense de una chica a la que no conocía, pero que se pasó toda la fiesta diciendo que me debía su felicidad. Una chica a la que pude ayudar por haber estado en su misma situación.

A veces, nuestros propios miedos e inseguridades dan pie a los problemas. Los seres humanos parecemos diseñados para sufrir, aguantamos y nos encanta renacer de nuestras cenizas, hasta cuando escribimos preferimos hacerlo de desamor.

¿Por qué? No tengo ni idea, no sé por qué motivo yo me estaba preparando para cuando mi relación con Nathan acabara y Sophie no quería casarse para que el matrimonio no desgastara la suya con John.

Tonterías, queridos lectores. Como siempre me gusta acabar con una reflexión, tengo que decir que, si permitimos que los miedos sean más grandes que los otros sentimientos, acabaremos echando a perder las cosas

buenas de la vida. Hay que disfrutar y coger las cosas tal y como van viniendo, sin pensar en el dichoso «¿y si...?».

¿Habéis oído alguna vez el refrán que dice que de una boda siempre sale otra? Mi novio sí. Mientras bailábamos en la fiesta de Sophie y John, Nathan lo hizo, una petición de matrimonio a la americana, de película, de cuento de hadas, perfecta como él. Hincó la rodilla en el suelo. Me dedicó unas hermosas palabras y lanzó la pregunta que hizo tambalear mi existencia. «¿Quieres casarte conmigo?», dijo mientras ponía ante mí un precioso anillo con un diamante enorme.

¿Qué creéis que contesté?

Capítulo 33:

¡Sí, quiero!

No podía levantar la vista de la imagen de mi novio de rodillas ante mí y toda la gente mirándonos. ¿Por qué demonios había tenido que hacer algo así en la boda de su compañero?

—¿Qué me dices, Lisa? ¿Te casas conmigo? —volvió a preguntar.

—Nathan..., me parece que este no es el lugar adecuado... —le dije sin querer sonar demasiado borde.

—¿Por qué no? ¿Qué mejor que en una boda para plantearlo? —Vi cómo empezaba a ponerse nervioso—. ¿Sabes cómo va esto? Tienes que responder, cariño.

Medité por una fracción de segundo, todas mis dudas de esos días y mi propia voz diciéndole a Sophie que fuera valiente y no temiera a lo que pudiera pasar resonó en mi cabeza como una bomba y, entonces, contesté.

—¡Sí, quiero! —dije y noté como él me deslizaba el anillo en el dedo—. Claro que quiero. —Y entonces me besó mientras todo el mundo alrededor aplaudían como locos—. Es precioso —comenté mirando el diamante que brillaba en mi mano.

—De Tiffany's, como manda la tradición neoyorquina —contestó con esa sonrisa pícaro suya que me volvía loca.

—Es perfecto —respondí atontada y le besé—. Tenemos que irnos... —dije con nerviosismo.

—Cielo, yo también quiero que lo celebremos a solas, pero no vamos a salir corriendo de la boda.

—¡No es por eso! —le chillé y le di un cariñoso golpe en el hombro—. ¡Tengo que contárselo a las chicas!! —Y, sin más, le agarré de la mano, nos despedimos de los recién casados y nos fuimos a casa.

Durante el camino llamé por teléfono a mi madre. Esa llamada iba a costarme un riñón, pero daba igual. Una vez en el loft, me senté ante el ordenador y contacté por Skype con Liz y Sam. Puse la mano del anillo delante de la *webcam* de manera que fuera lo primero que vieran al establecer la conexión.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Samantha sin saludo previo.

—¡Dios Santo de mi vida! ¡Es enorme! —fue la respuesta de Liz.

—De Tiffany's —dije apareciendo por fin ante la cámara con una sonrisa enorme—. Me lo ha pedido hoy.

—¡Cuenta! —chillaron a la vez y les relaté cómo había sido de romántica y perfecta la petición de matrimonio.

—Oh, cómo se nota que Tarzán trabaja con escritores, sabe qué palabras tiene que decir.

—Le salieron del corazón —contesté romántica—. Él es así de maravilloso.

—Nos alegramos tanto por ti, amiga —respondió Sam y, sin más, comenzó a gritar—. ¡¡MANU!!! ¡NATHAN Y LISA SE CASAN!

—Hey, felicidades, preciosa —dijo el novio de mi amiga asomando la cabeza tras ella.

—Gracias —mientras, Liz hacía lo propio con su churri. Con Antonio tenía menos confianza, pero, aun así, le tenía un enorme aprecio.

—Felicidades, Lisa —dijo el escritor.

—Gracias, Antonio —contesté con una sonrisa.

—¿Dónde será la boda? —preguntó Sam.

—¿Y cuándo? ¡Tenemos que ponernos a dieta! —apostilló Liz—. Y cuidado con escogernos unos vestidos de dama de honor horribles, que te conozco.

—No sé aun cuándo, no lo hemos hablado, pero será ahí, por supuesto.

Nos casaremos en nuestra tierra, aunque sí que tendréis que ser damas de honor, quiero una boda a la americana, aunque no sea en Nueva York —informé.

—¿Y dónde está el afortunado?

—Tiene su propia videoconferencia con sus amigos —dije—. Cielo, las chicas quieren verte —grité y escuché su voz: «Y los chicos a ti»—. Ahora vuelvo.

Durante unos minutos hablé con sus amigos y él con las mías. La charla fue algo surrealista.

—Lisa, muñeca, menos mal que vas a atar en corto a ese loco —me dijo Kevin, el mejor amigo de Nathan.

—¡El capullo, qué suerte ha tenido! —concluyó Fran, otro de sus amigos.

—La afortunada soy yo, chicos, os veo en la boda —concluí.

Cuando volvimos a intercambiar posiciones ante nuestros ordenadores, Nathan estaba pálido.

—¿Qué le habéis dicho a Nathan? —cuestioné.

—Nada... —respondieron ambas con sus mejores caras de buenas—. ¡Avísanos cuando tengas fecha!

—Empezamos la operación boda desde ahora —dijo Liz con un guiño y tirando un donut que tenía en la mano.

—Os quiero, besos a mi sobrina.

Llegó el momento, nos sentamos juntos en el sofá de casa. Como nos gustaba hacerlo, yo sobre sus rodillas y sus brazos rodeando mi cintura mientras nos besábamos.

—¡Vamos a casarnos! —exclamé—. Me parece increíble, yo no vine a Nueva York buscándote y, sin embargo..., ¡vamos a casarnos!

—Las mejores cosas pasan sin esperarlas, yo tampoco iba esa noche

pensando en encontrarte en el Rockefeller Center... No sé, todo ha sido tan sorprendente. —Durante unos segundos no dijo nada—. Por un momento pensé que ibas a decirme que no.

—¡Aluciné!, pero en ningún momento se me ocurrió decir que no. Te quiero tanto, Nathan. —Me besó, puse las manos sobre su pecho haciéndole caer hacia atrás en el sofá y comencé una sesión de besos y caricias que acabó en un intenso encuentro sexual, el primero como prometidos.

Todo era bonito en ese momento. Pero siempre he sido una persona de comerse mucho la cabeza. ¡Menos mal que no engorda! En los días sucesivos, cada vez que me quedaba sola en el trabajo o en casa, no podía evitar pensar en «¿es él con quien voy a terminar mis días?».

Sin darme cuenta comencé a repasar todas mis relaciones fallidas. Incluida la que no llegó a ser con Enrique. Todos los hombres a los que había estado unida sentimentalmente habían dejado en mí una impronta, algo de mi carácter o mi forma de pensar se había cambiado por esas personas. Aprendí a ser más confiada, a relajarme ante las situaciones, me conocí a mí misma.

Los viajes y los amantes esporádicos también ayudaron, claro. Incluso Enrique con su peculiar forma de ser, con todo el daño que me causó.

Nathan sería con quien compartiría mis días, mis alegrías, mis penas, por toda la vida. Vale, igual estoy siendo muy literal, no es que vaya a encadenarme a él, vamos a casarnos, sí, pero el divorcio existe por si las cosas van mal, hay una salida.

Hoy solo quiero pensar en que va a salir bien. Va a ser una boda al estilo película americana en España, por todo lo alto, así me lo ha prometido mi chico. Sabe que soy una ñoña y que quiero toda la parafernalia de la boda por la iglesia y con un vestido de princesa.

Nos quedan por delante muchos meses de preparativos. Aún no hemos fijado la fecha de la boda, pero queremos que sea en primavera.

Aquel lunes llegué a la oficina con el ego casi tan alto como el rascacielos donde estaba la redacción del periódico en el que trabajaba. Todas esas brujas me habían tratado fatal por vivir con mi novio sin estar casada, así que les restregué mi Tiff (así había empezado a llamar al anillo de compromiso) por todas sus caras de amargadas.

—Estás disfrutando de lo lindo con esto, ¿eh? —me preguntó Sarah cuando quedamos para tomar un café a media mañana, ella trabajaba muy cerca.

—Muchísimo —contesté con una sonrisa.

—Me alegro mucho por ti, mereces ser feliz —dijo, era un encanto—. Oye, una amiga tiene un problema, le dije que te escribiera a la columna, pero le da vergüenza y me pidió que abusara un poco de nuestra amistad y que me des el consejo a mí y yo se lo traslade.

—¿Qué le pasa? —me puse en modo profesional.

—Dice que ya no quiere a su marido, que no siente nada por él y que piensa que él tampoco, que no la mira como antes y que no la hace sentirse guapa. Está destrozada.

—Es un tema súper complicado, Sarah. Si ya no se quieren, ¿por qué seguir juntos?

—Tienen dos niños pequeños, muchos años de relación. Es la típica que hasta se tiñe el pelo como a él le gusta, ha perdido su personalidad.

—Pero eso no puede ser una razón. A la larga lo pasarán mal y se lo harán pasar mal a sus hijos. Mejor felices y separados que juntos y sufriendo.

—Eso se lo he dicho yo también. ¿Y qué podemos hacer por su autoestima?

—Seguramente todo derive de lo mismo, hay mujeres que durante su matrimonio dejan de verse con sus ojos y pasan a hacerlo con los de su marido. Si siente que su marido ya no la quiere y no la mira igual, ella ya no

se gusta tampoco. —Pensé un segundo antes de aconsejar—. Tiene que aprender a verse con sus ojos, a peinarse y vestirse como le guste a ella sin pensar en su marido. Que se cambie de imagen, que busque un *look* que le guste y se dé un buen homenaje a sí misma, una día de compras y peluquería, que no escatime en gastos, que se mime y se mire al espejo pensando: «que buena estoy» —sentenció con una sonrisa.

—¡Eres fantástica! —Sarah se levantó y me abrazó—. ¿Necesitarás ayuda con los preparativos? Llámame.

—La boda no va a ser aquí —informé—, pero si necesito algo te avisaré encantada.

La conversación con Sarah me dejó preocupada. ¿Todas las mujeres se pierden en sus maridos cuando se casan? ¿Se acaba su personalidad? ¡No! Me dije que conozco a muchas mujeres casadas que mantienen su forma de vida, que la acoplan perfectamente a la de sus maridos y no pierden nada, solo ganan. Era el caso de mi amiga María, ella seguía siendo ella y no consultaba a su marido cómo debía cortarse el pelo. ¡Qué locura!

Mandé un mensaje a Nathan:

Yo:

¿Cómo te gustaría que me cortase el pelo?

Su respuesta me hizo sonreír:

Nathan:

Me gustas tú y me da igual como lleves el pelo, aunque te pintes entera de verde.

Solté una carcajada y volví al trabajo.

Lo que pretendo con esta columna es hacer ver a todos los lectores que, aunque las dudas ante un cambio de vida tan importante como es casarse son inevitables, hay formas de afrontarlas. Ayudar a Sarah con su amiga me hizo ver que, aunque aterrada por la idea de la boda, no podía permitir que las

dudas me estropearan el momento, que era hora de disfrutar y volverme loca por otras cosas. ¿De qué color vestiría a las chicas para ser damas de honor?, por ejemplo, y no estar pensando en si Nathan me absorbería y haría que me convirtiera en su costilla. ¡Eso nunca pasaría!

Capítulo 34:

En busca del blanco radiante en la mejor compañía

Por fin había llegado el día que tanto esperaba. No, el de la boda aún no. ¡Liz venía a visitarme! Cuando me dijo que algún día quería hacer un viaje y vendría a pasar unos días conmigo no pude creérmelo.

Es una adicta al trabajo y desde que había hecho los cambios con el dinero de la lotería su librería estaba en alza y nunca tenía un momento libre para nada. De eso se quejaba mucho Sam. Por eso, cuando me llegó un mensaje confirmándome el día y la hora de su llegada solté un grito que se escuchó por toda la Gran Manzana.

Una de mis mejores amigas conmigo en Nueva York era la guinda perfecta a los días maravillosos que vivía en aquella impresionante ciudad. No es que allí estuviera sola, ni mucho menos, había formado un grupo con Sarah y sus dos amigas, había limado algunas asperezas con mis compañeras de trabajo (sobre todo desde que me prometí) y había empezado a salir con Nathan y sus compañeros de trabajo en plan parejas. Todas las chicas eran fantásticas, pero ¡no es lo mismo!

En este momento de mi vida, con un pie en el altar y muchísimas cosas que preparar, la ayuda de una de las personas que mejor me conoce era justo lo que necesitaba. Habíamos planeado todo por Skype, viendo cómo Sam ponía caritas de pena todo el itinerario. Íbamos a recrear esas escenas de las películas de Hollywood que tanto me gustaban en las que una novia, histérica, preparaba la boda con su mejor amiga-dama de honor que estaba aún más chiflada. ¡Qué ganas de abrazarla!

Mientras esperaba de pie, nerviosa, en la terminal de llegadas internacionales del aeropuerto, pensé en todas las parejas que se deciden a tener una relación a larga distancia.

A mí me costaba muchísimo acostumbrarme a estar sin mi gente, mis amigas y mi familia me hacían muchísima falta cada día. No podía ni imaginar sin que me doliese el corazón lo que debía suponer tener lejos a tu pareja.

Recordaba los días que Nathan debía viajar por trabajo, las horas colgados del teléfono y los ocho mil doscientos veinte mensajes de WhatsApp. Era horrible y recordé un consejo que había dado a una chica sobre ese tema esta misma semana.

Querida Lisa: Mi nombre es Betty, vivo en Los Ángeles y mi novio en Arizona por trabajo. Intentamos por todos los medios que la relación funcione, pero cuando viene de visita o voy a verle, estamos los dos tan salidos que lo único que hacemos es meternos en la cama y follar como conejos en celo. No es que eso esté mal, lo pasamos genial, pero no hablamos, no salimos con nuestros amigos, no hacemos nada más. ¿Qué piensas que debo hacer?

Mi respuesta fue esta:

Estimada Betty: Antes que nada, yo no puedo decirte lo que debes o no hacer, solo puedo aconsejarte y confiar en que tomarás la mejor decisión para ti. Lo que me cuentas es muy frecuente en parejas que pasan mucho tiempo separados. El apetito sexual crece, igual que el otro, si no comes, tienes hambre, pues si no follas, tienes... hambre, jajajaja. Debes valorar lo que sientes por tu novio. Si realmente cuando os reencontráis no habláis, ni hacéis nada más, puede ser que lo que despertéis el uno en el otro sea ya solo atracción sexual. Por otra parte, debes decirle que no estás contenta con la situación. Sí, la comunicación es fundamental en una pareja. Habla con él la próxima vez que le veas, dile que, aunque te encanta y te lo pasas genial, te gustaría que salieseis de la cama cuando va a verte. Espero haberte ayudado, ya me contarás qué tal os va.

Ahora, sentada en el aeropuerto, esperando a mi amiga, veía a todas las parejas que se reencontraban y pensaba «estos se van directos a la cama». Dicen que los besos más sinceros se dan en los aeropuertos. Unas risas conocidas hicieron que volviera mi atención a donde los pasajeros provenientes de España estaban aterrizando y, cuando mis ojos vieron lo que vieron, no me lo podía creer.

—¡¡Oh dios mío!! —grité con los brazos abiertos para abrazarlas a las dos.

—¡¡Sorpresa!! —dijeron al unísono Liz y ¡Samantha!

—¡No me lo puedo creer! ¿Por qué no me lo dijisteis?

—Era una sorpresa —dijo Liz mientras me abrazaba.

—¿Creías que sabiendo que ibais a preparar la boda iba a perdérmelo?

—preguntó Sam dando un empujón a nuestra amiga y abrazándome ella.

—¿Y la niña? —pregunte todavía en *shock* por verlas a las dos.

—Con su papá y sus abuelos. Ella y Manu te mandan besos por cierto.

—¿Por dónde empezamos? —cuestionó Liz rebosante de energía.

—Vamos a casa a dejar las maletas, así veis el loft, os enseño el barrio y comemos algo, a las tres tenemos cita en la tienda.

—¡Para probarte tu vestido de novia! —gritó Liz emocionadísima.

—¡Sí, no puedo creerlo! Y estáis las dos aquí.

—¡¡SÍIII!!! —volvió a gritar.

—¿Por qué estás tan chillona? —cuestioné.

—Le da miedo el avión, se ha tomado algo raro y está como una moto.

—¿Algo raro como qué?

—¡Nada! Vamos que llegamos tarde.

Y así fue como, los días que ya pintaban perfectos con mi amiga Liz, fueron el doble de maravillosos teniendo allí también a Sam.

Fliparon con el loft y con la zona de Nueva York en la que vivíamos. Las

llevé a mi cafetería favorita y no podía creerlo cuando pedimos al camarero nuestros capuchinos de siempre. No lo tomaba desde que no estaba con ellas y lo había cambiado por el horrible café americano.

—¡Menudo lugar para vivir, amiga! —exclamó Sam dando un sorbo a su bebida caliente.

—¿Os gusta? —Las dos asintieron como si lo hubieran planeado—. Es precioso, pero queremos mudarnos tras la boda a una casa más amplia, con vistas a ampliar la familia.

—¿En serio? ¡Si casi te mueres del susto cuando creíste estar embarazada!

—Pero Nathan quiere, está deseándolo y me está contagiando su emoción. Además, quiere una casa grande, con jardín. —Al terminar la frase las vi fruncir el ceño a las dos.

—Lisa, churri —me dijo Liz tomándome la mano—. ¿Estás bien?

—Claro, estoy perfectamente bien.

—Desde que llegamos —Sam tomó la palabra— no has parado de hablar y de repetir la frase «Nathan quiere».

—¿Y qué hay de malo?

—Nada, pero queremos saber qué quieres tú.

—Pues lo mismo —exclamé, era obvio, pero sabía que me iba a costar que lo entendieran. Ellas me conocían mejor que nadie y precisamente por eso sabían lo mucho que había tenido que luchar por mi independencia (económica, social y emocional) y se conocían de la *a* la *z* mi alegato de no perderme a mí misma por nadie nunca más.

—Tener hijos es una cosa muy importante, te cambia la vida en niveles que no te puedes ni imaginar —comenzó a hablar Sam—. Michelle es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero no es fácil. Pierdes parte de ti misma, pasas de ser tú a ser mamá, ya nadie te pregunta: «¿cómo estás?» si

no «¿cómo está la niña?», hasta la relación con tu pareja se ve afectada. No tenemos tiempo para nosotros, ¡nunca echar un polvo me había resultado tan complicado! —exclamó con su gracia habitual.

—Lo sé, lo sé —dije—. Sé que parece que esté actuando movida solo por lo que Nathan quiere —las dos asintieron otra vez—, pero no se trata de eso.

—¿En serio? Sabes que puedes contarnos lo que sea. —Liz parecía muy preocupada—. No vamos a mentirte, en parte, uno de los objetivos de este viaje es comprobar que es oro todo lo que reluce. Ese Tarzán tuyo parece tan perfecto que nos da miedo que tu imaginación esté adornándolo todo. —No pude evitar soltar una carcajada.

—¡Vamos, chicas! —les dije—. ¡Es Nathan el simpático! Le conocéis, es tal cual se muestra, no tiene secretos oscuros, ni es marqués en secreto, ni me tiene lavado el cerebro. Solo le he escogido a él, ¿sabéis por qué? —En esta ocasión ambas negaron a la vez. ¡Brujas, seguro que habían practicado sin mí!—. Nathan es un hombre de buen corazón, que respeta mis decisiones y entiende mis neuras. Hicimos un montón de papeleo para poder incluirme en el contrato de alquiler del loft y pagarlo a medias porque sabe que no quiero ser una mantenida, hemos abierto una cuenta conjunta solo y exclusivamente para hacer frente a los dos a los gastos de la convivencia y, aunque vamos a casarnos, no vamos a poner nuestro dinero junto en esa cuenta. Lo suyo es suyo y lo mío es mío —expliqué—. Además, es cariñoso, atento a rabiar y habla —informé con los ojos muy abiertos, como asombrada—. ¿Os acordáis de lo mal que lo pasaba con Enrique y su manía de no hablar? Nathan me cuenta todas sus inquietudes y se enfrenta a nuestros problemas.

—¿Y qué tal en la cama? —cuestionó Sam quitando algo de hierro al asunto.

—El mejor —sentenció seria—. Creativo, imaginativo, cariñoso, salvaje

¡y aguanta un montón! —Las tres reímos—. No estoy perdida en él, estoy perdida con él, no controla mi vida.

—Así nos gusta, que se vea que te hemos educado bien como mujer independiente.

—¿Y qué hay de ti, Liz? —pregunté.

—A decir verdad, quiero contaros algo. —Las dos nos pusimos en alerta enseguida—. Antonio y yo hemos roto. —La miramos con los ojos abiertos como platos, parecía estar tan bien—. ¡Que no cunda el pánico, niñas! —exclamó—. Ha sido de mutuo acuerdo, sin dramas, vamos a seguir siendo socios, trabajaremos juntos por la librería, vamos a escribir esa novela a medias y follaremos de vez en cuando, pero como pareja no tenemos futuro.

—Me dejas alucinada —comento Sam.

—Flipando —añadí.

—Pues ya podéis ir espabilando, yo estoy bien y estamos en esta ciudad maravillosa para pasar unos días juntas y comprar un vestido de novia.

—¡Y probar pasteles! —añadió Sam.

—¡Vamos a ello!

Cuando Nathan me propuso matrimonio hacía ya unas semanas, no podía ni imaginar que iba a poder elegir mi vestido de novia acompañada de mis mejores amigas. Como tampoco me imaginé que hubieran preparado dos sesiones por Skype en una Tablet para que mi madre, mis hermanas y mis otras amigas de confianza nos ayudaran en la elección y otra con el móvil de Sam para que mi amiga Aurora, que vivía lejos de las demás, también estuviera presente. Fue una completa locura, si ya lo sé, tanta mujer junta opinando que este sí, este no, ese te hace muy gorda, blablablá, pero no hubiera sido lo mismo sin este gran momento lleno de esa locura que tanto caracterizaba mi vida.

Pasamos la tarde entre tules y sedas. Me encantaba probarme trajes de

novia y todos eran preciosos. Nathan se había empeñado en que sería su regalo, yo a cambio le regalaría a él su esmoquin, y tenía una tarjeta con crédito ilimitado. Pagaría por volver a ver la cara que pusieron mis amigas cuando les dije que miraran vestidos sin mirar la etiqueta.

Me metí en el probador y ellas, sentadas fuera, en un cómodo sillón bebiendo champán, me decían sí o no, mientras sujetaban la Tablet para que las demás vieran.

—¿En serio lo quieres blanco? —cuestionó Samantha

—Claro, siempre lo he querido.

—Pero, tú sabes lo que se supone que significa el blanco en un vestido de boda, ¿verdad?

—Representa la pureza y la virginidad de la novia —explicó Liz.

—Lo sé, pero ¡qué más da!, son preciosos —grité desde el probador y salí con el elegido—. ¡Este es! —exclamé y pude ver las lágrimas en los ojos de todas, incluso de las que estaban lejos.

—Estás impresionante —dijeron todas a la vez.

Me había enamorado de un vestido con escote tipo palabra de honor, entallado a la cintura y con una vaporosa falda con adornos en verde claro en la cintura. El blanco clásico con un toque de color.

—Gracias, ahora os toca —informé—. Vosotras seréis mis damas de honor y los mejores amigos de Nathan serán sus padrinos y vuestros acompañantes.

—¡Vamos a probarnos ropa! ¿Paga Nathan también? —preguntó Liz.

—No, pago yo —dije con una gran sonrisa.

Como ya podía imaginar escogieron vestidos en diferente color. El de Sam en un tono rosa maquillaje que le favorecía muchísimo, con escote en pico y pedrería en la cintura y el de Liz en un tono violeta oscuro, con escote barco. Las dos estaban preciosas.

Después de los vestidos, fuimos a la pastelería por hacer el paripé. La boda no iba a ser en Nueva York, por lo que no compraría aquí la tarta, pero ¡qué bien nos lo pasamos! Nos pusimos como focas. El estar aquí, en este momento, con ellas, compartiendo una de las mejores experiencias de mi vida, fue lo mejor. ¿He dicho ya que adoro a mis amigas?

Los días siguientes las llevé a conocer a Sarah y mis nuevas amigas y me ayudaron a contestar algunos emails de consejos. Desde que el consultorio se publicaba a nivel nacional tenía mucho trabajo y no todos los consejos podían salir en el periódico, pero sí que siempre que tenía un hueco respondía por correo.

Los días que Sam y Liz pasaron en Nueva York todas las preguntas que me hicieron y verlas interactuar con las personas nuevas en mi vida me hicieron aprender una lección, daba igual cómo de bien te sientas, cómo de feliz seas y cuanta gente maravillosa llegue nueva a tu vida. No hay sensación más hermosa que compartir tu felicidad con tus amigas, con esas que te conocen mejor que nadie, las que más te han apoyado siempre.

Capítulo 35:

En busca del equilibrio perfecto

Qué complicado resulta organizar una boda. Y mucho más si vives en un sitio y la ceremonia es en otro. Gracias a que todos están dispuestos a echar una mano. Las chicas se llevaron el vestido a casa, mi madre se está encargando de todo lo referente a la iglesia; María, Carmen y Melisa de hacer llegar las invitaciones a todos nuestros amigos en común; Luna y Sabri de la despedida de soltera (sí, tendré dos, una aquí y otra allí) y Ceci de encontrar el lugar perfecto para el viaje de novios que van a regalarnos entre todos. Todo el mundo tiene una tarea y os preguntaréis entonces, ¿qué hago yo? Pues mantenerme cuerda, ¿os parece poco?

Mi futura suegra está con los nervios a flor de piel y no para de llamarme cada cinco minutos con alguna historia diferente. ¡Si lo único que tenía que conseguir era la partida de nacimiento y bautismo de Nathan! ¿Tal difícil es? Debe serlo, pues la señora está fuera de sí. Dice que es la primera (y espera que la única, muy amable, yo también) vez que se casa su hijo y quiere que todo sea perfecto. Lo será, tranquila, tengo a mucha gente trabajando para que así sea.

Mucho menos el protagonista del cuento, el otro, mi *partner*.

—Cariño, ¿te gustan más las rosas blancas o las rosadas para la iglesia?
—pregunté irrumpiendo en el salón, dónde mi novio estaba con las piernas sobre la mesa baja mirando la tele con cara de lelo.

—Blancas —contestó sin más y sabía que no me estaba escuchando.

—Ah bien, y ¿al final tu madre va a acompañarte al altar o tu hermana?
—Queríamos la boda estilo americano y la tradición dice que al novio lo acompaña al altar su madre, si la tiene, pero Nathan quería que fuera su hermana mayor, puesto que ella le había criado desde que mi suegra se fue a

trabajar siendo él un bebé.

—Hermana —¡Lo mataría!

—Oye, amorcito, ¿sabes qué he pensado? —pregunté.

—Dime. —Estaba en modo monosílabos.

—Que como última locura de soltera voy a follar con Enrique. Ya sabes, antes de atarme a ti y que seas el único hombre que me lleve a la cama.

—Ok.

—¡NATHAN! —le grité plantándome delante de la tele—. ¿Estás idiota? Acabas de decir que te parece bien que me acueste con otro antes de nuestra boda.

—¿Yo he dicho eso? —cuestionó—. ¡No serás capaz! —dijo en tono amenazante.

—De lo que no seré capaz será de casarme si sigues en modo ameba y no colaboras con los preparativos de *tu* boda.

—Vale, vale, nena, lo siento —se disculpó y apagó la tele—. Siéntate aquí y cuéntame, ¿qué tenemos que decidir?

Me senté en su regazo, esa postura nos encantaba. Nuestros momentos tiernos, yo sobre sus rodillas viendo una peli, charlando, besándonos como adolescentes, haciendo el amor, empezaban casi todos de esa forma. Pasamos más de una hora en la que decidimos todo lo que nos quedaba pendiente y nos lo pasamos en grande con un *planning* de las mesas decidiendo dónde y con quién sentábamos a cada invitado.

—Liz está soltera ahora, así que la sentaremos junto a mi amigo Kevin, ¿te parece bien? —preguntó mientras masajeara mis doloridas cervicales.

—¿El padrino y la dama de honor? Es casi obligado que se sienten juntos y se llien.

—A lo mejor no pasa, ¿cómo te gusta hacer de Celestina!

—¿Kevin es el tatuado que va en moto?

—Sí —dijo sin entender por qué tenían que liarse por eso. Como si no conociera a Liz, se perdía por un tatuaje y una moto. Y si además el envoltorio era tan bueno como Kevin... Era blanco y en botella, lío garantizado.

—Se liarán —sentenció—. Y, sobre lo de hacer de Celestina, solo lo hice una vez, casi sin querer, con María y su marido, y trece años después tengo una sobrina preciosa que es la prueba de que se me da bien —le conté con orgullo, recordando cuando mis dos amigos se conocieron y se enamoraron.

—Sí tú lo dices... Eres la pitonisa del amor y la reina de los consejos de pareja.

—¡Idiota! —le reñí en modo cariñoso. Sustituyó las manos por los labios en mi cuello y ya está, ¡al carajo los preparativos!

Después de un intenso fin de semana de planes de boda, mirar catálogos de pasteles, elegir las flores, el tipo de letra de las invitaciones y asegurarnos que no sentábamos cerca a los primos de Nathan que se llevan mal, ni a mi eterna prima ligona cerca de los jóvenes casaderos, me incorporé el lunes a trabajar agotada, pero con una sonrisa resplandeciente.

Por el pasillo, de camino a mi oficina, todo el mundo me felicitaba. ¿Sería por la boda? Que yo sepa, me habían felicitado ya e incluso me habían hecho un hueco en la distinguida mesa de las trabajadoras prometidas a la hora de comer. El puritanismo de aquellas mujeres me ponía enferma. Ahora, como estaba comprometida e iba a casarme todas me trataban como si fuera su gran amiga. ¡Falsas!

Llegué al despacho, le di al botón de encender el ordenador y fui a por un café.

—Felicidades, Lisa, que tengas un estupendo día.

—Oye, Tim, ¿por qué me felicitas? —pregunté al joven maquetador, que era muy agradable.

—Hoy es tu día —exclamó como si fuera obvio.

—¿Santa Lisa? No sabía que existía.

—¡No!, el día Internacional de la Mujer —dijo como si fuera súper obvio y yo idiota por no saberlo.

—¿En serio? —me cabreé—. Tú sabes que yo soy mujer los trescientos sesenta y cinco días del año, ¿verdad? Y no me felicitas todos los días.

—Bueno, pero hoy...

—Hoy, se conmemora una tragedia en la que muchas mujeres perdieron la vida por luchar por su derecho a ser iguales que sus compañeros hombres en el mundo laboral —le expliqué— y no entiendo que se festeje una masacre.

—Siento haberte importunado, compañera —se disculpó y me dio pena.

—No pasa nada, Tim, la que lo siente soy yo.

Y, sin más, me fui de nuevo a mi despacho con el café caliente entre las manos. Respondí a tres chicas esa mañana que me pedían consejos sobre qué hacer en este día especial para nosotras. ¿No ir a trabajar? ¿Al balneario con sus amigas? ¿Pues lo que te plazca, como cualquier otro día! Esa habría sido mi respuesta, de no ser porque el editor jefe me dijo que quería que las respuestas versaran sobre lo bonito de ese día. ¡Bonito unas narices! Si conocieran la historia real no les parecería bonito.

A la hora de comer, todas mis compañeras hablaban de los ramos de flores que habían recibido de sus parejas. ¿En serio? Comí en silencio prefiriendo no decirles que me parecía una tontería eso y el hecho de que el marido de Olivia fuera a recoger hoy a los niños para que ella tuviera un rato libre, o que el prometido de Rose preparara la comida o que el de Lana pusiera la lavadora. ¿Es que no lo hacían todos los días? Pues yo debía ser una dictadora del hogar, porque Nathan hace tantas tareas en casa como yo. Igualdad.

Esa es la palabra clave. Ahí radica todo. En la igualdad. Lo que me gustaría es que me trataran de la misma forma que a los hombres. No mejor, ni peor. No quiero ser especial, quiero ser igual. Cobrar lo mismo que cobra el otro columnista de consejos del periódico, sí el que aconseja a los hombres sobre coches y deporte, puesto que trabajamos las mismas horas y hacemos un trabajo similar; me encantaría que me dejaran responder alguna de sus columnas algún día. ¿Qué? Soy mujer, sí, y conduzco, sé algo de mecánica y disfruto de un buen partido de fútbol. ¿Por qué no puedo responder a las dudas de los lectores en esos aspectos? ¿De qué me sirve que mi jefe me haya puesto hoy sobre la mesa una rosa si después me tiene limitada a consejos sobre el amor y la feminidad?

No, no quiero un día especial por ser mujer. Quiero que todos los días me traten igual que a los hombres porque, queridos lectores, la discriminación, aunque sea en positivo y nos convenga, no deja de ser discriminación.

Hay dos tipos de hombres que odio, los excesivamente metrosexuales y los que llamo «*huga, huga*». El caso de los primeros está claro, no puedo soportar a un hombre que pasa más tiempo que yo arreglándose. Lo siento, un tío que se pone mil cremas y potingues disminuye mi libido a bajo cero. Y en el segundo caso, se trata de hombres ultra machistas. Sí, los que, como los prometidos y maridos de mis compañeras, parecen el eslabón perdido entre el homo erectus y el homo sapiens.

Sé que hay muchas mujeres a las que les encantan ese tipo de comportamientos. Mi amiga Liz es una de ellas. Les ponen como una moto un tío que se las cargue al hombro, las lleve a su cueva y gruña. ¿En serio, chicas?

Recibí una pregunta de una chica que hablaba de este mismo tema:

Querida Lisa: He conocido a un chico maravilloso, pero tiene un defecto

y es que es muy celoso, posesivo. Me controla el móvil, las redes sociales y no quiere que hable con mis amigos varones. Dice que soy suya y tengo que respetarle. No es mal chaval, no me siendo maltratada ni nada, es incluso mimoso y en la cama es controlador, pero brutalmente bueno. Mis amigas me dicen que no ceda a sus órdenes o todo irá a peor. Pero me gusta mucho. ¿Qué consejo me darías? Paula.

Respondí sin más dilación:

Amiga Paula: Creo que en esta ocasión no soy la persona más indicada para aconsejar. Odio a ese tipo de hombres que describes. Esos cromañones que se creen nuestros dueños. Así que, analizando tus palabras, de las que se deduce que él, a pesar de todo, te trata bien y tú estás cómoda, te voy a aconsejar un cambio de roles. Plantéale, probar un día a ser tú la que manda. Quizá con eso se dé cuenta de que su comportamiento es exagerado y ceda un poco. Si se pone en plan macho de las cavernas, recuérdale que en la prehistoria también había mujeres y que ellas eran quienes protegían a la familia cuando ellos se iban a cazar. Ya me contarás qué tal va todo. Recuerda, amiga, por una vez sé tú la que gruñe en la cueva.

Le di a enviar y cerré el ordenador. Me dolían horrores las cervicales desde hacía una semana. Cogí el móvil y llamé a Nathan.

—¿Por qué no me has mandado flores hoy? —pregunté sin saludo previo.

—¿Acaso es una fecha importante que he olvidado?

—El Día Internacional de la Mujer —contesté y le escuché reír levemente.

—Esta es una tus pruebas raras, ¿verdad? Diga lo que diga acabaré durmiendo en el sofá.

—Contesta... —apremié.

—Si yo te hubiera mandado flores a ti hoy, ¿cuándo me las ibas a

mandar tú a mí? Porque no existe el Día Internacional del Hombre... que yo sepa, y tú eres de esas feministas que buscan la igualdad, no la superioridad.

—¡Premio! —grité—. Buena respuesta, prometido.

—¿Y qué gano? —preguntó pícaro.

—Hacerme un masaje en el cuello.

—¿Con final feliz? —cuestionó.

—Eso siempre —le dije—. Nos vemos en casa en un rato, prepara la loción de vainilla.

—A sus órdenes, mi coronel —contestó riéndose.

Creo que en nuestra relación soy yo la que es una mujer de las cavernas, pero ¿y qué importa si juntos conseguimos el equilibrio? Esa es mi moraleja de esta semana, queridos lectores, como decía Aristóteles, en el justo medio está la clave. Lo más importante en este mundo es encontrar el equilibrio perfecto, el ying y el yang, el bien y el mal, hombres y mujeres, todo en una balanza que se muestre equilibrada, donde nadie esté por encima de nadie, donde seamos IGUALES y, así, todos felices.

Capítulo 36:

La novia neurótica

Hoy parece ser un día de esos que yo llamo «días *buaj*». Todos hemos tenido uno alguna vez. Esos días que desde que te despiertas a primera hora de la mañana sabes que van a ser tediosos, aburridos, complicados y largos.

Lo supe cuando me despertó el sonido de la alarma en lugar de los besos de mi prometido. Nathan estaba fuera de la ciudad por un asunto de trabajo y, entonces, ni dormir ni despertar era divertido.

Apagué la dichosa alarma dándole un manotazo. ¿A quién se le ocurrió que poner a uno de tus cantantes favoritos como sonido de despertador en el móvil era una buena idea? A mí, seguramente, hace unos meses. Pero ahora, ¡qué tortura! Di una vuelta en la cama, quedando en el lado de Nathan, y acurruqué la cabeza en su almohada. Respiré profundamente el olor de su colonia en las sábanas.

Este hombre me había convertido en una completa sentimental idiotizada por el amor. Todos dicen que me lo merecía, por todo lo que pasé con todas mis relaciones fallidas y Enrique, ahí, siempre haciéndome creer que podíamos ser algo más cuando en realidad nunca quiso. Era muy extraña la serenidad que sentía y la confianza tan plena que tenía en mi compañero de vida.

Mi día *buaj* empeoró cuando conseguí por fin levantarme de la cama (las sábanas parecían adhesivas). Ya no tenía tiempo para hacerme el desayuno, así que me tomé un café rápido, me di una ducha rápida y salí rápidamente corriendo hacia el trabajo. Parecía que me había convertido en una norteamericana más, todo era rápido, a todas partes con prisa, y eso no me gustaba nada de nada. A mí me encantaba tomarme mi tiempo para hacer las cosas.

En la redacción del periódico donde publicaba mis columnas de consejos, todos habían empezado a mirarme con buenos ojos desde que me comprometí y había conseguido limar asperezas con un par de chicas con las que solía salir a tomar café en el descanso de media mañana. Poco a poco sentía que me apreciaban, pero lo de ese día era raro. Todos me miraban con una sonrisa enorme y yo no entendía por qué.

Crucé toda la sala hasta mi oficina y al llegar allí, dos cosas me impactaron: el enorme ramo de rosas rojas sobre mi escritorio y que el redactor jefe estuviera sentando allí, esperándome.

—Buenos días, siento el retraso —me disculpé.

—No pasa nada, Lisa, tranquila. Deja el bolso y siéntate, tenemos que hablar. —¡Tachán! Esa es la peor frase del mundo. Es cierto que es un conjunto de palabras que, por lo general, aterra a los hombres y que suele ir seguida de un: «lo nuestro se acabó» o «estoy embarazada». Pero creedme cuando os digo que a las mujeres también nos aterra escuchar eso, y más si es de la boca de tu jefe.

—¿Ha pasado algo? —pregunté con interés. Que lo tenía, en serio, pero mis malditos ojos no dejaban de irse hasta las flores que estaban allí y que yo no sabía cómo habían llegado.

—Nada que deba asustarte, estoy aquí para hacerte una propuesta.

—Pues usted dirá.

—Queremos más de ti —sentenció. Hala, qué majos, ¿eso qué coño quiere decir?—. Tus columnas están funcionando increíblemente bien a nivel nacional y nos gustaría que, además de esa sección, llevaras alguna más.

—Yo no soy periodista —argumenté. Tenía compañeros que sí lo eran y eran geniales en su trabajo.

—Eso no significa que no puedas escribir buenos artículos. Nos gustaría que llevaras una sección destinada a todos los públicos, no solo a las mujeres.

Queremos que des voz a toda esa gente que lo necesita y no tiene a nadie que le ayude. Es una apuesta solidaria, nos hemos reunido todos los miembros de la junta y hemos valorado a todos nuestros empleados. Eres la mejor para ese puesto, Lisa, es más trabajo que llevará implícito un aumento de sueldo, claro. —Sí, claro, qué afortunada, más trabajo, más dinero y más responsabilidad es igual a menos tiempo y mi boda a la vuelta de la esquina.

—Me siento muy halagada, pero... ahora mismo no es un buen momento para tener más trabajo. Me caso dentro de nada y, bueno... La boda es en España, tengo mil cosas que hacer...

—Tranquila, el nuevo proyecto comenzará cuando te reincorpores de tu luna de miel, lo hemos previsto todo.

—Vaya, pues... —¡Mierda, no sabía qué decir!—. En ese caso... Sí, sí, acepto —dije por fin y mi jefe se levantó y me estrechó la mano para sellar el pacto.

En cuanto salió por la puerta me lancé a por la tarjeta que llevaban las rosas. Al abrirla comenzó a sonar una música. Era un vals que conocía muy bien. Había sonado en la boda de mi hermana hacía más de veinte años y me encantaba. Entonces supe, sin necesidad de leer la nota, de quién eran las flores.

«Tienes razón, es precioso, bailaremos este. Te quiero, N.».

¡¡Oh, Dios!! Solté un suspiro enamorado que debió escucharse por toda Manhattan. Unos días antes habíamos estado discutiendo qué canción íbamos a bailar en nuestro primer baile de casados. Él quería algo moderno, una canción que definiera nuestra relación y yo prefería algo clásico. Quería ese vals que de niña vi bailar a mi hermana y su marido y me había enamorado en ese instante. Finalmente, había ganado.

Aunque parezca una tontería, elegir las canciones para una boda es algo complicado. Una vez leí la historia de una chica que salió corriendo de la

iglesia porque la canción que escogió para cruzar el pasillo la agobió.

Para ese momento yo había elegido *Hasta mi final* de Il Divo, cantada con la prodigiosa voz de Samantha. Sí, mi amiga era una gran cantante y ¿quién mejor que ella para ambientar mi paseo hasta la felicidad?

Después de mandar un WhatsApp de agradecimiento a Nathan tan empalagoso que no me atrevo a reproducir aquí, empecé a trabajar y ahí fue, en ese preciso instante, cuando mi día se tornó *buaj* de nuevo.

Parecían haberse puesto de acuerdo. Todas las mujeres que escribieron ese día lo habían hecho para contarme lo aburrido que era su matrimonio, lo cansadas que estaban de sus maridos, que nunca salían ni hacían nada juntos, que todo era rutina, el trabajo, los niños, la casa.

Harta de contestar una por una a todas lo mismo decidí escribir una columna general.

A todas esas mujeres que hoy me han escrito hartas de sus matrimonios les lanzo una pregunta: ¿aún queréis a vuestros maridos? Si la respuesta es sí ¡moved el culo, gandulas! ¿Qué pasa? Estoy a un paso del altar y estoy cansada de leer todas vuestras quejas. ¿Tu marido ya no te mira con deseo? ¡Pues búscale, excítale, hazle ver que la mujer de la que un día se enamoró sigue ahí! ¿Qué tu marido ya no quiere ir a ninguna parte contigo? ¡Ponte guapa y sal con tus amigas! O dedícate un día para ti sola. Hay infinidad de cosas que una mujer puede hacer sola. Ir al cine y elegir la película que te dé la gana, ir de compras sin que nadie te diga que eso te queda horrible o que está cansado de cargar las bolsas y pagar tus caprichos (hay que asumir que no existen los hombres con el complejo de Richard Gere en Pretty Woman, lo siento, pero es la realidad). También puedes ir a comer a McDonald's y hartarte de hamburguesas, patatas fritas y un helado sin que te miren como si estuvieras matando a alguien por saltarte la dieta. ¡Sé libre por unas horas!

Una parte del problema de todas las que se quejan de sus maridos, sobre todo las que dicen que ellos se han vuelto un mueble más en la casa, es que han dejado que su pareja se convierta en el centro de su vida. Y eso es lo peor que se puede hacer. Aunque se viva en pareja, no hay que perder el norte, no puedes olvidar quién eres. Y sí, estoy diciendo claramente que la culpa es vuestra, por dejaros arrastrar. Para todas las que han respondido 'sí' a mi pregunta y aún quieren a sus maridos, mi consejo es que vuelvan a reencontrarse con ellas mismas, que le den un poco de cuerda a sus hombres y verán cómo, cuando se vean perdidos, ellos solos reaccionarán. Si la respuesta a la pregunta es 'no', la solución es aún más sencilla: divorcio. No hay por qué estar atado a una persona a la que ya no quieres. Sí, sé que hay muchas cosas más por medio, que no es tan sencillo, pero ¿acaso no buscamos una y otra vez ser felices? Pues ya está. Si no lo sois juntos, lo seréis por separado y todo lo demás se arreglará solo.

Puse el punto final y le di al *intro*, rezando para que no me despidieran después de algo así. Pero todas esas mujeres me habían puesto muy nerviosa. Seguía lidiando con mis propios fantasmas, a pesar de que Nathan me demostraba cada día que era un hombre maravilloso, la que es desconfiada y celosa por naturaleza, lo es. Y la raíz de mi problema, de que mis días fueran muy *buaj* cuando él viajaba por trabajo, tenía mucho que ver con lo que había dicho a mis lectoras. En cierta forma, yo aún dependía mucho de él emocionalmente en aquella ciudad.

A pesar de sentirme cada día más neoyorquina, tener amigas allí, llevarme bien con mis compañeros y tener un trabajo que adoraba, él seguía siendo mi piedra angular, mi ancla en tierra firme. Y me ponía extremadamente nerviosa no saber qué hacía en esos viajes por negocios.

En una de las consultas, una chica decía que creía que su marido se había ido fuera a buscar lo que ella, por circunstancias que no contó, ya no le daba

en casa. ¿Y si Nathan hacía lo mismo? Yo creía que nuestra vida era buena, teníamos una vida sexual maravillosa y una convivencia que, aunque con algunos roces típicos, era muy agradable. Sí, esa era mi opinión, pero ¿y la suya?

Salí del trabajo hecha un lío y llamé a las chicas por Skype.

—No te agobies, Lisa —me dijo Samantha, que lucía hermosa con su hija en brazos.

—Los nervios y las dudas son normales en los días previos a la boda, churri, tranquila —comentó Liz que, para haber dejado a su novio, estaba estupenda y serena.

—¡Tú nunca te has casado! —le dije.

—Pero lo sé, todas mis amigas que se han casado lo dicen —apostilló.

—¿Y si él no es feliz? —pregunté.

—Lo es y mucho. Eso se nota, amiga. —Sam colocó a Michelle en su trona y se volvió a sentar ante el portátil.

—Confía en Nathan, ¿no era perfecto?

—¿Y si no lo es?

—¡Tonterías! ¿Necesitas que vayamos ahí a darte un tortazo? —cuestionó Liz.

—No hará falta, viajo la próxima semana para terminar de ultimar los detalles, si es que al final me caso.

—¡Más te vale! —chillaron a dúo.

—He pasado mucha hambre para poder meterme en ese dichoso vestido de dama de honor —amenazó Sam.

—Habértelo comprado de tu talla, no de una menos —le dijo Liz.

—Era una motivación, ya me cierra... No puedo respirar, pero cierra.

—Está bien, chicas. s quiero mucho, gracias por aguantarme.

—Es un placer. ¿Qué sería de nosotras sin nuestra novia neurótica? Te

queremos, peque —Sam me lanzó un beso.

—Llama a Nathan y háblale, él te ayudará —dijo Liz.

Tenía razón, las bases de mi relación con Nathan eran la confianza y la comunicación. Le llamé y hablamos durante más de una hora de todos mis miedos. Me prometió que no nos convertiríamos en un matrimonio aburrido y rutinario, que seguiríamos siendo los mismos, que lo único que cambiaría sería nuestro estado civil. Me prometió que jamás se iría a buscar fuera de casa lo que yo no le diera, que, si quería algo, me lo pediría.

Esa noche me fui a dormir, en su lado de la cama, tranquila. Aunque el día había sido bastante *buaj*, no había acabado mal, y bien está lo que bien acaba.

Capítulo 37:

Fantasmas del pasado

La vida tiene la extraña manía de sorprenderme y ponerme a prueba constantemente. Y no, no es que vaya de creerme el centro del universo, no se trata de eso, estoy segura de que a todo el mundo le ha pasado alguna vez, que le parece que el mundo entero conspira para que todo le salga mal. ¿Conocéis la expresión popular «monto un circo y me crecen los enanos»? Pues ese podría ser el título de la columna de esta semana.

Organizar una boda no es tarea fácil, hacerlo desde otra ciudad menos, pero hoy no tiene nada que ver con la boda. Tiene que ver más bien con fantasmas. Sí, sí fantasmas. Y no de esas pobres almas errantes que se quedan atrapadas en nuestro mundo porque tienen cuentas pendientes y no pueden cruzar al otro lado. No hablo de esos fantasmas, sino de aquellos que vienen desde tu pasado para joderte el presente.

Una mañana cualquiera de domingo, estábamos Nathan y yo acurrucados en nuestra cama, después de una más que satisfactoria jornada de sexo mañanero, cuando mi móvil empezó a sonar.

—Mi amor, deberías cambiar ese tono de llamada, no creo que haya una persona en el mundo que aún recuerde esa serie —me comentó con voz somnolienta.

—¿Qué dices? Si es un clásico —contesté. Por nada del mundo quería que mi móvil sonara de otra forma.

—Podrías poner la marcha nupcial, ya que vamos a casarnos en breve.

—¿Qué te crees que soy?, ¿una friki? —El maldito teléfono seguía sonando mientras lo buscaba entre la ropa que había quedado por el suelo anoche.

—¡Habla la que lleva la sintonía de *Remington Steele* como tono de

llamada! —exclamó—. ¡Eso no es ser una friki!

—¡Que te calles, Nathan, y ayúdame a buscar el puto móvil antes de que se corte! —le grité y me obedeció, encontrándolo enseguida bajo sus pantalones.

—¡Lo tengo! —exclamó triunfal—. ¿Patrick? —cuestionó—. ¿Quién es? —contestó al teléfono.

—¿Qué haces, tío? ¡Es mi móvil! —le reñí, pero no me quería dar el dichoso aparato.

—No, no puede ponerse ahora —¿Estaba loco?—. Vale, ya te llamará en cuanto acabe de chu...

—¡Sí, sí estoy! —grité al aparato en cuanto conseguí arrebatárselo de las manos al lunático con el que estaba prometida—. ¿Patrick? Me sorprende tu llamada, ¿ha pasado algo? —pregunté solícita mientras caminaba hacia el salón para tener un poco de privacidad.

Le dejé que hablara durante más de diez minutos en los que mi tensión no paró de ir subiendo poco a poco. ¿Qué le pasaba a todo el mundo?

—¿Has terminado ya? —pregunté—. Pues bien, escúchame: ahora vivo en Nueva York y voy a casarme en un par de semanas. No entiendo a qué viene tu ataque de amor, pero, sea lo que sea, conmigo no funciona.

Sí, queridos lectores, él, mi irlandés de ojos azules, el conde o marqués o lo que fuera, con el que salí unos meses y que me hizo muy feliz, pero me engañaba, me llamó para confesarme que aún me quería. ¡SORPRESA! ¿Cómo se os queda el cuerpo? ¡Me quería! Y reconocía que por fin entendía mi enfado y el motivo por el que rompí con él. Mira qué afortunada soy, ¡por fin lo había entendido! Más de un año después y cuando había rehecho mi vida, Patrick entendía el motivo de mi enfado. ¿Y qué se supone que debía hacer yo ahora? ¿Aplaudirle?

¡Maldita sea! ¡Qué forma más estúpida de poner nerviosa a una persona!

¿Y por qué?, os preguntaréis. Porque Patrick había sido muy importante en mi vida. Es verdad que todo entre nosotros acabó mal, pero, antes de eso, fui tan feliz, me sentía tan segura a su lado.

—Nena, ¿estás bien? —La voz asustada de mi novio era lo que menos necesitaba en ese momento.

—Sí... No —dije, repitiéndome que la sinceridad era la base de nuestra relación—. Ahora no, Nathan, déjame sola un rato, ¿vale?

—Pero ¿qué ha pasado? —En un instante le tenía a mi lado, demasiado cerca—. ¿Es porque he respondido a tu teléfono? Solo era una broma.

—No, no se trata de eso, no tiene que ver contigo. ¡Déjame un momento a solas! —grité—. Por favor.

—¿Qué demonios te ha dicho ese hombre para que te pongas así? —chilló más fuerte, y Nathan nunca gritaba.

—Nada, no ha sido nada... —A estas alturas ya lloraba de pura impotencia.

—¡Háblame, Lisa! Soy tu prometido, joder, no puedes echarme y ponerte a llorar después de hablar con tu ex y pretender que me quede tan tranquilo, de brazos cruzados y me vaya.

—Lo sé, lo siento... Solo deja que me aclare un poco y después te cuento, ¿vale? Déjame hablar con Sam y Liz y luego hablamos —le pedí, pero fue imposible.

—¡No! Vas a hablar conmigo, aquí y ahora... y después si quieres llamas a tus amigas. Estoy harto de esto, contéstame, ¿qué te ha dicho ese tal Patrick? Ahora o...

—¿O qué, Nathan? ¿O te largas? ¿Me dejas? ¿Eso es lo que vas a decirme?

—Sí, eso es, un ultimátum. O me dices qué ha pasado o esto se acabó —sentenció tan serio como no le había visto nunca, tanto que enmudecí. No

supe qué decir, mis ojos se nublaron y lo siguiente que recuerdo es oír la puerta cerrarse tras él.

Y así, de la noche a la mañana, el mundo de Lisa se desmorona de nuevo. Cuando tomé consciencia de lo que pasaba, Nathan ya estaba muy lejos de allí. Le llamé, pero su teléfono, con la estúpida marcha nupcial como tono de llamada, sonó en casa. Grité su nombre hasta quedarme afónica, pero él no contestó.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam, preocupada desde que me vio aparecer echa un mar de lágrimas en la pantalla del ordenador.

—Churri, ¿estás bien? —cuestionó Liz.

—Nathan se ha ido —les dije entre sollozos.

—¿A dónde se ha ido? —Mis dos amigas palidecieron.

—¿Le ha pasado algo? ¿Ha tenido un accidente? —Realmente no las juzgo por pensar que había pasado algo grave.

—Patrick ha llamado y...

—¿Patrick? ¿El irlandés? —Asentí—. Lisa, ¿Nathan está bien? —inquirió y volví a asentir—. ¿Habéis discutido porque Patrick llamó y...? —En ese momento agradecía lo bien que me conocían.

—Y se fue —dije sin más.

—O te explicas o pillo un avión y te saco las palabras a golpes. —Liz había perdido los nervios.

Respiré hondo y durante unos minutos les conté lo que había pasado.

—¡Eres idiota! —exclamó Samantha—. Te casas en un par de semanas con el hombre más maravilloso que ha habido en tu vida ¿y lo estropeas por una tontería así?

—No le grites, Sam, tranquila.

—¡No te pongas de su parte! —le riñó.

—Sé que es culpa mía, ¿vale? Lo sé, pero estas semanas atrás no han

parado de llegarme preguntas de mujeres que quieren saber cómo salir de un matrimonio roto, de uno rutinario, huir de un marido que no las quiere y no sé cuántas cosas más. y pensaba que lo había superado..., pero va Patrick y me llama, me dice que aún me ama y que me necesita...

—¿Y dudas de querer a Nathan? Después de todo este tiempo, ¿dudas de tu amor por él? —Samantha era la que menos entendía.

—No, le quiero. Amo a Nathan con todo mi corazón. De lo que no estoy segura es de querer casarme.

—Ya lo estás haciendo otra vez, estás saboteando tu relación.

—No...

—¡Deja de negar lo evidente! —bramó de nuevo mi amiga.

—Sam tiene razón, churri. ¿No era más fácil hablar con Nathan y decirle que no estás segura de querer casarte tan pronto?

—Lo he intentado, pero no quiso darme espacio, no quiso que hablase con vosotras primero... Él...

—¡Él no tiene la culpa! —gritaron a la vez—. Esta vez solo tú la tienes —continuó Samantha.

—¿Qué hago?

—¿Qué quieres? —preguntó Liz.

—A Nathan de vuelta...

—Pues búscalo... —Esta vez ellas tampoco me habían ayudado.

Cerré la tapa del portátil de un golpe sin despedirme y me fui a vestir para salir a la calle. Necesitaba encontrar a Nathan.

Llamé a todos sus amigos, a su oficina, caminé por las calles donde solíamos pasear, fui a su cafetería favorita, a su restaurante favorito, al parque. Ni rastro de él. Parecía que se lo había tragado la tierra. Y, entonces, como por arte de magia, el teléfono volvió a sonar y vi reflejado en la pantalla el nombre de quien menos me esperaba.

—Enrique, ahora no tengo tiempo de hablar. No encuentro a Nathan y estoy preocupada —le dije sin un saludo previo.

—Está conmigo —contestó.

¿Qué probabilidades había de que tu ex-amor eterno/exmejor amigo/nuevo amigo que vive en España se haya encontrado con el hombre de tú vida/prometido o ex prometido en Nueva York? Al parecer, muchas.

Pero eso os lo contaré la semana que viene. Sé que siempre suelo acabar la columna con un consejo o una moraleja. Mientras corría como una loca hacia el lugar donde Enrique me había citado pensé en ¿cuál sería la de esta columna? Y no se me ocurrió otra mejor que: nunca contestes al teléfono a un ex un domingo por la mañana.

Capítulo 38:

Y quien menos te esperas...salva el día

Todavía no soy capaz de explicar cómo acabé aquel desastroso domingo sentada con Enrique, tomando café (como en nuestros mejores tiempos) en Nueva York. Ni sé, cómo es que los planetas se alinearon para que fuera precisamente él quien nos ayudase en esta crisis.

Trataré de empezar por el principio para exponer las ideas lo más claramente que sea posible. En resumen: Patrick me llamó, me quedé en *shock* y Nathan salió huyendo. Las chicas dicen que fue mi culpa y tienen razón. Cuando estaba desesperada buscando a mi prometido, Enrique me llamó y ahí estábamos.

—Lo primero que tienes que hacer es calmarte, Nathan está bien —me dijo tomándome las manos con cariño.

—¿Dónde está? —quise saber, apartándolas por inercia.

—Dos calles más abajo, en mi habitación del hostel...

—¿Y qué demonios haces tú aquí? —pregunté.

—He venido a verte.

—¿Para qué? Las cosas quedaron claras entre nosotros hace tiempo y voy a casarme, si Nathan quiere aún...

—Te equivocas, las cosas no quedaron claras... Tú huiste, yo me deprimí y después me perdonaste y firmamos una tregua.

—Me hiciste daño —le recliné—. Durante mucho tiempo.

—¿Y por qué, Lisa? —cuestionó él ahora, dejándome fuera de juego.

—¡Te quería! —le grité—. Y me hiciste creer que tú a mí también, me dijiste que te diera tiempo y después te convertiste en un gilipollas y te dedicaste a destruir nuestra amistad, esa que era sagrada para mí. A ti ya no te importaba una mierda, cualquiera era más importante que yo.

—¿Ya has acabado? —inquirió. ¿Quién era este y que había hecho con Enrique?—. ¿Quieres escuchar mi versión? —Asentí nerviosa. Joder, ¿qué hacía? Yo lo que quería era ir en busca de Nathan—. Hubo una época de mi vida en la que creí que estuve estaba de ti. —Su confesión se clavó en mi corazón como un puñal, Claro que lo sospechaba, pero nunca pensé que se lo escucharía decir así—. Pero en esa época yo solo era tu mejor amigo, tu colega, ibas a otro ritmo y no podía seguirte. Pero eso quedó atrás, Lisa, me ha costado muchísimo tiempo y muchas horas de pensar cómo iba a hacerte esta confesión, pero creo que ahora que vas a casarte, porque lo vas a hacer —dijo con esa sonrisa traviesa que siempre había adorado en él—, debes saber por qué las cosas no funcionaron entre nosotros, por qué fui un cabrón contigo y por qué, aunque en aquella época me hubieras correspondido, no habríamos sido felices para siempre.

—¿Qué pasa? —pregunté asustada, nunca le había visto tan serio.

—Nunca tuve ningún problema contigo. No es que tú no me pongas a mil o no me atraigas, es que no me atraen las mujeres... ¡ninguna! —confesó y creo que se me desencajó la mandíbula.

—¿Cómo? —pregunté—. ¡No me jodas, Enrique! ¡Eso es mentira!, ¡nos acostamos! —le recordé.

—Sí y, entonces, empezó mi revolución personal... Entré en crisis y tuve que asumir lo que hacía mucho tiempo que estaba ahí, latente en mí... Soy gay, Lisa.

No sabía qué hacer, ni qué decirle, ni cómo actuar. No sabía si levantarme y abrazarle o salir corriendo de allí. Toda mi maldita vida se había vuelto una locura en menos de unas horas.

—¿Eres feliz? —Mis ojos se abrieron al escuchar la pregunta que yo misma acababa de formular, ¿De dónde había salido esa estupidez de pregunta?

—Mucho —reconoció—. Me ha costado, y bastante. Quise seguir estar enamorado de ti, te juro que lo quise y lo intenté, pero no habría sido justo para ninguno de los dos. He conocido a alguien y soy feliz.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie... No podía compartir esto con nadie y arriesgarme a que te enterases por terceras personas, te lo debía.

—Estoy en *shock*.

—Normal, yo también lo he estado mucho tiempo. Siento haberme cargado nuestra amistad, espero que pueda volver a estar en el punto en el que estuvo. Sí que eras importante para mí, solo estaba perdido, probando aquí y allá, conociendo gente nueva... hasta que al final eras precisamente tú y esa noche que pasamos juntos lo que necesitaba.

—Gracias por contármelo. He alegre mucho por ti, mereces ser feliz.

—Entonces sí me levanté y le abracé—. ¡Quiero conocerle! —chillé.

—Lo harás.

—Llévale a la boda... ¡Hostias! —exclamé y me miró con los ojos entrecerrados, nunca le había gustado que hablara así—. Ya no sé si habrá boda.

—La habrá. Ese hombre está loco por ti y ahora solo está confundido, no está enfadado. Te voy a llevar con él. Vamos, nena, a por tu hombre.

—¡Por fin tengo un amigo gay! —exclamé y los dos reímos a carcajadas.

Durante todo el camino hasta el hostel no podía parar de pensar en cómo iba a enfrentarme a Nathan. Enrique había dicho que no estaba enfadado, pero yo tenía un miedo atroz a ponerme frente a él. ¿Qué iba a decirle cuando ni yo misma sabía qué había pasado en realidad?

La puerta se abrió y no hubo necesidad de palabras. Los ojos azules de Nathan se clavaron en los míos, llorosos, y para cuando quise darme cuenta, estaba envuelta en sus brazos. Escuché a Enrique decir que nos dejaba a

solas.

—Lo siento —dije mientras él no dejaba de preguntar por qué tenía dudas.

—¿No eres feliz, Lisa? ¿No te gusta nuestra vida? ¿Quieres que volvamos a vivir en España? Dime, haré lo que sea por ti. —Su voz sonaba desesperada—. Y si lo que quieres es volver con ese hombre, me retiraré sin peleas ni dramas, solo quiero que seas feliz.

—¡NO! —grité—. Te quiero a ti, soy más feliz que nunca y me encanta nuestra vida aquí, no quiero volver y nunca le quise a él como a ti —le dije—. Te lo juro, no sé qué me pasa, debe ser toda la presión de la boda, el nuevo trabajo, ¡no lo sé! Pero Patrick me dijo todas esas cosas y me hice un lío. Lo siento, de verdad. —Nathan volvió abrazarme, más fuerte si cabe.

—Volvamos a casa, cariño —comentó mientras me pasaba los dedos por las mejillas, sacándome las lágrimas.

—¿Nos casamos?

—Como estaba previsto —sentenció y me besó.

De camino al loft avisamos a Enrique y le invitamos a comer. Entre los dos me contaron cómo se encontraron por casualidad, Liz le había dado a mi amigo mi dirección. Nathan confesó que pensaba irse lejos y cancelar la boda, pero que Enrique le convenció de que no lo hiciera, de que lo nuestro merecía la pena. Jamás, ni en mis mejores fantasías, podría haber imaginado que precisamente él fuera quien nos ayudase en una situación así.

Le invitamos a dejar el hostel y quedarse en casa, pero rechazó la invitación alegando que, después de una bronca, siempre había una reconciliación y no le apetecía estar cerca. Los tres nos reímos y pasamos una tarde muy distendida.

Cuando se iba, se me cruzó una idea por la cabeza, de esas que te sorprenden sin esperarlo.

—Nene —llamé a Enrique, volviendo a usar su apelativo cariñoso.

—Dime.

—¿Me acompañarás al altar el día de la boda? —pregunté y vi como sus ojos chocolate se llenaron de lágrimas.

—Claro, nena, será un honor. —Corrí hasta él y le abracé—. Te quiero, Lisa, siempre serás alguien importante en mi vida —confesó a mi oído.

—Y tú en la mía.

Sé que lo he dicho muchas veces, pero esta vez sí que estoy segura de que ese ciclo en mi vida estaba completamente cerrado. Enrique sería para siempre mi amigo y, ante mí, tenía un futuro maravilloso junto a un hombre perfecto.

En ocasiones permitimos que el orgullo o la apatía estropeen nuestra amistad. A veces recibimos golpes en la vida que nos hacen cambiar nuestro modo de ver las cosas y de tratar a las personas. Sin darnos cuenta, dejamos de escribir a nuestros amigos por no molestar, pensamos que su vida ya es lo suficientemente complicada como para estar liándosela más con nuestras tonterías. Si algo he aprendido (y espero que vosotros también) con toda esta historia es que tus amigos van a estar ahí para ayudarte siempre. Incluso ese al que creíamos haber perdido, de repente un día aparece en tu puerta y, como por arte de magia, te ayuda, no a pasar páginas, sino a cerrar por completo un libro en el que llevabas mucho tiempo estancada.

Patrick trató de entrar de nuevo en mi vida, desbaratándomela por completo. Liz y Sam no me dieron la razón porque sabían que no la tenía y eso solo hizo que me enfadara con ellas. Nathan salió corriendo porque no era capaz de entender qué me pasaba y tuvo que ser Enrique, posiblemente la persona por la que más lágrimas de desamor he derramado, quien me ayudase, no solo a dar una patada y terminar de dejar atrás para siempre nuestra historia inconclusa, sino a mirar hacia adelante y darme cuenta de

quién era la persona a la que quería a mi lado para siempre.

Mi consejo, la moraleja de esta semana es: nunca dejéis que el pasado aparezca para destrozar vuestro futuro, pero, si se da una vuelta para ayudar, no le deis la espalda.

Capítulo 39: ¡Nos casamos!



Por fin había llegado el gran día. Había vuelto a casa para casarme. ¡Era el

día de mi boda y todavía no podía creerlo! Después de todo lo que ha pasado, ¡iba a casarme!

Parecía una niña histérica una mañana de Reyes, histérica y con resaca. Luna y Sabri me habían preparado una despedida de soltera que duró tres días. ¡Tres días de fiesta!, así en plan boda gitana. Hubo de todo, comida, bebida, baile, alcohol y un *boy* vestido de comandante de la marina americana que se quedó como su madre le trajo al mundo delante de mi cara. Increíble, estaba buenísimo, los ojos azules, el pelo oscuro y los músculos... ¡Si realmente se parecía al actor que interpretaba a uno de mis grandes amores platónicos televisivos! El guapo comandante Rabb, que me hacía suspirar cuando tenía dieciséis años, parecía haberse personado en mi fiesta de despedida para desnudarse en mis narices.

Después de una juerga de estas características os podéis imaginar que todavía tenga resaca. Las chicas querían venir todas a casa de mi madre a ayudarme a prepararme, pero nos dimos cuenta de que sería una locura. Al final, solo Sam y Liz lo hicieron, a las demás las vería en la iglesia.

—¿No os parece algo increíble? —preguntó Liz con lágrimas en los ojos, toda esa semana el síndrome premenstrual la tenía muy sensible, mientras nos tomábamos un capuchino sentadas en el comedor antes de vestirnos.

—¿El qué? —cuestioné.

—¡Qué vayas a casarte! —exclamó.

—Es muy emocionante, ¿sabes el qué? —dijo Samantha—. Lo sabía, siempre supe que serías la primera en pasar por el altar, solo que, en algún momento me dejé llevar por tu convicción y creí que lo harías con Enrique.

—¡Joder, es gay! —exclamé, aún no me lo podía creer—. Yo también lo pensé, incluso cuando le vi en Nueva York hace un par de semanas pensé que me diría: «no te cases».

—¿Qué hubieras hecho? —preguntó Liz y la miré extrañada—, si te

hubiera dicho que no te casaras, que te amaba...

—Le habría roto el corazón —confesé—. Sé que durante mucho tiempo pensé que él era el hombre de mi vida, pero estaba equivocada. Al final solo necesitaba saber los motivos de su forma extraña de comportarse conmigo, cerramos ese círculo.

—Entonces, ¿habrías seguido adelante con la boda?

—Amo a Nathan como nunca he amado a otro, ni a Enrique, ni a Patrick, ni a mi amor de adolescencia, ni al monitor de yoga, ni a Clark Kent si quiera... —contesté y las tres reímos a carcajadas—. Es él, chicas, es el hombre de mi vida.

—Lo supe desde aquel día que le conociste en la discoteca y rompiste el pacto de no quedarte a dormir después de follar —dijo Samantha.

—¿Ahora resulta que lo sabías todo? ¿La bruja no era yo? —cuestioné.

—Tú solo predices embarazos, es un coñazo de poder —volvimos a reír.

En ese momento, supe que había elegido a las damas de honor perfectas, ellas eran mi complemento, con ellas empezó todo. Me enseñaron a vivir la vida de otra forma, me ayudaron a dejar atrás muchos lastres y siempre consiguen que me ría. Adoro a todas mis amigas, son imprescindibles para mí, claro, pero esta historia que hoy concluye en la boda de cuento de hadas que siempre quise empezó con Samantha y Liz una noche de fiesta en la que quería besar una rana que se convirtiera en príncipe. ¡Y vaya si se convirtió!

Nos comenzamos a vestir, la maquilladora y la peluquera hicieron su magia y en un par de horas estábamos listas para irnos a la iglesia.

Como habíamos elegido una ceremonia al estilo americano, Enrique me acompañaría al altar y luego se sentaría porque los padrinos eran los amigos de Nathan. Durante todo el trayecto en el coche, mi amigo no paró de darme ánimos y decirme lo orgulloso que estaba de mí.

Llegamos y las chicas se engancharon al brazo de sus acompañantes.

Kevin, el amigo motero con tatuajes y ojos grises de Nathan, con Liz y Johnny, el guaperas rubio de ojos marrones, con Sam. Las dos me miraron con una sonrisa y las vi relamerse. Sobre todo a Liz. Sabía que ella me lo agradecería después, es clavado al tipo de chicos de libros que le gusta, hay *feeling* entre ellos, quién sabe.

La música empezó a sonar y los cuatro avanzaron por el pasillo hasta situarse en sus lugares. Ellos detrás de Nathan y ellas en el lado que me correspondía a mí. Samantha empezó a cantar acompañada por el pianista y se abrieron las puertas.

Las piernas me temblaban y tenía miedo de tropezar y caerme sobre los niños que llevaban los anillos y las arras. Estaban guapísimos, la hija de María y el hijo de dos de mis amigos más queridos, tenían edades y alturas similares, así que les escogí a ellos. Estaban para comérselos, la niña con un vestido blanco con un gran lazo verde claro en la espalda y una diadema de flores sobre su frente y el niño con un pantalón beige corto y una camisa en un tono también verde. Caminaban ante mí despacito, como les habíamos explicado que debían hacer.

—Nos toca —me dijo Enrique y, mientras caminaba, tan agarrada a su brazo que seguramente tendría después un moretón, miraba a toda la gente que había en la iglesia.

Mi familia, mis amigas, María y Pablo, su marido... Melisa y Carmen sonrieron, ellas lloraban ya; Sabri, Luna y Ceci (junto a su escocés monitor de yoga) me saludaron con la mano al pasar. Ruth y Melania me sacaron la lengua en un gesto cómplice; Manu, con Michelle sentada en su regazo dibujó, en sus labios un «estás preciosa», que, como siempre me pasaba con él, me hizo sonrosarme mientras mi sobrina me dedicaba una sonrisa monísima. ¡Incluso Aurora había venido para este día!. No podía estar más contenta.

Llegamos por fin al altar, Enrique me dio un beso en la mejilla y me susurró al oído que esperaba que fuera muy feliz.

—Te entrego a la mejor amiga que tengo, más te vale que la cuides —dijo entre risas mientras él y Nathan se saludaban.

Mis ojos se encontraron por fin con los de Nathan y todo lo demás pasó muy deprisa. El cura resaltó todos los valores del matrimonio y después nosotros, siguiendo el guion de la boda estilo americano, nos dedicamos unas palabras, nuestros votos.

—Lisa, eres lo más bonito que me ha pasado en la vida. Sé que no ha sido fácil, que pasamos un tiempo separados y los dos vivimos otras historias que nos marcaron mucho. Pero al fin estamos aquí. Y lo supe, supe que eras tú, tú eres la mujer de mi vida desde aquella noche en la que me dijiste que estabas cansada del amor y querías ser una chica mala... El resto de las cosas que dijiste no puedo reproducirlas en una iglesia. —Todos reímos—. Pero yo sabía que podía conseguir que volvieras a amar de nuevo. Te quiero, nena, y quiero vivir el resto de mi vida a tu lado, todo aquello que nos depare el futuro, bueno y malo, estoy listo para vivirlo contigo.

—Nathan, nunca pude imaginar que fueras a ser tú el hombre que me esperaría en el altar. Cuando te conocí aquella noche solo buscaba divertirme, pero me embaucaste con esa sonrisa, esos ojos azules y tu simpatía, sobre todo eso. Tú me haces reír como nadie ha hecho nunca, me haces vibrar y sentir cada emoción como si fuera la primera vez. Te quiero y, aunque no ha sido fácil de admitir, ahora sé muy bien que eres el hombre de mi vida y estoy deseando ver qué es lo siguiente que el destino tiene pensado para nosotros.

—Una vez recitados los votos de los contrayentes y por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia. —Y pasó, Nathan me besó y lo siguiente que recuerdo es estar en la fiesta.

La ceremonia me había dejado como en *stand by* y, cuando me vi, estábamos en el salón del hotel que habíamos escogido para el banquete. Bailando aquel vals que adoraba desde niña con mi flamante y perfecto marido.

—Lo hemos hecho —me dijo—. Nos hemos casado.

—Sí, lo hemos hecho y aún tengo miedo de despertar sola en mi apartamento y que todo haya sido un sueño.

—No lo es, cariño, ¿quieres que te lo demuestre? Dicen que en los sueños no se siente.

—No irás a pegarme —pregunté con ironía.

—Jamás, algo mucho mejor. —Y, con ello, me besó, pero no un beso casto como el de la iglesia, sino un beso con todas sus ganas y toda su lengua en mi boca.

—¡Hey! Idos a un hotel —nos gritó Kevin, que, en ese momento, bailaba muy agarrado a Liz.

—Estos dos acaban liados —cotilleé con mi marido, riéndonos—. Y sí que me escaparía ahora mismo a nuestra suite nupcial unas plantas más arriba... Tengo ganas de ti —le susurré, provocándole.

—Pórtate bien, esposa, seamos cordiales con nuestros invitados —me riñó en tono de broma—. En una hora nos vamos —me dijo después al oído.

Mi marido (me gusta cómo suena) tenía razón, había que socializar. Todo el mundo parecía estar pasándolo muy bien. Reían, comían, bailaban y se hacían fotos con nosotros. Por un momento pensé que no volvería a recuperar la vista después de tanto flas en mis pobres ojos.

En un momento dado, Sam me hizo una señal para que me acercara. Ella y Liz estaban en unas de las mesas con sus copas de champán.

—Chicas, tengo un problema —les anuncié.

—¿Ya? —preguntó Sam, algo piripi—. ¡Si acabas de casarte!

—¿Qué pasa, churri? Si tienes dudas otra vez te jodes, demasiado tarde.

—No se trata de eso. Quiero largarme a la habitación, no sé por qué, pero estoy súper caliente. Quiero tirarme a mi marido y lo quiero ya —les dije hablando de esa forma deslenguada tan poco habitual en mí, pero que les encantaba.

—¡Hala, qué bien te ha sentado el cambio de estado civil! —exclamó Samantha—. Ahora te cubrimos, pero, antes, aquí nuestra amiga tiene que contarnos algo urgentísimo.

—Me he tirado a Kevin, el padrino, en el baño. Rápido, pero intenso. Repetiremos después —nos soltó así en plan telegrama en medio de la fiesta de mi boda.

—¡¡Tía, eres mi ídolo!! —chilló Sam—. ¡Ni yo en mis mejores épocas! Tu acompañante está buenísimo y es totalmente tu tipo.

—Lo sé...

—Yo también lo sé —les dije—. Por eso te lo asigné, así que, de nada —contesté con un guiño de ojos y me levanté—. ¡Se lo dije a Nathan! —les grité—. Y ahora, sacadme de aquí.

Samantha no era mujer de andarse con rodeos, y mucho menos cuando lleva unas copas de más, así que, cogiendo el micrófono del chico al que habíamos contratado para amenizar la fiesta, habló a todos.

—A ver, escuchadme: la fiesta ha sido una maravilla, la comida estaba riquísima y el champán era del caro, gracias, Lisa y Nathan. —Todos corearon la última frase—. Pero esto se acaba, los recién casados quieren irse. Es normal, acaban de dar un paso importante en sus vidas, han cambiado su estado civil y quieren celebrarlo a solas, así que, digámosles ¡adiós, chicos, que seáis muy felices y folléis muy bien esta noche! —Todos volvieron a seguirle el juego—. Para los que aún tengan ganas de más, ¡que siga la fiesta!

—Está loca —me dijo Nathan al oído mientras desaparecíamos.

—Como una cabra —sentencié—. Ah, y me debes algo... Liz se ha tirado a Kevin —informé con una sonrisa y él soltó una carcajada—. Quizás no sea la mejor forma de empezar nuestro matrimonio o quizás se convierte en una premisa o en mi frase favorita, pero ¡te lo dije!

—Anda, esposa, vamos arriba y te daré tu premio.

Ni qué decir tiene que la noche de bodas fue todo lo que había esperado y más. Nos habían decorado la suite nupcial con pétalos de rosa sobre la cama, velas aromáticas, champagne y fresas.

—No bebas más, quiero que me rindas —le dije, bromeando mientras le quitaba la pajarita y le desabrochaba la camisa.

—¿Cuándo he tenido yo problemas para rendirte, listilla? —contestó besándome el cuello.

—No quiero que nuestra noche de bodas sea la primera vez...

—Estás muy graciosa tú... Ya verás. —Su amenaza se cumplió y, en pocos minutos, el vestido de novia desapareció junto con el resto de la ropa.

—Tengo un camisón sexy para hoy...

—Después te lo pones.

He oído decir muchas veces que el sexo se vuelve diferente cuando uno se casa. Más íntimo, más personal. Esas afirmaciones me parecían una chorrada, Nathan y yo llevábamos juntos mucho tiempo, conviviendo incluso, ¿qué podía haber de diferente? Pues lo hubo. No sé explicar muy bien qué fue, pero algo cambió en el mismo momento en el que él me hizo suya ahora que legalmente lo era.

En esa noche, en el mismo instante en el que le vi estirar la mano hacia donde había dejado la protección, tuve una revelación: estaba deseando dar el siguiente paso con él. No sabía por qué, si siempre me había gustado ir paso a paso y me aterraban los cambios bruscos, pero daba igual. Nathan estaba a mi lado y nada podía salir mal.

—Déjalo, cariño, dejemos que el destino nos sorprenda. —Vi la sorpresa en sus ojos, me besó los labios con ardiente pasión y se deslizó en mi interior haciendo que explotaran en mi cuerpo fuegos artificiales.

Es muy fácil sacar una moraleja de la columna de hoy, la última que comparto con vosotros, la que cierra el círculo que empezó hace dos años, como un regalo de cumpleaños y acabó convirtiéndose en mi vía de escape, en mi forma de sacar del interior todo aquello que me dolía, que me hacía daño. *No lo olvidéis, pase lo que pase y, aunque a veces nos parezca imposible, al final, todos tenemos nuestro cuento de hadas.*

Epílogo

Aquí estábamos. Aparqué el coche y miré hacia el parque donde los niños jugaban ajenos a todo. Respiré hondo. No podía creerlo. Después de cinco años, aquí estaba de nuevo. En casa. Dispuesta a encontrarme con mis amigas, con aquellas que son como mis hermanas. La vida ha cambiado muchísimo para todas. Os lo contaré poco a poco.

Ha llegado el momento de recapitular y compartir con vosotros cómo ha sido la vida cinco años después de dar el «sí, quiero» al amor de mi vida.

Después de todo este tiempo, del gran cambio que supuso el matrimonio y el nuevo trabajo en el periódico, mi vida se convirtió en aquello que inconscientemente siempre busqué. Junto a Nathan conseguí algo que parecía imposible, el equilibrio perfecto entre la estabilidad en pareja y la independencia que soñaba.

Escuché la voz de Michelle gritar al verme. «¡Tía Lisa!» y todos se giraron. Adoro a esa niña. Muchas veces es complicado hacer entender a algunas personas el vínculo que te une a alguien que no lleva tu sangre. Pero yo tengo varios ejemplos de sobrinos que lo son, porque así lo hemos elegido. Y eso no hace que los quiera menos.

—¡Felicidades, princesa! —grité abrazándola—. ¡Estás enorme!

—Cumpló seis años —aclaró. Era preciosa, con su pelo rubio como el oro y sus grandes ojos azules—. Pensamos que no vendrías.

—¿Cómo qué no? Te lo prometí y no me he perdido ni uno solo de tus cumpleaños.

—¡LISA! —gritaron a dúo Samantha y Liz; mis chicas.

Corrí hacia ellas y, sin poder evitarlo, gritamos las tres como niñas al abrazarnos. Las había echado muchísimo de menos. A pesar de que jamás habíamos perdido el contacto, hablábamos cada día por WhatsApp, nos veíamos por Skype y seguían siendo mis mayores confidentes, nada se podía

comparar a estar así, juntas.

—¿Y Nathan y...? —la pregunta de Liz quedó interrumpida por la voz de la persona más importante de mi vida, esa que me enseñó lo que era el verdadero amor.

—¡Tías!!

—¡Olivia! —Samantha abrió los brazos y mi pequeño torbellino se abalanzó a ellos.

—¡Eh! —protestó Liz—. ¿Y yo qué?

—¡Tía Liz! —exclamó.

Sí, queridos lectores, Nathan y yo nos habíamos reproducido. Un mes después de la boda recibimos la noticia y nos volvimos locos de felicidad. Sabíamos que en ese momento estábamos preparados para el siguiente paso.

Nuestra pequeña llegó al mundo una noche de lluvia en Nueva York. Pillándonos a los dos completamente solos y muertos de miedo. La idea original era que mi madre y mis hermanas viajarían para acompañarnos, pero Olivia se adelantó. Dice Nathan que en eso se parece a mí. Que es una apurada. Que tiene prisa para todo.

Será en lo único que se parece a mí. Porque es un pequeño clon suyo. ¿Habéis leído alguna vez en Facebook un cartel que dice: «nueve meses de embarazo, náuseas, vómitos y mil horas de parto y al final se parece al padre»? Pues así, tal cual. Después de todo lo que se pasa al estar embarazada y lo que duele dar a luz (no diré parir por si mi madre lee esto), mi niña es una fotocopia de su papá. De manera que es perfecta.

El pelo ondulado y oscuro. Los ojos azules y grandes, expresivos. Es preciosa. Su carácter sí que se parece mucho al mío. O eso dicen todos. Que es un poco cursi, espabilada, despierta, habladora y divertida. ¿Qué voy a decir yo? Si es mía.

—Muy bien. —La voz sexy de mi marido nos interrumpió—. ¿Ya os

habéis reencontrado todas? Porque yo también estoy aquí.

—¡Anda ya! —exclamó Liz—. ¡Tarzán!, dame un abrazo.

—Tía Sam, ¿y Michelle? —preguntó Olivia, que agarraba entre sus manos una bolsa de Princesas Disney con los regalos para su prima.

—Está en los columpios, ve con ella si quieres.

—¿Puedo, mamá? —me preguntó.

—Claro. Ten cuidado, no vayas a caerte.

—¡Paranoica! —me dijo Liz.

—¿No ibas a envolverla en papel burbuja? —cuestionó Sam.

—¡Brujas! —dije—. ¡Vamos a sentarnos! Tengo que contaros cosas.

—¿Dónde está Manu? —preguntó Nathan. Sabía que había llegado el momento de batirse en retirada.

—Ha ido a buscar la tarta —informó Sam—. No tardará.

—Cariño, si quieres huir de la charla de mujeres, puedes ir a vigilar a las niñas —sugerí.

—Está bien —dijo de mala gana antes de darme un beso y marcharse.

—¿Seguís en modo empalagoso? —cuestionó Liz.

—¡Después de cinco años de matrimonio y dos de relación! —exclamó Sam—. Pues ya tenéis mérito.

—Es maravilloso —dije con un suspiro enamorado—. Chicas, no os lo podéis imaginar. Es un padre increíble y un marido ejemplar.

—¿Y sigue siendo un buen follador? —Sam siempre disparaba a matar.

—Mejor aún, hemos mejorado la técnica con los años. —Las tres reímos.

Estos cinco años habían sido también bastante intensos para las chicas. Empezamos por Sam.

Ella y Manu tuvieron una crisis fea. Muy, muy fea. Horrible. Fueron unos días muy negros. Y yo, estando lejos, me sentía maniatada. Y egoísta. Todo explotó después de la boda. Es más, mi amiga me confesó que ya

venían teniendo problemas de antes, pero que no habían dicho nada para no enturbiar mi felicidad. Así que me vi recién casada, feliz como nunca antes lo había sido y sabiendo que una de mis mejores amigas pasaba por el peor momento de su vida.

¿Cómo lo resolvieron? Pues amándose con locura. Y Teniendo la madurez necesaria para poner punto y aparte una temporada. Se separaron. Vivieron unos meses cada uno en su casa. Sin verse nada más que para aquellas cosas que tenían que ver con la niña. Sé que Sam incluso salió con otras personas. Puede que él también. Pero, al final, poco a poco y cuando ninguno de los dos lo esperaba, las aguas volvieron a su cauce.

Manu fue a dejar a Michelle en casa de Sam después de pasar con ella el fin de semana y una sola frase que salió de sus labios hizo que mi amiga volviera a derretirse por él. «Te echo de menos», dijo y ella cayó.

Después, y siguiendo mi consejo, fueron poco a poco. Empezaron a tontear de nuevo, tuvieron citas, escapadas románticas y noches de pasión desenfrenadas como las de antaño. Para cuando quisieron darse cuenta, estaban ante un juez jurándose amor eterno. Se casaron. Algo que pensé que nunca vería. Fue una ceremonia civil, íntima y preciosa con Michelle como principal testigo y nosotras llorando como magdalenas.

—¿Qué tal Manu y tú? —pregunté.

—Bien. No somos unos empalagosos como vosotros, pero estamos muy bien —contestó—. El negocio va viento en popa, él está tranquilo y centrado y juntos hacemos un buen equipo en todos los sentidos.

—Me alegro muchísimo —contesté—. ¿Y qué hay de ti? —ataqué preguntando a Liz—. No veo a tu motero empotrador por ahí.

Sí amigos, Liz había caído rendida a los pies de Kevin, el mejor amigo de Nathan, desde que se conocieron en nuestra boda. El padrino y la dama de honor. Parecía una historia sacada de una película americana de sobremesa.

Después de su breve, pero intenso encuentro en el baño del hotel donde celebramos la fiesta, siguieron viéndose. Y a base de paseos en moto él la conquistó. Liz siempre decía que Kevin no era su tipo. Que era demasiado bueno para ella, que le gustaban más castigadores. Pero el chico se lo curró, la conquistó y ahí estaba ahora, cinco años después a punto de ser los siguientes en pasar por el altar.

La verdad es que habían esperado tanto para dar el paso que Nathan y yo pensábamos que nunca lo harían. Ni siquiera vivían juntos. Tenían una extraña relación medio abierta en un principio hasta que, un día, a Liz no le gustó ver a Kevin con una rubia en su moto y, tras marcharse a pasar unas vacaciones lejos de todo, volvieron prometidos y convencidos de que querían pasar el resto de su vida juntos.

—Kevin llegará más tarde, tenía una convención de moteros hoy, pero se pasará después —informó.

—¿Y en qué punto estáis ahora? ¿Hay boda o ya habéis pensado otra cosa?

—Hay boda —dijo—. Queremos una ceremonia frente al mar, sin mucha pompa, ni mucha gente, solo la familia y amigos más cercanos. Algo íntimo, parecido a la de Sam y Manu, pero en la playa.

—Vaya, al final la única que tuvo una boda de cuento de hadas fui yo.

—¿Quién si no, Lisa? Tú siempre fuiste la princesa del grupo —contestó Liz y le saqué la lengua a modo de respuesta.

—¿Qué hay de las demás? —preguntó Sam—. ¿Qué tal está Luna? ¿Y Ceci?

—Luna está bien. Su último libro se ha convertido en un *best seller* y está recorriendo el país firmando ejemplares en todas las librerías.

—Lo sé, estuvo en la mía la semana pasada y fue un éxito rotundo —manifestó Liz con orgullo.

—Además, se ha vuelto a enamorar. Decidió darle una oportunidad a un chico que conoció por casualidad y le ha ido muy bien, le da todo lo que ella necesita. Hacen una pareja preciosa —informé feliz por mi amiga que, tras una decepción amorosa, había cerrado su corazón a la posibilidad de volver a querer—. Ceci se ha establecido finalmente en Escocia con su chico. Tiene una exposición de pintura increíble. Nathan y yo nos dimos una escapada romántica para ir a verla hace un par de meses. ¡Es brutal! Está teniendo mucho éxito y, de momento, no se plantea volver.

—¿Y tus otras amigas? —cuestionó Sam—. Si algo te caracteriza es que siempre mantienes el contacto con todo el mundo.

Samantha tenía razón. Si algo me caracteriza es que me gusta estar pendiente de la gente a la que quiero. Y, aunque viva lejos, he conseguido que todas mis amigas sintieran mi presencia de una forma u otra.

María y Pablo se habían comprado una casa preciosa en las afueras de la ciudad, los dos habían ascendido en su trabajo y habían tenido un segundo hijo. Carmen conoció a un hombre estupendo que le descubrió que el amor podía curarlo todo. Consiguió trabajo en una importante empresa multinacional y viajaba muchísimo por negocios. Aurora también consiguió un buen trabajo de lo suyo y eso le dio la estabilidad que tanto ansiaba. Se mudó a Canadá, donde conoció a un profesor de literatura que la sedujo a golpe de escritos y palabras dulces. Melisa y su chico se tomaron un tiempo para ellos mismos. Después de pasar por una situación complicada, hicieron un viaje maravilloso y volvieron más enamorados que nunca, sorprendiéndonos al poco tiempo con la noticia de que esperaban un bebé. Sabrina terminó con su novio. Esa relación le había costado muchos dolores de cabeza y acabó sin que ella lo viera venir. Después de un tiempo a la deriva, resurgió por sí misma de sus cenizas, centrándose en su trabajo, en sus amigos y en sus hobbies, como la mujer emprendedora y fuerte que

siempre fue. Dio una patada al pasado y encaró el futuro con energía y positividad.

Así había sido la vida de todas en estos cinco años. ¿Echáis de menos a alguien? ¿Sí?

—¡Tío Enrique! —escuché gritar a mi hija y vi cómo saltó del columpio en marcha, hecho que casi me provoca un infarto.

—¡Princesa! —dijo él yendo en su búsqueda y abrazándola—. Cuánto te he echado de menos.

—Eh..., ¿y para mí no hay abrazo? —protesté acercándome a ellos.

—Claro que sí. —Me estrechó entre sus brazos y pude notar esa sensación de familiaridad, de estar en casa que solo él me hacía sentir—. Pero me moría por ver a mi chica favorita.

—¿Esa no era yo? —pregunté haciendo falsos pucheros.

—Lo siento, nena, eso era hasta que tuviste a esta preciosidad.

Enrique se había convertido en lo que siempre debió haber sido. Ese amigo que está ahí para todo. Sin pretensiones románticas. Un paño de lágrimas. Desde que puso su vida en orden todo entre nosotros cambió de manera radical.

Y cuando nació Olivia, un vínculo precioso surgió entre ellos desde el primer instante en que se vieron. Él era su tío favorito, ella era su princesa. Y yo no podía ser más feliz.

—¡¡Hey!! —gritó Liz—. ¿Qué pasa contigo, tía?

—¿Qué?

—Dijiste que tenías algo que contar... —continuó Sam.

—Y estamos muy preocupadas.

—Es algo bueno. —Nathan se colocó a mi lado. Sonrió al ver a nuestra hija en brazos de Enrique—. ¿Lo cuentas tú, cielo?

—Sabes que estás deseando decirlo tú...

—¡Dejaos de gilipollices y que alguien lo diga! —gritó Sam—. ¡¡Manu, corre!! Hay noticias de estos dos —chilló al ver llegar a su marido, justo detrás vimos como Kevin aparcaba la moto.

—Parece que estamos todos —apostilló Nathan al ver a su mejor amigo—. Suéltalo, mi amor.

—Bien..., son dos noticias... La primera es que...

—¡Estamos embarazados! —dijo mi marido interrumpiéndome.

—¿Pero no lo iba a contar yo? —me quejé dándole un golpe.

—Lo siento..., tú cuentas lo otro.

—¡Enhorabuena! —Sam fue la primera en reaccionar y, tras ella, todos los demás nos felicitaron.

—Es un niño, Liz —dije emocionada. Mi amiga adoraba a Michelle y Olivia, pero siempre nos echaba en cara que quería un sobrino.

—¡Por fin! —exclamó—. ¿Y cómo es que ya lo sabes?

—Eso, ¿de cuánto estás? —preguntó Sam.

—Diecisiete semanas —contesté—. Pero ha sido complicado, chicas, tuve varios sustos, he tenido que hacer reposo y decidimos que mejor lo contábamos cuando estuviéramos seguros de que todo estaba bien.

—¿Y lo está? —quiso saber mi amiga, preocupada.

—Perfectamente, este pequeñín está sano y fuerte.

—¿Y cuál es la segunda noticia? —cuestionó Enrique.

—Eso —dijo Manu—. Que como os pongáis a hablar de embarazos nos dan aquí las uvas.

—¡Volvemos a casa! —solté antes de que Nathan se adelantara otra vez.

—¿Cómo a casa? —inquirió Liz.

—Sí, aquí —explicó mi marido tomando la palabra—. Me han ofrecido dirigir una filial de la editorial aquí y he aceptado.

—¿Y tú trabajo? —Sam me lanzó la pregunta sin anestesia.

—Las columnas las puedo escribir desde cualquier parte y, además, mi jefe tiene una revista aquí y necesita una redactora jefe. Me lo ofrecieron hace unos meses, Nathan y yo lo hablamos y justo después surgió lo de la filial de su empresa —expliqué. Sabía por dónde venía la preocupación de las chicas. Temían que estuviera dejando todo atrás por seguir a mi marido y sabían que eso sería algo que, a la larga, me haría mal e interferiría en mi matrimonio—. Con todo el tema del embarazo y las complicaciones lo retrasamos, pero ahora ya está. Hemos firmado los nuevos contratos, hemos vendido el loft y estamos aquí para quedarnos.

—Nos alegramos muchísimo —dijo Sam. Los gritos de Michelle reclamando a Olivia en los columpios nos recordaron a todos que estábamos en una fiesta de cumpleaños infantil.

Los niños siguieron jugando. Los hombres se encargaron de vigilarlos mientras hablaban de sus cosas. ¿Y nosotras? Nosotras nos sentamos en un banco del parque, Samantha sacó un termo, sirvió tres capuchinos y, como siempre, hablamos de nuestros planes, del futuro, de las cosas de la vida, de los miedos y las esperanzas.

Sam quería proponerle a Manu que ampliaran el negocio y Liz quería decirle a Kevin que deseaba tener un hijo pronto.

—¿De verdad lo de volver aquí pasó así, Lisa? —preguntó Liz.

—Sí, os lo juro. Sé que os preocupa que todo sea por seguir a Nathan, pero no. En realidad, él me sigue a mí.

—Yo creo que no se trata de seguir a nadie, amiga. Al final tenéis que hacer lo que vaya surgiendo y tenéis que hacerlo juntos. Un día cederás tú y otro día cederá él y así es la vida en pareja —apostilló Sam sabiamente.

—También es porque ya no somos solo él y yo y, aunque estamos muy bien en Nueva York y adoramos a nuestro amigos de allí, queremos que Olivia y el bebé se críen cerca de su familia. Miradlas —dije señalando a

nuestras dos hijas jugando juntas. Michelle era apenas dos años mayor que Olivia, pero era muy protectora—. Quiero eso para mi hija cada día, a sus primos cerca, a sus abuelos, a sus tíos. —Las señalé y desvié luego la mirada hacia Enrique que, a pesar de la conversación que mantenía con Nathan y los demás, no separaba la vista de mi pequeña.

—¡Por tu vuelta! —dijo Sam, levantando el vaso con el capuchino.

—¡Por la amistad! —siguió Liz.

—¡Por nosotras, siempre! —concluí.

Durante todos estos años que estuvimos separadas todas sentíamos que nos faltaba un trozo de nuestra vida. Que daba igual que hablásemos a diario, las largas sesiones por Skype y los miles de WhatsApp no podían suplir a un capuchino en la misma mesa, mirando a tus mejores amigas a los ojos.

Las tres teníamos una vida estable y éramos muy felices, pero estos cinco años no habían sido fáciles. Todas habíamos tenido problemas, decepciones y pérdidas por el camino, nos habíamos apoyado como siempre y seguiríamos haciéndolo, porque ¿acaso no son las amigas el mejor regalo de la vida?

Agradecimientos

A mi padre, por ser siempre la luz que alumbra el camino por el que transita mi vida, la luz en mis sombras y el máximo referente de bondad que he conocido.

A mi madre, por el ser el motor que mueve mi mundo, sin ti nada tendría sentido, nada merecería la pena.

A mis hermanos y hermanas (de sangre, políticos y de corazón), por ser siempre las manos que sujetan las mías para no caer, y los pies que me marcan las huellas en el sendero de la vida para no perder el camino.

A mis sobrinos y mis sobrinas, por ser las once razones que hacen que me sienta orgullosa cada día. Verles crecer y luchar por sus sueños hace que los míos tengan sentido.

A Estefanía, Samuel y René, mis ahijados, la niña de mis ojos, el hombrecito de mi vida y mi «chicharrerito» hermoso. Son el orgullo que hace explotar de amor el corazón de madrina.

A Javier, Érika y Pablo, mis sobrinos-nietos. Ustedes son el resultado de los sueños de quienes más quiero. Ustedes hacen que ser tía sea todavía más maravilloso.

A mis sobrinos de corazón. Gracias por elegirme como vuestra familia, como vuestra tata, vuestra tía.

A mis amigos. Aunque este libro va dedicado a las chicas, ustedes también tienen un poco de «culpa» en él. Gracias por estar ahí, por aguantar los dramas, por soportarnos a todas, con nuestras cosas, los días malos y los buenos. Nada sería igual sin los chicos del grupo.

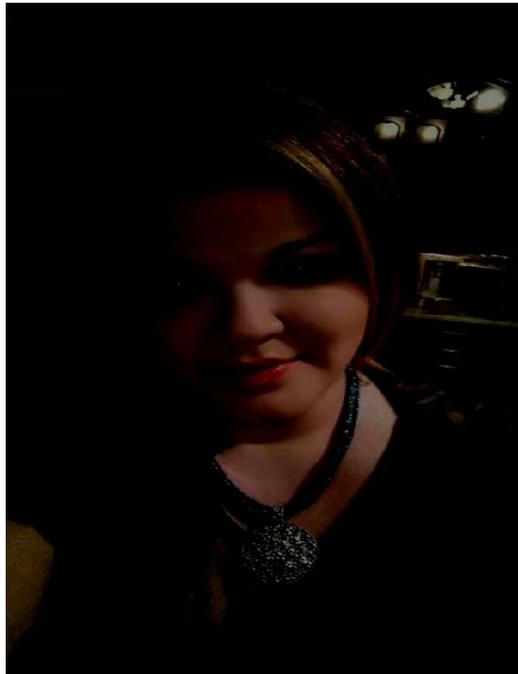
A Ángela Gutiérrez y Besos de Papel por confiar en Lisa y en mí.

A Ana Larraz, la madrina de mi renacer literario.

A Eugenio, Alberto, Octavio, Benito y el resto de mis compañeros del día a día que me han enseñado a pelear duro en el mundo laboral. Gracias por

tanto y por todo.

A mis compañeros de Caprichos Literarios.



Biografía

Zeneida Miranda (Santa María de Guía, 1983) es la pequeña de una familia numerosa. Estudió Historia en la ULPGC y Periodismo en la ULL. Ha ejercido como periodista en diferentes medios de comunicación y actualmente trabaja como administrativa en una empresa.

Entusiasta de la lectura desde niña, ve la literatura como un modo de evadirse de la vida real. Su primera incursión en el mundo de la literatura se produjo con la publicación de uno de sus microrrelatos en una antología y en enero de 2015 salió a la venta *Grado de culpabilidad*, su primera novela. En agosto de 2016 se publicó *Golpes en la vida*, su segunda novela, que marca el inicio de la tetralogía *Renacer*, su proyecto más ambicioso. Y en octubre de 2017 sacó la segunda parte, *El corazón de Ángela*.

[1] Booth y Brennan son los protagonistas de la serie televisiva *Bones*

[2] “Hola, hijo”.

[3] “Hola, madre. ¿Cómo estás?”.

[4] “Estoy bien, ¿y tú?”.

[5] “Sí, lo recuerdo”.

[6] “Adiós, querido”.

[7] El príncipe de Zamunda es el personaje de Eddie Murphy en la película homónima.

[8] Personaje de la serie animada infantil *La vuelta al mundo de Willy Fog*, basada en la novela de Julio Verne *La vuelta al mundo en ochenta días*.